



Rocaeditorial

JORDI SIERRA I FABRA

LA VERDAD OCULTA

Rocaeditorial

A mi desconocida familia paterna,
a pesar de que sus secretos
me impidieron saber de dónde venía,
si bien de esta forma crecí descontaminado
Y a Octavio Fabra, al que
apartaron de mi lado siendo
niño y jamás he vuelto a ver,
esté donde esté

Hay una grieta
en todas las cosas.
Así es como la luz entra.

LEONARD COHEN

Prólogo

1992

Al salir del despacho, su perfume continuó flotando en el ambiente e inundando cada contorno, esparciendo la huella de su presencia. Era como si fuese algo sólido. Tan intangible como real. Conscientemente se introdujo en el centro de aquella nube aromática, ocupando el mismo lugar que la mujer durante la despedida, mientras se estrechaban la mano. Casi era como absorberla. Su errática y difusa belleza, madura pero todavía llena de luz y elegancia, era capaz de despertar y avivar los fuegos del alma. Una mujer de las que no pasaban desapercibidas, de las que obligaban a los hombres a volver la cabeza ante ellas. Los ojos destilaban profundidad, misterio, la boca de labios rojos contrastaba con la negrura del vestido y el abrigo, la cadencia de la voz le había resultado incluso hipnótica.

Así que continuó mirando la puerta en silencio.

Lamentando su ausencia.

Ni siquiera se movió cuando Norma apareció ante él.

—Eh, despierta.

No tuvo más remedio que regresar a la realidad.

—¿Qué?

—¡Que despiertes!

—Solo estaba pensando.

—Ya.

Norma era su secretaria. Nada más. Pero llevaban demasiados años juntos, las habían pasado de todos los colores. La confianza era plena.

Y, a veces, la confianza daba asco.

—No seas mala.

La secretaria miró la puerta del despacho por la que la mujer acababa de salir.

—Toda una dama —dijo.

—Sí —concedió él.

—¿Un buen trabajo?

—Creo que sí.

—No me digas que sospecha que su marido le pone los cuernos y te ha pedido que lo sigas.

—Sabes que no parece de esas.

—Ni por asomo. —Norma se cruzó de brazos y esperó.

El perfume seguía allí, no se desvanecía. Era caro, de marca. La voz suave y firme de la mujer también daba la impresión de ser cara y de marca. La mano que acababa de estrechar, sin embargo, estaba fría.

Muy fría.

—¿Eduardo?

—Quiere que busque a una persona —se rindió él.

—Vaya —suspiró ella.

—¿Vaya qué?

—Parece un verdadero caso.

—Será que no los tenemos.

—Últimamente, no. Te estabas acartonando un poco.

—Gracias.

—No te enfades.

—No me enfado. Los «verdaderos casos» suelen ser complicados. Este, desde luego, no va a ser fácil. Me ha dado muy pocos datos, un par de nombres y poco más. Y ha sido un tanto…, no sé, hermética, como si no quisiera explicar más de lo que ha contado. Solo lo justo e imprescindible. Eso implica secretos.

—¿Te ha dado un buen anticipo?

—El doble de lo normal. Y carta blanca para los gastos.

Norma levantó las cejas.

—Podías haber empezado por ahí.

—No seas materialista. La primera vez que te vi me dijiste que trabajar con un detective privado te parecía algo romántico.

—Era joven e inexperta. Ahora soy una mujer casada con una hipoteca y un marido en la cuerda floja por la reducción de personal de su empresa. ¿Te ha dicho por qué iba de luto?

—No.

—¿Y el nombre?

—Señora Canals.

—¿Nada más?

—Nada más. Salvo un teléfono para llamarla.

—¿Y a quién has de buscar?

—A alguien del que no sabe nada desde que nació, en 1960.

—¿En serio? —Y repitió—: ¿1960?

—Ya te he dicho que no iba a ser fácil.

—Estamos en 1992. Han pasado treinta y dos años —continuó expectante Norma.

Eduardo se encogió de hombros.

—Tú lo has dicho, parece un verdadero caso —sonrió.

Ella hizo la última pregunta.

—¿Cómo se llama esa persona a la que has de buscar?

Capítulo 1

Febrero de 1959

1

La maleta era pequeña, de cartón, y, como tenía los cierres estropeados, la había atado con cuerdas, una a cada lado. El asa, también rota, había sido sustituida por un puente entre las dos cuerdas laterales. No pesaba, porque la ropa era mínima, pero de tanto cargarla ya tenía la mano roja y dolorida por el roce. Con el otro brazo, a la altura del codo, levantando el puño hacia arriba, sostenía el hato hecho con un gran pañuelo de tela negra, con los cuatro bordes anudados. Abultaba y era, más que nada, incómodo. Así que, entre la una y lo otro, bastante tenía con seguir su camino.

—La casa está cerca de la estación. A pie, diez minutos —le habían dicho.

Llevaba veinte y tuvo que parar para subirse las solapas del abrigo al arreciar el viento. Cuanto más viento, más frío.

Y menos mal que, pese a lo oscuro del cielo, no llovía.

Le parecía imposible que la temperatura fuera más gélida que en el pueblo. Creía que, al estar a la orilla del mar, sería diferente. Y no. El frío de Barcelona era húmedo, calaba, se metía en los huesos y la hacía estremecer desde que había bajado del tren.

¿O era el miedo?

—No te van a comer. Tú tranquila. Trabaja duro y en dos días ya estarás adaptada. Imagínate, ¡Barcelona!

Allí estaba, por fin.

Por si acaso, preguntó una segunda vez. Escogió a una mujer que cargaba la bolsa de la compra. La primera vez, al salir de la estación, el hombre al que abordó la miró de arriba abajo. Le dijo por dónde tenía que ir, pero al separarse le oyó rezongar en voz alta:

—¡Otra! ¡Se nos va a llenar esto y en dos días ni cabemos!

La mujer fue más educada o, al menos, respetuosa. Le dijo que siguiera subiendo, todo recto, pero que tuviera cuidado al llegar al cruce con la avenida, porque entonces tenía que torcer a la izquierda.

—¿Y falta mucho? —le preguntó.

—No, cinco minutos.

Cinco minutos más.

Se detuvo en una esquina cuando el guardia urbano instalado en la confluencia de las dos calles cortó el paso para que se movieran los vehículos del otro lado. Un enjambre formado por varios coches, todos de color oscuro, algunas motos, un carro, un trolebús y un tranvía se movió por delante de ella como si fueran los peces de una corriente sólida. El tranvía hizo sonar la campanilla.

Celia se lo quedó mirando embobada.

¡Tenía que hacer tantas cosas!

Subirse a uno de ellos, y a un trolebús, y ver el mar, y mirar Barcelona desde el Tibidabo, y…

El guardia urbano volvió a moverse.

Cruzó la calzada.

El vértigo de la gran ciudad era inaudito. Toda aquella gente desplazándose de un lado a otro, la mayoría con prisas. Todos sabían de dónde venían y a dónde iban, y eso, aunque fuera de sentido común, le parecía asombroso. Igual que las hormigas de un hormiguero. Pero al menos ellas se comunicaban entre sí. En la ciudad, las personas eran extrañas, ajenas las unas a las otras. Tenían mapas en la cabeza.

Eran autómatas urbanos.

Pero lo peor era el ruido.

Barcelona era un animal vivo.

Y ella, el último parásito.

La avenida, el cruce. Torció a la izquierda. Casi saltó de alegría al ver el nombre de la calle en la placa de la esquina y el número 327 en la primera puerta. Ella iba al 359.

Los últimos pasos.

El portal de la casa era principesco, con la parte superior acristalada

en forma de semicírculo. Las dos puertas de madera estaban abiertas y el vestíbulo se mostraba egregio, señorial. También era grande, espacioso. La casa de la abuela cabía allí entera. El suelo, formado por enormes losas de mármol marrón claro y blanco, brillaba como si acabasen de bruñirlo. En las paredes había lámparas palaciegas. Al fondo vio el ascensor, un camarín de madera noble protegido por herrajes dorados. Había oído hablar de esos artilugios capaces de subirte a las alturas sin moverte, pero era la primera vez que veía uno. A la izquierda del ascensor, la escalera; a la derecha, el cubículo de lo que parecía la portería.

Solo que no había portera, sino portero, o conserje, o como lo llamaran allí.

—¿A dónde vas?

Ella era pequeña, menuda, y el hombre muy muy alto. Llevaba una bata azul y se había puesto las manos a la espalda, en posición marcial. Su rostro, hermético, no transmitía la menor emoción.

—Al piso de los señores Miramón.

—¿Eres la nueva?

¿La nueva?

—Soy la criada —dijo.

El hombre no menguó en su estudio, pero fue más rápido. Asintió levemente, plegó los labios en lo que parecía una mueca de resignación y le señaló la escalera.

—No puedes subir con esto en el ascensor —le hizo notar echando un vistazo al equipaje—. Tendrás que hacerlo a pie.

Celia no le dijo que lo habría hecho igual, porque solo la idea de meterse en un aparato que la trasladara por el aire, sin nadie más, la hacía temblar.

Ni siquiera sabía cómo demonios funcionaba aquel trasto.

2

Virtudes Crussat, señora de Miramón, escuchó el timbre de la puerta y tardó unos segundos en reaccionar. Llevaba días despistada, molesta, y

la marcha de la asistenta no había hecho sino empeorar las cosas. Nadie iba a abrir la dichosa puerta, estaba sola. Tenía que hacerlo ella. Un encono más. Daba la impresión de que en los últimos días todo se movía a su alrededor de manera asimétrica.

Algo que no toleraba.

Si la vida no estaba controlada y medida, se convertía en una suerte de lotería impredecible.

Se incorporó de la butaca, estiró el vestido hacia abajo, levantó la barbilla y se pasó una mano por la parte de atrás de la cabeza, para controlar que todo estuviera en su sitio. No toleraba la falta de elegancia ni la dejadez de las formas. Estar sola en casa no la eximía de guardar el mayor respeto para consigo misma. Únicamente así su control y fuerza de voluntad llegarían a los demás, en especial a sus hijos.

Caminó hasta el recibidor.

Al abrir la puerta la vio por primera vez.

Menuda, en apariencia frágil, con aquel horrible aspecto de pueblerina, y más cargando el hato negro y la espantosa maleta de cartón atada con cuerdas. El abrigo, por lo menos de antes de la guerra, era un atentado contra las buenas formas en el vestir. Pero era bonita, mucho. Tenía unos ojos vivos, unos labios rosados, un óvalo facial delicado. Cara de ángel. Sí, esa fue la primera impresión positiva, la carita de ángel. Casi parecía mentira que algo así hubiera podido nacer en un pueblo de mala muerte, perdido a los pies del Pirineo, y, encima, ser hija de quien era.

Por suerte, ella era una buena cristiana.

Creía en el perdón.

En el perdón y en la inocencia de los hijos frente a los pecados de los padres.

—¿Eres Celia? —le preguntó con voz grave.

—Para servir a Dios y a usted, señora. —Se inclinó levemente la recién llegada doblando un poco la rodilla derecha.

Bueno, tenía educación. El padre Espinosa, a instancias del párroco del pueblo, le había asegurado que se trataba de una buena chica, que aprendía rápido, que era lista. Y, si el padre Espinosa ponía la mano

en el fuego por ella, no tenía más que creerle. Para algo era su confesor y guía espiritual. Precisamente quería una nueva asistenta que no tuviera los malos hábitos mundanos de la ciudad, ni las taras de una sabelotodo. Una chica a la que pudiera formar y enseñar.

—Pasa —la invitó a entrar.

Cerró la puerta y la precedió hasta la salita en la que había estado leyendo unos segundos antes. Una vez en ella ocupó la butaca. Celia se quedó de pie, sin saber qué hacer. Virtudes no le pidió que se sentara.

—Puedes dejar la maleta y el hatillo en el suelo.

La obedeció. Luego unió las manos caídas a la altura del bajo vientre.

—¿Has tenido un buen viaje? —La dueña de la casa hizo una primera pregunta de cortesía.

—Largo, pero sí, sí, muy bueno. Unos paisajes preciosos.

Todo debía de parecerle así, precioso.

Aquella inocente había vivido dieciocho años en el pueblo.

—¿Te ha costado encontrar la casa?

—No, no. He preguntado.

—¿Y qué te ha parecido Barcelona?

No tuvo palabras, pero las buscó.

—Grande… —dudó un momento—. Mucha gente, mucho ruido…

—Te acostumbrarás. Aunque te doy la razón en lo del ruido. La gente se vuelve cada vez más absurda. Se pierden el decoro y las formas a pasos agigantados.

—Sí, señora.

Virtudes dejó la cháchara de cortesía. No estaba allí para ser su amiga, sino su ama. Cuanto antes le marcara el terreno y le señalara sus obligaciones, antes recuperaría la casa su mecánica interna, el buen funcionamiento.

Lo esencial para la vida.

—Celia, espero que entiendas tu responsabilidad —comenzó a hablarle como un general lo haría a un soldado raso—. El párroco de tu pueblo le dijo a mi confesor que eras una buena chica.

—¡Lo soy! —se apresuró a manifestar ella.

Virtudes levantó una mano.

—No me interrumpas cuando hable —la previno—. Espero que puedas demostrar que lo eres, pero te diré que dos santos no pueden equivocarse. Sería horrible por tu parte que les hicieras quedar mal. Piensa solo en tu suerte. Vas a trabajar para una familia honesta, decente, cristiana. Aquí tendrás un hogar, un techo, una cama, comida, un jornal digno. A cambio exijo lealtad, trabajo, servicio y humildad. ¿Me has entendido?

—Trabajaré duro, señora.

—Lo sé. Siendo hija de quien eres, deberías dar gracias a los cielos por la bondad que has merecido. Solo espero que no tengas nada de tus padres.

Celia bajó los ojos al suelo.

Apenas si se la entendió cuando balbuceó:

—Me crio mi abuela, señora.

—Nunca has servido en una casa —cambió el sesgo de la charla Virtudes Crussat—. Habrá que enseñarte.

—Aprendo rápido, señora.

—Estos primeros días te pondré al corriente. Aquí hay cosas muy valiosas, ya lo verás. No rompas nada. Ve con mucho cuidado con lo que tocas, especialmente al limpiarlo. El señor es capaz de matarte como causes un estropicio, por menor que sea. Lo primero que has de entender es que vamos a cuidar de ti lo mismo que tú de nosotros. Espero reciprocidad. No robes. —Volvió a levantar la mano para detenerla al ver que iba a decir algo—. Si sobra comida, si queda algo en un plato que a ti te apetezca y pienses que, como ha de ir a la basura, puedes comerlo, te equivocas. Podrás comerlo, claro, pero si lo pides. Nunca te diremos que no, pero no des por sentado nada.

—Le juro que yo nunca…

—Aquí tendrás tentaciones —quiso insistir la mujer—. Es lógico, que para algo el diablo está en todas partes y tienta a los inocentes. Por eso es mejor dejar las cosas claras desde el primer día. —Y tras decir esto añadió—: Me dijeron que tu cumpleaños fue hace unos días.

—Sí, señora.

—Tienes novio.

—¡No!

—Mejor. Los hombres son una rémora en la juventud de una muchacha decente. Yo me casé a los veintiocho, ya hecha una mujer. —Pareció arrepentirse de haberle confiado aquella intimidad y se puso en pie—. Ven, te enseñaré tu habitación y nada más te hayas instalado empezaremos tu instrucción. —Salió de la sala sin dejar de hablar, seguida por Celia—. Tendrás dos uniformes, que deberás cuidar para que estén siempre en condiciones. No soporto el desarreglo ni la suciedad ni la desidia personal. Librarás los jueves por la tarde, siempre y cuando no haya una emergencia familiar. Nuestros horarios son muy rígidos. El señor insiste en ello, y yo también.

Pasaron por delante de un gran comedor. Lo único que atinó a ver Celia fue un retrato familiar, pintado a mano, colgando de la pared principal y con una luz encima, para destacarlo. En él sobresalían cuatro personas, el hombre sentado en una butaca señorial, la mujer detrás, de pie, y, a ambos lados de ella, los dos hijos, un chico y una chica.

La familia Miramón.

—El piso es grande, como verás. Tu habitación está al fondo, junto a la cocina y el cuarto de la plancha —seguía hablando la dueña de la casa.

3

Fernando Miramón levantó la vista de los informes. El pliego de papeles temblaba de vez en cuando en sus manos. Lo hacía a cada sobresalto, a cada párrafo negativo, con cada cifra preocupante. Y no había página sin algo que lo desarbolara.

Todo era malo.

Peor.

Llegó al resumen y notó cómo se le aceleraba el corazón. Un cuadro dantesco. En otras circunstancias, aquello había significado la ruina, el fin de la empresa fundada por su abuelo y mantenida por su padre. Por suerte él había diversificado, repartiendo las manzanas en

distintos cestos, buscando otros mercados, poniendo la vista en diferentes lugares del mundo. Jamás habría imaginado lo sucedido en Cuba. Ni en sueños. Pero allí estaba. Las pérdidas eran sustanciales, la hecatombe había estado muy cerca. De hecho, todavía la bordeaban como quien camina por un sendero al lado de un gran precipicio. Se salvaban gracias a su perspicacia y a su instinto en el mundo de los negocios.

Cuba.

La maldita revolución. Los malditos comunistas. El maldito Fidel Castro.

¿Cómo había sido posible? ¿Cómo lo habían permitido los americanos? ¿En qué pensaba Batista cuando se reía de «los barbudos» de Sierra Maestra?

¡Locos, locos, locos!

¿No se daban cuenta de que el comunismo actuaba siempre de manera solapada pero contumaz? ¿El mundo no había tenido en cuenta la gesta de España deteniéndolo, aun a costa de tanta sangre en la guerra que había terminado veinte años atrás? El 1 de enero, hacía menos de dos meses, Cuba había caído. Las imágenes de los barbudos en La Habana causaron conmoción. Un gobierno marxista a las puertas de los Estados Unidos. Y, con él, la nacionalización de todas las empresas.

La Compañía Azucarera Miramón entre ellas.

Dejó el informe sobre la mesa y paseó la vista por el despacho. En tantos años, era la primera gran crisis de la empresa. Los retratos de su abuelo y su padre parecían mirarlo con gravedad. También con cierto orgullo. En otras circunstancias, aquello habría sido el fin. Ahora, aunque con pérdidas, seguirían.

Seguirían lejos de ser lo que habían sido, pero seguirían.

Y siempre le quedaba la pequeña fortuna de Virtudes.

Bueno, si no acababa dejándolo todo a la Iglesia.

Como si al cielo se llegara mediante el pago de un buen lugar.

Lo que sí parecía evidente era que tendría que haber cambios, recortes, despidos. Ajustarse el cinturón. En lo laboral, no en lo personal. Lo más importante al final era mantener su posición, seguir

igual, demostrar que no pasaba nada, que los negocios subían y bajaban, pero que si el dueño se mantenía en el trono…

Los de la filial cubana, que se apañaran.

¿No habían celebrado también la irrupción de Castro en La Habana?

No todos los países tenían a un Francisco Franco.

Miró la foto en la que él estaba saludando al Caudillo.

—Su azúcar es al café lo que nosotros somos a la vida, buen amigo —le había dicho aquel día el Generalísimo—. La endulzamos, le quitamos amargura.

Fernando Miramón se pasó una mano por los ojos.

Estaba cansado.

Cada peseta perdida era un átomo de energía volatilizado.

Sentía lástima por Cuba y por los inocentes cubanos caídos bajo el peso de la bota marxista. Había visitado varias veces la isla. Le gustaba. Y le gustaban las cubanas con las que había estado. Pura vida. Puro gozo. «Si no has probado la saliva de una mulata, no has probado nada», decían. Ahora aquello sería un paraíso perdido. Uno más. Estaba seguro de que el país estaba ya sentenciado.

Tanto como la Compañía Azucarera Miramón.

Se levantó de la silla y se acercó a la ventana. El día era gris, frío, y amenazaba lluvia. Solía irse con los empleados, a su hora, pero el cansancio se le acentuó en las piernas y le presionó las sienes. La gente, en la calle, iba y venía feliz y despreocupada. Vivían en un país en paz. Seguro que ni siquiera pensaban en la lejana Cuba. Ni les importaba. ¿Por qué habría de importarles? Solo cuando pagaran más por un paquete de azúcar lo sentirían. A través de los bolsillos, pero lo sentirían. Tal vez entonces se darían cuenta de que el mundo estaba cada vez más unido por invisibles redes económicas y políticas. Una revolución aquí producía un efecto dominó allá.

—Los americanos no se quedarán tal cual —musitó—. Seguro que los atacan ahora que se van a dar cuenta de su error. Claro que entonces los rusos igual no se están quietos y entonces…

Estaba demasiado atenazado para pensar con claridad.

Mejor llamaría a…

No, por una vez, mejor se iba a casa.

No estaba en condiciones de ser un hombre feliz, alegre y despreocupado. Y mucho menos un amante capaz de satisfacer a una mujer, aunque lo que más necesitaba era que lo satisficieran a él.

No recogió el informe de encima de la mesa.

Salió de su despacho con la cabeza baja y la mente llena de números rojos.

Rojos, como los malditos comunistas.

4

Joaquín Miramón esperó a que Bruno Miravet llegara hasta él. Su amigo lo hizo a la carrera, al darse cuenta de que estaba al otro lado de la calle, apartado del enjambre de estudiantes que salían de los Salesianos a la hora del cierre de la jornada matutina. Cuando lo alcanzó, los dos echaron a andar uno al lado del otro.

—¿Qué quería?

La pregunta no sorprendió a Bruno. Era natural que Joaquín la hiciera.

—Tirarme de las orejas.

—¿Literal?

—Por si acaso me he mantenido apartado de él. A Felipe no solo lo pellizcó, sino que le retorció el pellizco.

—Es un sádico —masculló Joaquín.

—Me ha dicho que me confiese el domingo.

—Todo lo arreglan así. —Le lanzó una mirada socarrona—. También, lo tuyo… Mira que caérsete esa foto justo delante de él.

—¡Pero si está vestida!

—Bueno, pero con esa ropa y ese escote…

—No veas cómo la ha puesto. De puta para arriba.

—¿Ha dicho «puta»?

—¡No, hombre, no! Él ha empleado la expresión «mujer de mala vida».

—¡Pero si es una actriz de lo más famosa!

—Da igual. Todas las que hacen películas y se descocan lo son.

Además, se ve que se ha divorciado varias veces, y eso equivale a ir directo al infierno.

—¿Y él cómo sabe que se ha divorciado varias veces?

—Tenía que habérselo preguntado.

—Entonces te mata, directamente.

Bruno le dio un puntapié a una piedrecita que salió volando por el aire hasta morir en la cuneta.

—Lo malo es que me ha roto la fotografía. ¡En las narices, así, en plan cruel! ¡Con lo que me costó! —expresó todo su desaliento.

Se sintieron hermanados por el infortunio.

Sacaban buenas notas. A duras penas, pero las sacaban. Tampoco se esperaba menos de ellos. Sin embargo había una vida dentro de la escuela y otra fuera de ella. Incluso dentro y fuera de sus respectivas casas.

Estaban en su último curso, sexto de Bachillerato. Después de la reválida llegaría la maldita hora de la verdad. La hora de tomar decisiones trascendentales que marcarían el resto de su vida. Bruno tenía claro qué hacer. Joaquín, no.

Y su padre no iba a dejarle pasar ni una.

Mal que le pesara, era el heredero de la saga azucarera familiar. La cuarta generación.

—¿El sábado irás a por Merche?

—Sí —dijo Bruno.

—Se ha puesto como un tren.

—El verano pasado era un alfeñique y en cosa de unos meses…

—Tú le gustas.

—Eso espero. Si pudiera tocarle las tetas, ya podría morirme.

—Como que va a dejarte.

—¿Por qué no nacimos en América? —lamentó Bruno—. Allí con dieciséis años conducen y tienen novias y todo eso. Incluso lo hacen.

—Ya será menos.

—¡Que sí, que lo hacen! ¡Las películas las cortan y las censuran, pero los primos americanos de mi madre, el otro día, le dijeron que habían pillado a su hija con uno, y ella solo tiene quince años!

Joaquín sintió la excitación.

—Lo que nos estamos perdiendo —suspiró.

—Oye, ¿no llegaba hoy tu nueva criada?

—Eso me dijo mi madre.

—Pues a ver qué tal. Me dijiste que era joven, ¿no?

—Dieciocho.

—¡Eso sí que es suerte!

—Venga, hombre, que viene de un pueblo. Será gorda y fea, como la que se ha ido. Seguro que hasta tiene bigote.

—Da igual. Si tiene dieciocho años, podrás espiarla, ver qué hace. Igual se deja tocar.

—Y mi madre me mata —se estremeció Joaquín.

Llegaron al lugar en el cual sus pasos divergían. La despedida fue rápida, sin dejar de caminar.

—Hasta luego.

—Ya te contaré.

Joaquín siguió solo.

No había pensado en la nueva criada hasta ese momento.

Sí, no tenía la menor esperanza de que fuese diferente a las dos anteriores. La edad no importaba. Si su madre la empleaba, sería por algo.

A fin de cuentas, qué más daba una criada que otra.

5

Natividad Miramón abrió la puerta del piso con su llave. Todavía se le antojaba un acto de madurez. Había tenido que esperar hasta los once años para poder ir sola a la escuela, venciendo las reticencias maternas. Eso había sucedido en septiembre pasado, al empezar el curso. Ahora, con doce años cumplidos, tener su propia llave representaba algo más. Un primer paso hacia la casi libertad de la adolescencia.

Aunque el tiempo transcurría muy despacio.

Exasperantemente despacio.

Envidiaba a su hermano, que pronto podría ir a ver las películas no

aptas que ahora le estaban vedadas. También la lectura de libros mucho más abiertos. Sentirse prisionera del tiempo no le gustaba nada. Por eso, a veces, la poseía la rabia. Una rabia rebelde y oscura que le hacía perder los nervios y que difícilmente conseguía atajar por sí misma como no fuera mediante un castigo externo.

Su severa madre se las arreglaba sola para eso.

Ella y su «rectitud moral».

¿Cuándo se había vuelto tan beata? ¿Ya era así de niña, de joven? ¿O quizá fue al morir Asunción?

No le gustaba pensar en ella.

Para nada.

Nada más cerrar la puerta, como si estuviera allí, en el pasillo, esperándola, o la hubiera escuchado gracias a su fino oído para correr a su encuentro, se encontró con su madre.

—Natividad…

—¡Ah, hola, mamá!

En la escuela era Nati. Las amigas la llamaban Nati. En casa no. En casa era Natividad, con todas las letras. Ella decía que no la había bautizado con un nombre tan bonito para luego acortárselo.

Sí, su madre era religiosa desde siempre.

—Escucha —bajó la voz y le pasó un brazo por encima de los hombros, casi en plan conspirador—. Ya ha llegado la nueva.

—¿Ah, sí? —lo expresó sin el menor énfasis, por mera cortesía—. ¿Qué tal es?

—Joven e inexperta, pero, en consecuencia, perfectamente educable y maleable. Puede que me cueste un poco organizarla, pero, si sale bien y tenemos paciencia, tal vez consigamos criada para un tiempo.

—Bueno. —Intentó continuar su camino, rumbo a la habitación, para dejar la cartera.

—Espera —la retuvo Virtudes.

—¿Qué pasa? —Advirtió el tono grave y serio del semblante materno.

—Mira, Natividad, solo espero que te portes mejor con ella que con Isabel, eso es todo.

—Mamá…

—Sabes a qué me refiero.

—Mamá, Isabel era una inútil, y en estos últimos meses estaba insoportable.

—¿No será que justo en estos últimos meses tú la habías tomado con ella?

—¿Yo? —No pudo creer lo que estaba oyendo—. ¿Pero tú veías lo que hacía con mi ropa, o la manía de arreglarme la habitación y cambiármelo todo de sitio?

—Cariño, no negaré que al final había perdido los papeles, pero contigo salía a llorera diaria, y la que tenía que aguantarla era yo.

—¡Era una patosa!

—Ya, pero lo que le hiciste la última vez no fue muy cristiano.

—¿Qué tiene que ver Dios con eso? ¡Me destrozó mi blusa preferida! ¡Y no era la primera vez! ¡Para mí que lo hacía aposta!

—No digas eso —se lo reprochó con suavidad—. A Celia vamos a enseñarla bien. Es jovencita y aprenderá.

—¡Viene de un pueblo, será otra analfabeta!

—¡Natividad, ten un poco de amor cristiano! No todo el mundo ha tenido la suerte de nacer en un hogar católico y tan lleno de amor como el nuestro. Lo único que te pido es paciencia y que te controles un poco. No quiero volver a cambiar de criada. Para mí es… una sacudida emocional, no sé si me entiendes. Controla tu mal genio y nada más.

—¡Yo no tengo mal genio! —se escandalizó.

Virtudes le dio un beso en la frente. Seguía reteniéndola, impidiendo que siguiera el camino hasta la habitación.

—La última vez te libraste del castigo de tu padre porque yo intervine, no lo olvides. Pero no siempre podré hacerlo. Papá anda estos días preocupado por lo que ha sucedido en Cuba, así que trata de comportarte. Ya no eres una niña.

No, no lo era, y precisamente por ello la angustiaba y se sentía molesta por el exceso proteccionista de su madre.

—Me portaré bien —le prometió.

—Eso espero. —Bajó la guardia la mujer antes de sonreír y agregar —: Ven, te la voy a presentar.

Celia se sentó en la cama y contempló las cuatro paredes en las que iba a vivir probablemente los próximos años. Su casa. Su nueva casa. En la del pueblo, abría la ventana y veía los campos, los árboles, los montes, las cumbres nevadas de los Pirineos. Allí la ventana daba a un patio de luces rectangular, lleno de otras ventanas cerradas, algunos tenderetes de ropa y muchas cañerías que recorrían las paredes de arriba abajo. Por suerte, al estar en la última planta, veía el cielo mucho más cerca y entraba la luz. Y no solo era la última planta, su habitación quedaba casi un piso por encima del resto, en una especie de cubículo situado entre el piso y el terrado. Se llegaba a ella mediante una escalerita angosta que salía del lavadero. A ambos lados de él tenía un pequeño aseo, el cuarto de la plancha y la cocina, tras la cual ya se extendía el piso propiamente dicho.

Un palacio.

Había contado siete habitaciones, el comedor, una galería, la terraza, dos salas de estar y tres cuartos de baño, amén de muchos armarios empotrados. Todo muy lujoso. Todo lleno de cuadros, objetos de porcelana, columnas de alabastro, estatuillas, portarretratos. Había mesas o estantes abigarrados, en los que ya no cabía un alfiler. Casi daba miedo tocar algo. Sabía que si lo rompía sería terrible. La señora Virtudes se lo había enseñado todo. El único lugar al que le había prohibido entrar, ni siquiera para limpiar, era el despacho de su marido, el dueño de la casa. Aquel era el santuario personal del señor Miramón.

El señor Fernando Miramón.

Celia miró los listados que su nueva ama le había entregado. No solo estaban los horarios del desayuno, la comida y la cena. También la relación de sus obligaciones, por horas y por días. En un cuadro aparte, el tipo de comidas que les gustaban y las más adecuadas según los días de la semana o la época del año, aunque la última palabra la tomaba la señora cada día por la mañana. En el pueblo había practicado, aunque allí no tenían ni mucho menos la clase de condimentos o la abundancia de la ciudad. La abuela había extremado

su preparación en este sentido. Lo malo era que de la teoría a la práctica…

—Señor, ayúdame. —Unió las manos en un rezo suplicante.

Encima de la cama tenía un crucifijo de madera. Era demasiado grande para la estancia y lo único que, de momento, presidía una de las cuatro paredes. Un Jesucristo doliente que, con la cabeza inclinada, más que mirar al frente miraba la cama en la que ella dormiría. Su expresión daba un poco de miedo. Tanto dolor, tanta angustia. Una cama pequeña, con una mesita de noche al lado, un armario, una mesita ratona y una silla completaban la decoración. Hacía un poco de frío, aunque las cañerías de la calefacción que atravesaban dos de las paredes daban algo de calor. Una alfombra cubría el suelo para que no notara el frío de las baldosas.

Ya había guardado la escasa ropa.

Y, finalmente, no se había atrevido a poner la foto de sus padres en la mesita de noche o en la mesa ratona. No después de lo dicho por la señora Virtudes, el recordatorio de lo que fueron ellos tiempo atrás. No creía que ella entrase en la habitación, pero por si acaso. Mejor no arriesgarse. La fotografía se había quedado en la maleta.

Miró el reloj despertador de la mesita, grande, aparatoso, con dos campanitas y un timbre en la parte superior.

Iba a vivir muy pendiente de él.

Quedaban cinco minutos para que se reuniera con la señora en la cocina. Sabía que allí los tiempos iban a ser inflexibles. Como le había dicho, los primeros días la tutelaría. Cocinaría ella, que para algo era la criada, pero la señora Virtudes iba a dirigirla. Estaba nerviosa. Había conocido ya a todos y las sensaciones eran dispares. El señor le había parecido muy serio y distante, aunque la miró como si la atravesara. Peor aún, como si la desnudara. Joaquín, el hijo mayor, en cambio, había abierto los ojos movido por una extraña sorpresa. A Celia se le antojó raro. Era un chico avispado, más alto que ella y más parecido a su madre que a su padre en lo físico. Por último, Natividad, que era una chica muy guapa, una niña explotando en la plenitud de su edad. Ella sí que no se parecía a nadie. Ojos vivos, inquieta, de palabra fácil y gesto rápido. Tampoco es que le hubiera hecho mucho

caso. La saludó y le dio la espalda al momento para regresar a su habitación.

Los Miramón.

Con el fantasma de la hija muerta, visible en muchas de las fotografías repartidas por toda la casa.

La hora.

Celia se levantó, se alisó el uniforme, se colocó el gorrito y llenó los pulmones de aire. Primera cena. Después, primera noche. Ya no valía la pena llorar, y menos por la abuela y por el pueblo. Eso empezaba a pertenecer al pasado.

Ahora vivía en Barcelona y era la criada de la familia Miramón.

Se suponía que tenía que dar gracias a Dios por su suerte, pero le costaba aceptarla.

Intermedio 1

1992

El pueblo era relativamente pequeño. Un puñado de casas apretadas en torno a una iglesia y una plaza mayor, y otro puñado repartido en los aledaños, entre la tierra yerma y las laderas de los montes más cercanos, con los Pirineos al fondo y sus cumbres nevadas brillando al sol. Una carretera sinuosa, mal asfaltada y llena de baches, lo había llevado hasta las primeras construcciones, y de ellas al centro, un suspiro. Los muros de las paredes eran gruesos, las ventanas pequeñas, las puertas de madera mostraban herrajes centenarios. Inicialmente no vio un alma. Luego sí. Alertados por el ronco palpitar del motor del coche, un par de mujeres se asomaron al exterior y dos niños de unos diez u once años corrieron tras el vehículo, como si él fuera la avanzadilla de un ejército invasor cargado de chocolatinas.

Cuando detuvo el coche en la plaza, los niños lo examinaron atentamente. Las preguntas llegaron al bajar él.

—¿Cuánto coge?

—¿Vale mucho?

Eduardo Camprubí sonrió. Los niños eran iguales en todas partes, pero en los pueblos les podía más la curiosidad. Pocas distracciones debía de haber por allí, lejos de la costa, las playas, el turismo de masas, en un rincón perdido de la España más profunda.

—Puede ir a doscientos —le dijo al primero—. Pero nunca lo he probado —se dirigió al segundo y agregó—: No tengo ni idea. Lo heredé de mi padre.

—¡Jo, el mío como no me deje el tractor…!

Eduardo paseó una mirada por el contorno mientras estiraba los brazos y las piernas. El rótulo del estanco era visible justo al lado del bar. No había nadie en las mesas exteriores, quizá por la hora, tal vez por el frío. Podía preguntar a los dos pilluelos, pero prefirió no darles

palique.

—¿Me lo vigiláis?

—¡Claro!

Echó a andar en dirección al estanco. Le pareció mejor que preguntar en el bar, donde había muchos más oídos, aunque, inevitablemente, su presencia allí pronto pondría su estancia y la suficiente dosis de misterio en boca de todos. En el estanco no solo vendían tabaco o sellos de correos, también era la papelería y el almacén de los cachivaches. Algunos debían de llevar años en los estantes. En un capacho, al lado de la entrada, vio decenas de libros usados, de segunda mano. Todos a peseta.

El infinito por una peseta.

El estanco podía ser viejo, pero la estanquera era una mujer joven, de apenas treinta años. Nada más aparecer él por la puerta y ver que se trataba de un desconocido, se atusó el pelo en un gesto instintivo de coquetería. No llevaba anillo de casada.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor.

Se detuvo delante del mostrador e intentó parecer una persona afable. La gente no siempre reaccionaba bien cuando la asaeteaba a preguntas. Algunos incluso se ponían a la defensiva. Ser detective privado no era una coartada.

La frase tópica siempre era:

—¿Como en las películas?

Y él tenía que decir que no, que como en las películas no. Ni llevaba pistola ni se tropezaba con rubias explosivas ávidas de su cuerpo. Por lo menos tampoco había mafiosos, gánsteres o enemigos públicos números uno.

—Perdone que la moleste. Estoy buscando a una persona que ni siquiera sé si está todavía viva. Se llama Benigna Sanromán.

El rostro de la estanquera permaneció ingrávido.

—No me suena.

—Vivía aquí en el 59. Tenía una nieta llamada Celia García. Es todo lo que sé.

—Pues no puedo ayudarle —se excusó ella—. La verdad es que no

me suena. ¿En el 59 dice? Imagínese. Yo ni siquiera había nacido. El pueblo es pequeño, pero hay muchas casas diseminadas por los montes. Muchos viven de puertas para adentro.

—Gracias —sonrió con pesar—. Siento haberla molestado.

—No, no, para nada. —Fue amable—. Pregunte en el bar, aquí al lado.

Tuvo que hacerle caso. Salió del estanco y llegó al bar. Los dos niños seguían examinando el coche, con las caras pegadas a las ventanillas. Además del polvo del camino, ahora quedarían sus huellas bien visibles.

Se resignó.

Los parroquianos del bar eran siete. Dos hablaban en la barra, un solitario ocupaba una de las mesas y cuatro jugaban al dominó en otra. La superficie era de mármol, así que, como buenos jugadores, hacían restallar las fichas con brío al colocarlas en su lugar.

—¡Me doblo!

—¡Pues yo descargo!

—¡Paso!

—¡Te jodí!

Las risotadas acabaron al verle aparecer y dirigirse a la barra. El camarero sí era mayor, cincuentón. Llevaba un delantal sucio y un mondadientes en la comisura de los labios. Los dos hombres fumaban echando el humo sobre las escasas tapas del mostrador.

Eduardo no perdió el tiempo.

Ni siquiera pidió un café para quedar bien.

—Buenas tardes. ¿Podría hacerle una pregunta?

—Poder, puede. —La voz era ronca—. Otra cosa es si sé la respuesta.

—Busco a una mujer llamada Benigna Sanromán.

Tuvo la sensación de que sabía de quién le hablaba. Pero solo fue eso, una sensación. El hombre del bar se lo tomó con calma. Su rostro era de piedra.

—¿Sanromán? —Movió la cabeza de lado a lado—. No, no.

—Vivía aquí en el 59.

—En aquellos años el pueblo era mucho más grande —resopló—.

Había el triple de gente. Igual esa mujer se casó y adoptó el apellido del marido, como es normal.

—¿Y Celia García?

—Tampoco —se dirigió a los parroquianos elevando la voz—: ¿Os suenan los nombres de Benigna Sanromán y Celia García?

No hubo respuestas, únicamente rostros indiferentes.

—Ya ve —se limitó a seguir el camarero—. Salga de aquí, tome la izquierda, y luego doble por la primera esquina. La Manuela, la del colmado, sí es de las de toda la vida. A quien no conozca ella…

—Ha sido muy amable, gracias. —Inició la retirada.

—No hay de qué. ¿De dónde viene?

—De Barcelona.

—Está lejos. —Levantó las cejas.

—Un poco.

Dejó el bar y la partida a su espalda. Lo último que escuchó fue a uno de los jugadores doblándose «a pitos» con estrépito y tono de triunfador. Le echó un vistazo al coche, ya sin los críos, y con menos de cincuenta pasos llegó al colmado. No había nadie en el interior y tuvo que carraspear para hacerse oír. La dueña, porque tenía que ser la señora Manuela, rondaría los setenta años. Tal vez más. Era recia y poderosa, de enorme delantera, brazos carnosos y papada rotunda. Por tercera vez hizo el saludo protocolario y, a continuación, la pregunta.

Esta vez, la respuesta fue diferente.

—¿La Benigna? ¡Vaya por Dios, oiga, que no ha llovido ni nada!

—Entiendo que ya no está por aquí.

—¡No! —Se echó a reír—. Se murió un buen día, de eso hace… Ni lo sé, mire usted. Tampoco era de las que se dejaba ver demasiado por el pueblo. Tenía su huertecito… ¿Para que la buscaba?

—Cosas del Estado. Hacienda y todo eso —mintió—. ¿Y de Celia García sabe algo?

—No, tampoco. ¿Hacienda? ¡Pero si no tenían donde caerse muertas! Yo creo que hace una eternidad de años que desapareció. Ni siquiera es que se despidiera ni nada.

—¿Y usted no sabe dónde podría estar Celia?

—Se fue con su hijo, como todos los jóvenes a partir de los años

setenta. ¿Sabe quién podría decirle algo más? La Ramona —continuó sin darle pie a decir nada—. Su madre y la Benigna eran bastante amigas.

—¿Dónde vive?

—¿Ha venido en coche?

—Sí, sí.

—Menos mal, porque no está lejos, pero tampoco es para ir a pie. Mire, venga. —Salió de la tienda llevándolo del brazo y, una vez en el exterior, señaló calle arriba—. Vaya por aquí todo recto cosa de un kilómetro, ya fuera de lo que es el pueblo. Cuando vea una casa rosa, que ya me dirá usted qué hace aquí una casa pintada de rosa, tome a la derecha. Habrá varias construcciones más o menos diferentes. Ese es el barrio nuevo. ¡Nuevo de hace treinta años, claro! Las casas se alquilan para turismo rural o vacaciones, que hay gente para todo. Usted nada, siga, y pasado el barrio ya la verá, a la izquierda, con aspecto de molino y sillares de piedra en los muros. Esa es la casa de la Ramona. La Benigna vivía un poco más arriba.

—Ha sido muy amable —se despidió de la mujer del colmado.

De pronto ella se puso seria. Casi grave.

—Tuvieron mala suerte, ¿sabe usted? —suspiró—. No es que yo sepa nada, pero la Benigna aquí, sola, y luego la nieta, que se fue a trabajar a la ciudad tan niña, y encima lo que le pasó… Cosas de aquellos días, ¿verdad? ¡Y luego dicen que los años sesenta fueron maravillosos!

Capítulo 2

Marzo de 1959

7

Comenzó a gemir y a gritar al notar la llegada del orgasmo. Era la señal. Consuelo redobló sus movimientos, agitando la pelvis para que él la sintiera más y más. Fernando abrió los ojos. Le gustaba mirarla al correrse. Se apoyó con la mano izquierda y le puso los dedos de la derecha en la boca. Ella se los lamió. Otro gemido, otro grito. Notaba cómo todo su ser confluía en el sexo. Una descarga atómica. Retiró los dedos de la boca y le presionó el pezón izquierdo. Ella se rompió en un quejido.

—¡Más fuerte! —le pidió.

Fernando pellizcó más y más aquel botón rojo, duro y salido por encima del rosetón todavía lleno de saliva. Consuelo fue ahora la que gritó enloquecida. Ya se había corrido dos veces. Quería que la tercera coincidiera con la suya.

Y él se tensó por última vez.

Se liberó.

La descarga final, prolongada, brutal.

Fernando no gritaba: aullaba. Se volvía loco. Era como si se quebrara en mil pedazos para, luego, volver a reconstruirse encajando las piezas. La miraba mientras lo hacía, y ella le devolvía esa mirada con el fuego del deseo. Ni se preocupó de la baba que le colgó de los labios. Consuelo sacó la lengua y la sorbió.

El último segundo.

Aquel jadeo desmedido, poco a poco acompasado.

—Dios… —exhaló él viniéndose abajo.

—Ven —lo acunó ella.

Se dejó vencer. La aplastó con su peso, pero no hubo queja.

Consuelo le acarició la nuca con la mano derecha mientras trataba de alcanzarle las nalgas con la izquierda. Los dos sudaban, estaban empapados. Más allá de las cuatro paredes podía incluso nevar. Allí eran diablos disfrutando de su infierno particular.

—No te muevas. Déjame sentirla dentro.

—Sigue gorda —suspiró.

Esperó un minuto, dos, hasta que el miembro se empequeñeció y abandonó por sí mismo la cavidad vaginal. Cuando se apartó de encima de ella volvió a mirarla.

Brillaba como una diosa.

—¿Tienes más ganas? —le preguntó.

—Siempre tengo ganas —dijo Consuelo.

—¿Te lo como?

—No, descansa.

—Sabes que no me importa. Me gusta.

—No, ven.

Se arrebujó en ella, como un niño. Consuelo le pasó el brazo por debajo de la cabeza. Los dos notaron cómo sus respiraciones se acompasaban al unísono. Los pechos de la mujer caían ahora aplastados a ambos lados del cuerpo. La piel resplandecía. El dorso del hombre también refulgía por el sudor, con el escaso vello pectoral enmarañado.

Jugaron con los pies.

No había rincón que Fernando no hubiera devorado en el largo prolegómeno ritual.

—¿Estás bien? —rompió el silencio dos o tres minutos después.

—Sí —susurró él.

—Parecías un toro furioso.

—Lo necesitaba.

—¿El trabajo?

—¿Qué si no?

—Anda, relájate. Duerme un poco.

—Sabes que no puedo.

—Quince minutos —insistió Consuelo—. Yo te despierto, tranquilo.

—En quince minutos he de estar fuera o a punto.

Se produjo un silencio extraño.

Fernando lo notó.

—Lo siento —dijo.

—Es como si tuvieras calculado hasta cuándo correrte —dejó ir ella.

—Sabes que no es así.

—Pues cada vez te quedas menos —tensó la voz.

—Cada vez tengo más lío —la rectificó él.

—¿Cuándo no has tenido lío?

—Va, Consuelo, no me agobies tú también.

—Yo no te agobio.

—Últimamente te quejas por todo.

El nuevo silencio fue peor que el anterior. Un silencio hecho de cristales rotos. Fernando sintió la aceleración en su mente. Y no le gustó.

—Te quiero. —Se apretó un poco más contra ella.

No hubo respuesta.

—¿Me has oído? —insistió.

—Eso no basta. —Consuelo empleó un tono cada vez más categórico.

—Pues debería.

—No es tan sencillo.

—¿Qué quieres decir?

—Me quieres, me tienes —repuso despacio—. Pero yo no te tengo a ti. Y a veces los días son muy largos. Demasiado. Y más lo son las noches.

—Dame un respiro —le suplicó—. En unos días me inventaré un viaje a Madrid y pasaremos un par de noches juntos. Quizá más.

—Me gusta Madrid —se ensoñó ella.

—Por eso voy a llevarte allí, como hace tres meses.

—Cuatro.

—¿Ya?

—Sí, cuatro. ¿Saldremos a cenar a alguna parte?

—Sabes que eso no. —Cerró los ojos con angustia aunque ella no lo viera—. Pero mira, cariño: pronto llegará el verano, ya verás, y cuando ellos estén en la playa será otra cosa.

—Sin fines de semana, claro.

—Vamos, Consuelo —rezongó hastiado—. ¿Qué te pasa hoy? ¿Por qué has de estropearlo? Ha sido precioso.

—Siempre lo es. Esa es la cuestión. No es solo sexo, es… —se contuvo, como si estuviera a punto de llorar—. Va, déjalo. Tienes razón. Para qué estropearlo.

Fernando no quiso seguir discutiendo. No cuando ella se ponía así. Todo había sido perfecto al comienzo, el primer año, y el segundo, pero ahora… Sí, últimamente a Consuelo le pasaba algo. Era una mujer. Y las mujeres tenían subidas, bajadas, secretos, crisis emocionales…

Consuelo era lo mejor que le había pasado en la vida.

Lo más inesperado.

Ya no había necesitado nada más.

—Voy al baño. —Se levantó venciendo la resistencia final.

La dejó en la cama, desnuda. La vio por el espejo del tocador, sin necesidad de volver la cabeza. Con el cabello desparramado, y todavía abierta de piernas, parecía una gata en celo a la espera de un nuevo milagro por parte de él. Tuvo que apartar los ojos y salir de la habitación. Fue al baño y se lavó en el bidé. No es que Virtudes lo oliese, tampoco que, a estas alturas, lo tocase siquiera. Gracias a Dios, el olor a tabaco borraba toda huella de perfume femenino. Y eso que el de Consuelo era muy delicado, nada ostentoso. Otra ventaja. Al terminar de lavarse fue a la sala a por la ropa, desparramada por el sofá después de que ella lo hubiese desnudado allí mismo antes de arrodillarse para metérsela en la boca. Era su forma de darle la bienvenida. Acababan en la cama por comodidad. Una vez que lo hizo en el sofá le dio lumbalgia.

Ni que fuera un viejo.

Cuando ya estuvo vestido quiso comprobar algo. Se acercó al aparador y abrió el primer cajón. La fotografía del difunto marido de Consuelo estaba allí. Ella siempre la guardaba antes de llegar él. Lo hacía tanto por respeto hacia el hombre con el que se había casado como para evitarle la visión del que primero la había poseído.

¿Se podían tener celos de un muerto?

Si Consuelo era una mujer plena ahora, ¿cómo sería con veinte, treinta años?

Aunque su matrimonio había durado solo dos.

Increíble.

Regresó a la habitación. Consuelo ni se había movido. Se excitó de nuevo nada más verla. El sexo era como una flor abierta. Una flor de pétalos arrugados. Formaban una especie de nuez rosada y húmeda.

Siempre lo estaba para él.

A veces le costaba creer que tuviera casi la misma edad que Virtudes.

Dos mundos.

—La semana que viene hará tres años —dijo ella.

—¿De qué?

—Del día que nos conocimos.

Fernando se sentó en la cama.

—¿Ya?

—Sí.

Le pasó un dedo por el sexo.

Consuelo gimió, pero se cerró de piernas.

—Anda, vete.

—¿Una comidita?

—¿Qué quieres, dejarme caliente y que tenga que llamar al vecino?

—No serías capaz —bromeó él.

—No me pongas a prueba. Sabes que le gusto.

—¿Y a quién no gustas tú? —Se inclinó para besarla en la boca.

Ya no hablaron. Fue la despedida. El largo beso, compartido, degustado. Consuelo le acarició la mejilla y Fernando se incorporó.

Volvió a mirarla por el espejo del tocador mientras salía de la habitación.

8

Bruno ni siquiera esperó a que Joaquín abriera la boca. Se le echó encima y lo asaeteó a preguntas.

—¿Qué? ¿Cómo es? ¿Baja, fea y gorda? ¿Tiene bigote? ¿Buenas tetas? Va, dispara. Me moría de ganas de ponerme bien solo por eso.

La cara de su amigo lo dijo todo.

Era un poema.

—Nadie diría que has estado diez días con gripe.

—Y ha sido horrible, sí, pero ya está. Venga, cuenta de una vez.

—Estoy enamorado —suspiró.

—¡Que hablo en serio, tú! —se enfadó Bruno dando saltos a su alrededor.

Joaquín se detuvo.

—¿Recuerdas a aquella actriz que vimos en *Vacaciones en Roma*?

—Audrey Hepburn, sí. Me lo apunté para recordarla.

—Pues es su hermana pequeña, o su doble, como quieras.

Bruno levantó las cejas.

—¡Anda ya!

—Que sí.

—¡Te estás quedando conmigo!

—Bruno, que es un ángel. Dan ganas de comérsela a besos.

—¡No fastidies! ¿Y todo eso de que es de pueblo…?

—¿Qué pasa, que en los pueblos no puede haber chicas guapas?

—¿Pero tanto?

—¡Jo, no sé, a mí me lo pareció de buenas a primeras! ¡Me quedé mudo! Es un poco cortada, tímida… Pero también es lógico. Todo es nuevo para ella.

—¿Cómo se llama?

—Celia.

—¿Tiene buenas tetas?

—¡Qué manía te ha dado a ti últimamente con las tetas, por Dios!

—Si es que dos buenos cántaros… —Puso cara de ensueño—. Desde que le pillé a mi padre esas revistas guarras que tenía escondidas en el armario, no hago más que pensar en ello.

—Tienen más cosas además de las tetas.

—Ya, pero a lo de abajo es más difícil llegar, digo yo. En cambio, las tetas… Me muero de ganas de tocar una.

—Lo que nos falta para eso.

—El Dimas fue a una de pago.

Joaquín frunció el ceño.

—¿Pagó por…? —Arrugó la cara—. ¡Qué asco!

—¿Asco por qué?

—Porque a saber cuántos se las habrán tocado.

—¡Ni que fuera contagioso! ¡Serás…! —Le dio un golpe con el codo y le guiñó un ojo antes de que los dos reemprendieran el paso—. Va, descríbela, con pelos y señales.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡No sé, todo!

—¡Ya te he dicho que es guapa, tiene una expresión muy tierna, los ojos de mirada dulce, los labios…! —dejó de describirla para agregar—: ¡Dios, qué boca!

—Solo de pensarlo me excito.

—Tú te excitas por nada.

—¿Y qué? Desde hace un par de años ya sabes que no dejo de pensar en eso. Y tú, desde ahora, tendrás pesadillas. Vas a cascártela cada noche pensando en ella. ¿Os la llevaréis en verano a la playa?

—No sé, supongo.

—La verás con poca ropa, o en traje de baño, y te pondrás a mil.

Joaquín se sintió incómodo.

—Bueno, para ya, ¿vale?

—¿Qué pasa? —se mosqueó Bruno.

—Si lo sé no te digo nada.

—Has empezado tú con lo de que estabas enamorado.

Y lo estaba, a la primera. Conocerla había sido una sacudida. Jamás había visto nada tan bonito. Las amigas del barrio o de la pandilla eran distintas. Bruno las llamaba «las monjas». Celia no tenía nada que ver con ellas, salvo por la seriedad, la timidez.

Su cara de niña.

Lo llamaba «señorito Joaquín».

—¿Y en estos días qué tal?

Se encogió de hombros.

—Habla poco, mi madre la controla mucho, para «enseñarla», como dice. A veces creo que se muere de vergüenza por cualquier cosa, se

pone roja y como tiene la piel muy blanca se le nota enseguida. Le cuesta mirarte a los ojos, siempre baja la cabeza.

—Ya aprenderá, como todas. La nuestra es de las que no se cortan para nada. A veces creo que manda ella más que mamá. Seguro que tu Celia en unas semanas ya es la jefa.

Lo dudaba, sobre todo conociendo a su madre, pero no dijo nada. Caminaban despacio, Bruno muy animado y él mirando el suelo, casi ensimismado.

—¿Y Natividad? Con lo tocapelotas que es…

—No he hablado con ella.

—Desde luego, tu hermana es un bicho de lengua afilada —soltó una breve risa cargada de mala intención.

—Todo es muy raro —confesó Joaquín—. Pasar de Isabel a Celia…

—Tú trátala bien, hazte el simpático. Seguro que le caes de fábula. Y al final, siendo la criada, igual te deja —siguió a lo suyo Bruno.

—¿Me deja qué?

—¿Qué va a ser? ¡Tocarla, o verla desnuda!

—¿Tú estás idiota? ¿Qué tiene que ver que sea la criada? ¡Como que se iba a dejar…!

—Seguro que es tonta.

—No hables así —refunfuñó, más y más afectado—. No es tonta, solo está abrumada. Además, tiene dieciocho años, casi dos más que yo. Es mayor.

—Yo lo único que te digo es que, a la larga, si no lo intentas, te arrepentirás. Cosas así pasan solo una vez en la vida.

Una vez en la vida.

Lo mismo que la edad, solo se tenían dieciséis años una vez.

Su cuerpo estaba cambiando, su mente también estaba cambiando, su vida estaba cambiando. Era como si una bomba hubiese estallado en mitad de las últimas semanas.

Y, encima, estaba Bruno.

Peor que él, completamente obsesionado por las chicas.

—Cuando te confiesas, ¿le dices al cura todas esas cosas? —le preguntó a su amigo.

Ir a la compra sola todavía la aturdía.

Los primeros días, la señora Virtudes la había acompañado, para mostrarle las mejores tiendas, saber diferenciarlas y presentarla a los tenderos. Parecía un sargento mayor dándoles órdenes a todos:

—¡Mírela bien! Cuando venga, le da lo mejor, ¿eh? Es mi nueva asistenta. Recuerde que soy la señora Miramón. ¡No me haga bajar para quejarme!

Los tenderos y las tenderas asentían.

Lo mejor.

Ahora ya compraba sola. Llevaba la lista en la mano. Pedía las cosas y ni siquiera tenía que pagarlas. Cada comercio lo anotaba en una libreta y la señora Virtudes iba cada mes a abonarlo todo. Celia no sabía si era para aliviarla de llevar dinero encima o para que no le sisara.

Todo era posible.

«En Barcelona son muy suyos», solía decir la abuela Benigna.

De todas formas, Celia estaba segura de que no todo el mundo era como los Miramón. La mayoría de las personas no tenían criadas. Bastante hacían con sobrevivir. Los Miramón pertenecían a la elite.

La llamada «burguesía catalana».

Ricos desde siempre.

En la calle, en el barrio, sin embargo, todos eran normales.

Fue en la pescadería donde apareció ella.

—¿Tú eres la nueva?

Era un poco más alta, más mujer, pero no mucho mayor. Tendría unos veintitrés o veinticuatro años. No iba de uniforme y llevaba un buen abrigo. Todavía se hacía sentir el frío. Dejó la bolsa de la compra en el suelo, como si se dispusiera a pegar la hebra un buen rato.

—¿La nueva? —balbuceó aun sabiendo de qué le hablaba.

—La nueva criada de los Miramón, ¿no?

—Sí, soy yo.

La mujer casi la abrazó. Le puso las dos manos en los brazos y la miró con simpatía.

—¡Pero bueno, si eres casi una niña!

—Tengo dieciocho años.

—¡Una niña! —Soltó una carcajada—. ¡Me alegra conocerte, y me alegra que no seas una vieja cascarrabias de esas que se creen que lo saben todo y van por ahí todo el día dando lecciones de cómo hacer las cosas o cómo comportarse! ¡No hay nada peor que esas criadas de toda la vida! ¿Cómo te llamas?

—Celia.

—Yo soy Urbana, pero me llaman Urbi. Por lo del *urbi et orbi* del papa, ya sabes.

No, no sabía de qué le hablaba, pero le dio igual. La alegría de su compañera era contagiosa. Ella también dejó la bolsa de la compra en el suelo, porque de regreso a casa iba cargada.

Tendría que decirle a la señora Virtudes que en alguna de las tiendas había cola.

Le controlaba el tiempo que estaba fuera.

—¿Dónde sirve usted?

—¡Eh, eh! ¿Qué es eso de llamarme de usted? Somos iguales, querida.

—Perdona. ¿Dónde sirves tú?

—En casa de los Romeu, ahí, en la esquina. —Señaló a su izquierda—. No están mal. —Hizo un gesto ambiguo—. Llevo con ellos dos años. Antes estaba en otra casa menos buena. ¿Y tú qué tal?

—Bien.

—¿Quiero decir que cómo lo llevas? A tu edad debe de ser tu primer servicio, ¿no?

—Sí, eso sí.

—¿Agobiada?

—Un poco. Pero por todo, no solo por la casa. Cada vez que salgo a la calle todavía me siento desbordada por la gente, el tráfico, el ruido.

—¿Vienes de un pueblo?

—Sí.

—Como yo. —Plegó los labios—. Como todas. ¿La señora Virtudes sigue igual de beata y marimandona?

—¿La conoces?

—¿Yo? No. Pero Isabel me hablaba mucho de ella. La pobre estaba hasta el gorro. Va de justa, pero es severa que no veas. ¿Todavía es de misa diaria?

—Sí, a las nueve.

—¿Lo ves? Muy cristiana ella, muy santa, pero es… —Apretó el puño con fuerza y lo blandió delante de Celia—. Y luego están los hijos —continuó hablando sin dejarla intervenir—. Ella es una malcriada y él un *siñoritingo* que se las da de milhombres.

—¿Y el señor? No lo veo mucho y parece tan serio…

—Ese va a lo suyo. Los negocios… Isabel decía que no paraba mucho en casa y que más de una vez le había encontrado cosas raras en los bolsillos.

—¿Cosas raras?

—Tú ya sabes. —Puso cara de experta distendiendo los labios de lado a lado.

—Pues no, no sé —dijo Celia sinceramente.

—¿Qué pasa, que en tu pueblo no hay jodienda? —preguntó cargada de socarronería.

Celia ni supo qué decirle.

Su cara reflejó el desconcierto que sentía.

—¡Ay, ay! —exclamó Urbi—. ¡Me parece que estás tú muy tierna, corazón! ¡Habrá que ponerte al día rápido! ¿Conoces a alguien aquí?

—No.

—Yo tengo novio. Te invitaría a salir con nosotros, pero eres demasiado guapa. —Y se echó a reír—. ¡Ja, ja, ja! ¡Tendrás que buscarte uno y, entonces sí, saldremos los cuatro!

Celia empezó a sufrir.

¿Cuánto llevaba perdido, dos, tres minutos? El tiempo pasaba volando. Luego tendría que correr más para las otras cosas. Le tocaba limpiar la plata. Un trabajo pesado, farragoso. La señora Virtudes examinaba cada pieza con ojo crítico. Se dispuso a recoger la bolsa, pero su nueva amiga se lo impidió.

—Escucha —le dijo—. Ya iremos hablando, pero has de saber algunas cosas importantes acerca de los Miramón. Isabel metió la pata más de una vez, ¿sabes? La principal es que no pronuncies el nombre

de Teresa bajo ninguna circunstancia, aunque tu madre o tu hermana se llamen así. ¿Lo has entendido?

—Sí, ¿pero por qué?

—Fue la primera señora Miramón.

—¿Estuvo casado antes?

—Sí, y ella murió de cáncer, sin darle hijos. Tu amo se casó de nuevo ya con más de cuarenta años. La meapilas tenía veintiocho y por lo visto ya era más católica que el santo padre. A saber lo que vio en ella. Probablemente su dinero. Pura conveniencia para los dos, porque a la Virtudes empezaba a pasársele el arroz. Al año nació Joaquín, luego tuvieron una niña que murió a los siete meses y después Natividad. A tu señora le mentas el nombre de la primera mujer de su marido y te mata. No sé si es por celos, porque sabe que fue el amor de su vida, o si es porque siempre ha querido ser la primera. El caso es que odia el nombre de Teresa.

—Gracias por decírmelo. No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo, mi niña? Por eso es bueno que nos contemos cosas. Hay que ir sobre aviso. Ellos son ellos, y nosotras, nosotras, ¿me entiendes?

—¿Y todo esto te lo contó Isabel?

—Menuda era. Tenía el oído muy fino. Y esto… —Se tocó la nariz—. Se lo olía todo. Lista como el hambre. Antes de irse me dijo que, a causa de lo que ha sucedido en Cuba, a tu señor le están yendo mal los negocios. Espero que no te quedes en la calle a las primeras de cambio.

Había creído que los ricos eran ricos siempre.

—¿Qué ha sucedido en Cuba? —preguntó con inocencia.

Nueva carcajada de Urbi.

Abierta, explícita.

—¡Ay, hija, que habrá que enseñártelo todo! —exclamó—. Mira, hoy nos ha pillado la cosa de improviso, pero mañana bajas un poco antes y te pongo algo al día, ¿te parece? ¡Y no muestres esa carita de sorprendida, mi ángel, que tú en unos meses… arrasas, que te lo digo yo!

La risa de su compañera era tan expansiva que Celia tuvo miedo de

que la señora Virtudes fuera capaz de oírla desde la casa.

10

El procedimiento era siempre el mismo. Confesión, misa, comulgar y esperar luego a que el padre Vicente Espinosa la atendiera para charlar con él unos minutos. No solo era su confesor, sino también su guía espiritual. Y lo necesitaba. Hablaba más con el sacerdote que con su marido. Y, por supuesto, a él se lo contaba todo.

El padre Espinosa era un santo.

Unos años atrás, en la Cruzada, había sido sometido a martirio.

Lo primero, preguntarle por su salud.

—¿Cómo se encuentra, padre?

—Bien, mejor, aunque algo débil todavía.

—No me extraña. Dicen que ha sido una gripe muy mala la de este año.

—Dos semanas en cama. No recuerdo algo así en la vida. —El tono era de benevolente resignación—. Quizá Dios me hizo parar un poco.

—Si es que no sé cómo aguanta toda la carga que llevan sus hombros —ponderó ella.

—Ay, Virtudes, hija —suspiró el sacerdote—. ¡Siempre hay tanto por hacer!

—Me he llevado una alegría al verle.

—Ya me han dicho que ha preguntado por mí a diario.

—¡Pues claro! Y más habría hecho de haber podido. ¿Ha estado bien atendido?

—Sí, sí. Los primeros días, con la fiebre, sin duda fueron los peores. Estos últimos ya… Pero el medico no quería darme el alta sin haber recuperado las fuerzas. Por más que le insistía, él, erre que erre.

—Cada cual cumple con su cometido. Usted salva almas y él salva vidas. Si se le hace caso a usted, también hay que hacerle caso a él. La única diferencia es que usted salva para la eternidad y los médicos lo hacen para la brevedad de la existencia, ¿no le parece?

El padre Espinosa sonrió.

—Es usted una filósofa, Virtudes.

—Calle, calle. —Hizo un gesto ambiguo con la mano—. La fe es la que nos da sabiduría y fuerzas para soportar su peso.

El sacerdote asintió. Estaban solos en la sacristía. Reinaba un silencio plácido y amable. Los utensilios de la misa esperaban en la repisa de la alacena antes de ser guardados en ella. En un rincón había una estatua de la Virgen de tamaño natural. Era una Virgen doliente, con la expresión constreñida por las lágrimas. Tenía siete puñales clavados en distintas partes del cuerpo. Los dos crucifijos no eran menos dramáticos. Uno era de color caoba y en el otro destacaba el rojo de la sangre de cada herida sobre el tono amarillento de la madera. La única ventana era una cristalera de colores que daba a la estancia una variopinta gama de amarillos, rojos, verdes y azules. Ellos hablaban sentados en sendas sillas de madera, más parecidas a un trono que otra cosa.

—¿Qué tal la chica? —preguntó por fin el padre Espinosa.

—Bien, padre, bien —repuso Virtudes con condescendencia—. Primero parecía un poco aturdida, como es lógico y natural, pero poco a poco se ha ido espabilando. Una cosa le diré: aprende rápido y no es gandula. Le pone mucha atención a todo. También es amable y respetuosa. Se le nota mucho que es de pueblo a la pobre, pero es limpia, ¿sabe usted? Creo que hemos acertado con ella.

—Es lo que me dijo el padre Asenjo —asintió el sacerdote—. A pesar de los pesares y de ser hija de quien es, en el pueblo la aprecian, lo mismo que a su abuela. Como buenos cristianos, hemos de saber perdonar, y no olvidar que los hijos no han de cargar con los pecados de los padres.

—Ya puede decirlo, ya. Esa pobre niña, total, tenía dos añitos cuando… No creo que esté contaminada, aunque tampoco hemos de olvidar que los hijos heredan mucho de sus mayores.

—Lo importante es guiarla por el buen camino, Virtudes. Y para eso, ¿quién mejor que usted? Debería traérmela para que la confiese. Y, a ser posible, para que oiga misa alguna mañana.

—Tiene tanto trabajo la pobre…

—Dios se lo agradecerá. —La apuntó con un dedo inflexible—.

Ganar un alma es ganar el cielo. Una muchacha como esa, sola en una ciudad como Barcelona, puede ser blanco fácil para todo tipo de depredador o toda influencia pecaminosa. Cuanto antes la encaucemos por el buen camino, mejor. La idea es que les sirva muchos años, que con el tiempo y su cariño sea casi parte de la familia, ¿no es así?

—Tiene usted toda la razón, padre. Como siempre.

—Solo busco lo mejor para todos, comenzando por usted, que es una de mis mejores feligresas, si no la mejor.

—Es muy amable. —Se le endulzó la expresión.

El sacerdote se inclinó hacia ella y le cogió las manos.

—Después de estos días de ausencia, tendré que trabajar más si cabe y si Dios me ayuda y me da fuerzas. —La miró a los ojos con benevolencia—. ¿Podré contar con usted para el ropero del fin de semana? Toda ayuda es poca.

—¡Claro, padre! ¡No tiene ni que pedírmelo! ¡Sabe que para mí es un orgullo y un honor servir a la parroquia!

—Hemos recogido mucha ropa para los pobres. Habrá que seleccionarla, retirar la que esté en peor estado, separarla por sexos y tallas.

—¿Dejará que me ocupe de la merienda?

—Virtudes, bastante hace ya…

—Solo unas pastas, nada del otro mundo. Así las que estemos sirviendo tendremos un poco más de fuerzas.

Las manos del padre Espinosa presionaron las de su feligresa. Fue un último gesto de complicidad antes de retirarlas. Los ojos amables lo decían todo.

La charla había terminado.

11

Natividad contempló con horror el interior de su armario.

Ropa colgada de perchas. Ropa plegada en estantes. Ropa en los respectivos cajones. Ropa, ropa, ropa.

Abrió los ojos con desmesura, apretó los puños y las mandíbulas y

luego salió proyectada hacia la puerta de la habitación con la furia desarbolándola.

En mitad del pasillo, su grito hizo temblar las paredes del piso.

—¡Celia!

Sabía que su madre no estaba. Era consciente. De haber estado ella en casa, habría gritado menos. La escena habría sido la misma, pero sin el alarido inicial.

Lo repitió, con más ira y más impaciencia.

—¡¡¡Celia!!!

La vio aparecer por el pasillo, frotándose las manos con el delantal. Pese a la penumbra, le notó la cara de susto. Más aún: de pánico. Cuando se plantó delante de ella, los ojos formaban dos islas perdidas en mitad del blanco de las pupilas. Casi temblaba.

—¿Sí, señorita?

Natividad acentuó su rabia.

Ningún atisbo de piedad o lástima, al contrario. Se sintió superior, más fuerte, más segura de sí misma. Había un abismo y ella estaba en lo alto, en la cima.

Celia estaba allí para eso.

Para ser humillada.

—Ven —le ordenó.

Entraron en la habitación. Las puertas del armario seguían abiertas de par en par. Todo parecía en orden, limpio y a punto. Natividad casi empujó a Celia para que se pusiera delante.

—¿Qué? —dijo Natividad cruzándose de brazos.

—¿Señorita…?

—¿Qué ves?

Celia miró sin ver. El armario, la ropa. Lo había planchado y colgado todo.

Y, sin embargo, algo pasaba.

Algo malo.

—Todo está bien, ¿no? —consiguió decir.

La explosión no se hizo esperar.

—¿Que está bien? —Los ojos de Natividad echaban chispas—. ¿Qué es lo que está bien, estúpida? ¿Desde cuándo esto va aquí, esto aquí y

esto aquí? —Señaló con gestos rápidos un par de prendas colgadas de las perchas y otras de los estantes—. ¿Mezclas blanco y color, blusas y jerséis? ¿Pero tú eres tonta o qué?

Celia se tragó las lágrimas. No servían de nada. La última vez, con ellas, había sido peor. Una muestra de fragilidad y debilidad. Le tocó dominarse.

La bronca seguía.

—Perdone, por favor.

—No, perdone no. ¡Has de fijarte! Yo no puedo ponerme a buscar la ropa que quiero por la mañana, con el tiempo apremiando. ¡Todo ha de estar en su sitio!

—Tiene usted tanta ropa que…

—¿Ahora es culpa mía? —Natividad se puso con los brazos en jarras —. ¿Resulta que soy yo la que tiene mucha ropa y eso es un problema? ¡Lo que faltaba! ¿Crees que soy como tú, que cuando no llevas el uniforme vas siempre con lo mismo, que pareces una miserable? ¡Si usaras el sentido común, no tendría que perder el tiempo ahora arreglando mi armario!

—Lo haré yo, no se preocupe.

—¡No toques nada! —le ordenó apartándola de golpe, casi con violencia—. ¡Aún sería peor, seguro!

—¿Entonces qué…?

—¡Vete! —le gritó apuntando con un dedo inflexible a la puerta—. ¡Vete o te mato, por Dios! ¡Y agradece que no le cuente nada a mamá!

Celia se escabulló por la puerta.

Mientras corría por el pasillo, escapando de la tormenta, todavía oyó exclamar a Natividad:

—¡Tonta! ¡Tonta de remate! ¿Qué le pasa a esta familia que siempre nos tocan las criadas más estúpidas? ¡Oh, maldita sea! ¡Será posible!

12

Consuelo Villagrasa tomó la taza de té con las dos manos, porque quemaba, y apenas dio un sorbo para mojarse los labios y apreciar el

sabor. No probó las pastas dulces que les habían servido con la bebida. Ángeles sí. Nunca le faltaba el apetito. Iban al Salón Rosa precisamente por la calidad.

Y no solo de la comida.

A aquella hora, en la mayoría de las mesas había mujeres. Dúos, tríos, cuartetos. Elegantes, bien arregladas, luciendo sus joyas, peinadas con mimo según las últimas modas. Los hombres, menos frecuentes allí, estaban sentados siempre con mujeres. Las parejas también tenían el sello de la ociosidad, del paseo vespertino. La tarde era ya muy agradable, casi un preludio de la primavera. El día había sido soleado.

—¿Puedo decirte algo? —dijo Ángeles.

—Claro.

—¿En confianza?

—Ay —suspiró Consuelo.

—Si te molesta, me callo.

—Ya sé qué vas a decirme.

—Solo que tienes mala cara.

—Vaya por Dios.

—Tienes ojeras, apenas has dicho cuatro palabras seguidas, estás ausente, y no has parado de mirar a aquella pareja.

—¿A cuál?

—A la de la mesa de allí. —Movió la cabeza empleando el mentón como guía.

La pareja la formaban un hombre mayor y una mujer joven. Ella parecía arrebolada, él seductor. La diferencia de edad era notable, probablemente el doble de años a favor del hombre. Ella vestía con sencillez, a él se le notaba la clase.

—No es verdad —dijo Consuelo.

—Un par de miradas sí les has dedicado.

—Llaman la atención.

—Ya.

—Y parecen felices.

Ángeles cogió uno de los dulces. Una galleta de aspecto cremoso. Le dio un mordisco pequeño. La degustó con placer. Consuelo siempre

admiraba su delicadeza. Todo lo que hacía destilaba serenidad y saber estar. No era excesivamente guapa, pero los hombres la miraban y la admiraban. Su presencia no pasaba desapercibida.

Ángeles no pudo más.

—¿Hasta cuándo seguirás así?

—¿Así cómo?

—Ya lo sabes.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Has hecho lo peor que puede hacer una mujer: enamorarse de quien no debe.

—¿Y cómo se evitan los sentimientos?

—A veces me pregunto qué ves en él.

—No lo sé. —Fue sincera—. Pero me gusta, me atrae, me hace sentir viva.

—Será en la cama, porque fuera de ella…

—Es suficiente.

—Sabes que no. La cama es una cosa, y la vida otra. Tú tienes cama, pero no tienes vida. Todavía estás a tiempo de pillar algo mejor.

—Dios, «pillar» —se estremeció.

—Sabes a qué me refiero. Cuántas mujeres de cuarenta años querrían estar como tú.

—Cuarenta y cinco —la corrigió.

—Da lo mismo. Ni siquiera aparentas cuarenta. Podrías derretir al que quisieras.

—No me van esas cosas.

—¿Y te va aguantar lo que aguantas, el masoquismo?

—Va, no exageres.

—Consuelo, tiene sesenta años, está casado…

—Eso no me importa.

—¿La edad o que esté casado?

—Las dos cosas.

—¿Cómo no va a importarte que esté casado? Para un revolcón, pase. Para una aventura, genial. Pero para hacer planes… Estás desperdiciando lo mejor de tu vida. A los cincuenta sí que no habrá vuelta atrás. —Evitó que ella metiera baza—. Mira, la vida es una

mierda, sí, pero depende de cada cual que lo sea más o menos, que huela o no.

—Tú le tienes manía.

—¡Claro que le tengo manía! —No se lo ocultó—. ¡Es como todos!

—Fernando no.

—¡Fernando el que más! ¡Representa al típico burgués con una esposa sumisa, a la que seguramente no ha visto desnuda en su vida porque hacen el amor a oscuras, o lo hacían, que eso seguro que se les ha acabado, y con una amante joven y guapa!

—Si fuera así, se habría buscado a una de treinta, o menos.

—¡Ya sé que no lo buscó, que pasó y punto, pero el tiempo no perdona! ¿Cuánto lleváis, tres años? Eso da para mucho más, y entre lo que da está hacer planes, verle un sentido a todo. Para él es cómodo, pero para ti no. Nunca lo es para las mujeres.

—Nunca me ha mentido. Siempre me ha dicho lo que hay y cómo están las cosas.

—¡Solo faltaría que te hubiera hecho promesas falsas, como que dejaría a su mujer o algo así!

Consuelo sí sorbió ahora un buen trago de té.

Lo saboreó.

—Sabía que estaba casado desde el primer día. Nadie me llamó a engaño —dijo—. Para mí incluso era cómodo. Yo no buscaba un marido, solo a alguien. Recuperar el sexo me hizo bien, me demostró que estaba viva. Un joven no sabe lo que sabe Fernando.

—Querrás decir lo que pudo probar y experimentar contigo sin que le pusieras cortapisas.

—Dos personas en la cama son libres de hacer lo que quieran si ambas consienten y lo disfrutan.

—Dios… Pareces una reina del sexo —bajó la voz Ángeles pero manteniendo el sarcasmo—. ¿Cuántas veces lo hacéis, una a la semana?

—Dos, tres…, cuando puede. Pero no es solo eso, de verdad. También es la compañía.

—¿Qué compañía te da si siempre anda liado con los negocios?

—Es ahora, estas últimas semanas, por lo de Cuba.

—¿Y antes era una fiesta?

Consuelo se sintió súbitamente cansada.

—Vamos, Ángeles, no me atosigues. Se supone que hemos salido a divertirnos.

—Yo sí he salido a divertirme, pero tú… No sé si estás aquí o en la luna.

—Mira, solo te diré una cosa, me quiere. Y le creo. Sus ojos no mienten.

—¡Pues menos mal que te quiere! —exclamó en voz baja—. Por otra parte, tampoco tiene nada de extraño. Eres guapa y un pedazo de mujer. La suya, con lo beata que es… —se exasperó ella sola—. ¡Por Dios, Consuelo, en serio! ¿Cuántos buenos años te quedan? ¡Piénsalo! ¿Vas a estar siempre en casa esperándolo, dependiendo de si al señor le va bien o no, aguardando una llamada para que venga quince minutos a pasarlo bien si le da el calentón o quiere cumplir? ¿Y esto cuánto va a durar? ¡En cinco años puede que ni se le levante, o que enferme, o que muera incluso! ¡Llegarás a los cincuenta y…!

—¿Quieres callarte? —Bajó la cabeza furiosa—. Mira que me voy, ¿eh?

—Si es que…

—Es mi problema, no el tuyo.

—¡Eres mi amiga!

—¡Pues apóyame!

—Maldita sea…

Esta vez mordió la pasta con ferocidad, y la masticó como si fuera su enemiga.

—Yo con lo mío y tú con tus novios —suspiró Consuelo.

—Al menos no me comprometo a nada. Es más, si veo peligro, les doy puerta. No quiero ataduras ni líos. A la que me ponen ojos de besugo o pienso más de la cuenta en el de turno… Lagarto, lagarto.

—Tú sí eres una depredadora.

—¡Que estamos en 1959, Consuelo! ¡Hasta quiero aprender a bailar rock and roll!

No pudo evitar sonreír.

Esa era la Ángeles que apreciaba.

—Te gusta Elvis Presley, ya veo.

—Mucho —lo dijo con absoluto énfasis—. Está para mojar pan. —Le cambió la cara, iluminada con una repentina sonrisa, y agregó—: ¿Sabes qué te digo? Que un sábado de estos te vienes conmigo y con Juan. Primero vamos al cine, después a tomar algo y, para rematar, a bailar. Por supuesto avisaré a mi amigo Luis, ya te hablé de él. Así seremos cuatro. Tú déjame organizarlo.

—Ángeles, no, en serio.

—¡Que sí, y no se hable más! ¡Si hace falta, venimos a buscarte y te sacamos a rastras! ¡Un sábado, tu Fernando estará en casita! ¿Qué tiene de malo que te diviertas? No vas a ir al cine sola, y mucho menos a bailar, pero conmigo… A Luis también le he hablado de ti.

—No es la primera vez que quieres liarme con él.

—¡Si es que es un buen tipo, ya lo verás! ¡Tiene tu edad y está soltero! ¡Es perfecto!

—Soltero con más de cuarenta…, por algo será.

—¡Ha vivido la vida, eso es todo! Atractivo, con dinero… ¿Qué más puede pedirse? Lo que pasa es que ahora me consta que está buscando algo serio.

—Quiere sentar la cabeza.

—¡Llámalo como quieras! Yo solo te digo que es un hombre estupendo y, total, solo vamos a ir a cenar y bailar. Eso no compromete a nada.

Estaba acorralada. Perdida.

—La señora que colecciona novios y va y se mete a casamentera.

—No es eso —quiso dejarlo claro—. Pero ya me da igual lo que digas o pienses, busco el sábado que nos vaya bien a todos, salimos los cuatro y te lo pasas bien, aunque sea simplemente para olvidarte de tu Fernando unas horas. ¿Está claro?

Consuelo no contestó.

No hacía falta.

El hombre mayor y la mujer a la que doblaba la edad salían en ese momento del local. En la calle, ella se le colgó del brazo, risueña y feliz. Lo miró embelesada mientras él levantaba la mano para detener un taxi.

Consuelo los imaginó haciendo el amor.

Y, aunque trató de dominarse, se sintió de nuevo triste y confundida.

—Voy a pedir más pastas —oyó que decía Ángeles—. Están riquísimas.

13

Fernando intentó hacer ver que leía.

Llevaba días con lo mismo, intentando parecer normal, en las comidas, escuchando la radio, hablando con sus hijos o con Virtudes. Normal a pesar de lo que lo azoraba, de Cuba, de Consuelo, de lo complicado que se había vuelto todo en pocos meses, semanas.

Por el rabillo del ojo, vio los movimientos de su mujer arriba y abajo de la habitación. Antes de acostarse tenía que dejarlo todo en su sitio, y no solo eso, también en la posición adecuada. Era un ritual que ya no sabía si tenía que ver con la rutina o con sus manías. La ropa debidamente plegada, la bata en su lugar, el tocador con los potingues alineados y los cepillos en fila uno al lado del otro. En la mesilla de noche, el reloj y los pendientes, las pulseras y los anillos, salvo el de matrimonio, que ese era para siempre. A los pies de su lado de la cama, lo último que se quitaba, las zapatillas.

Consuelo se movía siempre desnuda de un lado a otro. Disfrutaba de su cuerpo, y le hacía disfrutar a él contemplándolo. No tenía manías ni complejos. Virtudes en cambio no se desnudaba salvo en la bañera, y nunca delante de él. Cerraba la puerta para estar segura de su intimidad. Llevaba un camisón largo hasta los pies. Excesivo, muy excesivo. No se lo quitaba ni en verano, cuando el calor arreciaba.

El maldito camisón.

Habían engendrado a sus hijos a oscuras.

Aún se preguntaba por qué se casó con ella.

¿Necesidad? ¿Sentirse mayor? ¿El deseo de tener descendencia cuanto antes después de los fallidos intentos con Teresa? ¿El hecho de que fuera la única hija de los Crussat, una de las más solventes y

adineradas familias de Barcelona? Virtudes no era guapa. Nunca lo había sido. Y, de alguna forma, era consciente de con quién se casaba. Lo sabía y a pesar de ello… Le bastaron unos días para darse cuenta de la trampa en la que se había metido. Hacer el amor no entraba en la mentalidad de su mujer. El acto se imponía como paso para la maternidad. Ella había cumplido. El resto, si existía, era lujuria.

Él tenía cuarenta y tres años cuando se casaron, Virtudes veintiocho. Llevaba cinco años viudo. Ella nunca había tenido un novio. Seguía siendo pura y virgen. Le dolió mucho la noche de bodas. También le dolió las otras veces.

Siempre le dolía.

Ahora se acostaban sin siquiera rozarse.

Fernando la vio terminar el proceso previo al momento de tenderse en la cama. Quedaba tan solo el último acto, el rezo.

Por lo menos no lo hacía en voz alta, ni se arrodillaba a los pies de la cama. Se sentaba de espaldas a él y musitaba sus oraciones. El susurro, sin embargo, era audible. Cuando se santiguaba, no menos de un minuto después, daba por concluida la operación. Entonces se acomodaba y apagaba la luz de su mesilla de noche.

Él siguió fingiendo que leía.

Un buen rato, quizá excesivo.

—¿Vas a tardar mucho?

—Acabo el capítulo.

Virtudes no dijo nada.

Fernando sí.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

—Se te nota.

—Tú tienes tu trabajo y yo el mío. Nunca se para.

Le dio por preguntárselo:

—¿Qué tal va Celia?

—Bien.

—¿Estás contenta con ella?

—Sí.

—¿Pero contenta contenta?

—Sí, en serio. Es un diamante en bruto y ya sabía que tendría que pulirla, pero se deja, no protesta ni pone mala cara nunca y eso es bueno. Estoy consiguiendo que haga las cosas como quiero y se aplica mucho. Fíjate que todavía no ha roto nada.

—Eso sí es un milagro, porque lo que era Isabel…

—Ella es que no daba para más. Y se le notaba.

—La tratábamos bien.

—Sí, pero ya ves.

—Yo me alegré de que se fuera.

—Siempre es un trastorno —objetó Virtudes—. Pero si ha sido para bien… Esperemos que Celia no coja malos hábitos ni se estropee.

—¿Por qué habría de estropearse?

—Porque Barcelona es un pozo de malas influencias y ella, siendo tan joven, todavía es vulnerable. Cuando abra los ojos y empiece a coger confianza, vete tú a saber por dónde puede salir.

—No creo que sea de esas que se desmandan a la que le salgan alas.

—De momento ya me han dicho que anda mucho de palique con una criada de aquí cerca. Una que es muy chismosa.

—Bueno, mujer, pero eso es normal.

—A saber de qué hablan.

—Pues de cosas de criadas, digo yo.

—¿Y tú qué sabes de qué hablan las criadas?

Fernando optó por callar. Cerró el libro.

La que no se calló ahora fue ella.

—Celia es pura inocencia, y siendo tan guapa…

—¿Es guapa?

Virtudes lo miró. Seria.

—¿No me digas que no lo has notado?

—Mujer, que tiene dieciocho años, y con el uniforme…

—¿Y qué? Es guapa. Tiene esa dulzura tan especial, esos ojos… Mira lo tonto que se pone Joaquín con ella.

—¿Le gusta a Joaquín?

—A ver. Es un chico, no es ciego, y está en la edad.

—Mira que si se casan y acaba siendo tu nuera…

Era una broma, pero ella se lo quedó mirando muy fijamente, casi

enfadada. Su cara lo decía todo.

—¡Haz el favor de no decir barbaridades, por favor!

—Mañana me la miraré mejor —dijo por decir algo mientras dejaba el libro en la mesilla de noche—. Y no te preocupes por ella, que estando a tu cargo nada puede salir mal.

Era un elogio, pero la expresión de Virtudes fue de sospecha.

Tampoco había tenido nunca sentido del humor.

—¿Vas a estar hablando mucho rato? —se quejó.

—No, perdona.

—Es que todo eso podrías habérmelo comentado antes, no ahora. —Se dio la vuelta en la cama.

Fernando la miró.

Vio a Consuelo.

Si pudiera chasquear los dedos y cambiarlas…

Tan fácil.

—Buenas noches —le deseó.

La respuesta de Virtudes fue un siseo apenas audible.

Fernando apagó la luz, se sumergió bajo las sábanas, subió el embozo hasta la barbilla, se dio la vuelta y cerró los ojos.

Como cada noche, imaginó que dormía con Consuelo.

Intermedio 2

1992

Las indicaciones de la mujer del colmado habían sido precisas. Llegó a su destino traqueteando sobre la senda sin asfaltar y aún más llena de baches que la carretera. Les había dicho a los dos niños que el coche perteneció a su padre. Cierto. Una pieza casi de museo. Así que, evidentemente, era viejo. No quiso ni imaginarse lo que sucedería si se rompía un amortiguador estando allí.

La mujer que barría el exterior de la casa ya se había detenido al ver aparecer el vehículo unos metros más allá. Se quedó de pie, sujetando la escoba como si sujetara un fusil, la parte baja en el suelo y ella con las dos manos apoyadas en la caña por la parte de arriba. Eduardo se asomó a la ventanilla.

—¿La señora Ramona?

La mujer no dijo nada. Se limitó a asentir.

Eduardo bajó del coche y se acercó a ella. Sonrió amigable con la mano extendida. A la dueña de la casa le costó reaccionar y corresponder a su saludo. Mientras se la estrechaba, lo escrutó con desconfianza.

—Perdone que la moleste… —comenzó a decir Eduardo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Probablemente en los pueblos se andaban menos por las ramas que en la ciudad.

—Estoy buscando a una vecina suya —mantuvo la amabilidad y el tono suave—. A Celia García, la nieta de la señora Benigna, y al hijo de ella, David.

—¿Para qué los busca? —Se aferró aún más al palo de la escoba.

Ya no quiso mentir con el cuento de que era inspector de Hacienda. Una cosa eran los del bar, la del estanco o la del colmado. Imaginó que tendría que vencer la resistencia de la mujer que tenía delante.

—Soy detective privado —dijo.

—¿Policía?

—No, no. Detective. Investigo cosas por cuenta de las personas que me contratan.

Se quedó seria. No impresionada, pero sí seria. Era una mujer de unos cincuenta años, enjuta, de manos fuertes. Tenía el cabello ya canoso recogido en un moño, lo cual no impedía que algunos mechones le cayeran sueltos a ambos lados de la cara. Vestía ropa de trabajo, un delantal, se protegía del frío con un jersey grueso y calzaba botas de agua.

—No me ha dicho para que los busca.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Si el cliente no lo cuenta, es lo de menos. La última noticia que se tiene de Celia García y su hijo, David, es de 1960. Luego nada. Desaparecieron.

—¿Y qué quiere que le diga yo? —rezongó—. Estamos en las mismas. ¿1960? No, no, Celia volvió aquí, tuvo a su hijo y se fue después de un par de años, no sé si el 62 o el 63. Benigna, por su parte, murió. Es todo lo que sé.

—Me han dicho en el pueblo que su madre y Benigna eran muy amigas.

—Sí, claro. Benigna vivía más arriba. No éramos vecinas de puerta con puerta, pero casi.

—Si pudiera contarme algo, lo que fuera… Todo podría servir de ayuda —insistió Eduardo—. Si le viene mal ahora o está ocupada, puedo volver luego, esta noche, o me quedo a dormir en el pueblo y vengo mañana.

—No, hombre, no. ¿Para qué va a hacer eso? Pase.

Dejó la escoba a un lado de la puerta y lo precedió. La casa era antigua pero confortable. No parecía haber nadie más. Un leño ardía en el hogar. La estancia la ocupaban una mesa, cuatro sillas, una butaca delante del televisor y un aparador con platos y vasos a la vista. Las baldosas del suelo parecían milenarias, brillaban por el paso de los años.

—Siéntese —lo invitó.

Eduardo la obedeció ocupando la silla más próxima al fuego. Las

brasas lamían la madera despacio, sin prisas, casi con cariño. Era una imagen hipnótica. Nunca había tenido una chimenea. La mujer se sentó en la silla de su derecha. Unió las manos sobre la mesa y, sin esperar una nueva pregunta, se puso a hablar.

—¿Puede decirme quién le ha encargado buscar a Celia y al niño?

El niño.

Si había nacido en 1960, tendría ya treinta y dos años.

—Su nombre es señora Canals —dijo.

—¿Nada más?

—Era una mujer reservada. Ni siquiera me dijo el nombre de pila.

—¿Y no le parece raro?

Eduardo subió y bajó los hombros.

—Es trabajo —mencionó a modo de excusa—. Si los clientes no lo dicen, mejor no preguntar. De todas formas lo único que tengo son estos tres nombres y el origen de todo, este pueblo.

—Pues lo tiene mal —chasqueó la lengua la señora Ramona—. Mire, ya le he dicho que mi madre y la Benigna eran vecinas, con lo que comporta eso en un pueblo. Pero yo tenía tres años más que Celia, y esa era una diferencia de edad que nos convertía solo en amigas, aunque no íntimas. No éramos de las de ir todo el día juntas. Lo que sí sé es que Celia quería irse de aquí cuanto antes. Odiaba esto. El pueblo la oprimía.

—¿Por qué la oprimía?

—No sabe nada de ellas, ¿verdad?

—No.

La mujer se miró las manos. Estaba seria.

—Los padres de Celia murieron fusilados cuando ella era apenas una cría.

—Eso debió de ser al acabar la Guerra Civil.

—Sí, claro. Aunque la guerra acabó en el 39, no en todas partes hubo paz. Los padres de Celia se metieron en el maquis, se fueron a los montes y dejaron a su hija con su abuela. Eran cuatro gatos, no tenían la menor posibilidad, pero no se rindieron. Como es lógico, la Guardia Civil no les dio cuartel y los persiguieron y acorralaron hasta cogerlos. Celia nació en el 41 y a ellos los mataron en el 43.

—¿Los fusilaron aquí?

—No, los llevaron a Madrid para juzgarlos.

—Entiendo.

—¿Cómo se llama usted?

—Eduardo Camprubí.

—¿Ha vivido en un pueblo, señor Camprubí?

—No.

—Es… otro mundo, ¿entiende? Y más después de la guerra, con tantas heridas abiertas. La mayoría nos conocíamos, sabíamos de qué pie calzábamos. Derechas, izquierdas, anarquistas, comunistas… —Hizo un gesto desabrido—. A los que nos da igual todo esto, la vida también se nos hizo insoportable. Si eras amiga de una, siempre había quien te miraba mal. Y, si hablabas con otra, no faltaba quien te acusaba de traidora. Aquí tardamos mucho en volver a la paz, y siempre siempre quedaba el resquemor oculto de algunos.

—Entiendo que Celia creció con el estigma de ser hija de sus padres.

—Por supuesto. Primero éramos unas niñas, no entendíamos nada. A veces pasaba por una calle y desde detrás de las ventanas la insultaban, la llamaban roja, puta, cosas así. Benigna se lo contaba a mi madre. Cuando Celia dejó de ser una niña ya no se calló, quiso hacerles frente, pero eso era como matar hormigas a cañonazos. Demasiado odio, demasiado rencor. Por eso a la que pudo se marchó a Barcelona. Creo que fue el párroco el que le encontró la casa en la que sirvió. Recuerdo lo contenta que estaba el día que se despidió. Contenta aunque también muerta de miedo. Dijo que no pensaba volver nunca.

—Pero volvió.

—A la fuerza, preñada.

—¿Sabe el nombre del padre?

—No. Nunca lo dijo. Aunque tampoco se quedó mucho más en el pueblo después de nacer David. Si ya la insultaban antes por ser hija de quien era, imagínese siendo madre soltera.

—Ha dicho que la diferencia de edad no les permitió ser amigas íntimas en la infancia y la adolescencia. Pero después…

—Mi madre me prohibió que nos vieran juntas. Demasiada presión

popular. A mí…, qué quiere que le diga, me daba pena. Celia estaba triste, no hablaba, llevaba un peso tremendo en el alma. De no haber sido por David, creo que se habría echado al río. Daba mucha lástima. Yo le preguntaba, pero ella… Una tumba, oiga.

—¿No confiaba en nadie?

—No. Estaba sola.

—Ese párroco, el que le buscó el trabajo, ¿sigue en el pueblo?

—No, hombre, no. Que han pasado años.

—Me ha dicho que Celia se marchó poco después de nacer el niño.

—Sí. Aguantó un par de años o así, pero eso fue todo. Ya no pudo más. Le dio igual irse con una mano delante y otra detrás. No quiso que el pequeño pasara por lo que pasó ella, en este caso por culpa suya.

—¿Sabe a dónde fue?

—No.

—¿Y la abuela?

—Se quedó aquí, sola, muy mal ya. Todo eso la consumió. Acabó convertida en una ermitaña que apenas salía de casa, y menos para ir al pueblo. Madre de un anarquista, abuela de una madre soltera… Hoy no sé, pero entonces… Murió hará cosa de quince años.

—¿Sabe si recibía noticias de Celia?

—Puede, tal vez, aunque imagino que sí. Vamos, quiero decir que sería lo lógico. Eso lo sabrá el cartero, Germán, que ya está jubilado. El de ahora, Tomás, lleva apenas cinco años en el puesto.

—¿Sabe dónde vive Germán?

—Es complicado, porque es al otro lado del pueblo y por más que le indique se va a perder, seguro. Pregunte en el estanco, o en la estafeta de correos, aunque ahora ya estará cerrada. Sea como sea, va a tener que hacer noche aquí.

—¿Volvió a ver a Celia, o a saber de ella?

—No, nunca.

—¿Y David?

—Menos. ¿Para qué iba a venir?

—¿Ni siquiera para el entierro de Benigna?

—No. O no se enteraron o no quisieron regresar.

—Benigna está enterrada aquí.

—Sí, claro.

Ya no tenía más preguntas. El leño del hogar seguía consumiéndose despacio. Las llamas lo besaban, lo acariciaban, lo envolvían casi con dulzura a pesar de no hacer otra cosa que consumirlo.

Eduardo tenía la garganta seca.

—¿Me da un vaso de agua, por favor?

Capítulo 3

Marzo de 1959

14

En Barcelona, todo eran primeras veces.

Pero aquella…

La primera vez que entraba en un cine. La primera vez que veía una película. La primera vez que veía a hombres tan guapos y a mujeres tan hermosas. La primera vez que veía un beso en una pantalla.

El corazón le iba a mil.

Y aquel sonido…

De buenas a primeras se tapó los oídos. Luego se sintió ridícula. Nadie en la sala hacía algo así. Tuvo que acostumbrarse. La gente miraba fijamente la pantalla, encandilada, sin perder detalle. En las últimas filas había parejas. Parejas que también se besaban, ajenas a la película, lejos de la mirada implacable de la Guardia Civil. El cine era un paraíso, un refugio, otro mundo. Allí estaban a salvo. Siendo jueves imaginó que ellas eran criadas. Siempre libraban el mismo día. Y por todas partes había soldados de uniforme, quintos haciendo el servicio militar. Como buitres rondando a sus víctimas.

Cuando compró la entrada creía que todos estaban pendientes de ella, como si llevara un letrero en la cara.

Una mujer sola en el cine.

Pero no, nadie la miraba.

¿Por qué iban a hacerlo?

Aquello era Barcelona, la gran ciudad, el mundo donde todo era posible. Nadie conocía a nadie, al contrario que en el pueblo. Allí era libre.

Una más.

Se sentía tan feliz, tan fuerte y… ¿poderosa?

El actor de la primera película era muy guapo. Nunca había visto a un hombre tan apuesto. El cine era el más próximo a la casa, el Bonanova, así que le daba igual qué programa tuviera en cartelera. Antes de entrar se había fijado sin embargo en el letrero, atraída por la imagen del protagonista: *Al este del Edén*. Él se llamaba James Dean, se pronunciara como se pronunciase eso. Verlo en la gran pantalla, moviéndose, hablando, actuando…, parecía un Dios.

Luego lloró.

Como una Magdalena.

La historia era dura. Aquel muchacho, su padre, la madre perdida… Si las películas eran como la vida, estaba claro que había vidas muy duras. Más que la suya. Más que las de la mayoría de las personas.

James Dean. El primer actor del que se enamoraba.

Y estaba segura de que no sería el último.

Su corazón iba más y más y más a mil.

El cine era magia. Ojalá pudiera ir cada tarde. Estaba claro que, desde ese día, los jueves estaría allí, como un clavo, sentada en las primeras filas, para llenarse, embeberse de emoción, igual que si estuviera ella misma dentro de la pantalla. Al salir vio los carteles de las películas que pondrían la semana siguiente, y la otra. Una de romanos, una del Oeste, una que parecía ser de policías y ladrones. Bueno, de gánsteres, como decía el rótulo del cartel. Y luego estaban las de cantar y bailar.

Cantar y bailar.

Eso sí tenía que ser bonito.

La libertad llevada a su máxima expresión.

Se pasó la tarde allí. Vio la primera dos veces. Salió justo a la hora después de calcular el tiempo que tardaría en llegar a casa a buen ritmo, casi a la carrera. De regreso se sintió más feliz de lo que lo había estado nunca, y sobre todo desde su llegada a Barcelona un mes antes. Acababa de descubrir la magia. Acababa de convertirse, de una vez por todas, en una chica de ciudad.

Celia se puso a cantar sin darse cuenta.

Ahora sí, algunas cabezas se volvían a mirarla a su paso.

Los jueves por la tarde, ella libraba.

¿A dónde iría? No conocía a nadie en Barcelona. Tal vez había hecho ya alguna amistad, quizá con alguna de las otras chachas del barrio. Había oído a su madre comentar algo al respecto.

Probablemente paseaba sola, para conocer la ciudad.

Todo debía de parecerle maravilloso.

Nuevo.

Sorprendente.

Joaquín se sentó en la cama y paseó una mirada inquieta por aquellas cuatro paredes. La habitación de Celia. El mundo de Celia. Dormía allí, veía esas mismas paredes al acostarse y al levantarse. A él se le antojó un agujero infecto, un cuartucho pobre y ridículo. Nunca había estado en él estando Isabel de criada. Jamás se le había ocurrido subir aquella escalerita. Ahora era distinto. Necesitaba ver y saber.

Y veía, sabía, aunque le costaba entender.

¿Cómo podía alguien vivir así?

Su habitación era cuatro o cinco veces mayor.

Cogió la almohada, se la llevó a la cara y la olió. Más que eso: la aspiró. Celia no usaba perfume. No tenía ni una mísera botellita de colonia entre sus pertenencias. Acababa de registrarlas. Pero aun así el aroma era el suyo. La imaginó desnuda, vistiéndose o desvistiéndose. ¿Cómo sería su cuerpo? ¿Y el pecho? Bruno se volvía loco con «las tetas». Él, ahora, con Celia allí, empezaba también a soñar con ellas.

Se preguntó si se masturbaba.

Se excitó solo de pensar en ello.

Celia tocándose, como hacía él muchas veces.

Se levantó de la cama y volvió a alisar el edredón, para que no se notara su presencia furtiva. Abrió el armario. La poca ropa estaba perfectamente plegada o colgada. También la olió. Cuando descubrió la ropa interior se excitó aún más. Los sujetadores, las bragas…

Las bragas.

La parte de la tela que estaba en contacto con el sexo de Celia.

No, eso no olía a ella. Olía a jabón.

Lamió una.

Cuando Celia se la pusiera, un poco de sí mismo estaría allí, en su sexo.

No quedaba mucho más por ver. Se plantó en el centro de la habitación y suspiró. El crucifijo dominaba el panorama desde la pared. A veces no sabía si su madre era una santa o estaba poseída. Por lo menos había desistido de que ellos fueran igual de santos. La misa del domingo no se la quitaba nadie, pero tampoco era tan grave. Y lo de confesarse y comulgar…

Natividad era peor que él.

Joaquín se dirigió a la puerta. Espiarla por el ojo de la cerradura, imposible. Además de pequeño, por él solo se veía el armario. Hacer un agujero en la pared, todavía más absurdo. ¿Qué pared, si la habitación parecía desgajada del resto de la casa? Quizá en la villa de la playa fuese diferente, aunque faltaban tres meses para el verano.

Una eternidad.

A lo peor Celia se echaba novio rápido, como todas.

A él ni siquiera le hacían caso las de la pandilla.

Que por otra parte eran todas muy estrechas.

—¡Mierda! —rezongó.

Salió despacio y sin hacer ruido del cuarto de la criada. Bajó la escalerita y agudizó el oído por si las moscas. No es que su madre frecuentara mucho el lavadero, pero por si acaso. Justificar su presencia allí habría sido casi imposible, muy sospechoso. Finalmente se sintió a salvo en su propia habitación.

Tenía que estudiar.

Pero después de haber acariciado las bragas de Celia sabía que no podría.

Y masturbarse pensando en ella, a media tarde, era peligroso.

16

Fernando intentó escribir aquella maldita carta a mano por tercera vez. En esta ocasión llegó hasta la quinta línea. En ese momento se

detuvo y la pluma estilográfica tembló entre sus dedos.

—No… ¡No! —resopló para sí mismo.

Tenía la idea, pero no sabía expresarla.

Dejó la pluma, estrujó la hoja de papel y acabó en la papelera, junto a las otras dos.

Ya no volvió a intentarlo.

¿Qué le pasaba?

¿Cuba? ¿La pérdida de la compañía transoceánica? ¿El descalabro económico que, pese a todo, no le impediría seguir siendo bastante rico?

¿O era Consuelo?

Sí, era ella.

De rosa se estaba convirtiendo en espina.

La quería. Estaba enamorado. Era la mujer con la que habría tenido que casarse veinte años antes. ¿O eso decían todos los hombres con matrimonios fracasados y frustrados que vivían una segunda oportunidad a destiempo?

No, a destiempo no. Siempre se estaba a tiempo de amar.

Aunque fuera a su edad.

Y tampoco era tan mayor. Con Consuelo había redescubierto el sexo, y su propia capacidad para sentir y hacer sentir. Le daba placer. La hacía vibrar y estremecer. Bastaba con verla y oírla. Con ella volvía a ser un hombre pleno. Un rey.

Pero estaba casado.

Estaba Virtudes.

Un hombre de su posición no podía permitirse el lujo de echarlo todo a rodar. Si los Miramón tenían su peso social, los Crussat todavía más.

¿Qué le pasaba a Consuelo?

Las cosas iban bien. Tenían un acuerdo tácito. Él se lo había dejado muy claro al comienzo, y ella, por su parte, también. Disfrutar sin ataduras. Tener una relación libre y sin compromiso.

¿Pero qué mujer aceptaba eso más allá de un tiempo?

Al final, todas querían el compromiso.

La dignidad.

Una mujer casada era una mujer plena.

Fernando alargó la mano y cogió el calendario situado en un ángulo de la mesa. Lo estudió. Por más que se empeñara, los días eran los que eran, y las semanas, y los meses. Por más que lo deseara, no tenía más huecos que aquellos que podía robar al trabajo. Virtudes no era de sospechar nada. Ella tenía a su Dios. Pero una cosa era justificar un viaje de un par de días a Madrid y otra arriesgarse con más ausencias que llevaran a preguntas sin respuesta. Y, encima, dadas las circunstancias, tampoco podía faltar ahora de su despacho así como así. Cualquier nueva crisis, por pequeña que fuese, era capaz de desencadenar un caos mayor. Se le necesitaba al mando, al timón.

¿Por qué Consuelo no entendía eso?

¿Por qué lo presionaba justamente ahora?

No, no era justo.

Se levantó de la silla y salió del despacho. La casa estaba silenciosa. Todos habían ido a misa. Todos menos él. Virtudes, al menos en eso, ya lo daba por perdido. Decía que iría al infierno. No le importaba, porque en el infierno seguro que no estaba ella. Se dirigió al comedor cuando, al pasar por delante de la biblioteca, en la sala principal, la vio a ella.

Celia.

Subida en lo alto de la escalera, quitando el polvo con un plumero a la estantería de libros más alta.

Se la quedó mirando desde la puerta, en silencio.

Las piernas eran largas y rectas, plenamente juveniles. Iba descalza, se había dejado las pantuflas abajo. Tenía unos pies preciosos, delicados, de princesa. Pudo verle uno perfectamente cuando lo subió al estirar el cuerpo para llegar a un rincón oculto con el plumero. Fue un gesto delicado pero turbador. Si se hubiera acercado lo suficiente, habría podido contemplar sus muslos. Quizá algo más. La luz del sol que entraba a través de las cortinas oscuras le confería un brillo especial, tamizado por la penumbra en la que ella destacaba como una estatua viva.

Fernando siguió inmóvil.

Era la primera vez que veía así a Celia.

Un descubrimiento.

Había hablado con Virtudes no hacía muchas noches acerca de la criada. Lo recordaba perfectamente porque era raro que conversasen en la cama, y más de una mujer. Que si era guapa. Que si era inocente, que si…

No era de extrañar que pudiese gustarle a Joaquín.

No era tonto.

Celia tenía algo.

En lo alto de la escalera, descalza, con aquellas largas piernas emergiendo de la falda del uniforme, de pronto parecía lo que todos decían que era: un ángel.

Fernando tuvo que acomodarse el sexo.

Un gesto instintivo.

¿Acababa de tener una erección viendo a Celia?

¿Estaba tratando de pensar cómo sería tenerla desnuda entre los brazos?

Pasó de la sorpresa al asombro.

Y de este al instintivo gesto de retirarse.

Un gesto demasiado evidente.

Celia volvió la cabeza hacia él.

—¡Ay, señor, qué susto me ha dado!

—Perdona, es que…

Había vuelto a bajar el pie. Se alisó la falda por simple inercia. Todavía no hacía calor, pero el frío había dejado paso al incipiente prólogo de la primavera. Celia sudaba un poco por el esfuerzo. La piel brillante, las mejillas rojas, los labios húmedos. El pecho sobresalía en lo alto con la vigorosidad de su juventud.

La chica le sonrió con toda su inocencia.

—¿Quería algo?

—No, no. Tranquila.

—Empieza a hacer calor, ¿verdad?

¿Era el calor?

—Sí, un poco. Anda, sigue.

Se dio la vuelta.

Sobre todo porque la erección seguía allí, renacida, y temía que

desde las alturas ella pudiera verla.

17

Esta vez, el padre Vicente Espinosa no estaba sentado. Iba de un lado a otro de la sacristía dejando las cosas en su sitio. El monaguillo que lo había ayudado en la misa matutina se había ido a clase. La dispensa no lo eximía del resto de sus obligaciones. Ya no quedaba nadie en la iglesia.

Virtudes esperó a que el sacerdote le prestara un poco de atención.

No había prisa.

La casa de Dios era su segundo hogar.

—¡Ay, Virtudes! —dijo de pronto el hombre envolviendo las dos palabras en un prolongado suspiro de cansancio—. ¡Desde la gripe que no consigo sacarme de encima toda esta fatiga! ¿Puede creerlo?

—Debería descansar un poco más —se alegró de poder hablar.

—¿Y cómo? —pronunció con afectación—. Las exigencias de la parroquia son siempre lo primero. Ni siquiera me está permitido desfallecer.

—¿Y si se muere qué?

—Enviarán a otro, mujer.

—¡Calle, calle! —Se santiguó ella—. Ni me lo imagino.

—Pues es ley de vida —le hizo ver con resignación—. Nosotros pasamos, pero la Iglesia sigue. Lo importante es haber hecho un buen servicio.

—Desde luego a usted deberían hacerlo santo.

—¡Bajo pone usted el listón! —Se echó a reír—. No creo que mis merecimientos den para tanto.

—¿Y el martirio qué?

—Vamos, Virtudes, aquello fue en la guerra. Dios me ayudó a resistirlo. Yo no hice nada.

—La horda roja no pudo con usted porque era más fuerte. ¿Y dice que no hizo nada? ¡No consiguieron que renunciara a su fe!

—Yo ya los he perdonado. No eran más que pobres seres

confundidos. Afortunadamente, aquello ya pasó. Disfrutamos de la paz y el bienestar que nos ha dado el Caudillo. ¿Qué más podemos pedir?

—¿Por qué no se sienta? ¿Le preparo algo?

—No, gracias. Debo hacer unas visitas.

Virtudes le echó un vistazo al reloj de pulsera. Llevaba allí casi diez minutos.

—Padre —se atrevió a decir por fin—. Ha confesado a Celia.

—Sí, claro. Para eso me la ha traído esta mañana.

—¿Y qué tal?

—Bien, muy bien —asintió con la cabeza—. Es una buena chica, pura y limpia de corazón.

—¿Le dijo algo malo?

—¡Mujer, que eso es secreto de confesión! —se alarmó.

—No pretendo que me lo diga, soy plenamente consciente de ello —lo tranquilizó—. Pero teniéndola en casa, a mi servicio y al de mi familia, si un día hiciera algo malo o se desviara…, me lo advertiría, ¿no?

—Si me lo revela en confesión, sabe que no podría, Virtudes. De todas formas… —sonrió con benévola condescendencia—. ¿Qué quiere que haga de malo esa criatura? No es más que una niña.

—Usted sabe bien que el diablo está en todas partes, y que se nutre precisamente de los más inocentes.

—Cierto, cierto. —El sacerdote se acercó a ella y le puso la mano en el hombro—. Pero por esa misma razón hemos de confiar en Dios y en su inteligencia. Él sabe mejor que nadie lo que acaba de decirme. Si un día pusiera a prueba a esa niña, seguro que le daría también la fuerza de voluntad para salir adelante en todo. —Tomó aire antes de seguir—: Le diré una cosa, querida. El único pecado de esa muchacha ha sido ir al cine y llorar, ya ve usted. Dice que lo hace con cada película. Y si se lo comento es porque esa fue una revelación fuera de la confesión. Por lo visto el jueves pasado vio una película llamada *Doce hombres sin piedad*, en la que un jurado debe determinar la culpabilidad o la inocencia de un joven, y sufrió hasta la última escena como si lo que se contaba en la pantalla fuese real. Me ha preguntado si las películas son eso: cosas que han pasado. Le he dicho que la

mayoría son ficciones, pero que algunas sí se nutren de la realidad. Y en las históricas…, bueno, siempre hay situaciones más o menos reales, que para algo es un mero entretenimiento.

Virtudes no se movía. Le sabía mal discrepar de su guía espiritual.

A veces era demasiado permisible.

Demasiado…

—Bueno, ya sabe que yo no voy al cine —dijo—. Me sigue pareciendo un pozo de depravación.

—Pero hay películas muy hermosas.

—Las que ponen en Semana Santa, sí.

El padre Espinosa mantuvo su amabilidad.

—Afortunadamente tenemos buenos censores que vigilan y cuidan la moral. Cuando una película se exhibe en España no hay besos descarnados ni nada que pueda afectar a la virtud de las personas o resulte embarazoso. Esté usted tranquila.

—Por si acaso, seguiré escuchando la radio.

—No se preocupe por Celia. —El sacerdote puso punto y final a la charla—. Todo es nuevo para ella, y está aprendiendo a vivir otra vez, algo que no siempre es fácil. El pueblo y Barcelona son como la Luna y la Tierra. Se está adaptando bien, no es tonta. Y trabajando en su casa, el hogar más cristiano que conozco, ¿qué malo puede pasarle?

18

En la escuela era de las mejores, algo que fue más de lo esperado. Había aprendido a leer y escribir mucho antes que sus compañeros. Cierto es que el maestro, el señor Esteban, no era una luminaria. Se limitaba a enseñar y cumplir. ¿Qué podía pretenderse de aquel rincón remoto perdido entre montañas y valles? La mayoría compaginaba el aprendizaje con el trabajo en el campo. Y estudiar se terminaba al despuntar la adolescencia. Había otras cosas que hacer antes que perder el tiempo sabiendo cuál era la capital de Islandia o dónde estaba el cabo de Buena Esperanza.

En el pueblo, era más importante asistir a la catequesis del párroco.

Educar el alma, para educar la vida.

Pero, gracias a haberse aplicado en la lectura y la escritura, ahora podía escribir medianamente bien, y darle sentido a las cartas que dirigía a la abuela, explicarle las cosas con detalle. Su letra era minuciosa y paciente, llena de redondillas. Una letra que, a decir del señor Esteban, lucía preciosa y muy femenina.

Celia le sacó punta al lápiz con la maquinilla y continuó.

> Abuela, Barcelona es muy grande. Asusta.
>
> Tanta gente, tantos coches, tanto ruido.
>
> La casa es bonita pero enorme. Cuando pienso que he de limpiarla entera me asusto. En cuanto a ellos aún asustan más. Me dijiste que tuviera paciencia, que obedeciera, que me fijara en todo y que aprendería rápido. Espero que sea así, pero todavía lloro muchas noches. El señor Fernando, el amo, es muy severo. Impresiona nada más verlo, y cuando habla, con esa voz así como de alcalde, hace que te sientas muy pequeña. La señora Virtudes es todo lo contrario, habla poco, pero mira mucho. Y su mirada te hiela. Se pasa el día rezando. Más que casada con el señor, su marido, parece casada con su confesor, el padre Vicente Espinosa, con el que me ha hecho incluso confesar. Ella dice que es su guía espiritual, pero con esa sotana negra hasta los pies parece un cuervo, Dios me perdone. No hay bondad en sus ojos, solo veo castigo, como si todos lo mereciéramos solo por el hecho de vivir. Luego están los hijos, Joaquín y Natividad. Joaquín tiene dieciséis años y está un poco loco. Es un mimado y un consentido. Natividad tiene doce y es una niña que parece peleada con el mundo y no sé por qué. Creo que me ha cogido manía, no me trata nada bien. Entre Joaquín y Natividad, los señores tuvieron otra niña, Asunción, pero se les murió.
>
> Con el primer dinero que he ganado, me he comprado un poco de ropa. La señora también me ha dado algo, una falda que ya no usa, aunque es muy antigua, y un par de blusas y combinaciones. Poco a poco voy llenando el armario. La habitación sigue un poco vacía y desangelada, con las paredes faltas de vida. ¿Sería posible que me enviases alguna postal? No quiero que se me borre de la mente la imagen del pueblo. El trabajo hay días que es muy pesado. El peor, cuando he de limpiar la plata. ¡Y la casa está llena de objetos de plata! Los utensilios de la comida son muchos, pero los adornos… ¡Ay, los adornos! Están llenos de relieves que hay que bruñir y bruñir, a fondo, porque luego viene ella, los examina, y como encuentre uno con una manchita, por pequeña que sea, me dice que he de fijarme más, que las prisas no son buenas. ¿Pero cómo no voy a tener prisa si luego he de hacer mil cosas más? Aquí harían falta dos chicas por lo menos.
>
> En la carta anterior, olvidé algo muy importante: he descubierto el cine, y eso

sí ha sido maravilloso. Los jueves por la tarde me los paso en uno de los dos cines que tengo más cerca, el Bonanova o el Adriano. Dan programas dobles y se está bien. En ellos, a oscuras, siendo parte de las películas, me siento verdaderamente feliz. Es como si me transportaran a la pantalla. Apurando, puedo ver incluso dos veces la primera película, y, con suerte, también algo más de la segunda. Algunas las vería veinte veces. ¡Oh, abuela, ellas son tan guapas y ellos tan viriles! Hay historias de amor preciosas. ¿Por qué nunca tuvimos un cine en el pueblo? ¿Tan lejos estábamos de todo? ¿O era el cura, con su cerrazón a toda modernidad? Me estoy dando cuenta de todo lo que nos hemos perdido, pero más de lo que nos han robado, y que Dios me perdone. Cada día entiendo más por qué luchaban mis padres.

¿Y si alguien leía ese último párrafo?

¿Lo quitaba?

No, ¿quién iba a leerlo? Solo la abuela, y ella seguro que lo entendería. No podía dejar de ser hija de quien era. Bastante había sufrido durante años, sin saber por qué, sin entender los improperios de los vecinos, hasta que, por fin, la abuela se lo explicó.

Ahora, secretamente, sentía orgullo.

Cuando las personas mueren por unos ideales…

En las películas veía otras vidas, otras maneras de ser, otros mundos. Barcelona era mágica, pero descubrir aquella ciudad americana, Nueva York, a todo color en la pantalla, aún lo había sido más. Allí la gente cantaba y bailaba, amaba sin cortapisas y no había curas. Los jóvenes eran felices.

Siguió escribiendo.

«Abuela, tengo muchas ganas de vivir…».

19

Joaquín levantó la cabeza al oír los gritos.

Estentóreos, fuertes, hirientes.

—¡¿Otra vez?! ¿Se puede saber cómo eres tan tonta? ¿Tú crees que esto va así?

No pudo escuchar la respuesta de Celia, porque ella hablaba en voz baja.

Inaudible.

—¡Eres la peor criada del mundo!

Salió de su habitación.

Lo hizo justo a tiempo de ver a la chica corriendo por el pasillo, en dirección contraria, para refugiarse en la cocina o quizá el lavadero.

No dejó de caminar y se asomó a la puerta de la habitación de su hermana, que seguía abierta. Natividad estaba en el centro, arrojando ropa al suelo como si estuviera poseída.

Cuando Natividad gritaba tanto a Celia, era porque su madre no estaba en casa. Entonces su mal humor se desbordaba.

Se la quedó mirando, apoyado en el quicio de la puerta. La quería, era su hermana, pero a veces creía que estaba loca. Cuando le daba por reírse y pasarlo bien, era la mejor. Pero cuando se enfadaba y perdía el oremus…

Natividad se dio cuenta de su presencia.

—¿Y tú qué miras? —le endilgó.

—¿Por qué te metes tanto con ella? —preguntó él.

La niña lo fulminó con la mirada.

—¿Y tú por qué la defiendes igualmente tanto?

—¿Yo?

—¡Sí, tú!

—No la defiendo. Solo creo que te pasas un montón.

—¿Eso no es defenderla? —Puso brazos en jarras—. ¿Pero tú has visto los líos que me monta?

—Pues únicamente te los montará a ti, porque a mí no me hace nada malo. Nunca había tenido la habitación más arreglada.

—¡Oh, mira tú por donde! —Levantó las dos manos al cielo—. ¡Al señorito le hace las cosas bien! ¡Oh! ¡Ah! ¿Por qué será?

—Igual es que la trato mejor que los demás y tú la asustas.

Natividad se le acercó. Era más baja que él, pero con la mala uva casi parecía al revés. Literalmente pegó su nariz a la suya. Joaquín parpadeó un poco por la proximidad. Su hermana parecía poseída, los ojos furiosos, la línea de los labios tensa. Tenía los puños apretados.

Inesperadamente, sonrió sin ganas.

Una sonrisa fría, cargada de sorna.

—A ti te gusta, ¿verdad?

—No digas burradas.

—Te gusta —insistió.

—Vamos, Nati, que es la criada.

—Como vuelvas a llamarme Nati te araño.

Era capaz.

—Estás como una cabra —dijo Joaquín.

—¡Te gusta, te gusta, te gusta! —Se puso a hacer aspavientos ella.

—¿Cómo va a gustarme? —Empezó a sentirse incómodo.

—¡Estás enamorado de Celia!

—¡Cállate! Te va a oír…

—¿Y qué? ¿Crees que no te oigo yo a ti por las noches cuando gimes en tu cuarto? ¡Te haces cosas, lo sé! ¡Te tocas, guarro!

—¡No digas tonterías!

—¿Crees que estoy sorda?

—¿Y qué haces, pegas el oído a la pared?

—¡Pero si es imposible no oírte!

—Natividad… —Notó que se estaba quedando sin fuerzas.

—Anoche te sorprendí mirándola —siguió llevando la iniciativa su hermana—. No, espiándola. Y se te caía la baba.

—¡Eso es mentira!

—¡A mí me da igual! ¿Pero quieres que se lo diga a mamá?

Era peligrosa. Demasiado. No importaba si se trataba de una mentira o no. Como su madre la creyera…

Joaquín no supo qué hacer.

Ni qué decir.

—Oye —intentó calmarla—. Sabes que papá está preocupado por lo de Cuba. Solo le faltaría encontrarse con problemas en casa. No hagas estupideces, ¿de acuerdo?

—Yo no haré estupideces si tú no te metes conmigo y lo que le diga a Celia, ¿estamos? ¡Eso es cosa mía!

Notó el acorralamiento.

No podía con ella.

Se resignó a dar media vuelta para regresar a su habitación.

A los dos pasos escuchó el estruendo de la puerta de Natividad

cerrándose con rabia.

20

La primera vez salieron los cuatro. Ángeles y su novio, ella y Luis. Habían ido al cine, después a cenar y, como remate, a bailar. Programa completo. Su amiga lo había organizado todo minuciosamente y, la verdad, funcionó como un reloj. La película, fantástica. La cena, de primera. El baile…

Luis no solo bailaba bien.

Sabía cómo tratar a una mujer.

La voz de la experiencia.

Había algo de bueno en todo aquello, ni él ni ella eran dos recién llegados. Tenían una buena carga a sus espaldas. Un historial repleto de vicisitudes. Consuelo, incluso, un marido muerto. Lo del amante era un secreto.

De pronto, el peor de todos.

Ahora era la segunda salida y estaban solos.

Una cita.

En toda regla.

Luis había esperado unos días. Nada de precipitarse. Los dos intuían que se habían gustado, pero de ahí a pasar a mayores… La llamada telefónica la sorprendió a medidas. Una charla breve e informal y luego habían quedado.

Tomar un buen chocolate con una ensaimada en la calle Petrixol podía considerarse casi afrodisiaco.

—Dios… Hay placeres que son algo más que un pecado.

Luis sonrió.

Sabía hacerlo.

—No lo digas en voz alta, que no se enteren los curas. Serían capaces de prohibirlo también, como todo lo bueno.

—Me parece que no eres tú muy católico que digamos —dejó ir ella.

—¿Yo? Para nada. Me encajan todas las palabras que empiezan por a: «ateo», «ácrata», «abstemio», «antisocial», «anarquista»…

Consuelo casi se atragantó con el pedazo de ensaimada que tenía en la boca.

—¿Cómo vas a ser antisocial y anarquista?

—Que viva bien no significa que no tenga alma de revolucionario.

—Me tomas el pelo.

—A una mujer, nunca. Te prefiero con esa cabellera tan tuya.

—La verdad es que es de lo mejor que tengo, sí. —Se la atusó con la mano libre.

Otra risa.

—¿De qué…?

—Muy femenino eso de destacar algo propio echando piedras sobre el resto, para que el hombre, un caballero como yo en este caso, ensalce el resto de tu anatomía.

—¡Válgame el cielo! Deberías ser escritor.

—Lo he pensado.

La que rio ahora fue ella.

—¿Cómo hemos pasado del pecado y los curas al anarquismo y la naturaleza femenina?

—Eso indica amplitud de miras —apuntó él—. Propio de dos personas de mundo. ¿Otro chocolate?

—¡No!

—No me digas que es para no engordar.

—Es por la faja. —Le guiñó un ojo.

—Tú no llevas faja.

—¿Cómo lo sabes?

—Bailamos juntos, ¿recuerdas?

—Pero hoy no íbamos a bailar.

—Aún no sabes cómo acabará la noche —dijo. Y, antes de que ella pudiera responderle, levantó la mano y reclamó la atención del camarero para pedir—: ¡Otros dos de lo mismo, por favor!

Consuelo se resignó.

Sabía que era perder el tiempo.

Luis tenía algo irresistible y lo notaba. Era fácil seguirle la corriente y difícil pararlo.

¿Cuánto hacía que no se reía de verdad?

Lo observó fingiendo apurar la taza de chocolate. Era atento, cordial, para nada engreído, elegante. Hubiera pasado por un playboy de la Riviera francesa o de Biarritz perfectamente. Quizá lo fuera. Pero no allí, con ella. De momento la trataba con educación y respeto. No daba la impresión de querer llevársela a la cama a las primeras de cambio.

Ángeles le había dicho que «buscaba algo serio».

Sentar la cabeza.

¿Sentaban la cabeza los hombres como él, habituados a vivir la vida a su aire?

¿Y ella, cuarentona, viuda, amante de un potentado burgués…?

¿Cuánto tiempo llevaba sin salir de casa para ir a pasear, al cine o a merendar? ¿Cuánto tiempo llevaba escondida en su pequeña urna de cristal?

—Una peseta por tus pensamientos.

—¿No es un centavo?

—Tú vales más. Si quieres llego al duro.

—No pensaba en nada —repuso.

—A veces te quedas callada unos segundos. Y me parecen minutos. Es un tiempo de bloqueo intenso. Entonces te vuelves hacia dentro. Espero que la perla que cultivas sea de mucho valor.

—¿Me estás llamando ostra?

—Sí.

—¡Serás…!

—Directo. Es uno de mis defectos.

—¿Y los otros?

—Ya los irás viendo. Tampoco quiero asustarte en la primera cita.

—La segunda.

—No, la primera. Esto es una cita. Lo del sábado fue una trampa. Y, desde luego, funcionó. —Levantó el vaso de agua servido con el chocolate—. ¡Brindo por ello!

Llegaron las dos nuevas tazas, y dos enharinadas ensaimadas tan grandes como torteles de pastelería. A Consuelo se le hizo la boca agua. El tamaño era inversamente proporcional a la rapidez con la que solían ser devoradas, porque se deshacían en la boca. El camarero

retiró los servicios anteriores porque la mesa, como todas, era pequeña. Apenas si había media docena en el diminuto local. Más gente esperaba en la puerta para entrar.

—¿Puedo hablarte en serio? —dijo Luis.

—¿Hasta ahora hemos hablado en broma?

—Es lo mejor para romper el hielo. Y no importa que se tengan veinte, treinta o cuarenta años. Lo primero que debería apreciar la gente es el sentido del humor.

—Estoy de acuerdo.

—Bien —lo agradeció—. Quiero decirte que el sábado que salimos me impresionaste mucho.

—¿Yo?

—Sí, tú. Y no hagas que explique los motivos, que eres guapa y todo eso. Lo esencial es que fui a esa salida organizada por Ángeles con cierta prevención.

—Dime por qué.

—Nunca había conocido a una viuda.

—¿Soy diferente?

—No, pero… Te diré que pareces todo menos viuda.

—No todas las viudas tienen setenta años.

—También las hay de treinta, sí. Pero tú… No sé cómo decirlo: no tienes marcas.

—¿Heridas?

—Llámalo así.

—Mi matrimonio duró poco, y fue hace mucho tiempo. ¿Qué te ha contado Ángeles?

—Apenas nada.

—Va, dímelo. No creo que aceptaras salir sin una mínima garantía.

—Te juro que no mucho. Lo de que te casaste joven y después de morir él simplemente trataste de seguir adelante y vivir, sin agobios, sin marcarte metas ni pautas.

—Pues ya está. —Desmenuzó la ensaimada para mojar un extremo en el chocolate, aún caliente.

—Se me hace raro.

—¿Que esté soltera?

—Vivimos en una sociedad pacata en la que el estatus de una mujer viene determinado por el matrimonio.

—No me ha hecho falta nadie —mintió pensando en Fernando.

—Ya, pero…

—¿Te importa que dejemos de hablar de eso? —lo interrumpió.

Se quedó un poco cortado.

—Perdona —se excusó.

—No pasa nada. Es lógico hablar de todo esto.

—Tú también puedes preguntar.

—Prefiero no hacerlo.

—Entonces te diré que sigo soltero por convicción, por ir contracorriente, por no hacer lo que los demás esperan y… porque nunca he encontrado a la mujer adecuada.

Hizo la pregunta casi por obligación.

Quizá porque era lo que él esperaba después de llevarla a su terreno.

—¿Y cómo ha de ser la mujer adecuada?

—Como tú —dijo Luis—. Exactamente como tú.

Intermedio 3

1992

Eduardo Camprubí se levantó temprano. No porque le gustase madrugar, ni porque lo llamase el deber y el seguimiento de la investigación. Tuvo que hacerlo porque la ventana de la habitación de la pensión del pueblo no tenía contraventanas exteriores y la luz de la mañana irrumpió en ella con la fuerza de un brillante tornado. Lo primero que hizo fue lamentar no haberse llevado un antifaz de casa.

A pesar de todo, había dormido bien, como un lirón.

Aquel silencio era una bendición.

La noche anterior, con el pueblo sumido en la oscuridad a partir de las seis de la tarde, que por algo era todavía invierno, había cenado como pocas veces recordaba haberlo hecho. La dueña de la pensión le había preparado una cena capaz de revivir a un muerto.

—Hace años teníamos mucho más bullicio, pero ahora… —suspiró pesarosa—. En verano esto todavía se anima lo suyo, con la bendición del turismo rural, los excursionistas, los montañeses y algunos que incluso tienen segundas residencias. En invierno no hay nada. Aún recuerdo los tiempos de las ferias. Venían de todos los pueblos de los alrededores para negociar compras y ventas de ganado.

Lo dijo de una forma que a Eduardo se le antojó como que hablaba del viejo Oeste americano.

El desayuno estuvo a la altura de la cena. La mujer ya sabía que era detective privado. Por desgracia tampoco había oído hablar de Benigna Sanromán ni de su nieta Celia. Menos aún de David García.

¿Era casualidad que el hombre al que buscaba llevase el mismo apellido de su madre?

Bueno, García era de los apellidos más usuales en España, lo mismo que Fernández, Martínez, Sánchez o Gómez.

O la señora Canals no sabía mucho más o…

¿O qué?

Salió de la pensión a las nueve de la mañana, con sol pero con mucho frío, dejó las cosas que siempre llevaba en el coche para emergencias y se dirigió a la pequeña estafeta de correos. No le extrañó encontrarla cerrada. Una mujer le dijo que Tomás solía llegar sobre las nueve y media. Por suerte le contó algo más, dónde vivía. Y estaba cerca.

Tomás, el cartero, era un hombre enjuto y delgado como un palillo. Trabajo, lo que se dice trabajo, debía de tener poco. Eduardo imaginó que algo más haría a lo largo de una jornada laboral. Cuando se presentó, el tipo le dijo:

—El del coche, sí. Lo vi aparcado delante de la pensión anoche. Me dijeron que estaba buscando a una vecina de antaño.

Las noticias corrían.

—Benigna Sanromán. ¿Le suena?

—No, para nada.

—¿Celia García, David García…?

—No. Tendrá que preguntarle a Germán, el cartero de antes.

—Es lo que pensaba hacer, pero por lo visto su casa no es fácil de encontrar.

—Si me sigue, yo cojo la Vespino y le acerco, aunque le advierto que el camino es un rompepiernas.

—Es usted muy amable.

—Nada, hombre. De igual manera tenía que ir cerca a llevar una carta. Le espero.

Eduardo regresó al lugar donde tenía aparcado el coche. Se subió a él y, aunque tuvo que meterse en dirección contraria para no dar un rodeo, aprovechó la ausencia de tráfico para regresar a la estafeta. Tomás ya lo esperaba en la moto.

El trayecto fue breve pero, desde luego, enrevesado. Se dio cuenta de que tal vez viviera más gente fuera del casco urbano que en él. Había casas diseminadas por todas partes, algunas medio ocultas por los árboles. La parte final del recorrido fue la peor, bordeando el río, en realidad un riachuelo con poca agua a la espera de los deshielos primaverales. Tomás ni detuvo la moto. Le señaló una casa, le dijo

adiós y continuó su camino.

Eduardo se alegró de haber llegado.

Le abrió la puerta una mujer mayor, de setenta años o más, aunque se daba cuenta de que allí las edades no tenían nada que ver con las de los habitantes de una ciudad. Todos parecían tener una morfología diferente. Preguntó por Germán y ella se limitó a pedirle que esperase, como si fuese usual recibir visitas de desconocidos.

El excartero también era un setentón arrugado. Apareció ante él tosiendo sin dejar de fumar una especie de caliqueño retorcido. Mientras le estrechaba la mano le endilgó:

—Del banco, ¿no?

—No, no, señor —rectificó—. Soy detective privado.

—¿En serio? —le mostró un deje de asombro.

—Mi tarjeta.

Llevaba siempre un par en el bolsillo, por si acaso.

Germán la leyó.

—Pero será por lo de las tierras, digo.

—Tampoco. Venía a preguntarle por una persona que vivió en el pueblo hace años. La estoy buscando por encargo de una clienta. Habiendo sido cartero, imagino que usted conocía a todo el mundo.

—Ya puede decirlo —se jactó pareciendo aliviado por no ser su visitante quien creía que era—. ¿De quién se trata?

—Benigna Sanromán.

—¿La Beni? ¡Válgame el cielo! —exclamó con asombro—. ¡No ha llovido ni nada desde entonces! —repitió lo mismo que le había dicho la mujer del colmado el día anterior—. ¿Para qué la busca?

—Yo solo hago mi trabajo. Las razones las sabrá la persona que me ha contratado. —Evitó tener que darle más explicaciones—. Sé que su nieta Celia se fue a trabajar a Barcelona, que regresó embarazada y que luego volvió a irse. En realidad al que busco es a él, David García, el hijo de Celia.

—Pues de eso hará…

—David nació en 1960. Treinta y dos años.

—Ya le digo. —Le dio una calada al caliqueño—. ¿Y qué quiere de mí?

—Saber si, después de irse Celia, escribió a su abuela.

—Sí, sí lo hizo —asintió el hombre—. No mucho, tres o cuatro cartas al año, pero al menos…

—Hasta que murió Benigna.

—Eso es.

—¿Recuerda la dirección del remite?

—No, qué va.

—¿No la miraba, aunque fuera por curiosidad?

—¿Para qué?

—Celia no era muy popular en el pueblo. Había cotilleos. Saber dónde paraba…

—Lo único que recuerdo es que un par de veces mandó paquetes certificados y que ya casi al final las señas eran otras, eso sí. La Beni se emocionaba mucho cuando recibía carta, aunque me consta que también hablaba con Celia por teléfono. Iba a la centralita y pedía la conferencia, pero a veces tardaban dos horas en ponérsela, menudos tiempos.

—¿Sabe si alguien más podría darme información?

—¿Por qué no pregunta en la casa?

—¿Casa? ¿Qué casa?

—Pues la de la Beni, hombre.

—¿Vive alguien en ella?

—Una pareja, sí. Llegaron jóvenes, huyendo de la ciudad. Son artistas. Querían estar en contacto con la naturaleza. Un poco hippies, ¿me comprende? Ahora tienen dos hijos. Igual ellos saben algo más de la Celia.

Había dado por sentado que en la vieja casa de Benigna Sanromán no vivía nadie.

Un fallo.

—¿Cuánto tiempo estuvo vacía la casa entre la muerte de Benigna y la llegada de esa pareja?

—Nada, menos de dos años. Pero ni siquiera sé si la compraron, si la alquilaron… A mí estas cosas… —Se encogió de hombros—. Lo único que sí le digo es que mi trabajo de cartero era sagrado. En esta vida tienes que ser honesto con lo que haces, porque de lo contrario…

¡Como que me hicieron un buen homenaje al jubilarme! Para mí una carta era como las Tablas de la Ley, no sé si me comprende. Jamás curioseé ni miré una al trasluz ni nada de nada. —Sacó pecho después de su proclama y asintió—. Me alegro de que no sea usted del banco. Me cae bien. —Y de pronto bajó el tono de voz, como un conspirador, para decir—: Oiga, ¿puedo preguntarle una cosa?

—Adelante.

—¿Lleva pistola?

—No.

—¿No? —Se sintió desilusionado.

—Esto es España, señor. Me temo que aquí Hollywood nos cae lejos.

Evitó agregar que las rubias fatales tampoco eran de verdad.

Ni en las películas.

Capítulo 4

Abril de 1959

21

Le molestaban los imprevistos.

Odiaba lo inesperado.

Por eso se envaró al encontrársela de cara, en mitad de la calle. Se vio acorralado, no podía eludirla, fingir. Carmen estaba igual, era de esas personas que no envejecían nunca, que parecían eternas reproducciones de sí mismas. Llevaba años sin verla y no había cambiado nada.

—¡Fernando! —habló la primera ella.

—¡Hola, Carmen! —le puso el mayor énfasis a sus palabras—. ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás?

—Yo, bien, bien. ¿Y tú?

—¡Tirando! —intentó dar sensación de jovialidad.

—¿La familia…?

La familia.

Viniendo de la hermana de su difunta esposa, la pregunta era amarga. Por supuesto cortés, pero con un enorme poso de tristeza escondida en su interior.

—De salud estupendamente, que es lo principal. ¿Y vosotros?

—Lo mismo. Crucemos los dedos. ¿Has tenido más hijos? Dios santo… Hacía mucho que no nos veíamos ni sabía nada de tu vida.

Había cortado todos los lazos.

¿Para qué seguir viéndolos?

—No, me quedé con Joaquín y Natividad.

—La parejita.

—Sí, la parejita.

—Imagino que fuisteis a por Natividad al morir Asunción, ¿verdad?

Lo sabía todo. Carmen era ya una chismosa en vida de Teresa. Mentía con lo de no saber nada de él. Probablemente preguntaba por ahí a quien los hubiera conocido.

—Bueno, no fue exactamente así, pero… bienvenida fue.

—¿Qué edad tiene ya?

—Va para trece.

Se parecía mucho a Teresa. Los mismos ojos dulces. Era como ver a su propia exmujer con muchos más años. La sensación se le antojó angustiosa.

—Te veo bien —suspiró ella.

—Gracias. Tú también estás estupenda, como siempre.

—Pero los años pasan, no me digas que no.

—¡Y tanto que pasan!

—Yo debo de hacerme mayor, porque cada vez pienso más en mi hermana.

—Es normal.

—Fue una pena.

—Sí, sí lo fue. —El acorralamiento lo puso nervioso aunque mantuvo la calma.

¿Iban a hablar de Teresa después de tantos años?

—Si te hubiera dado hijos…

—No vale la pena pensar en ello, Carmen.

—Era mi única hermana.

—Tienes dos hermanos más.

—Pero ella era mi hermana. Nos llevábamos bien. Siendo yo mayor la cuidé y protegí siempre. Me hablaba mucho de lo triste que se sentía al no haberte podido dar hijos. En parte siempre he creído que se murió por eso. Contigo trataba de parecer fuerte, pero en el fondo…

—No te hagas mala sangre, va.

—Te quería mucho.

—Y yo a ella.

—Lo sé —suspiró—. Hiciste bien en casarte de nuevo. Te habrías vuelto loco de soledad. Imagino que estarás orgulloso de tus hijos.

—¿Qué padre no lo está?

—Mi Carlos ya tiene novia.

Era capaz de charlar durante una hora.

Inaguantable.

Se acercó a ella para darle sendos besos en las mejillas. Trató de emplearse con firmeza no exenta de amabilidad.

—Me ha encantado verte —mintió—. Qué pena que tenga una cita y ya llegue tarde. Habríamos podido tomar un café.

—Llámame cuando quieras y nos ponemos al día.

—De acuerdo.

—Lo de Cuba te habrá afectado, ¿no es cierto?

Deseó matarla, pero se contuvo.

22

Celia salió del cine con la imagen de Spencer Tracy en la cabeza. Como siempre, se había metido hasta el tuétano en la película. Aquel hombre, manco, mayor, luchando contra todo un pueblo perdido por restituir el nombre de su amigo muerto… Una película sobrecogedora. Qué distinto de lo sucedido en su pueblo, con sus padres. El cine era mágico por eso mismo, porque hacía reales los sueños y las fantasías de los pobres o los derrotados. Reales por espacio de una hora y media.

Se quedó mirando el cartel de la película, *Conspiración de silencio*, antes de salir y darse cuenta de que llovía.

No, diluviaba.

Se quedó sobrecogida. Había salido de casa con sol, sin nubes. Y, ahora, de pronto… ¿Cómo iba a regresar con semejante cortina de agua? Llegaría empapada y cogería un resfriado o una pulmonía, seguro. No le faltaría más que caer enferma. ¿Quién la cuidaría entonces, la señora Virtudes?

—¡Ay, ay, ay! —gimió asustada.

Si no llegaba a la hora, daba igual que lloviera o nevara, se las cargaría. Les daría igual el imprevisto. Le dirían que tenía que haberse dado cuenta antes, salir con tiempo, no apurar tanto. ¿Por qué tenía

que ver dos veces cada película?

No se dio cuenta de que lo tenía al lado hasta que le habló.

—Menuda está cayendo.

Volvió la cabeza. Era un soldado. Un quinto. El uniforme le sentaba bien aunque se le notaba que era de una talla mayor. O eso o que estaba muy delgado. Tenía la nariz prominente, unos ojos bonitos y un bigotito delgado atravesándole el labio superior de lado a lado.

Le gustó su sonrisa.

—Sí —se limitó a responder Celia.

—Ni el paraguas sirve de mucho. —Le enseñó el que llevaba en la mano.

—Pero algo es algo. Al menos has sido previsor.

—Precaución. —Tensó la cara—. Si se me moja el uniforme, luego pesa mucho.

Celia se mordió el labio inferior.

Se estaba angustiando.

—Tendré que mojarme —dijo.

—¿Se te hace tarde?

—Sí, mucho. He salido con el tiempo justo y ya habría tenido que correr.

—Yo no tengo prisa —repuso él—. Toma.

Le tendió el paraguas.

—¿Por qué me lo das? —se sorprendió ella.

—Para que lo uses, mujer.

—¿Y tú?

—Me espero a que se calme. Ya me lo devolverás la semana que viene.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿Y si no vengo?

El soldado sonrió con un deje de encanto. Era simpático.

También lanzado.

—Te vi hace dos jueves, y el pasado, y este. ¿Por qué no has de venir el próximo?

Se puso roja.

No pudo evitarlo.

—¿También vienes los jueves? —intentó disimular.

—He venido por ti —manifestó con toda naturalidad—. De hecho, hoy le he pedido a Dios que lloviera para poder hablarte. Sales siempre a la carrera y es imposible.

Celia se quedó unos segundos en suspenso.

—¡Me estás tomando el pelo! —exclamó.

—Para nada. Anda, toma —insistió con el paraguas—. Te acompañaría, pero con lo pequeño que es acabaríamos empapados los dos. ¿El jueves que viene?

—¿Lo dices en serio? —Apenas si pudo creerlo ella.

—Pues claro que lo digo en serio. ¿A las tres y media aquí, antes de entrar, para sentarnos juntos?

No se sintió con fuerzas para discutir. Ni mucho menos para tontear o hacerse la estirada. El tiempo apremiaba y el paraguas era la salvaguarda para evitarse problemas. Que tuviera una cita era lo de menos.

O no.

—¿Y si no te dan permiso el próximo jueves?

—Tengo las tardes libres. Hago un poco lo que quiero, en un puesto cómodo, un sargento que nunca está en su sitio y mucha mano ancha. Tranquila. Y mira. —Señaló los carteles que anunciaban las películas de la semana siguiente—. Seguro que están bien, aunque imagino que si vienes siempre al mismo poco te importa lo que pongan.

Tenía razón, en todo.

Celia le cogió el paraguas.

—Gracias —musitó.

—Venga, hasta el jueves —se despidió él.

Lo abrió y salió al exterior. La lluvia repiqueteó en la tela. Ya no esperó más, ni se volvió. Echó a correr tratando de no resbalar ni pisar los charcos que ya se habían formado en la calle.

Solo a los pocos pasos se dio cuenta de que ni le había preguntado el nombre a su salvador.

Antes de dar el paso, Joaquín tomó aire.

Contó hasta tres.

Luego abrió la puerta del lavadero.

Celia estaba en ropa interior. Braga y sostén. Tenía la pierna derecha en alto, con el pie apoyado en el borde, mientras se la lavaba. Había puesto una toalla en el suelo, pero cogió la que tenía al lado.

Ella también fue rápida.

—¡Señorito!

Joaquín lamentó el error. Esperaba encontrársela desnuda. A duras penas pudo entreverle el pecho cubierto por el sujetador, una nalga, los muslos o la frondosidad oscura del sexo a través de las bragas.

Celia se tapaba con la toalla de arriba abajo.

Su expresión lo decía todo.

—¡¿Quiere salir de aquí?!

—Perdona, mujer. —No se movió—. Creía que no había nadie.

—¿Y qué hace aquí?

—Nada, venía a…

—¡Salga! —No le dejó acabar.

—Pero si no he visto nada.

Se puso más y más nerviosa.

—¡Que salga de una vez!

—No seas tonta. —Hizo un gesto relativizando la escena.

—¡Voy a gritar!

—¿Quieres que te echen a la calle?

La criada abrió los ojos hasta la desmesura.

—¿Y por qué iban a echarme?

—¿Y si les digo que te has desnudado para que te vea?

—¿Haría eso?

—No digo que lo hiciera, pero, si fuera así, mi madre me creería, seguro.

—¡No le creería!

—¿Y a ti sí?

Celia seguía tapada con la toalla. Lo único visible eran su rostro y

sus manos. El resto del cuerpo quedaba oculto. Pero Joaquín sabía que ya no iba a olvidar aquella visión inicial, aunque hubiera durado apenas un segundo. Era una fotografía grabada en su mente.

—Por favor —se lo suplicó—. Váyase.

Estaba a punto de llorar. Se dio cuenta.

No quería forzarla, ni verla triste.

—Perdona. —Inició la retirada—. De verdad que no sabía que estabas aquí. No te enfades.

La miró por última vez, abandonó el umbral en el que seguía y cerró la puerta. Imaginó que ella aún estaba tapada.

Joaquín se estremeció.

Nunca había visto nada tan bonito en la vida.

24

Mientras oía la radio, Virtudes hacía ganchillo.

La serenaba.

La voz de Elena Francis y el ganchillo formaban la combinación perfecta para que se sintiera en una burbuja de paz, aislada de todo. Las penas y los problemas de los demás formaban un muro exterior. Ella vivía en el interior, protegida de todo mal. Las mujeres que escribían al consultorio expresaban lamentos y desazones que las convertían en víctimas frágiles, sobre todo de sí mismas. Virtudes se sabía diferente. No especial, pero sí diferente. Podía permitirse el lujo de ver el mundo y a la sociedad desde lo alto. No estaba en un pedestal, solo en una posición superior, moral y humanamente.

Dios se encontraba de su lado.

Escuchó la respuesta que Elena Francis le daba a «Maltratada».

> Querida amiga. No es de recibo que, siendo como asegura ser una buena esposa y una madre devota, deba sufrir los ataques de furia de su marido y de su hijo. Quizá ellos tengan problemas graves que no se atreven a confesarle a usted. ¿Le ha preguntado a él si le sucede algo malo en el trabajo? ¿Le ha abierto el corazón a su hijo? Hábleles. Sea la mujer, la esposa y madre que todas debemos ser. La paz del hogar reside siempre en nosotras. Tenemos la fuerza del amor, la abnegación absoluta por el hecho de ser mujeres y la comprensión que nos da la propia condición femenina, pilar de la

sociedad. No debe sufrir y, si lo hace, compártalo, ábrales su corazón. Es más, si en algún momento esa violencia se trasluce en un golpe, quizá fortuito, quizá producto de un inesperado ataque de ira, no se someta y calle. Puede hacerlo en una primera instancia, pero, cuando las aguas se calmen, hágales ver su error, cuénteles el amor que les profesa. Estoy segura de que entenderán y reflexionarán. Ante todo, sea usted valiente.

Virtudes expresó lo que sentía en voz alta:

—Un marido violento, pase, pero el hijo… —chasqueó la lengua—. El primer día tenía que haberles dicho que eso no estaba bien. Volver atrás ahora… Desde luego…

Escuchó la lectura de la siguiente carta, que firmaba «Engañada».

Una mujer que sospechaba de su marido.

Y la respuesta.

¿Ha descuidado usted su arreglo personal? ¿Le ha negado el afecto alguna noche, cuando él se lo ha solicitado, argumentando cansancio o falta de ganas? ¿Ha convertido su santo matrimonio en una rutina? Esos pequeños detalles, amiga mía, son a veces, de manera inconsciente, el caldo de cultivo de los problemas posteriores. La suma de los días vulgares nos lleva a un futuro incierto. Dos imanes se atraen porque su naturaleza lo exige así. El amor en un matrimonio ha de ser como esos imanes. Si uno pierde fuerza, la atracción se hace menos fuerte. Debe confiar en usted, pero más en él. Sorpréndale, retome la dulzura de aquellos primeros días. No le reproche que trabaje tanto, ni tampoco sus silencios, ni entre en la locura de registrarle los bolsillos, como dice hacer, ni mucho menos le ponga mala cara. La paciencia es la envoltura del amor, y la serenidad, su salvaguarda. No haga preguntas sin respuesta. Hágaselas a sí misma. En un hogar pleno no hay fugas ni escapes. Convierta ese hogar en un paraíso y él querrá quedarse dentro.

Las manos le iban a toda velocidad. El jersey de punto pronto estaría listo. Lástima que, con la primavera ya en marcha y el primer calor asomando, Joaquín no se lo pudiera poner hasta el otoño o el invierno. Bueno, si se lo ponía, porque su hijo se estaba volviendo muy raro con la ropa.

Las dichosas modas.

Acabaría dándolo al ropero benéfico de la parroquia.

Un pobre con un jersey como aquel…

—¡Señor, Señor! —Elevó los ojos al cielo.

La tercera carta era de una joven embarazada.

Dieciséis años, la edad de Joaquín.

—La culpa es de los padres —dijo antes de escuchar la respuesta de Elena Francis.

> Querida amiga. Comprendemos tu desconcierto, la sensación de desamparo y soledad, la idea de que la vida te ha dado un golpe y ese golpe te va a marcar el futuro. Pero no es así. Un hijo no es un golpe, es una bendición. El futuro no está escrito. Probablemente él lo cambie, y te sorprenderá un día darte cuenta de que ha sido para bien, siempre lo es. Debes entender que cometiste un error, grave. Pero también has de entender que, al asumir cristianamente tu culpa, das ya un primer paso hacia la redención. La función más importante de la mujer es la maternidad, por lo tanto…

25

Fernando entreabrió los ojos al darse cuenta del movimiento. Consuelo se estaba levantando, en silencio, tratando de no agitar mucho la cama para no despertarlo, creyéndole dormido. En la penumbra la vio abandonar la habitación convertida en un halo fantasmal, desnuda, descalza, con sus movimientos de gacela.

No solo era hermosa. También se movía con la armonía de una bailarina.

Consuelo agitó la cabeza antes de salir, desparramando su cabellera por encima de los hombros. Levantó los brazos y se pasó los dedos por el pelo, hasta la nuca, convirtiendo su figura en una estatua animada de talle casi perfecto.

La edad no le hacía mella.

Bajo la tenue claridad del anochecer, en la cama, parecía tener veinte años.

Fernando ya no cerró los ojos.

Habían hecho el amor, había tenido su habitual orgasmo brutal y violento, pero ella…

¿Había disfrutado?

Parecía ausente, mecánica, incluso deseosa de provocárselo y acabar.

Esperó a que regresara.

Lo hizo al cabo de un minuto, igualmente desnuda. Fue al meterse de nuevo en la cama cuando advirtió su mirada.

—¿Te he despertado?
—No.
—Parecías dormir.
Fernando extendió el brazo para que ella se arrebujara bajo él. Se quedaron pegados. La mano izquierda de Consuelo en el pecho masculino, quieta.
El silencio fue muy breve.
—Por San Juan ya se irán a Blanes.
Hablaba de «ellos», como si él no formara parte.
—Faltan dos meses —le hizo notar Consuelo.
—Bueno, pero quiero decir que… Para ir haciendo planes.
—¿Vas a quedarte aquí trabajando?
—Muchos días, sí.
—¿No subirás y bajarás en coche?
—¿Cada día? Menuda pesadilla tantas horas conduciendo. Ida de noche, vuelta por la mañana, con la de gente yendo y viniendo de las playas… Acabaría agotado. De todas formas lo hago para pasar más tiempo juntos.
Esperó a que ella hiciera algún comentario.
No fue así.
—No pareces muy contenta —aventuró.
—El verano pasa volando. Luego volverá la rutina.
—Me puedo tomar unos días y vamos a algún lugar bonito: Cullera, Benidorm, un sitio de esos.
—Sí, bueno.
Parecía una concesión, nada más.
Fernando se sintió incómodo.
Pero lo que menos quería era hacerla enfadar, disgustarla o darle motivos para que retomara sus reproches de los últimos días.
—Hoy tengo tiempo, ¿ves? —dijo alegremente—. Si me das veinte minutos, lo hacemos otra vez y así te corres aunque yo ya no pueda.
Se encontró con el tono seco y cortante de Consuelo.
—¿Crees que es todo lo que me importa, hacerlo y correrme?
—Bueno, mujer…
—¿Dónde le has dicho a Virtudes que estás?

Fernando parpadeó.

Era una zona minada, pero se sintió atrapado.

—¿Y qué importa eso?

—Curiosidad. —Subió y bajó los hombros.

—En una cena de negocios.

—¿Nunca pregunta dónde o con quién?

—No.

—¿Ni después, a quién has visto, de qué has hablado?

—Tampoco.

—¿Ni sospecha?

—¿Virtudes? No. ¿Por qué iba a sospechar?

—¿Y si sabe algo y calla, como todas?

—¡No digas tonterías! —Se agitó inquieto.

—¿Y si ella también tuviera un lío?

—¡Y si, y si! —trató de no gritar y mantener la calma—. ¿Un lío? ¡Como no sea con el padre Espinosa! —Se sintió dolorido y quiso dejarlo claro—. ¡Lo nuestro no es un lío!

—¿Qué es?

—¡Una mala pasada del destino, eso es, por no haberte conocido al morir Teresa!

—Vale, no grites. —Arrugó la cara Consuelo.

—No grito.

—Sí lo haces, y en mi oído.

—¡Es que cuando te pones así…!

—¿Así cómo?

—Ya lo sabes.

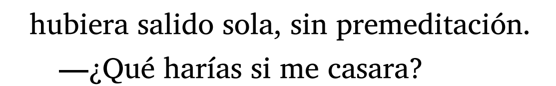
—No, no lo sé. ¿Cómo?

—Con ganas de buscarme las cosquillas —repuso con un deje de abatimiento.

Consuelo ya no le contestó. Durante unos segundos continuaron tal cual, unidos física pero no anímicamente. Fernando respiraba con fatiga. Le dolía el pecho. A veces pensaba en lo que sucedería si le daba un infarto haciendo el amor con ella.

La pregunta fue de lo más inesperada.

De hecho, Consuelo se escuchó a sí misma formulándola, como si le



hubiera salido sola, sin premeditación.

—¿Qué harías si me casara?

Fernando la recibió como un puñetazo en la cara.

—¿Tú? ¿Con quién?

—No sé. Con alguien. ¿Qué harías?

—¿Aparte de matarte?

—Va, en serio.

—¡No digas tonterías!

—¿Tan raro te parecería?

—Raro no, pero a estas alturas, y a tu edad… ¿Qué quieres que te diga?

—Soy una mujer atractiva, libre, joven todavía, sexualmente activa…

—Me estás asustando —dijo él.

—¿Tú crees que vamos a seguir así para siempre, hasta que te mueras y yo me quede sola y mayor?

—¿Por qué no vamos a seguir?

—Contesta.

—Consuelo, yo qué sé —manifestó tratando de no ponerse más nervioso de lo que estaba—. ¿Y por qué he de morirme? Apenas he pasado de los sesenta.

—Mi padre murió a los cincuenta y nueve, y el tuyo me dijiste que a los sesenta y tres.

Fernando se tocó el sexo con la mano libre. Más que flácida, la tenía completamente empequeñecida. La irritación aumentó.

—Mierda, ya no se me va a poner dura —rezongó.

La respuesta de Consuelo fue deprimente.

—Mejor, así descanso.

Esta vez sí, ladeó la cabeza para mirarla.

Asustado.

—¿Pero qué te pasa hoy? —le preguntó.

—Ni siquiera lo sabes, ¿verdad? —musitó ella.

—¿Yo? No, ¿qué voy a saber? —Apartó la cabeza para verla un poco mejor—. ¿Te preocupa algo? ¿Necesitas dinero?

Consuelo sonrió.

Le acarició el pecho con la mano, levantó la barbilla y le dio un beso suave en la barbilla.

—No, no necesito dinero, Fernando. —Fue su única respuesta.

26

Llegó al cine diez minutos antes de la hora del inicio de la primera de las dos películas, corriendo hasta la misma esquina para luego fingir que caminaba al paso, por si acaso, y se encontró con que el soldado ya estaba allí, esperándola en la puerta.

Se acercó a él con cautela y descubrió aquella sonrisa tan franca y abierta, el bigotito distendido, los ojos vivos. Hasta el uniforme parecía encajarle mejor. O sería otro, de su talla.

—¡Hola! —Fue el primero en hablar.

—Hola —dijo ella con menos énfasis.

—Me has traído el paraguas —le hizo notar.

—Sí. —Se lo entregó.

—Pues menudo día para ir por la calle con paraguas, ¿no crees? —Levantó la cabeza para mirar el cielo azul y radiante, sin una nube—. Mira, ya tengo las entradas.

Celia se mostró sorprendida.

—¿Y si no llego a venir?

—Entonces habría llamado a la policía para denunciar el robo de un paraguas —bromeó—. No tenías cara de ladrona, así que supe que vendrías.

—Mira que era…

—¿Puedo preguntarte algo?

Seguían en la entrada del cine. Las pocas personas que eran puntuales con el inicio de la sesión apenas si tenían que hacer cola. Nadie reparaba en ellos.

Una pareja más.

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿Cómo te llamas?

Se relajó.

—Celia.

—Hola, Celia. —Le dio la mano—. Yo soy León.

Era su primer contacto físico. La mano de León parecía firme. La de ella, pequeña y suave. El apretón duró un segundo más de la cuenta, hasta que ella la retiró con un deje de timidez.

—¿Quieres entrar ya?

—Aún faltan unos minutos —repuso él—. Y dentro no podremos hablar. Además, en las primeras filas apenas si hay gente.

—¿Cómo sabes que me pongo delante…? —Recordó lo que él le había dicho el jueves anterior, que la había visto ya tres veces—. Bueno, es que me gusta verlas bien, sin nadie delante.

Pensó que las parejas se ponían atrás, en las últimas filas.

Pero ellos no eran una pareja.

Solo dos desconocidos que acababan de hacerse amigos.

—¿Qué te debo de la entrada? —Sacó el monedero para coger el dinero.

—Déjame que te invite. —Evitó que lo abriera.

—No, va.

—Que sí.

—Puedo pagármelo yo.

—Ya lo sé, pero como mi padre es millonario… Mira, otro día, si quieres, pagas tú las dos entradas.

A Celia le pareció una forma delicada de decirle que quería volver a verla.

—¿Así que habrá «otro día»?

—Sí, ¿no?

—Míralo él. —Se cruzó de brazos.

—No vas a estropear algo tan bonito cuando apenas estamos en la primera cita, digo yo.

—Mucha labia tienes tú. —Siguió con los brazos cruzados mirándolo con cara de niña mala—. Contando el otro día y este ratito, no hemos hablado ni diez minutos.

—Suficiente para saber lo más importante —asintió él.

—¿Y qué es?

—¿Crees en el destino?

—No sé.

—Yo sí.

—¿Y?

—Que el otro día lloviera, que ya te hubiera visto otras veces, que me hayas devuelto el paraguas… Un día seremos viejos y recordaremos esto.

—O sea que…

—Seguiremos juntos.

Lo dijo con tanto aplomo y convicción que a Celia se le antojó casi un hecho.

Parpadeó impresionada.

—No vas tú rápido ni nada.

—¿De dónde eres?

—De un pueblecito del Pirineo.

—Yo de uno de Teruel, pero, en cuanto acabe la mili, me quedo en Barcelona. Ya tengo un trabajo apalabrado. ¿Tú dónde sirves?

No supo si reírse o enfadarse.

—¿Y por qué crees que soy una criada?

—Porque libras los jueves, como todas.

—¿No te importa que sea una criada siendo tu padre millonario?

León soltó una carcajada.

—*Touché!* —gritó.

—¿Qué has dicho?

—Es francés. Quiere decir «tocado», más o menos.

Celia miró la hora. La primera película iba a empezar, aunque a veces arrancaban con el nodo, que solía ser bastante pesado.

—Venga, entremos ya. —Tiró de él.

Cruzaron la puerta exterior. El primer hombre les cortó las entradas. Frente a las cortinas de acceso a la sala apareció el acomodador. Los miró fugazmente y nada más pisar la platea les iluminó la última fila con la linterna porque las luces ya se habían apagado.

León negó con la cabeza.

—No, nos gusta delante —dijo.

El acomodador pareció extrañarse. Se fijó más atentamente en Celia. Dio media vuelta y los guio hasta las primeras filas. Se sentaron en la

cinco, en el centro.

Ni siquiera se había dado cuenta de qué películas echaban.

Se hizo la oscuridad plena.

Celia miró a León de reojo. Parecía buen chico. Lo parecía. Según su abuela, todos engañaban y querían lo mismo. ¿Qué haría si se le ocurría cogerle la mano? O, peor aún, si le pasaba un brazo por encima de los hombros.

Tan simpático como lanzado.

La pantalla se iluminó y, a todo color, apareció el otro león, el de aquella compañía que ya sabía reconocer y que se llamaba Metro-Goldwyn-Mayer, se pronunciara como se pronunciase eso.

El león rugió.

El suyo, el que tenía sentado al lado, miraba la pantalla tan fijamente como ella.

27

Se lo dijo a las primeras de cambio.

—La vi desnuda.

Bruno no tuvo que preguntarle de quién hablaba.

—¿En serio?

—Sí.

—¡La madre que te parió…! —gritó sin contenerse—. ¿Cómo? ¿Te dejó?

—¡Qué va a dejarme!

—¿Entonces cómo la viste?

—Entré en el lavadero y la pillé allí.

—¿Pero… desnuda desnuda? ¿En bolas?

—Del todo.

—¿Lavándose?

—Sí.

—¿Enjabonada y todo eso?

Le echó un poco de fantasía.

—Claro.

—¡Oh, Señor! —Bruno levantó los brazos al cielo—. ¡No quiero ni imaginármelo! ¿Cómo es?

—Mejor de lo que esperaba.

—¡Pues va, cuenta!

—¿Qué quieres que te cuente?

—¡Jo, pues todo! ¡Cómo tiene las tetas, el coño…!

—Mira que eres ordinario.

—¡Me da igual cómo lo llames! ¿Tenía mucho pelo?

—Sí, mucho.

—¿Y los pezones?

—Muy salidos, en punta. Cuando entré se estaba frotando justamente el pecho.

Bruno estaba blanco, amarillo. Se mordió el labio inferior y lo miró como si fuera un héroe de película, el detective duro de las historias de gánsteres.

—¡Qué suerte tienes, cabrón!

—Tampoco fue tanto. Se tapó enseguida.

—¡Como si fuera un segundo! ¿A que la visión se te ha quedado para siempre?

—Eso sí.

—¿Lo ves? ¿Y luego qué hizo?

—Me pidió que me fuera.

—¿Pero cómo? ¿A gritos, enfadada, sonriendo, coqueta, en plan «luego nos vemos»…?

—Yo creo que sentía mucha vergüenza, aunque sí, se enfadó un poco. Le pedí perdón y todo eso y ya. Seguro que nadie la había visto desnuda antes.

—Fuiste el primero. Eso deja huella.

—¿Tú crees?

—¿Y después, por la casa, al cruzarte con ella, en la cena?

—Nada, como si tal cosa. Quizá un poco incómoda, pero eso es todo.

—O sea que no se quejó a tu madre ni nada.

—No.

—Pues tienes mucho ganado.

—Sí, ya.

—A ver. La próxima vez no puedes ir de despistado. Le hablas, le propones algo…

—¿Qué quieres que le proponga?

—¡Es la criada! ¡Ni que fuera la reina de Saba! Tú dile que te gusta y a ver qué pasa. Igual se hace la tonta, igual se hace la inocente, igual se hace la dura, pero indiferente no se va a quedar. Yo solo sé que, si no te arriesgas, te vas a arrepentir el resto de tu vida.

Arriesgarse.

Nunca lo había hecho.

Nunca había sentido la necesidad.

Quizá Bruno tuviera razón. Era un bocazas y, a lo peor, él ni habría dado el paso por más que alardeara. Pero razón sí tenía.

Aunque Celia se había enfadado mucho por su osadía, no daba la impresión de…

Bueno, ya se lo pensaría. Tampoco era como para volverse loco sin más.

Salvo por el hecho de que le resultaba muy difícil no soñar con ella.

Intermedio 4

1992

Tuvo que pasar por delante de la casa de la vecina de Benigna Sanromán para llegar hasta la que un día había sido de ella, unos quinientos metros más allá y siguiendo el mismo camino tortuoso. Con lluvia, aquello debía de ser un verdadero infierno de barro. No se topó con la mujer, aunque seguro que al escuchar el coche lo había visto pasar desde las ventanas.

Cuando detuvo el automóvil se encontró con una sencilla casita rústica, pequeña pero de dos plantas, con techo de pizarra para resistir las nevadas, restaurada con mimo, los sillares de las paredes limpios y las ventanas pintadas de rojo. No faltaba un jardín con profusión de flores. Había un columpio infantil a un lado y un vehículo apropiado para circular por aquellos andurriales. Un Land Rover todoterreno. Se bajó en la entrada y no tuvo ni que llegar hasta la puerta. Cuando estaba avanzando por la mitad del jardín, esta se abrió y apareció una mujer de unos treinta y muchos años. Germán, el viejo cartero, le había dicho que «una pareja joven amante de la naturaleza se mudó a la casa un par de años después de morir Benigna». Si la abuela de Celia había muerto hacía unos quince años, la pareja llevaba allí al menos trece.

—Buenos días —saludó a la aparecida.

—Buenos días. ¿Se ha perdido? Por aquí es fácil.

—No, venía a hablar con usted.

—¿Ah, sí? —Lo estudió con más atención—. ¿En qué puedo servirle?

Era guapa, mantenía un aire juvenil, rostro limpio y abierto, ojos vivos, labios bonitos, cabello corto. Vestía un guardapolvo manchado de pintura. Las manos también parecían multicolores. No hacía falta ser muy listo para deducir que era pintora. Germán también se lo

había dicho: «Son artistas. Un poco hippies».

Hijos de los rescoldos de los años setenta.

—Busco información acerca de la mujer que vivió aquí antes que ustedes.

—¿La señora Benigna?

—Sí. ¿La conoció?

—No, pero es lógico que nos hablaran de ella. Cuando compramos la casa sus muebles seguían aquí, nadie se los llevó. Todavía conservamos algunos. Eran sencillos pero buenos, ya me entiende. Antes se hacían las cosas de otra forma —cambió el sesgo de la conversación y preguntó—: ¿Quién es usted?

—Me llamo Eduardo Camprubí. Soy detective privado.

—Vaya por Dios —sonrió como si fuera un chiste.

—Ya ve.

—¿Quiere pasar? Hace frío todavía a esta hora.

—Gracias.

Entraron en la casa. El salón era espacioso. Probablemente habían hecho reformas para ampliarlo. Había juguetes por todas partes y cierto desorden que confería al lugar el ambiente de un hogar normal y corriente. La mujer no hizo el menor gesto para quitar cosas de en medio. Tampoco se excusó por el caos.

—Siéntese —lo invitó—. ¿Quiere un vaso de agua?

—No, gracias. —Ocupó una silla y ella hizo lo propio mientras se frotaba las manos en el guardapolvo—. ¿Cuántos hijos tienen?

—Dos, de diez y siete años. Un par de diablos. Están en la escuela, si no… Mi marido está hoy fuera. Ha ido a llevar unas traducciones a la editorial para la que trabaja.

—Usted es pintora.

—Sí.

—Me han dicho que ustedes escaparon de la ciudad para vivir aquí, en contacto con la naturaleza.

—Así es —asintió—. La suerte de no trabajar en un lugar fijo es que puedes acomodarte la vida como quieras. Aquí lo tenemos todo. Y nos basta. Lo suyo también debe de ser entretenido, ¿verdad?

—Bastante, aunque no siempre es tan emocionante como parece.

—¿Qué clase de información busca acerca de la señora Benigna?

—En realidad a quien busco es a su bisnieto, David. A él o a su madre, Celia.

—¿Y quién le ha pedido que lo haga, si puede saberse?

—Una clienta.

—Después de tantos años…

Eduardo no dijo nada.

—Me llamo Tina, de Ernestina —dijo de pronto ella—. No me había presentado.

—Tanto gusto. —Inclinó la cabeza.

—Mucho me temo que no pueda decirle demasiado al respecto. —Movió la mano derecha en un claro gesto de impotencia—. Sí, al comprar la casa nos hablaron de la nieta de la señora Benigna, la tal Celia. La abuela vivía aquí de alquiler, de toda la vida, pero de alquiler. El dueño de las tierras era otra persona y luego lo fueron sus descendientes. Por lo tanto, Celia no tenía ningún derecho. Tampoco habían dado señales de vida desde la muerte de la mujer, no habían reclamado nada, estaban en paradero desconocido… —Otro gesto—. Mi marido y yo, como ya le he dicho, conservamos algunos muebles, pero la mayoría, por si acaso, los subimos arriba, al desván. Y ahí siguen. Da pena regalarlos, o tirarlos. Para mucha gente son antigüedades de las que ya no se encuentran. Una de las cosas que guardamos es la caja de los recuerdos.

Eduardo se envaró.

—¿Qué clase de recuerdos?

—Fotos, cartas…

Se le aceleró el corazón.

—¿Cartas de Celia?

—Sí, de ella. La caja apareció oculta en un mueble viejo. Al principio sentimos curiosidad, incluso las leímos, aunque eso estuviera mal. Lo hicimos para tratar de localizar a Celia. Escribimos a los remitentes de las cartas y no recibimos ninguna respuesta de ninguno. Incluso una nos vino devuelta con la nota de que la destinataria ya no vivía en esas señas. Por supuesto que al final desistimos. La caja sigue arriba, por si un día Celia vuelve, o lo hace David, su hijo, aunque

después de tantos años…

—¿Podría ver esa caja?

—Claro. Si con ello ayuda a dar con esa mujer o su hijo… Pero arriba estará incómodo, hay mucho polvo, y en cuanto lleguen mis hijos de la escuela aquí lo que no hay es paz. No me gustaría que se la quedara.

—Anoche me hospedé en la pensión. Como no sabía si me iría hoy, sigo en ella. Puedo llevarme la caja, examinarla con paciencia, y se la devuelvo hoy mismo, o mañana si paso otra noche en el pueblo. ¿Le parece?

Era una mujer confiada. Los hippies solían serlo.

Paz y amor.

—Se la bajo ahora mismo. —Se levantó con una sonrisa. Y, mientras salía de la estancia para enfilar la escalera rumbo al piso superior y el desván, la oyó decir en voz alta—: ¡La vida siempre nos regala sorpresas inesperadas! ¿No le parece?

Capítulo 5

Abril de 1959

28

No era una carta larga.

Pero bastaba para decirle que estaba bien, que trabajaba mucho, que ya se había adaptado, que…

Hacía demasiado que no escribía a la abuela.

La pobre, en el pueblo, sola.

Leyó lo que acababa de escribir, para estar segura de que se entendía bien. Se le había roto la mina del lápiz dos veces y quedaba una muesca rara en una línea. Pero no tenía goma de borrar. Tampoco era algo grave.

Querida abuela:

Espero que al recibo de la presente estés bien de salud. Yo también lo estoy, a Dios gracias. Ahora que ha llegado la primavera y no hace frío, todo está mejor. Barcelona con sol y calorcito es preciosa. No es que pasee mucho, no tengo tiempo, pero, si voy a algún mandado del señor o la señora, me fijo. Ya he viajado en tranvía, en trolebús, en autobús y en metro. Lo del tranvía me gusta, sobre todo si es una jardinera, sin paredes. Pero lo del metro… Eso de que vayan bajo tierra me asusta mucho. Pensar en la de cosas que hay encima y pueden desplomarse sobre mi cabeza me da pánico. Tampoco es que hayan sido muchas veces, únicamente dos. Si por mí fuera, iría solo en tranvía. Van por las vías y eso da seguridad. Los jueves voy al cine. ¡Oh, abuela, me pasaría el día allí, creo que ya te lo dije! Todas las películas me parecen hermosas. Esas mujeres tan guapas cantando y bailando, esas de romanos con hombres que parecen dioses, las de misterio… Las que menos me gustan son las del Oeste, porque hay muchos muertos. Y siempre caen los indios, pobres. Me dan una pena… No hay mucho que contarte aparte de todo esto. La señora sigue empeñada en hacer de mí una buena cristiana, insiste en que me confiese cada semana, como si me pasara el día pecando, y hace que la acompañe a misa si no

tengo mucho trabajo, aunque como siempre lo tengo… El señor parece más simpático, me habla más y es más cariñoso conmigo. A veces se porta como un padre. Pero es severo. Con Natividad siguen los problemas. Yo no sé qué le he hecho a esa niña, pero me la tiene jurada. Según ella, no hago nada bien y se enfada por cualquier cosa. Ya intento no disgustarme, diga lo que diga, aunque a veces me cuesta. En cuanto a Joaquín… Ese chico está un poco loco. No sé si todos son iguales en Barcelona, pero él yo creo que necesita una novia. Tiene una forma de mirarme que asusta. Por lo demás, te diré que he conocido a una persona. Parece buen chico. Ya veremos.

Quizá no tuviera que contarle lo de Natividad y Joaquín. Lo de ella para no preocuparla. Lo de él para no asustarla. ¿Y lo de León? Bueno, no pasaba nada. Solo le decía que había conocido «a alguien». Eso era lo normal, ¿no? Y desde luego parecía un buen chico.

Sí, ya se vería.

Volvió a coger el lápiz para ponerle punto y final a la carta y despedirse.

Era tarde y tenía que acostarse.

29

El coche de Luis era cómodo, confortable. Asientos mullidos, tapicería de suave cuero marrón claro, *tablier* de madera noble y brillante, herrajes cromados… Sin duda, el automóvil de alguien con cierto nivel y categoría.

Un sueño.

Probablemente también el de cualquier mujer.

Apoyó la cabeza en el respaldo y se resistió a bajar. Él ya había apagado el motor. La puerta de la casa quedaba a menos de quince pasos y al ser de noche no había nadie por la calle.

Ninguna mirada ajena.

Consuelo cerró los ojos.

Se habría quedado allí, quieta, con el reloj parado.

Uno de esos momentos eternos, capaces de ser capturados.

De pronto notó la presencia de Luis más y más cerca. La respiración, el calor corporal, incluso la energía del deseo que lo impulsaba.



Abrió los ojos justo antes del primer roce de los labios.

El gesto fue instintivo.

—No, no…

No lo apartó con brusquedad. Ni siquiera movió la cabeza. Solo se lo dijo. La mirada era suplicante. La de él fue de extrañeza. Tampoco hizo nada. Siguió a dos escasos centímetros de su rostro. Cuando iba a apartarlo, ella le acarició la mejilla.

Fue más dulce que el beso negado.

—Perdona.

Luis sonrió con tristeza.

—Creía… —vaciló.

—No, perdona, en serio. Yo todavía… —se quedó sin terminar la frase.

—Lo siento.

—Luis, es lo que más quiero. Incluso lo que más necesito.

—Entonces…

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Todavía no, eso es todo.

—¿Qué sucede? —se alarmó.

—He de poner en orden mi vida.

—¿Tu vida?

—¡Deja de repetirlo todo, por favor! —Constriñó la cara con angustia.

—Es que no sé qué decir —dijo él con la misma serenidad.

—No digas nada.

Ahora sí se separó un poco, para mirarla mejor. En la noche, bajo el silencio, apoyada en el respaldo del asiento, se le antojó lo más bello que hubiera visto en años, algo tan hermoso como, ahora, intocable.

—Consuelo, sé que todo está siendo muy rápido y precipitado, pero lo que siento…

La mano regresó al rostro de Luis, aunque para taparle los labios e impedir que siguiera hablando. Él estuvo tentado de besárselos.

—Todavía no, eso es todo —le pidió ella.

—¿Cuándo?

—Te lo repito: deja que arregle mi vida.

—¿Hay alguien más?

Consuelo temió traicionarse.

Temió que Fernando le apareciera en los ojos y Luis lo viera en ellos.

El silencio fue ominoso, delatador.

—¿Lo hay? —repitió él.

Lo único que pudo decirle fue:

—¿Confías en mí?

—Sí —respondió sin dudar.

—Entonces dame tiempo, es todo lo que te pido.

Luis tardó un par de segundos en asentir.

Elegante.

—No me hagas sufrir demasiado. —Fue lo que le dijo al tiempo que ella se enderezaba dispuesta a despedirse de una vez.

Despedirse para no sucumbir.

30

La cena en casa de los Miramón era elegante. La mejor vajilla, los mejores cubiertos de plata, los mismos que Celia se esmeraba en limpiar una vez a la semana, la mejor cristalería en vasos y copas, el mejor mantel y servilletas. Virtudes no era muy dada a cenas, y menos de negocios, pero, si tenía que darlas, lo hacía a conciencia. No faltaba nada, ni un detalle. Había tenido a la criada trabajando dos días para que todo fuera perfecto. Los invitados tampoco merecían menos. Justo Capdevanol era un par de Fernando, y su esposa, Agustina, una Serrat de los pies a la cabeza. La amistad de los dos hombres se remontaba a veinte años atrás, con el fin de la guerra. La de ellas era más convencional, solo se veían si lo hacían sus maridos, en cenas o fiestas. Eran las consortes perfectas.

Celia lo había hecho bien.

Había estado a la altura.

De algo servía haberla estado instruyendo, machacándola incluso

día tras día acerca de cómo servir la cena, los platos, las bebidas, y cuándo hacer acto de comparecencia al ser llamada o retirarse sin necesidad de que se lo dijeran. Rapidez, economía de movimientos, silencio. Las tres normas básicas para el mejor de los servicios a cargo de una criada.

—¿Dónde la has encontrado? —le preguntó Agustina Serrat en un momento, al final de la cena.

—Me la buscó mi confesor, el padre Espinosa. Y a él se la recomendó el párroco del pueblo en que vivía. Quería algo como ella, joven, sin contaminar, para enseñarla y pulirla.

—Pues lo hace muy bien, felicidades.

—He de decir que ha aprendido rápido. Es lista.

—Tan jovencita…

—Un encanto, sí.

Dejaron el tema. No daba para más. Los dos hombres las escuchaban sin meterse en la conversación. La ausencia de Joaquín y Natividad era, por supuesto, acertada. Él había sido despachado a casa de su amigo Bruno. Ella había cenado antes. Se trataba de una cena de matrimonios. Los hijos solían acaparar las atenciones si estaban presentes.

A pesar de ello, Justo Capdevanol se vio en la necesidad de decir:

—¿Tu hijo va bien en la escuela?

—Sí, sí. —No dejó lugar a dudas su padre.

—¿Tomará las riendas del negocio?

—Eso creo. Aunque hoy en día los jóvenes, con esas nuevas modas…

—Te refieres a esa música ruidosa, ¿no?

—Exacto.

—Opino lo mismo. Mis dos hijas también están un poco locas con ella. Se mueren por esos cantantes afeminados, como el Presley ese.

—No sé quién es —dijo Fernando.

—¡Por Dios! ¿En qué mundo vives? ¡Se habla de él a todas horas!

—¿Y Natividad? ¿Tan guapa como siempre? —intervino su esposa.

Hablaron de hijos otros cinco minutos, hasta que el último postre fue consumido. Entonces Virtudes fue la que propuso.

—¿Tomaremos el café en la sala?

Se levantaron. Celia, en la puerta, captó el gesto de la dueña de la casa y se retiró a por el café. El servicio, con las tazas, ya esperaba en la sala. Las dos mujeres tomaron la delantera. Ambos hombres se quedaron rezagados un momento. Era la primera vez que estaban a solas.

Entonces, el invitado hizo el comentario, en voz baja, burlón.

—Menuda ninfa te has buscado, tunante. —Le dio un golpecito con el codo.

—¿Yo?

—Sí, ya, ha sido cosa de tu mujer, pero, caray… ¡Es una monada! Parece una muñeca. ¡Qué ojos, qué labios, qué pecho…! Habrás intentado algo, ¿no?

Fernando se sintió incómodo.

Justo Capdevanol podía ser un gran comerciante, un águila, pero a veces…

—¿Qué dices, hombre?

—¿Qué pasa? Todo el día con esa niña por la casa…

—Tú lo has dicho, es una niña.

—¿Y qué? ¿Te crees que no saben nada? ¡Menudas son esas criadas! Mira el Mariano —bajó aún más la voz—. Enviudó y tardó apenas nada en casarse con la criada. Ahora todos dicen que ya se entendían en vida de Pilar. Vamos, que también es lógico, con ella enferma y una señora dispuesta durmiendo a diez metros… Ni que fuéramos de piedra.

—Yo ya tengo bastante con lo que tengo. —Fernando miró a Virtudes, que le enseñaba algo de un estante a su invitada.

—¿Consuelo? —susurró Justo Capdevanol.

—Sí. —Fue seco.

—¿Sigues con ella?

Un día. Un solo día que habían salido a la calle para pasear, y él los había visto. Mentir le había sido imposible. En parte, se sintió un poco orgulloso de aceptar la realidad.

Sí, era su amante.

Él, a sus años, con una mujer como Consuelo.

—Claro —asintió.

—Pero ya es mayor, ¿no? Con más de cuarenta…

—¿Y qué?

—Lo digo porque con una joyita como esa… —Se detuvo al ver aparecer a Celia con el café.

Los dos hombres la miraron.

Fernando con nuevos ojos.

Celia esperó las instrucciones de su dueña. Virtudes le dijo que dejara la cafetera y se retirara, que ya serviría ella. La chica hizo una pequeña reverencia. Bajo la cofia, el cabello brillaba como el ébano. El uniforme, ceñido, era una segunda piel. Estaba delgada, pero lucía un pecho generoso y alto. La parte inferior de las piernas era de piel blanca, las manos todavía no estaban rojas a causa de tanto fregar. El rostro reflejaba una pureza difícil de ignorar.

Cumplida su misión, volvió a retirarse.

Fernando recordó el día de la escalera, cuando se había excitado al verla.

—¡Madre del Amor Hermoso! —escuchó que suspiraba su invitado.

31

Virtudes le controlaba más y más el tiempo. Por lo visto, la calle tenía ojos y oídos. Unos días atrás le había dicho:

—¡Tú, cuidado con lo que hablas por ahí! ¡Como me entere de que chismorreas de nosotros…!

—¿Yo, señora? —Se había quedado pálida.

—¡Te ven hablar mucho con una que tiene la lengua muy larga, una tal Urbana! ¡Solo te digo que tengas cuidado! ¡Ella que te cuente lo que quiera, pero tú muda! ¿Estamos?

—Señora, que le juro que yo no… —Estuvo a punto de echarse a llorar.

—Lo sé, lo sé —la tranquilizó al ver el efecto que causaban sus palabras—. Confío en ti. Lo único que hago es advertirte. Es normal entre chachas, que a fin de cuentas os hermana el trabajo y tampoco

tenéis muchas amigas. Pero cotillear, y más de tus amos, es algo muy feo. No olvides que Dios te vigila.

No lo olvidaba.

A veces incluso miraba al cielo, por si acaso.

Aunque Dios debía de tener otras cosas que hacer antes que estar pendiente de ella.

Sin embargo, Urbana, Urbi, era su única amiga.

Le gustaba hablar con ella. Le encantaba su desparpajo. Y, por qué no, le fascinaba su lengua viperina, capaz de no dejar títere con cabeza.

Teniendo más experiencia, también la aconsejaba.

—Si haces muchas cosas en poco tiempo, verán que eres capaz, y entonces te exigirán más. ¡No seas tonta! Cumple con lo tuyo, pero no les regales nada porque entonces se te subirán a la chepa. No hagas de menos, pero tampoco de más. Que te vean agobiada es bueno a veces, porque si es al contrario, si parece que aún te sobra tiempo, te buscarán más trabajo. Todo para que no estés ociosa y mano sobre mano. Los amos siempre te exprimen. Encima, si te agobias, si corres y rompes algo, te la cargas tú. A una de aquí cerca le quitan la mitad del sueldo desde hace meses porque rompió un objeto que, según ellos, era muy valioso, ¡«irreemplazable»! —estallaba en sarcasmo—. Muy valioso e irreemplazable, pero se lo cobran a ella. ¿Tú casa también parece un museo lleno de objetos caros?

—Sí.

—¡Pues ya me dirás cómo se limpia eso sin que un día se te caiga uno, por Dios! Otra cosa —saltaba de un tema a otro rápido—. ¿Te prometieron subirte el sueldo si cumplías después de los primeros dos o tres meses?

—Algo me dijeron, sí. Que serían generosos.

—Pues aprovecha ahora que el Barcelona ha ganado la Liga de fútbol y tu señor estará contento. ¡Hay que aprovechar esas cosas!

—Es que a él… no parece gustarle el fútbol.

—¿Ah, no?

—Nunca habla de eso, ni oye los partidos por la radio ni va al campo.

—¡Será raro! —No pudo creerlo—. ¡Pues hazlo cuando le veas sonreír, pero no lo dejes pasar, o se apalancan! ¡Ten siempre un ojo abierto, Celia!

Finalmente se lo dijo:

—Urbi, tengo un problema.

—¡Ay, mi niña! —Casi se arremangó—. A ver, ¿cuál es?

—Es el señorito Joaquín.

—¿El niño?

—No tan niño, que va para diecisiete.

—¿No me digas que te busca las cosquillas?

—Si solo fueran las cosquillas… —Bajó la cabeza avergonzada—. Yo no le doy pie a nada, ni lo miro, pero él… Él sí me mira, y de qué forma. No se corta, no. A veces hasta creo que llevo la blusa desabrochada, porque se me queda así, con los ojos fijos en el pecho… Un día entró en el lavadero cuando yo estaba aseándome y me pilló en bragas. Dice que fue fortuito, pero ni hablar de eso. ¿Qué hacía allí? Sabía perfectamente que yo estaba dentro haciendo lo que hacía. ¡Y menos mal que llevaba bragas y sostén! Le pedí que se fuera, tapada con una toalla, y tardó un montón. Ya ni recuerdo la de tonterías que dijo.

—¡Esos críos son unos sucios! —estalló Urbi—. ¡Y como están tan reprimidos…! ¡Solo piensan en una cosa! ¡Será cerdo tu Joaquín! ¡Se creen que por ser nosotras las criadas tienen derecho a todo! ¿No le diste un guantazo?

—¿Qué querías, que su madre me matara a mí?

—No creo que el niño ese le hubiera ido con el cuento a la mamá. Son unos salidos pero no tontos.

—A mí me asusta, Urbi.

—No te diré que no tengas que ir con cuidado, pero a la larga se les pasa. Mucho ruido y pocas nueces. Lo malo es que, mientras no se les pase, te puede comprometer. Si se ha fijado en ti, y con lo guapina que eres…

—Yo no soy guapa —protestó—. Para guapas las de las películas.

—¡Eh, eh, eso es otra cosa! Además, a ellas las maquillan, y leí en una revista que les quitan dientes para alargarles la cara, costillas para

tener el talle más fino y les depilan la frente para que luzcan más el rostro. ¡Todo eso! Así que no compares. —Se puso otra vez excitada—. ¡Y no me seas tonta ni te des de menos! ¡Lo eres! ¡El día que quieras pillarás al que más te guste, fijo! ¡Y, si tiene parné, te saca de criada! ¡Un novio es lo que te hace falta, vaya que sí!

Un novio.

Pensó en León.

Era lunes y ya pensaba en el jueves.

—Solo me faltaría un novio —disimuló.

—Aún eres joven, de acuerdo —le dijo Urbi—. Pero que no se te pase el arroz, como a mí, que ya tengo los treinta encima y sigo soltera. Aunque… —Volvió a guiñarle un ojo—. He tenido más novios que dedos en las manos, eso sí. ¡Que me quiten lo bailado! —Se echó a reír moviendo la cabeza hacia atrás.

Por la calle, un par de mujeres se las quedaron mirando.

Celia pensó que, si alguna era amiga o conocida de la señora Virtudes, se la acabaría cargando.

32

Fernando no se quitaba de la cabeza las palabras de Justo Capdevanol.

El muy…

No era por Consuelo.

Era por Celia.

¡Pues claro que se había fijado en ella! ¡Ni que estuviera ciego! ¡Pues claro que se daba cuenta de que era una niñamujer extremadamente llamativa en su dulce ingenuidad! ¿Niña-mujer? No, quizá fuera más justo ya hablar de mujer. El rostro podía engañar todavía un poco, el cuerpo no. Y el rostro también le cambiaba día a día, momento a momento. Los había de pureza absoluta y los había también de morbosa intensidad. Con el calor, con el sudor, con la ropa más liviana, con todos aquellos atributos pugnando por salir a borbotones de su cuerpo…

Justo había puesto el dedo en la llaga.

No tenía en casa a una simple criada. Tenía una pequeña bomba sexual.

Hasta Joaquín se quedaba encandilado mirándola.

Tendría que hablar con él.

Luego, un día, no ahora.

Aquella noche, después de la cena con los Capdevanol, había tenido fantasías con Celia.

Era la primera vez que «engañaba» a Consuelo.

Su amante era toda una mujer. Una hembra de verdad, de raza, de casta. Una mujer de sangre caliente y cuerpo acorde con ello. Una mujer que, en la cama, era capaz de todo, de transportarle a paraísos jamás imaginados. Sin embargo, en su fantasía, había acariciado a Celia, y su piel suave no tenía parangón con ninguna otra, ni los ojos turbios y cristalinos de mirada acuosa con los oscuros y directos de Consuelo. Tampoco los labios, puros, vírgenes.

Porque Celia era eso, una virgen absoluta.

Le había acariciado los pechos, lamido los pezones, los pies. Y la había penetrado haciéndola gemir de placer.

Era suya.

Suya en una fantasía irrepetible.

Luego había oído roncar a Virtudes, y había pensado en Consuelo, durmiendo sola, y todo se había venido abajo.

El choque con la realidad.

La frustración.

Dejó el libro que estaba leyendo sobre la mesita y se quedó cavilando. Luego cerró los ojos y la llamó:

—¡Celia!

No tuvo que hacerlo dos veces. Tenía muy buen oído. O eso o estaba siempre en guardia, para no hacerse de rogar. Por grande que fuese la casa, siempre se encontraba cerca.

—¿Sí, señor? —Apareció en la puerta.

Llevaba el uniforme claro, el de color azul cielo, no el oscuro e invernal. El escote, breve, acababa en punta. Iba en manga corta y calzaba unos zapatos blancos, de goma, para no hacer ruido. Ya no usaba medias. Con el cinturón ciñéndole el talle, parecía Escarlata

O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, pero sin necesidad de corsé. No lucía aún curvas, estaba por desarrollar, y sin embargo no tenía que envidiar nada a ninguna de las actrices que tanto revuelo causaban entre el personal masculino.

—¿Puedes bajarme ese libro rojo de ahí arriba?

—Claro, señor.

El último estante.

Celia cogió la escalera, subió los peldaños. Era la misma escena de aquel día, el de la erección. Llegó al último y estiró la mano para atrapar el libro. La falda se le subió un poco. Cuando agarró el libro, se la bajó con la otra mano. Al mirar abajo, Fernando desvió la mirada a tiempo.

—¿Este, señor?

—Ah, sí. Perfecto.

La chica bajó de la escalera y le dio el libro.

Sonreía como si hubiera hecho su trabajo bien.

—Gracias.

—De nada, señor.

Iba a retirarse. Iba a disfrutar de su contemplación un segundo más cuando ella se detuvo.

—¿Puedo preguntarle algo, señor?

—Sí, dime.

—¿A usted no le gusta el fútbol?

—Pues… —Se sorprendió por el detalle—. No demasiado. Leo los resúmenes de los partidos los lunes y poco más, por curiosidad. A veces los clientes sí, son forofos, y es bueno saber de qué pie cojean. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, como el Barcelona ha ganado la Liga y parece que también se va a llevar la Copa… No sé, pensaba que estaría contento.

—Lo estoy. Siempre que se gana algo en nombre de Cataluña, lo estoy, naturalmente. Pero sin apasionamientos, no sé si me entiendes.

—Claro, claro. Perdone mi curiosidad.

—No, mujer. Es natural. ¿A ti te gusta el fútbol?

—¡Oh, no! Pero, si usted está contento, todos lo estamos, ¿no?

Era la mejor de las argumentaciones.

Fernando se explayó mirándola.

—Eres una chica lista —dijo.

—Bueno, gracias.

—Anda, vete. —Le hizo un gesto cariñoso.

La vio salir de la sala.

Un soplo de primavera.

Luego se acomodó la entrepierna porque volvió a sentir aquello.

—¡Maldita sea! —rezongó.

¿Lo excitaba una niña?

¿La criada?

¿Se estaba volviendo loco o qué?

Fernando continuó mirando la puerta de la sala. Tardó menos de un minuto en levantarse, mitad furioso y mitad decidido, para seguir los pasos de Celia y salir de ella. Primero se aseguró de que Virtudes estuviera ocupada. La sorprendió precisamente hablando con la criada. Luego se dirigió a su despacho, entró en él y cerró la puerta. Descolgó el auricular, marcó el número y esperó.

No sabía si estaría en casa.

No sabía…

—¿Sí?

—Soy yo —le dijo a Consuelo.

—Ah, dime.

Fue rápido. Escueto. Ni siquiera preguntó.

—Voy en veinte minutos —le dijo.

Y colgó.

33

Virtudes tenía días y días.

Unos de frenética actividad, como si quisiera estar en todas partes al mismo tiempo. Y otros de abstracción y vida interior, dominados por la reflexión y los pensamientos de todo tipo, aunque no predominaban los buenos.

Esa tarde pertenecía al segundo grupo.

Ni siquiera oía la radio.

Habría ido a ver al padre Vicente Espinosa de no saber que estaba en una misión pastoral, con un grupo de feligreses necesitados, que también los había en el barrio a pesar del nivel de las personas que vivían en él. Entre las casas suntuosas, todavía quedaban reductos del pasado, o vecinos envejecidos, solitarios, con vidas venidas a menos.

Los Crussat nunca habían pasado penurias. Ni los Miramón.

Ella siempre estaría por encima de esas nimiedades mundanas.

Y lo sentía por la pobre gente que lo pasaba mal.

Como una buena cristiana.

Tenía las fotos de sus hijos a un metro escaso de ella. Dejó de hacer ganchillo, puso las agujas sobre el regazo, y cogió la fotografía de Joaquín y de la pequeña Asunción. Él tenía tres años y ella apenas cinco meses. Se la habían tomado dos antes de morir. La última foto en vida de la niña. Al cabo de tres semanas enfermó y en apenas un mes Dios se la había llevado con Él al paraíso. Un mes de infierno mientras la vida de la pequeña se iba apagando sin que los médicos pudieran hacer nada.

La otra foto que cogió se parecía a la primera, con la diferencia de que Joaquín era mayor y la nueva niña de poco más de medio año era Natividad.

No, Natividad no era Asunción, pero Dios la había compensado con otra niña.

Sus hijos.

Los años empezaban a comérselos.

Joaquín pronto iría a la universidad, se haría un hombre, tendría una vida propia. El efecto imparable del crecimiento y las ansias de emancipación de todo ser humano. Dejaría de necesitarla, y eso era, sin duda, lo que más la aterraba. Le quedaría Natividad, pero seguiría el mismo camino que su hermano mayor. Se casaría, quizá demasiado pronto, y también extendería las alas más allá del nido.

Entonces se quedaría sola.

Sola con Fernando.

Sola en aquella casa que, de pronto, se veía abocada al silencio.

Joaquín estaba raro, inquieto, huidizo. ¿La edad? Tal vez. Natividad

se había vuelto insoportable, hosca, protestona, sin que nada le pareciera bien. ¿Dónde estaba aquella niña dulce de unos años atrás? Algo estaba pasando, y no entendía qué era. ¿Desde la llegada de Celia? No, era absurdo. La pobre bastante trabajo tenía. Era discreta, no hablaba ni se metía en nada.

Fernando tampoco parecía feliz.

Lo de Cuba, sí.

Pero las cosas se habían ido apaciguando. No arreglando del todo, pero sí calmándose. Las pérdidas fueron cuantiosas, aunque no tanto como para hacer temblar a la empresa ni provocar un cataclismo en la economía familiar. Sin embargo, el talante de Fernando había cambiado.

Acababa de salir de improviso para una reunión urgente.

Los negocios eran su mundo.

La familia, lo segundo.

Virtudes se levantó de la butaca, dejó las fotos y el ganchillo, y se dirigió al despacho de su marido. Nada más abrirlo, le golpeó el olor a tabaco. Era el único lugar de la casa donde le estaba permitido fumar. Arrugó la cara y abrió la ventana.

—Mira que te lo tengo dicho —rezongó.

Y como Celia no tenía permiso para limpiar allí…

El aire de la tarde renovó el del interior de la estancia. Miró la mesa. Por lo menos el cenicero estaba vacío. Algo era algo. Pasó una mano por la pulida superficie de caoba y se sentó en la confortable butaca que la presidía. El trono, como la llamaba ella.

Desde allí era como si viera el mundo de otra forma.

Con los ojos de Fernando.

Un Fernando triste, amargado, serio.

¿Cuánto hacía que no la tocaba?

Se sorprendió por pensar en ello. Un pronto inesperado. El sexo nunca había formado parte de la ecuación matrimonial. Lo habían tenido al comienzo, como era natural, para alumbrar los hijos que necesitaban. Primero Joaquín, después Asunción. La muerte de la niña los había empujado a la búsqueda de un nuevo embarazo, conseguido con éxito. Después, raramente habían sentido la necesidad. Y con el

tiempo…

El tiempo.

Fernando era un hombre.

Comprendía incluso que con unas necesidades que no tenía ella.

Ni entendía.

¿Fernando?

¿Fernando sería capaz de…?

No, absurdo.

Y, sin embargo…

Virtudes se quedó en suspenso unos segundos.

¿Por qué pensaba en eso ahora?

¿Qué tenía que ver la posible tristeza de Fernando con el sexo?

—El diablo tiene muchas formas de fastidiar —musitó.

Bueno, ¿qué más daba lo que hiciera, en caso de que fuese así, siempre que fuera discreto y respetuoso?

La idea la hizo estremecer.

Se acostaba con él cada noche.

¿Cómo…?

Cerró los ojos ante el enésimo pensamiento inconcluso, coronado por los puntos suspensivos de la duda. Recordó algunas de las respuestas de doña Elena Francis a mujeres cargadas con el peso de las dudas.

«Paciencia. Discreción. Entendimiento. Razón. Serenidad. Los hombres pertenecen a una raza especial. Las mujeres, afortunadamente, representan lo esencial. Son el pegamento del hogar. Quiéralo, hágale ver que siempre estará a su lado en lo bueno y en lo malo».

La idea de que Fernando echara «una cana al aire» de vez en cuando se apoderó de ella.

La paralizó.

«Quiéralo, hágale ver que siempre…».

—No seas absurda —se dijo a sí misma en voz alta antes de levantarse de la butaca y salir de allí, porque empezaba a marearse con el dichoso olor a tabaco.

Por una vez, no se quedaron a ver de nuevo una de las películas. Por una vez, prefirieron salir del cine y aprovechar la última hora paseando y charlando. Cada semana se metían en la oscuridad de la sala, y salían casi con el tiempo justo, aunque, ahora, León ya la acompañaba a casa.

Bueno, hasta la esquina.

Allí se daban la mano y se decían adiós.

Celia estaba tranquila. Más aún, confiada.

León la respetaba. León la cuidaba, la mimaba. Era solícito y educado. En ningún momento había intentado nada durante aquellas citas cinéfilas. No la había cogido de la mano. No le había pasado un brazo por encima de los hombros. Y, ni mucho menos, había intentado besarla.

Un hombre así iba en serio, ¿no?

Celia se sentía en una nube.

¿La atraía?

¡Sí, la atraía! Era tan sorprendente, tan…

No llevaba ni tres meses en Barcelona.

—¿Te han gustado?

—Mucho. Y el cine…, precioso.

Era la primera vez que no habían ido al Bonanova, o, en su defecto, al Adriano. León había insistido en que conociera alguno más. Incluso había tenido la idea de ir a uno de estreno. Por ejemplo el Coliseum, a ver *Gigante*, protagonizada por el mismo actor de *Al este del edén*, James Dean, junto con el guapo Rock Hudson y la bella Elizabeth Taylor.

Ella se había negado.

—¿Pagar más y por ver solo una película? ¡Ah, no!

Salían del Capitol, en las Ramblas.

—¿Cuál de las dos te ha gustado más? —insistió León.

—Es que han sido muy diferentes. *Semiramis, esclava y reina* ha sido preciosa, con esos lujos de otro tiempo… Pero la de Carmen Sevilla, *Secretaria para todo*, me ha parecido muy divertida.

—A mí las españolas me parecen un poco pobres —le confesó él.

—¡Míralo, el ricachón entendido!

Se dirigieron a la parada del tranvía, en la plaza de Cataluña. No les apremiaba el tiempo, pero tampoco querían confiarse.

—Algún día hemos de ir a merendar. Ahora que cada vez hará mejor tiempo y los días se alargarán… ¿No te gustaría?

—¿A merendar? Pues claro, vaya pregunta.

—Bueno, entonces lo haremos. La semana que viene.

—¿Pero qué te pasa a ti hoy? —Frunció el ceño Celia—. ¿Has heredado o qué?

—No, mujer. Pero si no lo pasamos bien ahora que somos jóvenes… Claro que me gusta el cine, como a ti, pero ahí dentro no hablamos. Apenas si te he contado cosas de mí, y tú tampoco lo has hecho mucho de ti misma.

—¿Qué quieres que te cuente de mí?

—No sé, algo, cosas. Tus padres, el pueblo.

—Es que no hay mucho que contar, en serio. —Bajó la cabeza—. Aquello estaba lejos de todo.

—Como mi pueblo, es natural. Mis padres siguen ahí. ¿Y los tuyos?

—Murieron cuando era niña. Me cuidó mi abuela.

—¿Que murieron? ¿Los dos? ¿Cómo? —Se quedó en suspenso.

Celia se hizo la reticente.

—¿De veras quieres hablar de cosas tristes hoy, con este anochecer tan bonito y para el rato que nos queda?

—No, si no quieres no.

—Venga. —Se colgó de su brazo como lo haría una novia—. Finjamos que todo es precioso y que no he de volver corriendo a casa para llegar a mi hora. ¿Te he dicho que estás muy guapo de paisano?

—Sí, al llegar, pero puedes volver a decírmelo.

—Pues está usted muy guapo sin el uniforme, señor Álvarez Peñarroya.

—Usted también está muy guapa, señorita García. Aunque usted lo está siempre.

—Le acepto el cumplido —rompió a reír.

Cruzaron la calzada y llegaron al centro de la plaza de Cataluña. No

quedaban bancos libres y, en la explanada, todavía había niños echando comida a las palomas. Las dos fuentes arrojaban agua a las alturas confiriendo a la estampa un toque de bucólica lasitud. La presión en el brazo de León se hizo más fuerte.

—El cine es lo mejor que se ha inventado —le susurró Celia en un arrebato—. Y, en cuanto me vaya con los Miramón a Blanes, estaré dos meses sin ir, salvo que también haya alguno allí.

—Subiré a verte.

—¿En serio? —Se le iluminaron los ojos.

—Pues claro. No voy a estar todo el verano lejos de ti. Bueno, si te apetece que coja el tren los jueves.

—¡Claro que me apetecería! —Pensó que mostraba demasiado entusiasmo e intentó refrenar su alegría, pero ya era difícil—. Lo pasamos bien juntos, ¿no?

—Mucho —asintió él.

—Y tienes razón, la semana que viene podemos ir a merendar, aunque sea algo sencillo.

—Mira, Celia. —Se puso serio—. Para cuando llegue otoño ya me licencian. Se acabó el servicio militar. Entonces…

—¿Entonces qué?

—Podremos vernos más. Cada día si queremos, aunque sea un ratito.

Celia estaba expectante.

El corazón acababa de desbocársele en el pecho.

—¿Así en plan…?

—Novios —dijo él.

No era más que una palabra, pero la conmocionó. Trató de parecer distendida, jovial, como si se lo tomara a broma.

El shock la hizo temblar.

—¡Uy, qué rápido vas! —exclamó sin fuerzas.

No logró convencerlo. Estaban en el mismo centro de la plaza y no había donde apoyarse, porque se le doblaban las rodillas.

—Mira, Celia. —León estaba todavía más lanzado—. Yo en esto voy muy en serio, ¿sabes? Y quiero que lo sepas. No soy una persona dada a tontear. Has aparecido y ya… Si solo fueras un pasatiempo, ¿crees

que no habría intentado ya algo?

—¿Algo como qué? —balbuceó sin apenas voz.

—Algo como darte un beso, que me muero de ganas. O incluso cogerte de la mano, ya ves tú.

—¿Así que te contienes para demostrarme que vas en serio?

—Sí. Mira.

Celia volvió la cabeza hacia un lado. Por detrás de un árbol una pareja se estaba robando un beso rápido y fugaz.

—Como los vea la Guardia Civil… —dijo ella por decir algo.

León seguía acaparándolo todo.

—Celia, que me estoy enamorando de ti —le soltó a bocajarro. No tenía escapatoria.

Tampoco deseaba huir.

Se rindió a la evidencia.

—A mí también me gustas, León.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Pero te gusto… mucho?

—Sí, mucho.

A él se le iluminaron los ojos.

Le cambió la cara, con la sonrisa de oreja a oreja.

—Pues ya está, ¿no? —dijo.

Celia intentó quemar sus últimas naves, ofrecer un poco de resistencia inútil.

—No sé… —Se abrazó a sí misma—. Todo esto es muy rápido, ¿entiendes? Llevo tan poco en Barcelona, y todo es tan nuevo, tan diferente. No quiero perder mi trabajo.

—¿Y por qué habrías de perderlo? —objetó el muchacho—. Acabaré la mili, trabajaré, seremos novios… Como todo el mundo, Celia. Como todo el mundo.

—Supongo que tienes razón —musitó.

—¡Claro que la tengo! ¿No digas que no habías pensado en esto? ¡Si nos vemos desde hace varios jueves! ¡Eso solo puede significar una cosa, no hay otra!

Celia miró el reloj de la plaza de Cataluña.

—Vamos, se nos va a hacer tarde —dijo.

—¿Pero somos novios o no? —insistió León casi desesperado.

Ella lo miró a los ojos.

Se resignó a la verdad.

—Sí, supongo que sí —se rindió.

—¿Cómo que lo supones? —se alarmó él.

—De acuerdo. Somos novios, tonto.

Se le puso delante y pareció que iba a abrazarla. Celia lo observó temerosa.

—¿Puedo darte un beso? —preguntó León ya absolutamente lanzado.

—¿Aquí en medio? ¿Estás loco? —se asustó ella.

—¿Y en un portal, cuando bajemos del tranvía?

—¿Pero qué te pasa a ti hoy? —gritó Celia.

—¿Qué quieres que me pase? ¡Estoy enamorado, somos novios, te quiero y me quieres! ¡Eso es lo que me pasa! ¿Te parece poco?

Celia lo tomó del brazo y echó a andar tirando de él.

—Venga, va, que antes de llegar a casa hay un portal oscuro. Pero solo uno, ¿eh? ¡Y con las manos quietas!

Intermedio 5

1992

La letra de Celia García era muy legible. La ortografía estaba a la altura de un buen estudiante de Primaria. Pese a todo, había alguna palabra indescifrable, términos inexactos, un batiburrillo de frases incomprensibles. Tampoco eran muchas. Las cartas no solían ser generosas, sino más bien escuetas. La más larga no llegaba a las dos páginas. Estaban escritas a lápiz con enormes espacios entre las líneas. Se trataba de cartas puramente informativas, para quedar bien. Las explicaciones escaseaban.

Y, a pesar de ello, pudo hacerse un cuadro un tanto preciso de los primeros pasos de Celia García después de marcharse del pueblo con su hijo David, y también de antes, de aquel 1959 en el que se había ido para trabajar en casa de los señores Miramón como criada. Eran las menos, pero muy significativas.

Como si se tratara de un antes y un después.

De hecho, lo era.

Pasara lo que pasase, la vida de Celia había cambiado de plano en aquel lejano 1959.

En total contó cuarenta y siete cartas. Las últimas con distintos remites. Las leyó una vez, de pasada, y una segunda para tomar las primeras anotaciones. El orden lo estableció por los matasellos, ya que Celia no había puesto ninguna indicación de cuándo la estaba escribiendo. Antes de hacer una tercera lectura final, estudió aquellas fotografías.

La mayoría eran del pasado más remoto. Fotos en blanco y negro de hombres y mujeres posando serios y rígidos ante la cámara, vestidos a la moda de su tiempo y según los cánones del entorno. Fotos de bodas, comuniones, ninguna pillada al vuelo como se hacía ahora. Lo usual a lo largo de la primera mitad del siglo, y más en los pueblos. Imaginó

que allí estaban los abuelos y los padres de Benigna Sanromán y de su marido. De los padres de Celia dedujo que había un par, con ella recién nacida una y en el bautizo otra. Después, aquel hombre y aquella mujer se habían echado al monte para luchar en la última resistencia contra Franco. Celia se quedó huérfana a los dos años. También había una de la comunión de la niña, y otra en la que le calculó alrededor de catorce o quince años.

Celia era guapa.

Muy guapa.

Con dieciocho años se había ido a trabajar de criada a una casa de Barcelona, y para entonces debía de ser casi una mujer, o sin «casi». En la foto tenía un rostro todavía ligeramente infantil, puro, dulce, ojos de mirada tierna, un cuerpo esbelto.

Sí, los ojos de Celia eran diferentes.

Allí estaba todo.

De David, por último, encontró apenas cinco imágenes. En la última debía de tener doce años. De alguna forma, Celia tenía que haberse enterado de la muerte de su abuela, porque no había más cartas después de ella. Nada. El silencio del olvido.

Le había prometido a Tina devolverle la caja, si bien se guardó la última fotografía de David. Habían pasado veinte años, pero algo era algo. En el fondo, tenía la sensación de estar persiguiendo a un fantasma. ¿Por qué la señora Canals buscaba a David? ¿Por qué tenía tan pocos datos de todo aquello, solo tres nombres y la referencia del pueblo donde habían nacido?

No era mucho.

—Vamos, eres un buen detective —se animó.

Un buen detective que iba a cobrar un buen dinero, encontrara o no a David García.

Leyó los extractos principales de las cartas siguiendo su orden. En una de las primeras, decía:

> Abuela, Barcelona es muy grande.
>
> Asusta.
>
> Tanta gente, tantos coches, tanto ruido. La casa es bonita pero enorme. Cuando pienso que he de limpiarla entera me asusto. En cuanto a ellos aún

asustan más. Me dijiste que tuviera paciencia, que obedeciera, que me fijara en todo y que aprendería rápido. Espero que sea así, pero todavía lloro muchas noches. El señor Fernando, el amo, es muy severo. Impresiona nada más verlo, y cuando habla, con esa voz así como de alcalde, hace que te sientas muy pequeña. La señora Virtudes es todo lo contrario, habla poco, pero mira mucho. Y su mirada te hiela. Se pasa el día rezando. Más que casada con el señor, su marido, parece casada con su confesor, el padre Vicente Espinosa, con el que me ha hecho incluso confesar. Ella dice que es su guía espiritual, pero con esa sotana negra hasta los pies parece un cuervo, Dios me perdona. No hay bondad en sus ojos, solo veo castigo, como si todos lo mereciéramos solo por el hecho de vivir. Luego están los hijos, Joaquín y Natividad. Joaquín tiene dieciséis años y está un poco loco. Es un mimado y un consentido. Natividad tiene doce y es una niña que parece peleada con el mundo y no sé por qué. Creo que me ha cogido manía, no me trata nada bien. Entre Joaquín y Natividad, los señores tuvieron otra niña, Asunción, pero se les murió.

Seguía una descripción de su trabajo, lo mucho que odiaba limpiar la plata, lo que sentía yendo al cine…

Eduardo empezó a cuadrar las fechas.

Celia había llegado a la casa de los Miramón en febrero de 1959. Se había ido, embarazada, antes del final de ese año. David había nacido en mayo de 1960 y entre el 62 y el 63 Celia había vuelto a marcharse del pueblo. Una madre soltera con un hijo pequeño. Duro de verdad. ¿Por qué no dejó a David con su bisabuela? ¿No quería que el niño pasara por lo mismo que había pasado ella siendo hija de dos guerrilleros antifranquistas? Entre 1963 y 1977, cuando murió Benigna, las cartas daban algunos indicios de su periplo.

Los ancianos a los que sirvo son buena gente. Se portan como padres, y con David, como abuelos. No hacen preguntas, son cariñosos, han estado toda la vida juntos y son un ejemplo de amor. No haber tenido hijos ha sido lo peor, por eso ahora que están cuidados lo agradecen. Lo malo es que son muy mayores. No solo he de limpiar la casa, también a ellos, lavarlos y todo eso. No me importa, abuela, de verdad, pero me pregunto si habré de pasarme toda la vida así, porque en este caso arrastraré a David conmigo, y él se merece algo mejor.

Otra carta posterior, de 1972, decía:

Se acabó. Hoy se han llevado al señor Ramón a una residencia para que tenga los cuidados médicos que yo no puedo darle. La verdad es que está muy mal el hombre y ya no razona demasiado. La muerte de su mujer lo ha vuelto casi loco de soledad y tristeza. Hace unos días creía que yo era ella, ya ves. También pensaba que David era el hijo que nunca tuvo. Van a dejarme unos días en la casa hasta que encuentre a dónde ir, otro trabajo, lo que sea. El señor me ha dado un dinero para que me apañe de momento. Menos mal que David ya está mayorcito. Es un buen chico, estudia mucho. Estoy orgullosa de él.

De servir a dos ancianos benévolos, Celia había pasado a vivir en otra casa, sin especificar demasiado, quizá un pisito que pudiera pagar. Limpiaba oficinas trabajando de sol a sol y eso no daba para mucho. De 1972 a 1977 las cartas eran muy esporádicas y solo decía que estaba bien, que salía adelante, que David estudiaba mucho y era listo.

Ninguna referencia a hombres.

No existían.

La única, en 1959, en un breve párrafo que decía: «He conocido a una persona. Parece buen chico. Ya veremos».

Nada más.

¿A quién había conocido aquella primavera? ¿Un buen chico? ¿Era el padre de David? ¿Por qué no lo mencionaba más? De hecho, había dejado de escribir en las semanas y meses siguientes, verano y otoño del 59. Un espacio de tiempo considerable. ¿Qué le había sucedido? ¿Era por el embarazo o había algo más? Las nuevas cartas a su abuela ya eran a partir de su segunda marcha del pueblo, tres años después.

Ninguna referencia a lo que pudiera haber pasado.

—¿Qué hiciste, Celia? —se preguntó en voz alta—. ¿Qué te pasó, con quién? ¿Qué fue de tu vida?

Buscaba a David García, pero, inevitablemente, su búsqueda iba ligada a la de su madre.

Inseparables.

Volvió a mirar las dos fotos, la de Celia adolescente, turbadora en su ingenuidad, y la de David niño, con su cara despierta, no precisamente guapo, como si no hubiera salido a la madre. La nariz era grande, la cabeza ancha por arriba y estrecha por abajo, igual que un triángulo, con la barbilla en punta. El cabello, negro y rebelde. Un niño como

otro cualquiera.

Y con un nombre de lo más vulgar.

Guardó las fotos y las cartas en la caja.

Una vez devueltas a la pintora, su estancia en el pueblo habría terminado. Tenía dos direcciones en las que indagar.

De vuelta a Barcelona.

Capítulo 6

Mayo de 1959

35

Le gustaba quedarse bajo el chorro de la ducha, quieta, con la cabeza levantada, notando cómo el agua le salpicaba la cara y después le recorría todo el cuerpo. Ríos y ríos que fluían libres de cabeza a pies o saltaban en multitud de gotas desde la barbilla, el pecho, los brazos o las manos. Era un momento de paz intensa. Un momento privado.

Por eso se sorprendió cuando Fernando entró en el cuarto de baño, tan desnudo como ella, y se sentó en el retrete dispuesto a mirarla.

Se sintió incómoda.

Vulnerada.

—¿Qué haces? —preguntó apartando el rostro de la vertical de la ducha para poder hablarle.

—Nada. Te miro —dijo él.

—Eres un *voyeur*.

—Y tú preciosa.

Se había perdido la magia, la intimidad. Consuelo cogió el jabón para completar el aseo. Dejó de mostrarse de cara y se puso de lado.

—Ya se me están descolgando algunas cosas —manifestó con resignación.

—No digas tonterías —le objetó su amante.

Su amante.

¿Por qué le pesaba ya tanto esa palabra?

Amante significaba «el que ama», pero en su caso…

—¿De verdad vas a quedarte ahí como un pasmarote mientras me lavo? —protestó.

—Sí.

—¡Quieres irte, pesado!

—No —sonrió Fernando.

Consuelo volvió a ponerse de cara. Separó las piernas, las arqueó, y se frotó el sexo con jabón.

Lo hizo de manera cadenciosa, mirándolo fijamente.

—¿Es eso lo que quieres ver?

—No seas mala. —Puso cara de enfermo.

—Dios, Fernando, todo te excita.

—Sí. —Fue premeditadamente escueto.

No se sentía con fuerzas para discutir, pero le daba rabia callar. En unos días, las cosas habían dejado de ser como eran antes, como parecían haberse acomodado en los últimos años. En unos días, con la aparición de Luis, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Lo blanco era ahora negro, y viceversa. La cabeza le daba vueltas.

El amor de un día era desidia al siguiente.

Aunque «desidia» tal vez no fuera la palabra exacta.

¿Resentimiento?

Consuelo se acabó de quitar el jabón, apagó el flujo de la ducha, recogió la toalla y, mientras se envolvía con ella, salió de la bañera.

—Pesado —lo recriminó—. ¡Ya me has cortado!

—Venga, mujer.

—¡Ni venga mujer ni nada! Un poco de intimidad, ¿no? ¿Crees que me gusta verte sentado ahí, como si estuvieras… cagando? —empleó la palabra aunque le pareciera basta y ordinaria—. ¿Y hoy qué, no tienes prisa?

—No.

—¡Pues mira qué bien, porque lo que es el último día…!

—¿Qué pasó?

—¡No te hagas el inocente! —Se enfureció más por momentos—. ¡Me llamaste diciendo que venías, te presentaste aquí en quince minutos, como un loco, me lo hiciste y te fuiste! ¡Visto y no visto! ¿Ya ni lo recuerdas?

—Tenía ganas.

—¡Siempre tienes ganas! ¡Pero ni consultaste si tenía yo, o si me apetecía o… qué sé yo! ¡A veces me pregunto qué harías si no


estuviera!

—… Nada.

—¿Nada? —gritó—. ¡De putas irías!

—Nunca lo he hecho y nunca lo haría —mintió—. ¿Pagar por una mujer que ha estado con otro diez minutos antes y estará con otro más cuando yo me vaya? ¿Por quién me tomas?

—¡Te tomo por un hombre! ¡Y déjame decirte que no te creo!

—Mujer, que nunca he necesitado…

—¡Claro, eres tan guapo e irresistible que todas están dispuestas!

—¿Pero por qué te enfadas tanto?

—¡No me enfado!

—Si llego a saber que ibas a ponerte así, no entro —lamentó ahora ya más serio.

—Si llegaras a saber todo lo que me molesta, no harías ni la mitad de las cosas que haces, Fernando —lo increpó ella con una enorme serenidad.

Ya estaba seca. Se empezó a poner las bragas. Inclinada hacia delante, con el pelo mojado y revuelto, el pecho se le bamboleaba en un espectáculo cargado de erotismo.

Al menos era la percepción de Fernando.

Sintió una punzada en el corazón.

Otra en la sien.

—¿Por qué te enfadas tanto?

—¡No me enfado! —Se acomodó las bragas hasta arriba.

—Pues no lo parece. Llevas unos días…

—¿Qué pasa? —Se cruzó de brazos—. ¿No puedo estar de mal humor? ¿Necesitas que sea siempre una campanilla o qué?

—¿Y por qué has de estar de mal humor? —Obvió lo de «la campanilla».

—¿Así que yo no puedo tener altibajos? —Abrió los ojos incrédula—. ¿Por qué, porque soy una mujer, guapa, y tengo al mejor amante del mundo? ¿Es eso? —Aumentó la intensidad decibélica mientras hablaba—. ¿Te recuerdo cómo estabas tú en enero, después de lo de los barbudos cubanos?

—Es distinto.

—¿Y por qué ha de ser distinto? —exclamó—. ¿Lo tuyo es más importante que lo mío?

—¿Lo tuyo? ¿Qué es lo tuyo?

Se encontró con Consuelo casi encima, como si quisiera pegarle, o sacarle los ojos. Le bastó con verle la cara. Ya no era la de una mujer feliz. Era la de una gata, y no precisamente en celo. El cambio estaba ahí, flagrante, imposible de disimular y aún menos de ocultar. Todo el cuerpo de Consuelo desprendía energía.

Aquello que siempre le había excitado, ahora corría en contra de él.

—¡Me hago mayor, Fernando! —le gritó con todas sus fuerzas—. ¡Me siento cansada, por Dios!

—Me tienes a mí.

—¡No te tengo a ti! —se exasperó más y más, con las manos abiertas y tensas a la altura del rostro de él, que seguía sentado en el retrete—. ¡A ti es a quien menos tengo! ¿Tan ciego estás?

Fernando se levantó.

Se sentía en inferioridad.

El espejo de la derecha les devolvió sus respectivas imágenes. Espléndida la de Consuelo, ligeramente ridícula la de él. Carne prieta y rosada en ella, flácida y blanca en la figura masculina.

—¿Qué es lo que quieres? —se rindió Fernando.

—Dime solo una cosa: ¿dejarías a tu mujer?

Era la primera vez que le preguntaba algo tan directo.

—¿A qué viene esto ahora?

—Di, ¿la dejarías?

—Sabes que no puedo.

—No quieres.

—De acuerdo. —Apretó las mandíbulas intentando mantener la calma—. La dejo ¿y qué? ¿Vivimos amancebados, con mis hijos odiándome, imagino que excomulgado y en una situación poco menos que insostenible a nivel social, que es tanto como decir económico?

—Tu reputación, claro.

—No es solo eso. —Hizo un gesto de dolor.

—O sea que vamos a seguir así. Lo más conveniente para ti. La santa en casa y la amante siempre dispuesta. Tú sigues con la momia

con la que estás casado y yo, como una buena chica, callo y lo acepto todo dándote las gracias —insistió—. ¿Es eso? ¿Así de fácil?

—No digo que sea fácil, Consuelo, pero entiende…

Esta vez no quiso escucharlo. Fue la última palabra la que le colmó la paciencia.

«Entiende».

Consuelo lo apartó, salió del cuarto de baño y empezó a vestirse con movimientos tensos, agitados.

Lo peor era su inexpresiva e ingrávida mirada surcando el mar descompuesto del rostro.

36

Antes de entrar en la habitación de Natividad, respiró lo más profundo que pudo.

¿Por qué le tenía tanto miedo a aquella niña?

Y lo peor, lo más importante, ¿qué le había hecho ella para que la tratara tan mal?

—¡Ay, Señor! —gimió.

La pequeña de los Miramón estaba enferma. La pequeña de los Miramón se había acatarrado. La pequeña de los Miramón guardaba cama desde hacía un día, pero, a pesar de que a Natividad la cuidaba su madre personalmente, la señora Virtudes no podía pasarse las veinticuatro horas del día pendiente de su hija.

—Dentro de un rato, cuando esté despierta, dale el desayuno, para que coma algo. Un zumito de naranja, una tostadita, mermelada, mantequilla y una tacita de leche con miel —le había dicho su dueña.

Celia se había echado a temblar.

—¿Seguro, señora?

—Sí, ¿por qué lo dices?

¿Le hablaba del mal genio de Natividad, y de que, hiciera lo que hiciese, siempre le sentaba mal a la niña?

Natividad se cuidaba muy mucho de tener discusiones con ella en presencia de su madre o estando en casa.

Así que era premeditado.

Celia notó cómo le temblaba la bandeja. Allí estaba todo lo indicado por la señora Virtudes. El zumo de naranja recién exprimido y colado, sin pulpas, la tostada sin quemar, dorada, la mermelada y la mantequilla en dos tarrinas con su cuchillito al lado, y la leche con miel.

Llamó a la puerta.

—¿Señorita Natividad?

Del otro lado, el silencio.

Pero estaba despierta. La había oído ir al baño cinco minutos antes.

Nueva llamada.

—¿Señorita Natividad?

La protesta fue nítida.

—¿Qué quieres?

—Le traigo el desayuno.

—¡Vete, no tengo hambre!

Celia se revistió de valor y abrió la puerta.

—Lo siento, pero su madre me ha dado órdenes estrictas de que le hiciera llegar el desayuno. Ha de comer algo o se sentirá peor.

Natividad estaba en la cama. Debía de tener hambre porque el crujido del estómago se hizo audible. Optó por poner cara de resignación e incorporarse. Una vez sentada, esperó a que Celia le colocara la bandeja sobre el regazo. Más que cara de enferma, su cara era de enfado.

Se quedó mirando la comida con desconfianza.

—¿Me has colado el zumo?

—Sí, señorita.

—¿Y esto qué es?

—Leche con un poco de miel.

—¿Miel? —Empezó a cambiarle la expresión, a peor—. ¡Sabes que odio la miel!

—Su madre…

—¡Mi madre, mi madre! ¿Has de hacer siempre lo que dice mi madre, so mema! ¿Es que no tienes ni pizca de iniciativa?

Celia sintió que estaba desbordada.

Que ya no podía más.

—Señorita, no tiene por qué insultarme ni…

Fue un poco visto y no visto. Inesperado pero no insólito. Natividad había cogido la taza de leche con miel. Nada más tocarla, se quemó. El arrebato la hizo tirársela a ella a la cabeza.

Ardiendo.

Celia la esquivó. Como si la estuviera esperando. Un reflejo que la salvó del impacto y de la posible quemadura. La taza se estrelló contra la pared, haciendo un estruendo de mil demonios, que resonó por toda la casa vacía a través de la puerta abierta de la habitación.

En la cama, Natividad se convirtió en una furia.

Su mal humor elevado al paroxismo.

—¿Es que quieres matarme? —se puso a chillar enloquecida—. ¡Está ardiendo, estúpida! ¡Ardiendo! ¿No puedes hacer nada bien? Limpia esto y déjame en paz, ¿quieres? ¡Deberías volver a tu maldito pueblo, o morirte, porque eres una inútil! ¡Tonta, tonta, tonta!

Celia salió corriendo por la puerta.

Despavorida.

Lo peor era que tenía que regresar, para recoger los pedazos de la taza y limpiar la pared y el suelo manchados con la leche desparramada por todos lados.

37

A medida que Celia formaba parte de la casa, Virtudes se creía más y más en la necesidad de cuidarla, protegerla, dirigirla, sobre todo espiritualmente. Vivía allí, entre ellos, la veía a diario, pero los jueves volaba sola y libre. Una inocente en el corazón de la gran ciudad.

Y Barcelona tanto podía ser un cielo como un infierno.

Todo dependía de cuándo, cómo y, sobre todo, con quién se relacionase.

Cuando le sirvió el té que acababa de pedirle, la retuvo a su lado.

—Celia.

—¿Sí, señora?

—Llevas ya aquí casi cuatro meses. ¿Cómo estás?

Era una pregunta directa.

Inesperada.

—¿Yo? Muy bien señora.

—¿Estás a gusto con nosotros?

¿Le hablaba de los arrebatos de Natividad? ¿De la forma en que la miraba Joaquín?

—Sí, señora. Muy a gusto.

—Desearía que, dentro de lo que cabe, y salvando las distancias, nos consideraras un poco como tu familia, ¿entiendes?

—Gracias, señora.

—Trabajas bien, eres atenta y aplicada, pero no dejas de tener dieciocho años. Casi una niña.

Remarcó la palabra «casi».

—Le aseguro que todo está muy bien, señora. No tengo la menor queja, y espero que usted tampoco la tenga de mí.

—Siéntate un momento —le pidió mientras cogía la taza de té con las dos manos.

Celia se quedó un poco envarada.

¿Sentarse?

La obedeció.

La señora Virtudes sorbió un poco de té.

—¿Puedo preguntarte si todavía vas al cine los jueves?

Sabía que iba al cine.

Se preguntó qué más sabría.

—Sí, señora.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Por qué?

Se le antojó una pregunta absurda.

¿Por qué le gustaba aquella maravilla, que por algo la llamaban el «Séptimo Arte»?

—Pasas un rato agradable.

—Viendo mentiras.

—No creo que todo sean mentiras. La gente no se pone a cantar y

bailar sin más, claro, pero la mayoría cuentan historias muy bonitas, algunas incluso bíblicas, o históricas. Y las románticas son preciosas.

—¿Porque hablan del amor eterno y esas cosas?

—Por todo. —Bajó los ojos sintiéndose muy rara.

—Sabes qué opino yo del cine, ¿verdad?

—Me lo dijo un día, sí, señora. Pero, verá…, yo creo que es un pasatiempo inocente. ¿Dónde quiere que vaya los jueves por la tarde, a pasear? Una chica sola llama la atención.

—En esto te doy la razón. Los moscones que solo quieren una cosa de ti están en todas partes. Pero el cine… Temo que acabe enturbiándote la mente, querida.

—¡Oh, no, eso no va a pasar, no soy tonta! —saltó rápida—. Ya sé que todo es mentira, que cuando los vaqueros matan indios no es de verdad, ni…

—Veamos —la detuvo la dueña de la casa—. ¿Qué viste el último día?

El último día no habían ido al cine. Pero si le decía a la señora Virtudes que tenía un novio…

¿Sería peor?

Sí, sin duda.

Le habló de las películas de la otra semana.

—Vi una muy bonita, de unas mujeres que postulan el día de la Cruz Roja. Se llamaba así, *Las chicas de la Cruz Roja*. —Buscó alguna otra parecida—. También *El vizconde de Montecristo* y…, así, hace unas semanas vi *El tigre de Chamberí*, que es muy divertida.

No le habló de *Bus Stop*, con aquella actriz tan sensual llamada Marilyn Monroe, ni de *El quinteto de la muerte*, en la que cinco ladrones usaban la casa de una anciana para cometer un robo. Sabía que esas no serían del agrado de su dueña.

—Bueno, no parecen malas —se resignó Virtudes.

—No lo son, en serio —abundó Celia—. ¿Usted nunca ha ido al cine, señora?

La pregunta la pilló de improviso.

Se estiró y dejó la taza de té en la mesita.

—Sí, fui algunas veces —concedió—. Hasta que comprendí la

verdad, lo que ocultan, el mal que se esconde en la presunta inocencia de muchas de esas historias. Acabé llena de quimeras, pensamientos impropios, y lo corté de raíz. Espero que, veas lo que veas, te confieses.

—Lo hago, sí.

—Contemplar cómo dos personas se besan en una pantalla es un acto… lascivo. Un beso ha de ser algo íntimo y personal entre dos seres humanos, un hombre y una mujer. No algo público. Además, las jovencitas os enamoráis de esos actores de cartón piedra, y los jóvenes, de esas actrices falsas, un duro de cuatro pesetas. Eso lleva al pecado de pensamiento.

—Le aseguro que yo no tengo malos pensamientos —quiso dejarlo claro.

Virtudes la miró unos segundos.

Había algo en Celia que le daba paz.

—Bueno, pero deberías aprovechar para formarte, ir a una biblioteca a leer y ver museos —insistió—. Has de intentar no caer en manos del primer desaprensivo que te llene el oído de palabras bonitas y la cabeza de sueños. Si algo sé de la vida es que eso llegará, y has de estar preparada, ser fuerte. Aquí tienes una casa por muchos años. No sabes la suerte que has tenido en este sentido. Pero depende de ti, y solo de ti, aprovecharlo todo y dar gracias a Dios.

—Se las doy, señora —asintió.

Creía que el interrogatorio, o la charla, duraría más.

No fue así.

—Puedes irte, querida.

—Gracias, señora.

Celia salió de la sala más preocupada que asustada.

Empezaba a preguntarse cómo podría mantener oculto a León y qué haría o diría la señora Virtudes si un día sabía que tenía novio.

Novio.

La palabra todavía la sorprendía.

León comprendió que Celia ya no iba a aparecer cuando, desde la antesala del cine, comenzó el programa con la primera película.

Ella nunca llegaba tan tarde.

Ni siquiera llegaba tarde.

El acomodador se lo quedó mirando con cara de lástima.

—¿Va a entrar?

—No, no, gracias.

—Lo siento.

Lo sentía porque bastaba con verle la cara.

Pena, desconcierto, tristeza… Miedo.

¿Por qué no había ido Celia?

¿Se había arrepentido de decirle que sí?

¿Y si estaba enferma?

El problema era no poder comunicarse, quedar de semana en semana. Habría bastado una llamada telefónica, ¿pero a dónde? ¿Al cuartel?, imposible. Y llamar desde la casa, a lo peor, tampoco le resultaba fácil. Seguro que los señores le controlaban esas cosas. El teléfono no era para flirtear, sino para cosas graves, serias o urgentes.

León salió del cine.

Los carteles de las películas parecieron burlarse de él: *Cita en Hong Kong* y *Los vikingos*.

Lástima. Le apetecía mucho ver esa última.

Recorrió sin prisas el camino que habrían seguido Celia y él a la salida del cine, de regreso a la casa de ella. Estuvo atento, por si la veía correr, desbocada, con el corazón en un puño, pero no fue así. Cuando llegó a la calle primero y al portal después, no supo qué hacer.

¿Subía y peguntaba por ella?

Ni loco.

¿Se quedaba en la calle toda la tarde, esperando Dios sabía qué?

Absurdo.

Levantó los ojos. Miró la última planta. No se veía nada, las ventanas estaban cerradas o entornadas gracias al buen tiempo. El misterio estaba allá arriba. Celia tenía que encontrarse allí.

Enferma, seguro.

León se mordió el labio inferior.

Si se iba y pasaba una semana sin saber de ella, le daría algo.

¿Y si Celia se lo había pensado mejor? Lo de ser «novios» la dejó conmocionada. Luego, el beso robado en las sombras del portal, el primero de sus vidas, había sido como un castillo de fuegos artificiales. La boca de Celia, los labios de Celia, el sabor de Celia, incluso la mirada de Celia al separarse para darse cuenta de que sí, que aquello era real.

No, no había dudas en sus ojos.

Era una mujer feliz.

Eso era amor.

Empezó a dolerle el cuerpo. Otra opción era preguntarle al conserje, que permanecía sentado al lado de su cubículo como un fiel perro guardián, ¿pero quién le aseguraba que después el hombre no le iría con el cuento a la señora de Celia?

—Mire, que vino un quinto preguntando por la chica.

Camino vedado.

Solo le quedaba la impotencia.

Caminó hasta la esquina y se sentó en el bordillo, sin dejar de mirar ora las ventanas, ora la puerta. Creía que el tiempo no iba a transcurrir, pero lo hizo. Minutos primero, horas después. Con la cabeza más llena de ideas locas y absurdas.

Se cumplían las tres horas de espera cuando la vio aparecer.

Celia.

A la carrera, como si la persiguiera una jauría de lobos hambrientos.

León se levantó, salió de detrás del coche aparcado que le servía de parapeto y la interceptó justo al doblar la esquina de su lado de la calle.

—¡Celia!

Ella volvió la cabeza.

Se le iluminó la cara.

La vida.

—¡León!

Fue algo mágico. Estaban fuera del alcance de las miradas más indiscretas. Celia se le echó literalmente encima y lo abrazó vibrante

de emoción. León notó cómo palpitaba, cómo temblaba estremecida.

—¿Qué haces aquí? ¡Oh, lo siento, lo siento, perdona! ¿Cómo podía avisarte? ¡Cariño…! —Se atropelló antes de que él pudiera abrir la boca—. ¡Una cena inesperada, esta noche! ¡Me han pedido que me quedase, que libraría mañana! ¿Cómo iba a decir que no? ¡No sabes lo que he sufrido imaginándote…! ¡León, mi León…!

Estaban en plena calle, pero lo besó.

Un gesto desesperado, un acto plenamente inconsciente.

León respiró aliviado.

—Tranquila, no pasa nada, ya está.

—¿Cuánto llevas aquí?

—He ido al cine y, al no llegar tú, me he venido…

Celia lo miró con arrobo.

Era la primera vez real que se daba cuenta de sus sentimientos.

—¡No puedo quedarme, solo he bajado a comprar una cosa y no tengo tiempo que perder! ¿La semana próxima? ¿O puedes mañana? ¡León, León, di que sí! ¡Mañana!

Seguía temblando.

Tuvo que abrazarla de nuevo para calmarla, para ser consciente de que ya formaban un solo cuerpo.

León la presionó tanto y tan fuerte contra sí mismo que temió quebrarla.

39

Acababa de cerrar la luz, y se acomodaba en la cama, cuando la puerta de la habitación se abrió.

Apenas un palmo.

Celia subió el embozo de la sábana hasta arriba y dejó de respirar.

Por el hueco asomó la cabeza de Joaquín.

No supo qué hacer. Se quedó tan muda como colapsada. No fue solo la cabeza. Después, lo que se dibujó al contraluz fue el cuerpo entero.

Joaquín iba en pijama.

Fue al entrar del todo y cerrar la puerta, cuando Celia abrió la luz.

—¡Señorito!

Joaquín no parecía atribulado. Y, desde luego, no era sonámbulo. Al verse sorprendido lo único que hizo fue quedarse quieto. La distancia que lo separaba de la cama, sin embargo, era mínima. Apenas dos pasos.

Estaba serio.

Aunque curvó ligeramente la comisura izquierda de los labios.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó ella todavía tapada hasta la barbilla.

El hijo de Fernando y Virtudes Miramón dio un paso.

—He venido a verte —dijo.

—¿En pijama?

—Sí, ¿no?

—¿Qué quiere? ¿Necesita algo? ¿Por qué no…?

Dejó de hablar al dar él el segundo paso.

Joaquín se sentó en la cama.

Ella ya no pudo articular una palabra. Los ojos del muchacho eran los mismos de siempre cuando estaban a solas, aquellos con los que la miraba de una forma penetrante, directa, cargada de intenciones. Unos ojos que, ahora, más que ver se hundían en ella, más allá de la débil coraza formada por la sábana de la cama.

Hacía calor.

Joaquín extendió una mano.

Celia se encogió todavía más.

—No… —gimió.

Lo único que hizo la mano fue apartarle el pelo de la frente.

Una caricia.

—Váyase…, por favor —musitó con un hilo de voz.

Joaquín marcaba los tiempos. La mano siguió donde estaba. De la frente pasó a la mejilla. La sábana de Celia subió un poco más.

Todo el terror que sentía fluía de sus ojos.

—Vamos, Celia —susurró él—. Seamos amigos.

—Ya lo somos, señorito —consiguió contestar.

—No, así no. Va, déjame verte.

—¡No! —Se aferró a la parte superior de la sábana.

Una sábana que ahora se pegaba a su cuerpo y lo moldeaba como una segunda piel.

—Un beso y me voy. ¿Qué te parece?

—¡No! —repitió.

—Entonces tócame. Yo no te haré nada. Hazlo tú. —Se bajó el pantalón del pijama.

Celia no quiso mirar.

Cerró los ojos y asomaron las primeras lágrimas.

—Tócame —insistió Joaquín—. Me sale y ya está. O lo haces o me dejas que te vea y…

—¡Váyase o grito! —le advirtió finalmente.

—No lo harás.

—¡Lo haré, y su madre…!

—Le diré que tú me pediste venir.

—¡No le creerá! ¡Por Dios! ¿Se ha vuelto loco?

—¿Que no me creerá? Eres la criada y yo su hijo. —El tono volvió a endulzarse—. No seas así, va, tonta. Me ha costado decidirme, pero ya estoy aquí. Fíjate cómo me pones. —Se mesó el sexo con una mano—. Eso lo haces tú. Es por ti. Está grande, ¿verdad?

—Por favor…

Celia se echó a llorar.

Y, ni mucho menos, fue un llanto normal.

El suyo era un desgarro emocional, una bajada a los infiernos, una forma abierta y real de romperse en vida, víctima de la impotencia que la arrasaba. Mientras se estremecía, al borde del colapso y la histeria, esperó sentir de nuevo la mano de él.

O algo peor.

No fue así.

Ya no.

Joaquín tardó una eternidad en levantarse, y cuando lo hizo su expresión era mitad seria y mitad enfadada, mezcla de incomprensión y frustración. Por entre los ojos entreabiertos, Celia vio cómo se subía de nuevo los pantalones de pijama, con la erección bajando progresivamente.

No acabó de marcharse.

—Te iría mejor estando de mi parte —le dijo con amargura.

—Así no, señorito. —Negó ella con la cabeza—. Así no.

—Eres una idiota, ¿lo sabes?

—No lo soy —siguió gimiendo.

—Natividad tiene razón. Eres tonta. Podríamos pasarlo bien, y te haría regalos.

Celia continuó moviendo la cabeza de lado a lado.

—No, no, no… —Fue ya lo único que podía repetir.

Tardó mucho en darse cuenta de que estaba sola.

Mucho, después de que Joaquín hubiera salido de allí tan silenciosamente como apareció.

40

Había dos personas más esperando para la confesión.

Dos.

Celia miró hacia las primeras filas de la iglesia. La señora Virtudes, arrodillada en su reclinatorio, rezaba. Un rosario le colgaba de las manos y sostenía la Biblia como si en lugar de un libro fuese un martillo. La cabeza, inclinada. La imagen era de absoluto recogimiento y devoción.

¿Podía la muerte de un hijo volver loca a una persona?

¿A una madre?

Celia giró la cabeza hacia el confesionario. La mujer que llevaba allí casi cinco minutos se estaba levantando. Una de las dos personas que esperaban, el hombre, se dispuso a ocupar su lugar.

¿Qué debía sentir un sacerdote, escuchando las pesadas cargas y culpas de los demás?

Cargas y culpas de los pecadores.

Los de verdad.

Pero ella…

¿Qué había hecho ella?

Se movió nerviosa en el banco. Quería salir corriendo. Pero si se iba, si no se confesaba, la señora Virtudes le preguntaría a santo de

qué no quería hacerlo, y sería peor.

Aquella, sin duda, podía ser la confesión más extraña de su vida.

No había hecho nada. No había hecho nada. No había hecho nada.

El cine, sí. Eso podía ser. Le gustaban algunos actores. Aquel primero que había visto, James Dean. Y luego estaba el último, Tony Curtis. Y otros cuyos nombres ni conseguía memorizar o retener. Siendo así, podía confesarse de pensamiento, pero no de obra.

Había sido Joaquín.

Él y solo él.

Desnudo en su habitación, tocándose, pretendiendo verla desnuda.

¿Le contaría al cura que el hijo de su señora había intentado hacer guarradas con ella?

¿Así de fácil?

No. Dirían que era culpa suya, que ella le había provocado, que Joaquín era un buen chico, y siendo más joven…

¿Y los besos de León?

¿Eso contaba?

¡No habían sido pecaminosos! ¡Eran besos de amor! ¡Las personas se besaban, aunque ellos hubieran tenido que robarlos, a escondidas, porque estaba prohibido ser feliz por la calle!

Era la primera vez que cuestionaba el Régimen, la censura.

¿Por qué tenían que prohibir las muestras de cariño?

El hombre se levantaba ya.

Al contrario que la señora, había sido una confesión rápida.

La mujer que la precedía ocupó su lugar.

Ella era la siguiente.

Y seguía sin saber qué decirle al cura.

—No has hecho nada —se repitió en un susurro.

Se había tapado con la sábana, no había permitido que la viera, y cerró los ojos al momento cuando él se bajó el pijama y le enseñó aquello. Ni siquiera tuvo un mal pensamiento, al contrario: había defendido su virtud. Entonces, ¿por qué tenía que decírselo al dichoso cura?

Y el cine no era malo.

Y querer a León tampoco.

Celia miró con rabia el confesionario.

Si Dios estaba en todas partes, ya sabía cómo era ella, y sabía que no había pasado nada y que estaba limpia. Con eso bastaba. No necesitaba contarle al de la sotana, ni rezar padrenuestros y avemarías que solo servían para perder el tiempo.

Dominó la rabia.

Era la primera vez que la sentía, y, además, tan fuerte.

Empezaba a darse cuenta de que ni el mundo ni la vida eran justos.

41

Luis no era rico. Y, sin embargo, no le faltaba de nada. No solo era el coche, la forma de vestir, que pudiera llevarla a restaurantes caros o que tuviese un buen trabajo. También era la casa. La perfecta casa de un soltero sin ataduras ni problemas. Vivía en la parte alta de la izquierda del Ensanche, por encima de la avenida del Generalísimo y tocando a la Vía Augusta. Desde su ático se veía la otra Barcelona, la ciudad que brillaba cerca del cielo. Si se miraba al frente, se contemplaban otros áticos y sobreáticos del mismo nivel social. Si se miraba a lo alto, el cielo azul o el Tibidabo a lo lejos. Y, si se miraba hacia abajo, la calle. La calle con sus hormigas de dos patas, yendo de un lado a otro.

Aquel piso era una isla.

Por eso Consuelo se sintió bien en él de inmediato, nada más cerrar la puerta, con Luis diciéndole:

—Estás en tu casa.

Su casa.

Sonaba bien.

Y, desde luego, era el gran paso.

No el primero, ni el último: solo el gran paso.

No había permitido que Luis subiera al piso de ella. Por ética, por decencia, y también por precaución. Una llamada de Fernando, peor aún, una visita inesperada de las suyas, lo habría echado todo a rodar. Luis había insistido, pero le dijo que no, por los vecinos, por…

Excusas.

—¿Vamos entonces a mi casa?

Y se había rendido.

—Sí.

Allí estaba.

Sin vuelta atrás.

Sentía miedo, pero también la necesidad de gritar, de liberarse. Tenía la edad suficiente como para saber qué era una oportunidad, y lo raras que eran a lo largo de una vida.

—¿Te lo limpia alguien?

—Viene una mujer un par de veces por semana, para dejarlo en condiciones, aunque no soy de mucho ensuciar. Tampoco es que haga mucha vida en casa. Como y ceno fuera casi siempre, o con clientes o solo. Mi vida es bastante aburrida.

Lo decía en serio.

Por un momento, Consuelo pensó en cuántas mujeres habría llevado allí.

Por un momento.

Silenció esa incomodidad porque ella era la que tenía un amante, un hombre casado, un maldito lío.

Luis no esperó ni un segundo.

La cogió por la espalda, en la terraza, y la besó en el cuello, primero dulcemente, después con pasión. Consuelo notó el calor de los labios. Se le erizó el vello y echó la cabeza hacia atrás. Las manos de Luis la rodearon por la cintura y la presionaron hacia su cuerpo. Sin el menor pudor le hundió la pelvis y ella notó la protuberancia sexual.

Se excitó.

No había tocado a nadie más que a Fernando en aquellos últimos años. Ni nadie la había tocado a ella. Lo más sorprendente era que todo parecía distinto, más limpio, más luminoso.

¿O era estar allí, en aquel ático, lejos de todo y a salvo?

Tembló.

—Tranquila —le oyó susurrar junto a su oído al tiempo que él le lamía el lóbulo de la oreja.

—Sí —musitó.

—Ven. —Tiró de ella.

Consuelo se aferró a la baranda de la terraza. Le gustaba estar allí, sentir la brisa del anochecer, disfrutar del paisaje urbano.

—Espera.

—No, esta vez no. ¿O quieres que te desnude aquí?

Logró separarla, conducirla despacio hasta el interior del piso. Una vez a salvo de miradas ajenas, le dio la vuelta y la puso de cara. Una mano la rodeaba por la cintura. La otra le acarició la mejilla con el dorso. Era un tacto agradable. Consuelo no tuvo más que asomarse a los ojos de él para saber que todo estaba escrito, que ya no había vuelta atrás.

Luis comenzó a desnudarla.

Y ella se dejó.

Lo vio hacer, despacio, botón a botón, el lazo del cuello. Primero la blusa, después el sujetador. Le liberó el pecho y pareció estar contemplando una de las siete maravillas del mundo.

—Dios… —exhaló.

—No metas a Dios en eso —medio bromeó ella.

—Eres…

—Dilo.

—Preciosa.

—Gracias.

Luis le besó un pecho. El otro. Después le acarició los pezones con las yemas de los dedos. A Consuelo se le pusieron duros como dos piedras.

—¿Te he dicho alguna vez que la belleza me duele?

—No.

—Pues me duele. Ver algo hermoso es…

—¿Soy «algo hermoso»?

—Sabes que sí.

Iba a quitarle la falda.

Esta vez, se lo impidió.

Necesitaba decirlo, abrirse, limpiarse.

Cortar con el pasado para enfrentarse al futuro, haciendo del presente una puerta.

—Luis, espera.

—¿Por qué?

—Porque antes he de decirte algo, ser sincera contigo, o… no me lo perdonaría nunca.

Él frunció el ceño.

Le bastaba con mirarla a los ojos, pero más con captar su tono de voz, para saber que algo sucedía.

Que algo iba a suceder.

—¿Qué te pasa?

—Yo… —Consuelo tomó el aire que necesitaba—. Tengo a alguien.

—¿Cómo que…?

—Déjame hablar —le pidió—. Tengo… Tenía a alguien, pero se acabó. Dame solo unos días, para poner mi vida en orden, y entonces… No es pedir mucho, por favor. Unos días y seré libre para estar contigo si es esto lo que quieres.

—¿Y tú? ¿Lo quieres tú?

—Sí. —Ni se lo pensó dos veces—. Es lo que más quiero en la vida. Posiblemente lo que más he querido nunca. —Le acarició la mejilla.

Luis le besó la mano.

No había dolor en sus ojos, pero sí incertidumbre.

—¿Quién es?

—No importa.

—¿Cuánto…?

—Unos años. Pocos. Yo estaba en mi peor momento y él apareció… No sé si considerarlo un salvador. Quizá un padre. Sucumbí, o caí, tómalo como quieras. Me puse una venda en los ojos y… hasta hoy, hasta que has aparecido tú y me has arrancado esa venda.

—¿Por qué no te has casado con él?

Parecía una pregunta sencilla, pero no lo era. Encerraba todo un mundo. Miles de claves.

De pronto hablaban con la mayor de las naturalidades.

La sencillez de lo cotidiano.

Aunque lo cotidiano fuese tan trascendental como aquello.

—No podía —dijo Consuelo.

—¿Pero…? —no acabó la frase. Lo comprendió de inmediato. La

revelación de lo inesperado.

—Perdona —le suplicó ella.

No hubo respuesta. El peso de la mirada se hizo grave. No por ello menguó el calor, el sentimiento.

La tristeza.

—Sé que eso no dice muchas cosas buenas de mí —lo aceptó Consuelo sin apartar la mirada, dispuesta a ser valiente. Pero es lo que hay, lo que ha habido, y creo que era justo que lo supieras antes de seguir.

Luis no habló.

Si sus pensamientos hubieran tenido un altavoz, el piso habría sido un estruendo.

—Di algo, por favor —le suplicó ella.

—¿Por qué me lo has contado?

—Te lo acabo de decir: porque me parece justo, porque no quiero empezar algo como esto con una mentira o un secreto que iba a pesarme como una losa. Si decides que me vaya, me iré. No para volver con él, eso se acabó, solo me iré igualmente. Pero, si seguimos, ha de ser con la libertad de que entre nosotros no haya engaños. Ya no soy una cría, Luis. Sé que el amor no funciona así, ni es un sueño juvenil a nuestra edad ni un efecto que se pasa con los años. El amor real, el verdadero, es algo más. Comienza con sexo y acaba con comprensión. Comienza con pasión y sigue con la compañía de lo eterno. Te lo he contado para ser libre, ante todo, de mí misma. No quiero esconderme nunca más, ni ir contigo por la calle temiendo encontrarme con el pasado. Soy una mujer madura, lo mismo que tú. Tenemos un pasado. Pero si damos el paso, juntos, lo daremos bien. Esto no va a ser un revolcón. Este es el último amor de nuestras vidas, y vale la pena aprovecharlo. La única pregunta que cuenta ahora y voy a hacerte es esta: ¿me quieres?

Luis no se lo pensó dos veces.

—Sí —dijo.

—Entonces todo está dicho.

—Espera. —Le sujetó la cara con las dos manos—. ¿Me quieres tú a mí?

Consuelo lo besó despacio.

La humedad de su boca hizo que a él se le deshicieran los labios.

—¿Crees que te habría dicho todo lo que te he dicho si no te quisiera, tonto?

Intermedio 6

1992

Habría podido dirigirse primero a la segunda dirección, la más reciente aunque se tratara de quince años atrás, pero prefirió ir por orden. Si algo había aprendido trabajando de detective privado era que los saltos para ganar tiempo no conducían a nada, dejaban lagunas. Algo le decía que, si reconstruía los pasos de Celia García, le sería más fácil dar con su hijo David. De todas formas, las dos señas eran de Barcelona, tampoco es que tuviera que viajar de un lado a otro de España.

La minuciosidad importaba.

Hacerse un retrato mental de Celia también.

En una de las primeras cartas a su abuela, ya instalada en casa de los Miramón, había escrito: «Estoy bastante agobiada. No me gusta esta gente. Sé que no soy nada, pero no tienen derecho a tratarme como una esclava. Espero poder encontrar otra casa con el tiempo, aunque eso moleste al párroco del pueblo. Trabajo sin parar, y ahora va a llegar el verano, nos mudaremos todos a una casa que tienen en la playa. ¿Te imaginas, abuela? ¡Veré el mar!».

Los dos ancianos a los que Celia había cuidado vivían en la parte izquierda del Ensanche. Probablemente nadie los recordaría ya, y menos a Celia, pero quería estar seguro. El taxi lo dejó en la esquina.

—¡Listo, caballero!

—Gracias.

—Nada, ¡que pase un buen día! —se despidió animosamente.

Faltaban semanas para los Juegos Olímpicos, pero la ciudad parecía vivir ya inmersa en ellos. Se respiraba un hermoso ambiente, una alegría desatada, una corriente de empatía a flor de piel. La gente sonreía. La euforia llegaba a todos los niveles. Se esperaba una lluvia de medallas. Incluso se confiaba en que el Barça ganara la Liga y la

Champions.

La misma ciudad que había perdido la guerra cincuenta y tres años atrás volvía a vibrar.

La casa, como casi todas las del Ensanche, era solemne y centenaria. Tenía un entresuelo, un principal, y cuatro pisos. O sea que vivir en el cuarto era como hacerlo en el sexto. Y no había ascensor. Iba a subir las escaleras cuando apareció una mujer por detrás de un hueco que parecía inapreciable y debía de ser la portería.

—¿A qué piso va?

—Cuarto segunda.

—Los señores Planas.

—En realidad quería preguntar sobre los anteriores inquilinos, los Solá.

—¿Los Solá? —Mostró su sorpresa—. Por Dios, dejaron el piso hace mucho.

—Lo sé, pero estoy investigando algo. Quizá usted pueda ayudarme.

—¿Qué es lo que investiga, señor?

—Soy detective privado. Busco a la muchacha que sirvió aquí con ellos, Celia García.

La portera se quedó un poco colgada con lo de que fuera detective privado, pero cambió casi al momento de actitud al escuchar el nombre de Celia.

—¡Una gran chica! —exclamó.

—Veo que usted la conoció.

—A mí me hicieron con la casa —dijo con buen humor aunque no tendría más de setenta años—. Imagínese la de cosas que he visto y a la de gente que habré conocido, aunque aquí la mayoría son los de siempre, de toda la vida.

—¿Qué puede decirme de Celia?

—¿Para qué la busca?

—Un tema de una herencia —mintió—. Desapareció hace años y se la está intentando localizar.

—¿Una herencia? —espetó—. ¡A buenas horas! Le hubiera ido mejor que la vida le sonriera entonces, pero…, en fin, nunca es tarde. Una mujer tan joven, sola, con un hijo pequeño… Tuvo suerte de

entrar a servir con los Solá. Prácticamente la adoptaron. A ella y al niño. Al morir la señora y ser internado el señor se vio en la calle, aunque me consta que le dejaron un poco de dinero para que pudiera mantenerse mientras encontraba otra cosa. Me dijo que iba a alquilar un pisito o algo así, aunque tuviera que compartirlo.

—¿Se hizo amiga de ella?

—Amiga, amiga… Yo hablo con todo el mundo. No soy para nada chismosa, pero la gente me cuenta cosas. A veces sí, conversábamos un poco. Nada del otro mundo. Cambiábamos impresiones y ya está. Era una buena chica, tenía un gran corazón, y se le notaba que lo había pasado mal. Yo tengo un sexto sentido para esas cosas, ¿sabe? Bastaba con mirarla a los ojos para captar la tristeza que escondían. Hablaba en voz baja, como para no molestar. Era asustadiza, siempre temiendo lo peor, como si en la vida no hubiera esperanzas, no sé si me explico.

—Lo hace, lo hace —asintió Eduardo—. Lo cierto es que es la primera persona con la que hablo que la haya conocido, así que todo cuanto pueda decirme me será de gran ayuda.

—Era muy cariñosa —suspiró.

—¿Salía con alguien mientras estuvo aquí?

—No, eso no. Imagino que tuvo bastante con una vez.

—¿A qué se refiere?

—A su marido, claro.

Intentó no parecer sorprendido, pero le fue imposible.

—¿Había estado casada?

—Bueno, ella era viuda.

Ni una sola palabra en ninguna de las cartas, y del pueblo había pasado directamente a servir en la casa de los dos ancianos. Eso solo podía significar una cosa: que Celia había mentido para ocultar el hecho de ser madre soltera.

—Así que no la vio con ningún hombre.

—No, no. Estaba volcada en el trabajo y en su hijo.

—¿Recuerda el nombre del marido?

—Pues… nunca lo mencionó, al menos que yo recuerde. Esas cosas se llevan en el alma. Yo también perdí a mi marido hace tres años.

—Lo siento.

—Es la vida. —Hizo un gesto de resignación.

—¿Le dijo a dónde se iba después?

—No. Se despidió de mí muy emocionada y eso fue todo. La quería la escalera entera.

—¿Hizo amistad con alguien más, alguna otra chica de servicio…?

—¿Chica de servicio? —Puso cara de incredulidad—. Era la única de toda la finca. ¿Cree que aquí hay tanto como para tener criadas? Y no me da que hablase más con otra señora de lo que lo hizo conmigo, aunque si quiere subir y preguntar…

—No creo que sea necesario. ¿Volvió a verla?

—No.

—¿Ni a saber de ella?

—Tampoco.

—Pero sí iría a ver al señor Solá a la residencia.

—Es posible, sí, pero eso ya no lo sé yo. Se portó muy bien al morir la señora. Lloró como si fuera su propia madre. Les tenía mucho afecto. La pena fue que él se deteriorara tanto al enviudar. Celia era de esas personas que se hacían querer, y el niño era muy bueno y muy listo, respetuoso donde los haya. No me extraña que el señor la ayudara económicamente al tener que irse. Por poco que le diera, para ella seguro que fue mucho.

—Pues ya no tengo más preguntas —se resignó—. Ha sido usted muy amable.

—¿Me hará un favor si la encuentra?

—Claro.

—Dígale que aquí dejó su pequeña huella, que no se la ha olvidado, y que espero de corazón que todo le haya ido bien en la vida. A ella y a David.

—Se lo diré, descuide.

—Vaya usted con Dios…

No le dijo que prefería otras compañías, porque estar con Dios significaba estar muerto. Se limitó a sonreírle y darle la mano. Luego la dejó en el vestíbulo, quieta como una estatua añeja, fiel servidora de los inquilinos de la casa y celadora de su paz.

Capítulo 7

Junio de 1959

42

Fernando se asomó a la puerta de la cocina. Celia estaba sentada frente a la mesa de madera, limpiando la plata. Se le notaba la entrega, porque tenía la lengua fuera y los movimientos eran enérgicos. Más que frotar, parecía querer hacer salir al genio oculto en el interior de la tetera. La mesa estaba llena de la platería de la casa, además de los limpiadores y los paños con los que ella sacaba a relucir todo su brillo. Fernando nunca había entendido la fijación de su mujer por el tema. Virtudes insistía en que el estado de la plata definía el estado de una casa. Si la plata relucía, la casa era de fiar. Si la plata estaba sucia…

Manías de mujer.

Él procuraba no meterse.

Entró en la cocina y siguió mirando a Celia, arremangada, sin la cofia, con el pelo cayéndole en mechones salvajes por encima de la cara. Los ojos eran determinantes. Los gestos, intensos. Parecía imposible que pudiera sacar más brillo a aquella dichosa tetera.

Ella se dio cuenta de que no estaba sola.

Levantó la cabeza y lo vio.

—¡Oh, perdón, señor! ¡No me había dado cuenta de que estaba aquí! ¿Quiere algo?

—No, no —la tranquilizó con una mano haciendo un gesto trivial—. Te he visto tan dedicada a esto…

—Es que la plata se las trae —le confió—. Y su señora es muy puntillosa en esto.

—Lo sé. No te envidio.

Celia hizo ademán de ir a coger la cofia mientras se arreglaba el

pelo con la otra mano. Fernando también lo evitó.

—Tranquila, tú a lo tuyo. Como si no estuviera. Solo venía a por un vaso de agua.

—Se lo sirvo en…

—Que no, que ya puedo. Además, tienes las manos sucias con ese dichoso líquido. Entre que te las lavas y las secas, ya lo hago yo. —Se dirigió al fregadero, cogió un vaso limpio y lo llenó de agua hasta la mitad.

Le dio un pequeño sorbo y lo dejó en la repisa.

Se volvió hacia ella.

—Venga, sigue, sigue.

Celia vaciló. Pero acabó cogiendo de nuevo el trapo, ya ennegrecido, para volver a la carga. Una complicada moldura que adornaba la maldita tetera era el objeto de su denuedo febril.

Fernando miró su rostro decidido.

Quizá «mirar» no fuera la palabra exacta.

Admirar, sí.

¿Podía uno tener un diamante en casa y no darse cuenta de buenas a primeras?

Estaba visto que sí.

La Celia que había entrado en la casa en febrero no tenía nada que ver con la Celia de aquel mes de junio.

—¿Estás contenta? —le preguntó de pronto.

La chica levantó la cabeza por segunda vez.

—¿A qué se refiere, señor?

—Contenta de estar aquí, por supuesto —se lo aclaró él.

—¡Oh, sí, señor! —asintió—. Mucho.

—¿Eres feliz entre nosotros?

—Claro.

—Sabes que hemos intentado que te sientas parte de la familia.

—Lo sé, señor. Y se lo agradezco mucho.

—Una chica como tú, sola y lejos de todo…

—Me he adaptado bien, señor. De verdad.

Intentó retomar el trabajo.

Pero su amo seguía hablándole.

—¿Puedes con todo, la casa…?

¿Qué podía decirle?

Oyó la voz de la abuela en su cabeza.

«Los amos no quieren saber la verdad, quieren saber lo que ya saben o imaginan y reforzar lo que creen. Dales la razón siempre».

—Hay días un poco mejores y días un poco más complicados. —Se movió en terreno pantanoso—. Pero sí, de momento sí, aunque la casa es grande y siendo cuatro…

—¿Te dan mucho trabajo Joaquín y Natividad?

Otra pregunta trampa.

Y le dolía mentir.

—Natividad, un poco. —Fue sincera sin entrar en detalles.

—Sí, es una niña, y difícil —convino Fernando—. Incluso puede que esté un poco celosa de ti.

—¿De mí, señor? —Se quedó ligeramente blanca.

—Antes ella era la única chica de la casa. Ahora estás tú.

—¡Pero yo soy la criada, señor!

—No, ya eres algo más. —Se acercó a ella e, inesperadamente, le pasó una mano por la cabeza. Un gesto paternal. La voz también adquirió el mismo tono—. Te has integrado bien, muy bien. Has llenado esto de vida, como un rayo de luz, ¿entiendes? —Y lo remató delicadamente—: Eres preciosa.

Celia tragó saliva.

La mano del señor seguía en su cabeza.

Se quedó allí, no bajó más.

Luego desapareció de su proximidad.

—Pronto nos iremos a la casa de la playa —suspiró él—. Te gustará, ya verás. El mar, el sol… La casa es grande, pero allí no hay plata —sonrió—. A ver si tienes más tiempo libre, para que para ti sean también unas vacaciones. ¿Te gustaría?

—Claro, señor.

—Bien, bien. —Se dio media vuelta.

Celia lo vio alejarse en dirección a la puerta de la cocina.

—Anda, sigue con tu trabajo —dijo antes de retirarse—. A veces creo que esa plata es lo que mantiene a mi mujer más viva en esta

casa.

43

Virtudes contempló la ropa de Joaquín diseminada por encima de la cama. Ropa de verano. Ropa de playa. Tenían más en la casa de Blanes, pero nunca estaba segura de si era suficiente. Los hijos crecían, se estiraban. Lo que les quedaba bien un año les iba pequeño al siguiente. Y sin olvidar las modas. Natividad era experta en eso:

—¡Mamá! ¿No ves que esta blusa es *del año pasado*?

Lo decía así, con énfasis redoblado, remarcando las palabras más cruciales.

Joaquín era menos presumido.

O lo había sido hasta ese momento.

A veces dependía de las amistades, el grupo, alguna chica…

—No te lo vas a llevar todo, ¿verdad? —le preguntó a su hijo.

El chico se encogió de hombros.

—Todavía falta una semana —dijo.

—Pero ya sabes que no me gusta dejar las cosas para última hora —le advirtió ella—. Yo solo te digo que seas comedido, porque luego no cabemos en el coche. Los cinco, las maletas…

—Pero si Blanes está aquí mismo y papá subirá y bajará en coche.

—¿Pretendes que tu padre coja ropa y haga una maleta?

—Si lo dejaras… Pero como siempre quieres organizarlo todo…

—¡Joaquín!

—Te quiero, mamá. —Le guiñó un ojo.

—Te estás volviendo un poco insoportable, ¿lo sabes?

—¿Yo? —Demudó el rostro hasta lo más extremo—. ¡Pues, si yo estoy insoportable, qué dirás de Natividad!

—Tu hermana es una niña que está empezando la adolescencia y sufre cambios hormonales y corporales, no lo olvides.

—¿Así que ahora se llama así al mal genio?

—¡Pero se puede saber qué te pasa!

—¿A mí? Nada. Eres tú la que me acaba de llamar insoportable y ha

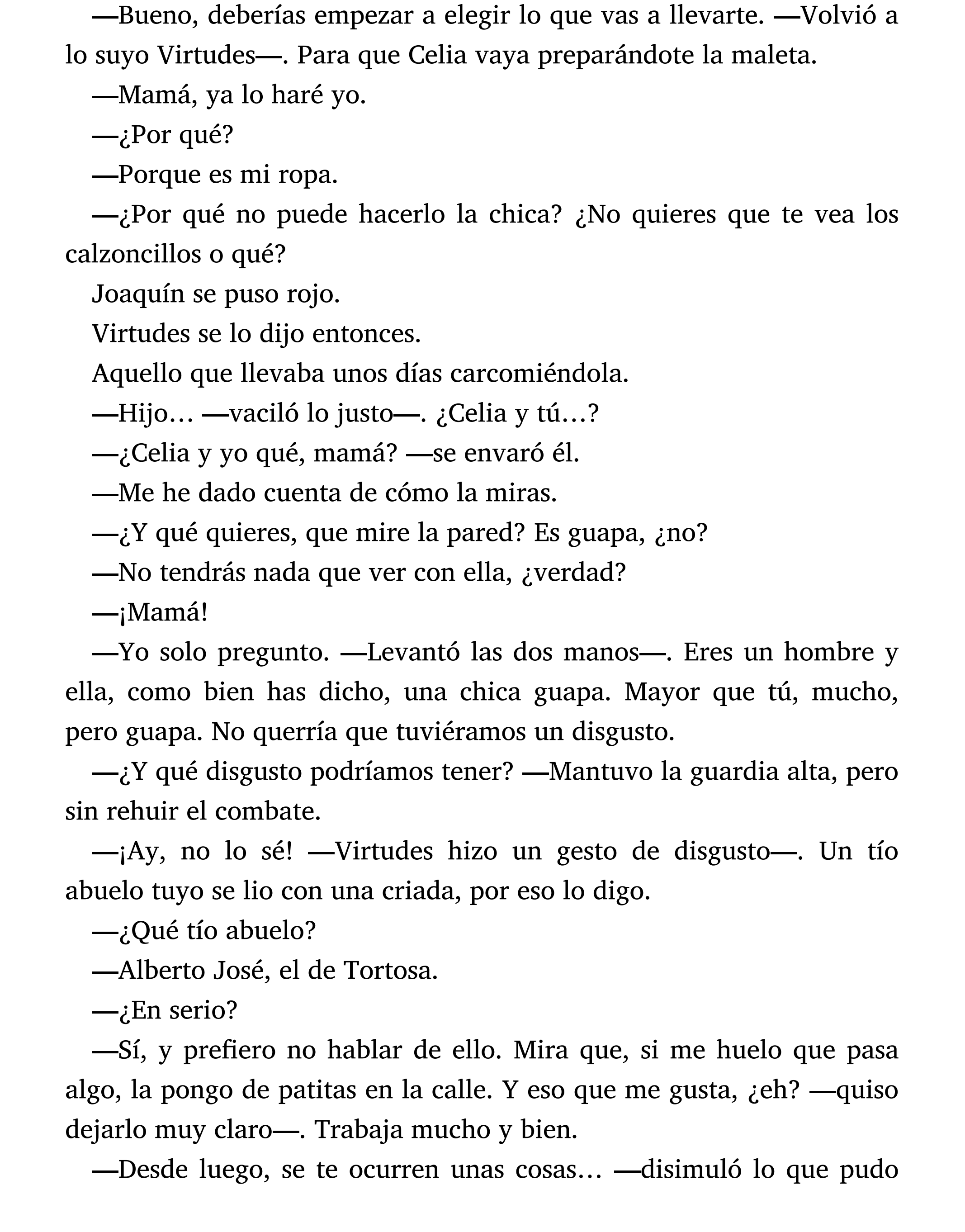
dicho que Natividad tiene hormonas descontroladas.

—¡Yo no he dicho eso, válgame el cielo! —se enfadó.

—Vaaale… —Joaquín trató de ser condescendiente.

Discutir con su madre era como pelearse con una piedra.

Igual lo cogía de una oreja y lo llevaba a confesarse y a oír misa.



—Bueno, deberías empezar a elegir lo que vas a llevarte. —Volvió a lo suyo Virtudes—. Para que Celia vaya preparándote la maleta.

—Mamá, ya lo haré yo.

—¿Por qué?

—Porque es mi ropa.

—¿Por qué no puede hacerlo la chica? ¿No quieres que te vea los calzoncillos o qué?

Joaquín se puso rojo.

Virtudes se lo dijo entonces.

Aquello que llevaba unos días carcomiéndola.

—Hijo… —vaciló lo justo—. ¿Celia y tú…?

—¿Celia y yo qué, mamá? —se envaró él.

—Me he dado cuenta de cómo la miras.

—¿Y qué quieres, que mire la pared? Es guapa, ¿no?

—No tendrás nada que ver con ella, ¿verdad?

—¡Mamá!

—Yo solo pregunto. —Levantó las dos manos—. Eres un hombre y ella, como bien has dicho, una chica guapa. Mayor que tú, mucho, pero guapa. No querría que tuviéramos un disgusto.

—¿Y qué disgusto podríamos tener? —Mantuvo la guardia alta, pero sin rehuir el combate.

—¡Ay, no lo sé! —Virtudes hizo un gesto de disgusto—. Un tío abuelo tuyo se lio con una criada, por eso lo digo.

—¿Qué tío abuelo?

—Alberto José, el de Tortosa.

—¿En serio?

—Sí, y prefiero no hablar de ello. Mira que, si me huelo que pasa algo, la pongo de patitas en la calle. Y eso que me gusta, ¿eh? —quiso dejarlo muy claro—. Trabaja mucho y bien.

—Desde luego, se te ocurren unas cosas… —disimuló lo que pudo

Joaquín.

—Hijo, que yo parezco tonta, pero no lo soy. —Lo atravesó con una mirada triste y dolorida—. Creéis que no me fijo en nada, que me paso el día en misa o rezando, y… no. Tengo ojos. Y, si no los tuviera yo, está Dios, que Él sí lo ve todo. Lo que te pido es que recuerdes quién eres y sepas muy bien cuál es tu puesto y el de ella.

—¿A qué viene esto? —acabó de enfadarse Joaquín—. ¡Ni que fuera a casarme!

—¡Eso ni en broma! —lo previno—. El problema de tu edad es que los errores se quedan, son para siempre. ¿Me has entendido?

Joaquín no dijo nada.

Virtudes sí.

—Dime, ¿lo has entendido? —repitió la pregunta con más firmeza.

44

Sentados en un banco del parque, tenían las manos blancas de tanto que se las apretaban. Era como si no quisieran soltarse, como si temieran que, de hacerlo, o él o ella echase a volar.

Tal vez los dos.

Había en aquel contacto un mucho de amor, pero, todavía más, de desesperación.

—El verano pasará rápido, ya verás —insistió Celia.

—Y, cuando termine, yo me licenciaré, sí.

—Todo será diferente.

—Sí.

Los ánimos servían de poco cuando el futuro inmediato se presentaba tan negro.

Incierto.

Celia deseó estar en alguno de aquellos portales oscuros en los que se besaban.

—¿Vendrás, seguro?

—Ya sabes que sí. Aunque solo sea para pasar un ratito juntos. No son más que unas horas.

—También podría bajar yo a Barcelona.

—Es más complicado y mucho riesgo para ti. Sucede algo, no llegas a tu hora y son capaces de echarte.

—No, eso no.

—Por si acaso.

—También puede pasarte algo a ti, y entonces te castigan, o te meten en un calabozo, o te licencian una semana después.

—Va, tranquila.

Fácil decirlo.

Difícil estarlo.

—Sobre todo, no pierdas el número del cuartel. Si pasa algo, me llamas, aunque siendo conferencia sé que la espera puede ser infernal.

—Se lo pediría a la señora —repuso ella—. Tú tampoco pierdas el número de la casa. Si un jueves no puedes venir, dímelo. No me hagas sufrir, por favor.

—No te preocupes.

—Te esperaré en la estación.

—¿Como una novia?

—¡Tonto! —protestó Celia.

—Es increíble, ¿no crees?

—¿Qué es increíble?

—Que hace tres meses no nos conociéramos.

—Yo siento que te conozco de toda la vida.

—Y yo.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Tú crees que esto es bueno?

—¿Por qué no va a serlo?

—Porque duele —suspiró invadida de ternura—. Nunca había sentido nada igual.

—Mi madre me dijo una vez que el amor es la más curiosa de las sensaciones, porque te impedía morir, pero no te dejaba vivir.

Celia meditó la frase.

—Qué bonita —dijo.

—Y bastante exacta.

Siguieron jugando con sus manos, los dedos entrelazados, el cruce

de las respiraciones, la agitación de sus cuerpos. No era un abismo, pero lo parecía. La separación se extendía entre ambos como si se tratara de un desierto enorme, sin oasis, sin nada salvo aquel atisbo de esperanza envuelto en sus promesas.

—¿Quieres que te escriba? —preguntó Celia.

—Seguro que las cartas llegan después de que nos veamos —objetó él.

—Claro, aunque sería bonito, de noche, a solas…

—Entonces hazlo.

—León…

—¿Qué?

—Nada. Me gusta decir tu nombre. Suena tan poderoso…

—Celia, gracias.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por todo, ya sabes.

Ella sonrió.

—Si alguien nos oyera…

—¿Qué pasa?

—Parecemos tontos.

—Todas las parejas deben de parecerlo, ¿no? —repuso él.

—¿Tanto?

—Cuanto más amor, más tontos. —Le dio un beso rápido en la mejilla—. Eso nos convierte en los reyes.

Celia ya no dijo nada.

Tenía ganas de llorar, pero también de reír.

Tres meses antes, no tenía nada. Ahora lo tenía todo y, justamente por ello, lo que más temía era perderlo.

—¿Tu madre tiene más frases acerca del amor? —le preguntó a León.

45

El coche estaba cargado. El maletero, lleno. La baca, con lo más voluminoso perfectamente sujeto con correas. Era un vehículo grande,

pesado y aparatoso. Una reliquia americana de nombre impronunciable, al menos para Celia. Ni siquiera se molestaba en repetirlo. A la hora de subirse ellos, Virtudes ocupó el lugar del copiloto, con Fernando al volante. Detrás, apretados, iban Joaquín, Natividad y Celia.

—¡Yo quiero ventanilla! —pidió la niña.

—Yo también —se apresuró a decir el chico.

De todas formas, si Natividad iba en la ventanilla, ellos dos estarían juntos, uno al lado del otro, hombro con hombro, pierna con pierna.

Celia quedó encasquetada en medio.

Y lo de «pierna con pierna» se hizo real, por mucho que intentó apartarla o juntar las rodillas.

—Ya sabéis que no me gusta parar, ¿eh? —los advirtió Fernando—. No me vengáis con tonterías.

Arrancó el coche.

No era un conductor rápido y, además, el coche iba excesivamente cargado. La carretera de la costa, pasando por todos los pueblecitos, tampoco era apta para apurar el tiempo. Aunque Blanes estaba al inicio de la Costa Brava, eran más de dos horas de trayecto. A Fernando no le gustaba conducir con música, por lo tanto, todo era silencio.

Natividad tenía la cabeza vuelta hacia la ventanilla. Celia estaba más tiesa que un palo, mirando al frente. Notaba la presión del cuerpo de Joaquín contra el suyo, pero no podía hacer nada.

Lo más extraño fue encontrarse varias veces con los ojos del cabeza de familia, observándola por el espejito retrovisor del interior del vehículo.

Unos ojos extrañamente intensos, incluso fascinados.

46

Querida abuela:

Espero que al recibo de la presente sigas estando bien de salud. Yo, a Dios gracias, también estoy muy bien. No te he escrito antes porque, si trabajo tengo

en la casa de Barcelona, imagínate en esta de la playa. No es muy grande, pero tiene dos plantas. Hubo que ponerla en condiciones y limpiarla de arriba abajo nada más llegar, porque la señora Virtudes es de las que, si no lo tiene todo limpio y perfecto, dice que no puede vivir. Total, que tuve que fregar los suelos y hacer todas las camas en apenas una tarde. ¿Alguien me ayudó? Para nada. Acabé deslomada. Por lo menos no hay tantas cosas de valor como en la casa de Barcelona. Bueno, ni siquiera de poco valor. Es lo que es, una casa de playa, acondicionada para pasar los veranos. Pero es preciosa, a mí me ha gustado mucho. Yo no sé por qué no vienen más, en Navidades, por ejemplo. Nunca entenderé a los ricos, que tienen tanto y no lo disfrutan. Está hecha de piedra, con un bosque por la parte de atrás y con el mar a lo lejos. Oh, abuela, ver el mar es… Me quedé un rato mirándolo desde la terraza y te aseguro que no he visto nada tan bonito. El día era soleado y el agua estaba quieta. Para ir a la playa hay que coger el coche, o caminar unos quince minutos. Ojalá pueda ir a bañarme una tarde, aunque me dará miedo meterme, seguro. Blanes es un pueblo encantador, al menos lo poco que vi al llegar y estos primeros días, yendo a la compra. Ya hace mucho calor, y yo, con el uniforme, aunque sea de verano, a veces lo paso mal. Por lo menos veo poco a Natividad y a Joaquín, porque aquí tienen sus pandillas de amigos, y el señor Fernando va y viene de Barcelona cada dos o tres días, aunque él prefiere quedarse allá por el trabajo. Aquí, la señora no tiene un confesor y guía espiritual, como en la ciudad, pero no deja de ir a misa diaria a una parroquia cercana. Por lo visto este año el viejo cura de toda la vida ya no está y en su lugar hay un joven sacerdote que a la señora no le gusta nada. Dice que es «demasiado moderno». ¿Te imaginas a un cura «moderno», abuela? Lo que pasa es que es simpático y está menos metido en lo que es la Iglesia clásica, esa que solo sabe hablar de culpas, pecados y perdones. El primer día, que me tocó acompañar a la señora a misa, dijo desde el púlpito que aquí no hemos venido a sufrir, sino a merecer la gloria de Dios mediante una vida en la que nos realicemos plenamente, en paz y alegría. A mí me encantó oír eso, pero a la señora Virtudes… Bueno, tampoco quiero pasarme el rato hablando de ellos. No vale la pena. Debo decirte que estoy aprendiendo mucho, que me noto cambiada, que ya no soy la chica que salió del pueblo en febrero. Aquí no creo que pueda hacer amigas, como la Urbi en Barcelona, de la que te he hablado un par de veces. Es más difícil porque al ser un pueblo estás a la vista de todo el mundo. Lo que más voy a echar de menos es el cine, pero a cambio espero compensarlo con la playa, a la que estoy deseando ir. Si te escribo poco, o menos, o nada, no me lo tengas en cuenta. Ah, me olvidaba de lo más importante: yo tengo una habitación más grande que la de Barcelona, y es bastante fresquita, mira tú, porque está en la parte de atrás, la que da al bosque, y hay árboles que le tapan el sol. De hecho, aunque está unida a la casa, es como si fuera una dependencia aparte. Me gusta despertarme por la mañana arrullada por el canto de los pájaros, que de eso no hay en

Barcelona. Esto es maravilloso, pero se me antoja que ellos no saben valorarlo ni aprovecharlo. Supongo que si lo han tenido toda la vida lo ven como algo natural. Para mí, en cambio, es un regalo, aunque no sea más que la criada.

Te quiero, abuela. Y eres lo único que echo de menos. Tu nieta que no te olvida.

CELIA

Intermedio 7

1992

La segunda dirección de las cartas de Celia estaba en el barrio de Sants, una calle pequeña y oscura de casas viejas a las que el progreso todavía no había alcanzado. Y eso que la Barcelona olímpica era la Barcelona del futuro, del siglo XXI, una nueva ciudad limpia y remodelada, con rondas que la circundaban, abierta al mar después del derribo de los tinglados portuarios que impedían su visión. La ciudad de los prodigios se había convertido en la ciudad de la alegría. Una renacida vigorosidad lo impregnaba todo. De pronto, todos eran y se sentían olímpicos.

Celia y su hijo David habían vivido en la primera puerta de la segunda planta. La última carta dirigida a la abuela Benigna era de muchos años atrás como para pensar que pudiera seguir allí. Todo era posible, la gente no cambiaba de casa cada dos por tres, pero algo le decía que no, que en la vida de aquella mujer el cambio y la provisionalidad habían sido las constantes. Y no se equivocaba. No había portería, pero sí buzones. En el segundo primera vivía alguien llamado Antonio Torrijos. Nada más. Cuando llamó a la puerta se encontró con el silencio.

Llamó a la de enfrente.

Tuvo que insistir dos veces antes de que le abriera un hombre joven, de veintitantos años, cabello largo y revuelto, ojos despiertos. Eduardo supo de antemano cómo iba a seguir la cosa, porque, o él era niño cuando Celia había vivido allí, o el piso había sido alquilado escasos años atrás.

—Hola, soy detective privado —se presentó—. Estoy buscando a una mujer que vivió ahí enfrente hace un tiempo. —Señaló la puerta frontal.

El hombre no se mostró ni impresionado ni sorprendido, como si lo

de que el visitante fuera detective le sonara a normal. Eso sí, puso cara de circunstancias.

—Ahí vive un señor que se llama Antonio, y lleva poco tiempo, menos de tres años, desde que se divorció. Yo alquilé el piso hace cuatro y antes había estado vacío un tiempo. No sé quién vivió en él previamente a eso. ¿De cuánto tiempo habla?

—Quince años más o menos.

—¡Uf! —Fue como si acabase de decirle un siglo—. Apenas si conozco a los vecinos ahora, así que imagínese saber quiénes habían vivido en la casa tantos años atrás.

—¿Quiénes son los vecinos más antiguos?

Plegó los labios y reflexionó.

—Pues… quizá los del tercero primera, que son mayores y he oído decir que llevan aquí toda la vida. Por lo menos son los que más dan la vara con la casa. Que si los malos olores, que si los ruidos, que si ese vecino tal y ese vecino cual… Tenga cuidado con él porque es un mal bicho, siempre enfurruñado y con cara avinagrada. Ella es más amable.

—Gracias por la información —se despidió.

—No hay de qué.

Subió a la tercera planta, tomó aire y llamó al timbre, preparado por si le abría el hombre avinagrado.

Tuvo suerte.

Le abrió una mujer con aspecto de estar en plena limpieza hogareña, y de esas que se hacen a fondo de tanto en tanto. Iba arremangada, con un delantal y el cabello caído en desorden por ambos lados de la cara y la frente. Estaba acalorada, como si acabase de hacer un esfuerzo evidente. No era muy alta, así que miró hacia arriba para verlo bien. Lo primero que hizo Eduardo fue sonreírle con afabilidad.

—Buenas tardes, señora —dijo.

—No voy a comprarle nada.

Iba a cerrar la puerta casi con violencia y no tuvo más remedio que impedírselo interponiendo el pie en el quicio.

—Perdone que la moleste, solo quería hablar con usted acerca de

una vecina —expuso lo más rápido que pudo.

La mujer se envaró.

Pero le pudo la curiosidad.

—¿Vecina? ¿Qué vecina?

—Celia García, la que vivía abajo, en el segundo. Imagino que la conoció si llegó a coincidir con ella cuando residió aquí con su hijo David.

—¿Sabe cuántos años han pasado de eso? —Frunció el ceño.

—Muchos, lo sé. Pero la estoy buscando.

—¿Para qué?

—Soy detective privado.

—¿Policía?

—No del todo, pero desde luego represento a la ley.

No quedó muy convencida, pero sí lo justo. Ya no parecía enfadada ni dispuesta a cerrarle la puerta de nuevo.

—¿Qué quiere saber?

—Lo que pueda decirme de ella, sobre todo si sabe dónde puedo encontrarla ahora.

—¿Yo? ¿Cómo quiere que lo sepa?

—Bueno, podían ser amigas y haberle dejado unas señas.

—La conocía de la escalera, pero no diría que fuésemos amigas. Se trataba de una buena mujer, afable, simpática, demasiado joven para haberse quedado viuda con un hijo… Luces, lo que se dice luces, no tenía muchas. Pero era trabajadora, buena vecina, siempre dispuesta a hacer un favor. El niño, en cambio, era encantador, muy educado y respetuoso.

—¿Le dijo que era viuda?

—Claro.

—¿Alguna vez le habló de su difunto marido?

—No, eso no. No había tanta confianza.

—¿Llegó a estar en su piso y ver alguna foto de él?

—Pues… entré un par de veces, sí, una por un escape que tuve en la cocina y que la afectó a ella, y otra porque tenía que salir para comprar medicinas a la farmacia y no quería dejar solo al niño, que estaba enfermo. Me pidió si podía vigilarlo un rato.

—¿No vio fotos en algún mueble, una mesita?

—¡Ni que me hubiera dedicado a curiosear! —Se tensó un poco.

—No, ya, perdone. Es que… —Puso cara de circunstancias—. Es como si se los hubiera tragado la tierra, ¿sabe? A ella y a su hijo. Y alguien los está buscando. Una mujer. La última dirección que tengo es esta.

—Pues no sé qué decirle.

—¿Sabe si hizo amistad con algún otro vecino?

—En la escalera diría que no, porque, aunque hablamos poco y cada cual está en su casa, siempre hay comentarios aquí y allá; pero la vi salir alguna vez con el hijo del dueño de la tienda de ultramarinos de la esquina, que tenía más o menos su edad. No fue nada del otro mundo, vaya, que ni siquiera sé si llegaron a ser novios, pero hubo un momento que estaba claro que se gustaban. Iban al cine, paseaban, y sé que él subió muchas veces al piso de ella. David ya no era un crío, naturalmente.

—¿La tienda sigue en la esquina?

—Sí, sí.

—¿Sabe cómo se llamaba el joven?

—Simón. —Y le expuso todavía más la situación—: El padre tuvo un amago de infarto hace unos meses y ahora la tienda la llevan solos él y su mujer, Ana. Buena gente, muy del barrio.

—Ha sido muy amable —le agradeció la información—. Y siento haberla molestado.

—Para nada. No ha sido una molestia. Ojalá la encuentre. Imagino que será para algo bueno.

Eduardo no supo qué decirle.

Pensó en la elegante señora Canals.

Atractiva, regia, enlutada…

—Buenas tardes, señora.

Bajó la escalera despacio, dándole vueltas en la cabeza a lo que acababa de decirle la mujer. Si Celia había llegado a tener novio, y, por un momento, pensó en casarse, su viudedad habría saltado por los aires.

De vuelta a la realidad de haber sido madre soltera.

Y, si realmente se había casado, ¿por qué no se lo dijo a su abuela?

No, era imposible.

Por la fecha de nacimiento de David, mayo de 1960, Celia lo había engendrado en agosto de 1959. Antes de eso, la única referencia a un hombre era aquella simple línea de una de sus cartas: «He conocido a una persona. Parece buen chico. Ya veremos».

Una persona. Buen chico.

Un hombre.

Llegó a la tienda de ultramarinos y esperó a que la dependienta, una mujer de unos cuarenta y pocos años, acabase de atender a una parroquiana. Cuando la clienta se marchó, Eduardo comprendió que la dependienta era la mujer de Simón.

—Gracias, Ana. ¡Hasta mañana!

—¡Vaya con Dios, señora Candelaria!

La Barcelona olímpica todavía parecía un pueblo en los rincones más populares de sus entrañas.

Eduardo intentó ser lo más cauto posible.

Si Celia había sido novia del marido de aquella mujer…

—Hola —sonó animoso—. ¿Está Simón?

—No, ha salido a por unos mandados.

—¿Regresará muy tarde?

—No creo. Puede que una hora, quizá menos. Soy su mujer, si puedo ayudarle en algo…

—Es un tema privado. —Se dio cuenta de que eso, para una esposa, sonaba fatal. Intentó arreglarlo—: Soy detective y me han encargado investigar a unas personas que, probablemente, conoció su marido cuando era joven. Nada, pura rutina.

—Pues no sé. —Hizo un gesto vago—. Si quiere volver luego…

—Una hora, de acuerdo.

—¿Quién le digo que es usted? —Lo detuvo antes de que se diera media vuelta.

Eduardo sacó una tarjeta del bolsillo.

Se la entregó a ella.

Luego ya pudo salir sin mediar más palabras.

Capítulo 8

Julio de 1959

47

Fernando, todavía de pie, no podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Pero qué estás diciendo? —Se apoyó en la mesa como si fuera a derrumbarse.

—Que se acabó.

Había sonado peor que la primera vez. Más seco, más duro, más terminante.

Sin olvidar los ojos de ella, dos piedras.

—Vamos, Consuelo, ¿qué pasa?

—¿Tiene que pasar algo?

—¡Pues claro que tiene que pasar algo! ¿Se acabó? ¿Así, sin más?

—Sabes que viene de lejos.

—¡No, no lo sé! ¡Qué voy a saber! Has estado enfurruñada estos últimos días, incluso semanas, ¿pero esto…? ¿A qué diablos viene esta tontería?

—¿Tontería? —Ella seguía cruzada de brazos, a unos tres metros de él, con la mesa de por medio a modo de barrera infranqueable. Por si acaso, pese al calor, llevaba una bata de estar por casa, de arriba abajo, para no mostrar nada de su cuerpo.

Para que no se excitara como solía hacer siempre nada más llegar a su casa.

Fernando ni se había quitado la americana.

—¡Pues claro que es una tontería, un arrebato!

—¿Crees que lo he decidido de la noche a la mañana?

—Consuelo…

Ella dio un paso atrás y bordeó la mesa por el lado contrario al de

él. Extendió una mano rápida.

—No te acerques.

—Déjame abrazarte y verás cómo…

—Fernando, si me tocas grito.

Empezó a darse cuenta de que hablaba en serio, muy en serio. No era una prueba. No se trataba de un gesto para arrancarle algo, quizá una promesa. Fernando sintió frío. Se le doblaron las rodillas y una bola agria le apareció de pronto en el estómago, subiéndole por la garganta.

—No puedes acabarlo así —exhaló de manera desfallecida.

—Puedo y lo hago. Es mi decisión. Ya no lo resisto más. Es hora de que piense en mí misma.

—¿No lo hacías ya?

—No, sabes que no. En estos años has estado tú y solo tú.

—¿Y qué harás?

—¿Lo preguntas en serio? —El tono era de agria burla—. Vivir, Fernando, vivir.

Él apretó las mandíbulas.

Las siguientes palabras no le salieron ya del corazón o el dolor, sino del odio.

—Hay otro, ¿verdad?

—No.

—No me mientas —le pidió—. A mí no. Si me dejas es porque hay otro.

—¿Ese es el concepto que tienes de mí?

—Explicaría por qué llevas días rara. Entiendo que solo puede ser eso.

Consuelo lo meditó.

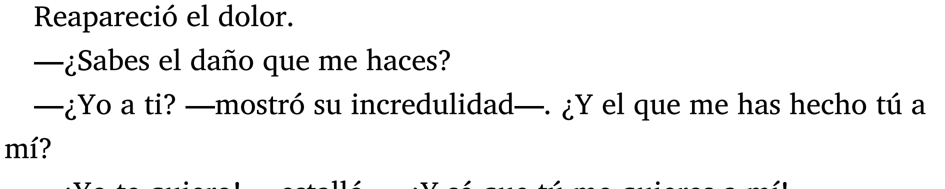
La conversación no iba por el derrotero que había imaginado, pero era tarde para echarse atrás. Ya solo quedaba la verdad.

—No quería decírtelo para no hacerte daño —se rindió—. Pero sí, hay otro.

—Más bien sería para que no me enfadara —mantuvo la tensión.

—También —reconoció ella.

Fernando contrajo el rostro.



Reapareció el dolor.

—¿Sabes el daño que me haces?

—¿Yo a ti? —mostró su incredulidad—. ¿Y el que me has hecho tú a mí?

—¡Yo te quiero! —estalló—. ¡Y sé que tú me quieres a mí!

—Ya no es suficiente —suspiró Consuelo con pesar.

El silencio fue breve, pero estuvo cargado de presagios. Apenas dos, tres segundos de pausa. Los puños de Fernando se cerraron sin dejar de apoyarse con ellos en la mesa.

Al otro lado, Consuelo parecía más y más lejana.

—¿Lo haces para provocarme?

—No.

—¿Para que deje a mi mujer?

—Nunca la dejarás. Te importan más los condicionantes sociales, tu esfera de poder, el «qué dirán»…

—¡Estábamos bien! —perdió por primera vez los estribos.

—Lo estabas tú, y yo, en parte, al comienzo, también. Hasta que he abierto los ojos.

Fernando hizo lo que ella no habría querido que hiciese: sentarse. Utilizó una silla, la más cercana, y se inclinó sobre la mesa. Ella permaneció de pie, alerta, tranquila pero en guardia.

—¿Quién es él?

—No te importa.

—¡Sí me importa! —Golpeó la mesa con el puño—. ¡Igual te has encaprichado de un idiota!

—Te aseguro que no lo es —dijo—. Me quiere, no es un capricho, y, además, es una persona real, de carne y hueso, las veinticuatro horas del día y todos los días de la semana.

—¿Y tú lo quieres a él, así, de pronto?

—Esas cosas llevan tiempo, y lo sabes. No he dado el paso hasta estar segura. Tampoco quería engañarte.

—¿No, no me has engañado?

—No.

—¿Te has acostado con él?

—No es asunto tuyo.

—¿Te has acostado con él y conmigo al mismo tiempo y no es asunto mío?

—¿Te molestaría eso, te daría asco? ¿Y cómo sé yo que, a pesar de todo, no te has acostado con tu mujer en estos años, aunque sea un solo día para cumplir?

—¡No seas estúpida, por Dios! ¿Con Virtudes? —recuperó el quid de la cuestión—. Responde. ¿Te acostabas con él y conmigo estas últimas semanas?

—Cuando me acosté con él fue para estar segura.

Fernando no pudo evitarlo. La vio desnuda, en la cama, abierta de piernas y gimiendo con un extraño encima. Un extraño que la poseía y la hacía feliz.

Feliz.

—Dios, Consuelo… —Se quedó sin fuerzas—. Me haces esto justo ahora.

—¿Qué tiene de malo ahora o dentro de un mes?

—¡Que estamos empezando el verano, cuando más podíamos vernos!

—Y, al llegar otoño, de vuelta a «la normalidad» —lo entrecomilló verbalmente—. Sexo aquí, rápido, sin salir de casa —se cansó de dar explicaciones, tan agotada como él—. Mira, Fernando, creo que es justamente ahora cuando mejor podía suceder. Tienes un verano por delante para ser libre y encontrar a otra, porque mujeres no te faltarán, seguro.

—¡¿Quieres callarte?!

Consuelo se estremeció por el grito.

Cerró los ojos, respiró profundamente.

—Todo lo que digamos ya sobra —exhaló con un hilo de voz—. Prolongar esto sería aún peor, nos haríamos daño. Por favor… Por favor, dejémoslo así y vete. Por favor…

Lo esperaba todo menos aquello.

—Hagámoslo por última vez.

Su amante volvió a abrir los ojos. Lo miró de manera incrédula.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —afirmó él.

No supo si reír o llorar, si acusar lo patético de la situación o enfadarse porque, hasta el último momento, lo único que quería Fernando era poseerla.

Sin máscaras.

Todo menos amor.

Consuelo resistió el peso de la amargura, el despertar de la ceguera en la que había vivido los últimos años. Se tomó su tiempo mientras él aguardaba la decisión. Luego se encaminó a la puerta del piso, sin esperarlo, y la abrió en silencio.

La dejó así, abierta, con ella al lado mirando el suelo.

Fernando tardó una eternidad en cruzarla.

48

Llegó de la compra a la carrera, cargando las dos bolsas y empapada en sudor, porque la pendiente final era muy acusada, y se encontró con la señora Virtudes en la puerta, esperándola.

—¿Cómo has tardado tanto? —la increpó.

—Señora… —Intentó recuperarse, jadeando para llevar el cálido aire de la ola de calor a sus pulmones. Un aire tan ardiente que lejos de recuperarla se los quemó—. No vea usted cómo estaban las tiendas. ¿No sabe que han llegado todos los turistas? ¡Si hasta había cola en la panadería, y no digamos la pescadería o la carnicería!

—¡Pues mañana madrugas y vas antes!

Celia se estremeció.

¿Madrugar?

¿Más?

Se levantaba con el sol, limpiaba lo más urgente, preparaba los desayunos, organizaba el día… Las tiendas tampoco es que abrieran temprano. Aquello era otro mundo.

—¿Está enfadada, señora? —le preguntó mientras dejaba las dos bolsas encima de la mesa de la cocina.

—¿Yo? —Virtudes se hizo la digna—. ¿Cuándo me has visto tú a mí enfadada?

—A veces… —se atrevió a insinuar.

—Soy severa, eso sí, lo reconozco. —Levantó la barbilla—. Pero Dios me dio la suficiente templanza como para ver el mundo con los ojos de la piedad, nunca del rencor o la animadversión. Si te regaño, es por tu bien, como lo haría una madre. Entiendo que eres joven y los jóvenes, a la que os descuidáis, tenéis la cabeza a pájaros.

—Yo no, señora.

—Me alegro, me alegro. Espero que no te pongas a charlar también aquí como haces en Barcelona.

Celia prefirió callar.

Si discutía con ella, llevaba las de perder.

Siempre.

«Los señores nunca se equivocan —le había dicho la abuela—. Hagan lo que hagan, tienen razón. La suya, sí, pero es la única que conocen. Tú mejor baja la cabeza, di que sí, y verás como todo irá bien. A las señoras, hazles caso. Con los señores, calla y ni se te ocurra hablar».

Ella hacía caso de la señora Virtudes y callaba con el señor Fernando.

—Venga, que no se te eche el día encima.

De manera excepcional, la señora Virtudes la ayudó a vaciar las bolsas y a guardar las cosas en su lugar, la nevera o las repisas de la alacena. Los gestos eran mecánicos, rápidos. Estaban solas en la casa.

Celia seguía sin haber podido acercarse a la playa.

Con León, por la tarde…

—He oído decir en la panadería que en la casa del final de la calle ha nacido ya el bebé que esperaban —comentó por decir algo—. Ha sido una niña, la primera nieta de la dueña.

—¿Una niña?

—Sí. Van a llamarla Rosa.

—¿Rosa? —La señora Virtudes puso mala cara—. ¡Qué manía con ponerles nombres raros, por Dios! ¡Ahora le da a todo el mundo por las flores: Rosa, Margarita, Hortensia…! ¿Qué tienen de malo los nombres de toda la vida, los de inspiración cristiana? Mi abuela se llamaba Milagros, mi madre Sagrario, yo Virtudes, a mis hijas les puse

Asunción y Natividad, y están Rosario, Angustias, Soledad, Consuelo, María, Adoración, Dolores, Remedios, Concepción… —Hizo memoria buscando alguno más sin encontrarlo—. ¡Eso son nombres bonitos! ¿A ti quién te puso Celia?

—No lo sé. Mis padres, supongo.

—No me extraña que acabaran como acabaron —rezongó.

Celia, en ese momento, tuvo ganas de estrangularla.

Fue solo un pronto.

Se contuvo, como siempre.

«Los señores nunca se equivocan. Hagan lo que hagan, tienen razón. La suya, sí, pero es la única que conocen. Tú mejor baja la cabeza, di que sí, y verás como todo irá bien. A las señoras, hazles caso. Con los señores, calla y ni se te ocurra hablar».

Sus padres habían muerto por algo.

Por sus ideas.

Buenas o malas, equivocadas o no.

A veces estaba segura de que la razón había estado de parte de ellos.

La guerra la habían ganado los que no debían.

Por eso había señoras como Virtudes y criadas como Celia.

Y mujeres con nombres tan llenos de dolor como Angustias, Dolores o Soledad.

—Joaquín me ha pedido que le arregles la habitación porque la tiene…

Celia se estremeció.

No quería entrar en la habitación de Joaquín. No quería tocar nada. No quería respirar aquel aire de chico joven con los zapatos apestando o el sudor corporal llenándolo todo. De hecho, lo rehuía. Cuando él estaba en casa, se movía con ojos en la nuca. Si se lo encontraba en un pasillo, la rozaba. Si no la rozaba, la miraba. Hiciera el calor que hiciese, iba siempre muy vestida y tapada.

Las miradas desnudaban.

Incluso había estado a punto de comprarse un pestillo para la puerta de su habitación, aunque eso hubiera levantado un mar de preguntas.

—León… —susurró al quedarse sola—. ¡Qué ganas tengo de verte!

Llegaba diez minutos tarde para la hora de comer, y, aunque no estaba su padre, le temía igual o más que a su madre. Parecían no entender del todo los términos «vacaciones-playaamigos». Los horarios rigurosos podían establecerse en invierno, ¿pero en verano? Cuando una estaba en la playa no llevaba el reloj en la muñeca, ni estaba pendiente de él. Además, la playa estaba lejos, y si de casa a la playa era bajada, de la playa a casa la subida se hacía notar, más con el calor. No iba a echar a correr para que le diera un síncope.

De todas formas, nada más abrir la puerta, se la encontró.

Esperándola.

¡Cómo dudarlo!

—Mamá, antes de que digas nada…

—No —la detuvo Virtudes—. Antes de que digas nada tú, porque cada día es una excusa distinta y, si estamos así ya de buenas a primeras, a saber cómo acabaremos el verano, ¿entiendes, Natividad?

—¡Si es que no me doy cuenta de la hora! ¡Y los demás comen más tarde, no a las dos, que parecemos ingleses!

Virtudes no dijo nada. Solo un lacónico:

—Ven.

A Natividad no le gustó el tono.

Imperioso. De ordeno-y-mando. Bronca segura.

—¡No volverá a pasar, en serio, me pondré el reloj hasta para bañarme!

Su madre parecía no escucharla. La precedió hasta la sala. Una vez en ella se volvió y le señaló una silla.

—Siéntate.

—¡Mamá! —intentó protestar en vano.

Se sentó.

Virtudes, de pie delante de ella, se cruzó de brazos. La mirada no hacía presagiar nada bueno. La actitud, menos.

—¿Y ahora qué pasa? —vaciló Natividad.

—Te han visto con dos chicos mayores.

La chica abrió unos ojos como platos.

—¿Qué?

—Te han visto con dos chicos mayores, lejos del grupo, en un extremo de la playa, y en bañador.

—¿Y qué? —gritó—. ¡Pues claro que iba en bañador! ¿Qué quieres, que lleve abrigo? ¡No hacíamos nada, solo paseábamos! ¿No te han dicho también eso?

—¡Me da igual, Natividad! —levantó la voz Virtudes—. ¡Tienes doce años y ellos quince o dieciséis!

—¡Voy a cumplir trece, y eso que dices es mentira! ¡Ismael tiene catorce y Juanma quince! ¡Y te lo repito, paseábamos por la playa, para estirar las piernas! ¡Ni que estuviéramos de noche en una callejuela!

—¡Se empieza de una forma y se acaba de otra!

—¿Pero tú te estás oyendo? —Natividad se encendía más y más a medida que la escena se encrespaba—. ¿Es que no puedo estar con mis amigos en vacaciones?

—¡De tu edad, sí, y mejor chicas! —La apuntó con un dedo—. ¡A los catorce, quince, dieciséis…, los que sean, los chicos solo piensan en una cosa!

—¿Como Joaquín?

—¡No metas a tu hermano en esto!

—¡Pues ya me dirás! —gritaba tanto como su madre—. ¡Yo soy una puta por pasear con chicos mayores y en cambio él…!

La bofetada fue inesperada.

Rápida y seca.

Los ojos de Virtudes llenos de fuego.

—Vuelve a decir una palabrota en esta casa y vas interna a un colegio de señoritas —la amenazó.

Hablaba en serio.

No era la primera vez que se lo decían.

Natividad se comió la rabia, se tragó la furia.

Ya no hubo respuesta.

—Eres mi hija. —Su madre buscó un atisbo de serenidad—. Solo te pido un respeto para tu apellido y el de esta familia, decoro en tus actos y que no des que hablar. Nada más. Puedes divertirte lo que

quieras, pero dentro de un orden y obedeciendo unas reglas, como llegar puntual a la hora de la comida.

—¿Y Joaquín? No parece estar aquí.

—Hoy me ha pedido permiso para comer con los amigos.

—¿Así que él…?

—Natividad, esta tarde no sales, ¿de acuerdo?

—¡Mamá!

—Ya puedes lavarte las manos y sentarte a la mesa, que hoy es jueves y Celia tiene la tarde libre. —Le lanzó una disuasoria mirada final y agregó—: Y sin discusiones ni portazos, o te juro que no sales de casa en tres días.

50

Cuando el tren de cercanías se detuvo con un último resoplido en la estación, igual que si fuera una ballena herida varada en una playa, Celia se levantó y empezó a caminar por el andén.

Por las puertas de cada vagón, comenzaron a bajar personas. La mitad, libre de cargas, con las manos vacías, apresuradamente. La otra mitad con bultos, maletas o carteras de mano. No había gente esperando a los viajeros. Los que aguardaban en la estación lo hacían para subirse al tren. Celia parecía ser la única ansiosa.

Miró arriba y abajo.

Llegaron las dudas.

¿Y si lo habían castigado a última hora? ¿Y si había perdido el tren? ¿Y si no tenía el pertinente permiso? ¿Y si…?

León fue de los últimos en bajar, y del vagón más alejado.

El andén se convirtió en una escena de película.

Sin música.

Solo un joven vestido de uniforme y una muchacha con un sencillo y veraniego conjunto corriendo el uno hacia el otro.

Finalmente, el abrazo.

El beso rápido.

Se quedaron así casi un minuto, estrechamente unidos, sintiéndose

mutuamente, como si quisieran fundirse para dar forma a un único ser. Podían escuchar sus latidos, la sangre fluyendo a borbotones por las venas y arterias. El vértigo hacía que el mundo diera vueltas a su alrededor.

El andén se vació.

El tren reemprendió su camino.

—León…

—Celia…

A veces una simple palabra podía ser una sinfonía. Música para los oídos.

No tuvieron más remedio que separarse y echar a andar.

Salieron de la estación.

El mar al otro lado.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Mucho trabajo?

—Demasiado, pero ya no importa. ¿Y tú?

—Me aburro —le confesó él—. No doy golpe, no hago nada, pero he de estar en mi puesto, solo eso. Creo que hoy he contado cada minuto, y se me han hecho eternos. Siento que estoy perdiendo el tiempo mientras tú estás aquí, sola, deslomándote…

—Acabará pronto —quiso animarlo.

—Cuando estaba en el pueblo, el servicio militar me parecía lo mejor, la gran oportunidad. Y no solo para salir de él, sino para ver cosas, otras ciudades, el mundo. Ahora en cambio lo odio, quiero acabar cuanto antes.

—No lo odies —bajó la voz casi como si le dijera algo tierno—. Si no hubieras hecho la mili en Barcelona, no nos habríamos conocido.

—Y si no hubieses ido al cine, si no hubiera llovido aquel día… —Le apretó la mano—. Yo creo que estábamos predestinados.

—Eso es bonito.

—Como tú.

Volvieron a detenerse para darse un abrazo. El beso lo mató la presencia de un cura de prominente barriga que los estaba mirando desde el otro lado de la calle, como si estuviera dispuesto a dar la voz

de alarma en el caso de que llegaran a desafiar las normas.

—¿Qué quieres hacer? —se decidió León.

—¿Paseamos?

—No, ¿vamos a bañarnos?

—¿En serio?

—¡Pues claro!

—¿Has traído bañador? —Miró sus manos desnudas.

—En lugar de calzoncillos, sí.

—¡Te vas a ir mojado!

—¡Que ya estarán secos!

A Celia se le nubló el semblante.

—Yo no tengo.

—¿Y qué? —La tomó del brazo y se le plantó delante, con la cara iluminada—. ¡Vamos a comprar uno, venga!

—¡León, que no llevo..!

—¡He cobrado la paga, no seas tonta! ¡Aunque sea barato y feo, da igual!

Era la primera vez que iban a verse casi sin ropa.

Casi.

Celia sintió un arrebato de calor.

Pero ya no pudo protestar, porque León tiró de ella y corrieron en busca de la primera tienda en la que ella pudiera comprarse el primer traje de baño de su vida.

51

Fernando miró el reloj por enésima vez. Desde la última, solo habían transcurrido tres minutos, así que las manecillas daban la impresión de no haberse movido. En cinco minutos más haría dos horas que estaba allí.

Sentado en su coche, a treinta metros del portal de la casa de Consuelo, como un amante despechado, o frustrado, o celoso. Un fantasma que poco tenía que ver con él, aunque fuese él.

¿Y si, en el fondo, siempre hubiese sido ese fantasma?

El que tenía una amante secreta, escondida, protegida, mientras él estaba seguro, confiado, como si el tiempo fuera inamovible y nada pudiera cambiar.

Iluso.

Después de tantas señales dadas por Consuelo en aquellas últimas semanas…

Consuelo no tenía nada.

Ni a nadie más.

Y, de pronto, resultaba que sí, que tenía algo y había alguien.

¿Por qué no lo había sabido ver?

¿Por qué, si estaba enamorado de ella?

Enamorado.

La costumbre producía ceguera. La rutina, una falsa sensación de paz y estabilidad. Algo que parecía inamovible se convertía en una suerte de páramo lleno de arenas movedizas.

La dependencia saltando por los aires.

Consuelo no estaba en casa. La había telefoneado para estar seguro. Ahora todo dependía de tres probabilidades: que regresara sola, que lo hiciera acompañada o que no volviera porque se quedaba en la casa de él.

Él.

¿Quién?

Era un hombre pacífico, con algo de mal genio en los negocios o frente a la ineptitud de los demás, pero, desde que ella lo había echado, deseaba matar.

Hacer daño.

Y no dejaba de imaginársela desnuda, retozando en una cama, haciéndole… y dejándose hacer… Le gustaba el sexo. Siempre le había gustado. No había tabúes. No había límites. Con ella había cruzado todos los límites.

Y ahora era otro el que…

Se aferró al volante y lo apretó con las manos.

Quizá no hubiera nadie y Consuelo le había mentido.

No, ella no era de esas.

Ya no era una niña, ni estaba para juegos.

Dos horas.

Dos horas y diez minutos.

Dos horas y diecisiete minutos…

El coche apareció por la esquina opuesta. Un coche de lujo, mejor incluso que el suyo, que era cada vez más una reliquia. No tuvo ni que esperar a que se detuviera, porque reconoció a Consuelo al otro lado del parabrisas de su lado. Lo vio detenerse frente al portal. El conductor paró el motor. No parecía que fuese a aparcar, porque había sitio de sobra a ambos lados de la calle y el vehículo estaba prácticamente en doble fila. Entonces, sin esperar ni un segundo, los dos ocupantes se besaron, aprovechando la intimidad del vehículo. Besarse, o comerse a besos, porque se fundieron en un solo cuerpo. La mano de Consuelo en la nuca de él. El brazo de él rodeándola por encima de los hombros.

Un beso eterno.

A Fernando se le encogió el estómago.

Pensó en salir, llegar hasta ellos, insultar a Consuelo y golpearlo a él.

Siguió quieto, convertido en una estatua de sal.

O de mármol.

Cuando el beso terminó, bajaron los dos. El hombre para abrirle la puerta del coche y acompañarla hasta el portal. Nada más.

Fernando lo estudió.

Más joven, más alto, más atractivo.

No, no era un don nadie, ni parecía un advenedizo. Consuelo no era tonta. Consuelo sabía elegir. Y había elegido bien.

A Fernando el peso de la realidad se le hizo insoportable.

La despedida en la calle fue rápida. Consuelo se metió en el portal y su acompañante regresó al vehículo. Cuando lo puso en marcha, Fernando ya había hecho lo propio con su coche.

Después desaparcó e hizo una rápida maniobra para poder seguirlo.

Aunque no sabía nadar, de la mano de León se había metido en el agua hasta medio cuerpo. Una vez allí, de rodillas los dos, hicieron lo que nunca habían hecho antes, ni en el cine: tocarse.

Sentirse.

Nadie les prestaba la menor atención. Niños jugando en la orilla, madres y abuelas atentas, gritos y alegría de verano. También se habían dado algún beso furtivo, atentos a las miradas de cualquier celador de la moral. Por primera vez en mucho tiempo, Celia se había sentido libre.

Lejos de la casa, la señora, el señor, Joaquín y Natividad.

Solo ella.

Y su novio.

Aún le costaba asimilar y aceptar la palabra. En el pueblo significaba mucho más. Era la antesala inmediata a la boda. Los jóvenes se prometían y se casaban. Cuando no había consenso familiar, por la razón que fuera, se escapaban, consumaban el acto y al regresar la boda era ya inmediata. En Barcelona, por supuesto, esto era diferente.

León y su servicio militar, ella y su servicio doméstico, estaban completamente solos.

—¡Es como el primer día que fui al cine!

—¿Te gusta?

—¡Es maravilloso! ¡Asusta, tanta agua…, pero me parece fantástico!

Acabaron chapoteando en la orilla, echándose agua el uno al otro y persiguiéndose por la arena, sin dejar de reír. El traje de baño de Celia era el más barato que encontraron, pero, a decir de León, eso no importaba: estaba preciosa. Él en cambio llevaba unos calzones un poco grandes. Tampoco importaba: a ella le pareció guapo a rabiar.

Cuando estuvieron secos, se vistieron y se alejaron de la playa. Los días eran largos, el sol tardaba en ponerse. En vez de pasear por las calles del pueblo, buscaron una zona de pinos en la que sentarse al fresco. No estaban solos, había otras parejas, pero todas jugaban a lo mismo, a tocarse con las manos, rozarse, acariciarse y besarse en cuanto podían. Desde allí, el horizonte marino era una línea recta que se perdía en el infinito. El mar no se movía, no había olas.

No existían paraísos, pero sí islas en el infierno.

—La vida podría ser siempre así, ¿verdad?

—Lo será —afirmó él.

—¿Cuándo?

—Cuando estemos juntos.

—A saber lo que falta para eso.

—He hablado con mis padres.

Celia arqueó las cejas.

—¿En serio?

—Claro. Ya les he hablado de ti y les he contado mis planes de quedarme en Barcelona, contigo.

—¡León!

—¿Tú no le has contado a tu abuela de mí?

—Todavía no.

—¿Por qué?

—Porque si lo hago se sentirá aún más sola. De alguna forma sabrá que no volveré al pueblo. Lo único que le dije en una carta, para prepararla, era que había conocido a una persona. Nada más.

—¿Y qué te ha contestado ella?

—No es de muchas palabras, y menos para escribir. Lo único que dijo fue «espero que sea para bien». ¿Qué han dicho tus padres?

—Que ya están deseando conocerte cuando llegue el momento.

—¿Sí?

—¡Naturalmente! Si yo soy feliz, ellos más.

—¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa?

—Que todo esto va muy rápido, León.

—¿Rápido? ¡Si solo nos vemos una vez a la semana!

Celia lo abrazó.

Se acercaba la hora de la despedida. La hora de acompañarlo al tren y echar a correr de vuelta a casa. La hora en que Cenicienta volvía a ser la criada. La hora de regresar a los miedos.

¿Cuánto tardaría Joaquín en intentarlo de nuevo?

Esa idea la perseguía y la asustaba.

—León, gracias —susurró en el oído de él.

—¿Por qué?

—Por darme esperanzas. —Le besó el lóbulo de la oreja.

53

La persecución no duró demasiado. El hombre que había acompañado a Consuelo conducía despacio, sin prisas. Daba la impresión de disfrutar de su coche y disfrutar de que lo miraran. En un cruce dos muchachas le habían dicho algo. Dos muchachas preciosas, jóvenes, del estilo de Celia aunque con más clase.

Fernando todavía lo odió más.

¿Quién era?

¿Y si Consuelo había caído en manos de un vulgar playboy?

No podía apartar de su mente aquel beso apasionado y encendido de un rato antes. Una cosa era imaginarlo, otra verlo. Y, aunque él no había subido al piso de ella, sabía que se acostaban. Consuelo se lo había dicho. Dos personas adultas, con experiencia. No eran simples novios de veinte años.

Todo lo que ella le hacía a él en la cama se lo hacía ahora a otro.

Y ese otro… ¿sería mejor que él?

Aferró el volante con las dos manos y notó cómo se le encendían las sienes, cómo le estallaba la cabeza. Su vida tenía un equilibrio que de repente se había roto. De la perfección a la incertidumbre. Primero lo de Cuba al empezar el año, luego Consuelo y su adiós al empezar el verano.

¿Cómo no lo había visto venir?

¿Por qué no supo interpretar las señales?

Bastaba con que le hubiera prometido algo a Consuelo, o que se hubiera inventado más mentiras de trabajo con Virtudes. Ella jamás sospecharía nada. Imposible. Vivía en su mundo, con su Iglesia, su dichoso confesor, su Dios y sus normas. La culpa era de él y de nadie más que de él. Las mujeres tenían sus subidas y bajadas. Había tensado demasiado la cuerda con Consuelo, creyéndola tan suya, tan segura, tan…

De pronto la deseaba más que nunca.

Un deseo irracional, absoluto.

El coche del hombre acabó en la avenida de la Infanta Carlota, cerca de la plaza de Calvo Sotelo. Ralentizó la marcha, puso el intermitente a la derecha y se metió en el aparcamiento de una casa señorial. Una casa del mismo nivel que la suya.

No, aquel tipo no era un advenedizo.

Consuelo no se habría conformado con menos.

El coche desapareció en el garaje. Un conserje, desde la puerta principal, observó la maniobra. Fernando paró el motor de su automóvil y esperó un par de minutos en silencio. Luego bajó y se acercó al celador del edificio. Sonrió con su mejor cara de inocencia, aunque sabía que era un tanto forzada.

—Buenas tardes, perdone que le moleste. Es que he visto entrar a un viejo conocido hace un momento y tengo la duda de si era él o no. Hace años que le perdí el contacto y como iba en coche me ha quedado la duda… ¿Era el señor Gabriel Mateos?

El conserje vio el traje caro, el reloj de oro, el pasador de la corbata, los zapatos brillantes.

Nada que sospechar.

—No, el señor que ha visto entrar en el garaje se llama Luis Escribá Betriu y es vecino de toda la vida. Lo siento, caballero.

—Vaya, pues habría jurado… Bien, gracias y vuelvo a pedirle perdón. Ha sido muy amable.

—No hay de qué, señor. —Inclinó levemente la cabeza.

Fernando regresó al coche.

Arrancó.

El nombre del amante de Consuelo lo acompañó de manera inmisericorde hasta llegar a casa. Y sabía que lo acompañaría toda la noche, y los días siguientes.

No tenía ni idea de quién era Luis Escribá Betriu, pero lo averiguaría.

Intermedio 8

1992

Simón ya había sido alertado por su mujer cuando regresó a la tienda de ultramarinos. Se notaba que lo estaba esperando. Tenía la tarjeta en la mano al salir de detrás del mostrador nada más verlo aparecer. Ana, la esposa, se quedó atendiendo a una anciana que comparaba los precios de dos latas de anchoas con ojo crítico.

Ninguna pensión era holgada.

—¿Señor Camprubí? —Le tendió la mano.

—Espero no molestarle —dijo Eduardo a modo de primera cortesía.

—¿De qué se trata? Nunca había hablado con un detective privado. Estoy intrigado, claro.

Estaban ya a suficiente distancia del mostrador, pero aun así Eduardo bajó la voz intentando no mirar a Ana, que no perdía detalle de ellos.

—Es acerca de Celia García. Me han dicho que usted y ella…

No acabó la frase. Simón se tensó como una cuerda de violín. Él sí volvió la cabeza para lanzarle una forzada sonrisa a su mujer mientras le hacía un gesto de que todo iba bien.

—Salgamos fuera —susurró el hombre.

Lo hicieron. Salieron de la tienda y caminaron media docena de pasos, hasta la calle lateral, fuera del alcance visual de la puerta del comercio. Por suerte, otras dos mujeres y un hombre entraron en aquel momento, garantizando que Ana estaría ocupada los minutos siguientes.

—¿Quién es usted? —preguntó el exnovio de Celia con voz un tanto airada.

—Lo que dice la tarjeta: un investigador privado.

—Me refiero a qué hace aquí y a qué viene eso de preguntar por Celia después de tanto tiempo.

—Una persona la busca. Lleva quince años desaparecida junto con su hijo. Me ha contratado para que la localice. Los últimos movimientos conocidos la sitúan aquí, en esta calle —indicó la casa en la que había estado una hora antes, a unos diez metros—, y saliendo con usted.

De nuevo, un gesto incómodo.

—Salir, salir…

—¿No eran novios?

Simón hizo un gesto desabrido. Era evidente que hablar de una antigua relación, aunque fuera muy anterior a su matrimonio, lo alteraba lo bastante como para estar nervioso. Eduardo entendió que tenía que ser rápido y conciso si quería obtener algo de él.

Quizá, incluso, fuera reservado, o mintiera.

—Podría haber sido más discreto —rezongó el hombre.

—¿Lo dice por su mujer?

—Por supuesto que lo digo por ella. Ana ya estaba enamorada de mí cuando yo salía con Celia. Fue la única de mis novias a la que llegó a conocer. Y aunque duró poco… No le gusta recordarla, está claro. A ninguna le gusta saber de las ex del marido.

—Dígame lo que necesito y desapareceré —le garantizó.

—¿Y qué necesita? Yo solo anduve con ella tonteando unas semanas. ¡Por Dios, han pasado quince años! ¡Se fue del barrio y no he vuelto a saber de ella ni la he visto nunca más!

Eduardo estudió los gestos, el rostro. Parecía sincero. Simón tendría unos cincuenta años y se conservaba bien, mantenía un atractivo que, tiempo atrás, seguro que habría sido mucho más impactante con las mujeres. Cabello negro y abundante, mandíbula partida a lo Kirk Douglas, manos fuertes, nariz recta. Acababa de decir que Celia había sido «la única de sus novias» conocida por Ana. Eso denotaba que era ya un treintañero con experiencia para entonces.

Siendo su padre dueño de una tienda de ultramarinos, sería un buen partido.

—Dice que tonteó con ella unas semanas. ¿Cuándo fue eso?

—Allá por el 75 y el 76. Acababa de morir Franco.

—¿Se enamoró Celia de usted?

—¿Para qué necesita saber eso si lo único que hace es buscarla? —protestó.

—Porque también he de hacerme un retrato mental de ella, de su estado, físico y emocional. Solo le pido que responda a mis preguntas y ya está, no se enfade.

—No me enfado, es que así, de sopetón… —decidió que lo mejor era colaborar y sacárselo de encima cuanto antes—. Yo no sé si Celia estaba enamorada de mí, la verdad, porque era muy rara, tenía muchos demonios en la cabeza y en el cuerpo. Vivía por y para su hijo, y eso que para entonces ya era mayor. Lo que pasa es que todos tenemos necesidades, ¿no? Era una mujer muy guapa, con unos ojos preciosos aunque llenos de aquella tristeza tan… —no encontró la palabra adecuada—. Desde luego, nunca había conocido a nadie como ella. Un verdadero ángel. Y aunque trabajaba de sol a sol, limpiando casas, no estaba estropeada, en absoluto, al contrario. Brillaba con aquella inocencia… —volvió a quedarse sin un término acorde con la visión de su mente.

—¿No le importó que tuviera un hijo?

—Esas cosas siempre son una carga, sí. Y tal y como era Celia… Ya le digo que David era lo primero. Si me hubiera casado con ella, siendo madre soltera…

—¿Madre soltera?

—Sí, claro.

—Decía que era viuda.

—Sí, también me lo dijo a mí. Pero no quería hablar del presunto marido y una tarde, sin querer, le vi el carnet de identidad y allí ponía que era soltera, no viuda. Se lo pregunté y me confesó la verdad, lo de la violación.

—¿Le dijo que la habían violado?

—Con dieciocho años, sí. —Frunció el ceño—. No me diga que tampoco era verdad.

—No lo sé. —Echó el balón fuera Eduardo—. ¿Cortó ella o usted?

—Oiga, señor, ¿puede decirme quién la busca y por qué? —Regresó la incomodidad.

—Mi clienta es una mujer de la que solo sé su apellido: señora

Canals. Pero no puedo decirle más porque lo desconozco.

—Entiendo. —Regresó a la última pregunta—. Verá, la separación fue algo… No sabría decirle. Creo que los dos al unísono nos dimos cuenta de que la cosa no funcionaba. Eso es todo. Por mi parte fui paciente, pero ella… Ella tenía algo en la cabeza que no la dejaba ser feliz. En la cabeza y en el cuerpo, pero más aquí. —Se tocó la sien—. Cuando hacíamos el amor estaba tensa, le dolía, no parecía disfrutarlo, quería acabar rápido. Si a uno le gusta alguien, aguanta lo que sea, pero todo tiene un límite. Me di cuenta de que, si me casaba con ella, el asunto podía ir a peor. Vamos, que la relación de fácil no tendría nada. Así que finalmente lo dejamos, sin más, sin reproches. Celia no puso interés en seguir ni yo en retenerla. Dejamos de vernos, pese a que éramos vecinos, y un buen día, al cabo de poco, desapareció. Se fue. Oí decir que al irse David al servicio militar de voluntario ella se quedó sola y… Bueno, eso, que se marchó.

—¿Hablaba del pasado?

—¿A qué se refiere?

—Al pueblo en el que nació, su abuela Benigna, las casas en las que había servido…

—De la abuela, algo. Era su única familia. Pero nada más. Le repito que era muy cerrada para lo suyo. Pasara lo que pasase, lo escondía en el fondo de sí misma. Por un lado parecía fuerte, o se lo hacía, pero si íbamos al cine y la película era de llorar… ¡vaya si lloraba! ¡Como una Magdalena! Era romántica perdida.

—Es extraño que siendo romántica no disfrutara del amor.

—Tuvo que pasarle algo, pero vaya usted a saber qué. Una lástima.

—¿Y David?

Simón se encogió de hombros.

—Lo traté poco. Era un chico correcto, muy educado y, al parecer, listo. Acabó el Bachillerato con buenas notas, pero no tenía dinero para una carrera. Por eso posiblemente se fuera a hacer la mili de voluntario, para poder elegir destino y aprender un oficio en él. Que yo sepa, no se metía en la vida de su madre, o sea que, si yo salía con ella, él estaba contento de verla feliz. Me consta que, si ella lo adoraba a él, él también la adoraba a ella. Ahora ya tendrá casi treinta y dos

años, imagínese.

Eduardo le mostró la presunta foto de David sustraída de la caja encontrada en la casa del pueblo. Solo quería estar seguro de poder ponerle cara a la persona a la que estaba buscando, aunque la imagen fuera tan solo la de un adolescente.

—¿Era este?

—Sí. No había cambiado mucho. —Simón se cruzó de brazos y se apoyó en la pared. Hablaba ya de manera más distendida, casi amigable, superada la tensión inicial—. Mire, señor, quien mejor podría hablarle de Celia es Carlota, su mejor amiga.

Eduardo se envaró.

—¿Tenía una amiga?

—¿Quién no tiene a alguien en quien confiar? —repuso el hombre —. Supongo que lo que no me contaba, no quería o no podía contarme a mí, se lo diría a ella. Me consta que hicieron buenas migas. Carlota era algo así como lo opuesto de lo que era Celia, abierta, disparatada, loca, extrovertida… Ya veo que tampoco había oído hablar de ella.

—Pues no. Estoy iniciando la búsqueda de Celia, así que imagínese el camino que me queda. ¿Sabe dónde vive esa tal Carlota?

—Carlota Miranda —lo precisó—. Suponiendo que siga en el mismo sitio, sí, porque después de quince años igual se ha ido a otra parte. Era un culo de mal asiento. Alguna vez había acompañado a Celia a casa de ella o la había buscado allí. También fuimos un par de veces al cine los cuatro, Celia, yo y Carlota con un novio. ¿Tiene algo donde apuntar o lo guarda en la memoria?

La dirección de Carlota estaba muy cerca de la casa de los dos ancianos a los que Celia había cuidado, en la izquierda del Ensanche. Obviamente, Celia y ella se hicieron amigas en ese tiempo, y la conservó al mudarse a Sants.

El camino seguía abierto.

—Lamento haberle molestado —se excusó Eduardo dispuesto a marcharse—. Espero no haberle causado problemas con su esposa.

—Es celosa, qué voy a hacerle. Se cree que todas las parroquianas vienen a la tienda a tontear conmigo. Siempre pensó que, entre Celia y ella, había ganado ella, pero aun así… —sonrió levemente, con

orgullo masculino—. No se preocupe, oiga. Y espero que la encuentre, aunque mejor no vuelva por aquí. Me da igual lo que le haya pasado.

—Lo entiendo. —Le tendió la mano.

Simón se la estrechó con fuerza.

Eso fue todo.

Capítulo 9

Julio de 1959

54

Celia todavía notaba los besos de León en los labios, las manos en su cuerpo, la voz en el alma. Se sentía demasiado feliz como para pensar en nada malo.

Pero lo malo existía.

Seguía allí.

Estaba tendiendo la ropa, canturreando una canción, y ni se dio cuenta de la presencia de Joaquín.

Lo vio de pronto y se sobresaltó.

—¡Señorito, qué susto!

El «señorito» la miró como un gato debía de mirar a un ratoncito. Por un lado, parecía serio. Por el otro, mordaz.

Jugó con las palabras, dándoles una musicalidad siniestra.

—Hola, Celia.

Ella no supo qué contestar. No le gustó el tono de voz, ni la actitud, ni la forma en que se apoyaba contra el quicio de la puerta. Creía estar sola en la casa.

—¿Qué quiere? —se atrevió a preguntar.

—¿Yo? —Subió y bajó los hombros—. Nada. Pasaba por aquí.

—Por aquí no se pasa, señorito. Dígame si quiere algo porque tengo mucho trabajo.

—¿Y te molesto?

—Si se queda ahí mirando como un pasmarote, pues sí, me pone nerviosa.

—¿Yo te pongo nerviosa?

—¡Sí!

No quería haber gritado, pero lo hizo.

El recuerdo de aquella noche seguía pesándole.

Temía que, de un momento a otro, Joaquín insistiese, se bajase los pantalones… Incluso que intentara algo más.

—Por favor, déjeme trabajar. —Se sintió incapaz de acabar de tender la ropa que le quedaba.

Joaquín dejó de jugar.

—Ayer te vieron acompañada —dijo.

Celia sintió vértigo.

—¿A mí?

—Sí. Ibas con uno, de la mano.

¿La «habían visto» o la había seguido?

—¿Es que me espía, señorito?

—No. —Hizo un gesto de falsa indiferencia—. Pero esto es pequeño, y tú no pasas desapercibida.

Sí pasaba desapercibida, salvo para él y su maldita obsesión.

Se sintió acorralada.

No había hecho nada malo, era su tarde libre, tenía derecho a ser feliz, pero tuvo ganas de llorar.

—¿Es tu novio? —preguntó incansable Joaquín.

—Eso no es asunto suyo. —Se cruzó de brazos.

—Sí, es tu novio, está claro.

—¡Yo no tengo novio! —protestó.

—¿Entonces por qué ibais de la mano, y por qué os besasteis?

Más que acorralada, se sintió desesperada.

—Ya está bien, ¿no? —gimió al límite de su resistencia.

—¿Te vas a casar con un muerto de hambre? —la pinchó él—. ¿Vivirás en un cuchitril, tendrás media docena de hijos y a los treinta serás vieja?

Le cayeron las dos primeras lágrimas.

—¿Pero yo qué le he hecho, señorito? —logró decir.

Joaquín siguió igual. No se había movido en todo el rato. Sin embargo, su aparente calma era tan falsa como su sonrisa.

—A mí no me molesta que tengas novio —aseguró—. Pero aquí te iría mejor si…

—¡Se lo diré a su padre! —no le dejó acabar—. Yo he venido a

trabajar, no a complicarme la vida. ¡A su padre, no a su madre! ¡Se lo pido por última vez, déjeme tranquila! Y no se le ocurra volver a entrar en mi habitación, ¿entiende? ¡Ni estando yo ni sin estar, porque sé que lo hace y revuelve mis cosas! ¡La próxima vez hablo con su padre y me voy!

Logró hacerle callar.

Por lo menos eso.

Joaquín se la quedó mirando un puñado de segundos más, con la misma indolencia, la misma media sonrisa, la misma sensación de desafío.

Luego chasqueó la lengua y se marchó.

Fue el momento en que Celia se vino abajo.

55

Lo que menos esperaba Virtudes era ver aparecer a su marido en un día normal y corriente, justo antes de cenar.

Escuchó el sonido de la cancela al abrirse, el breve ronroneo del coche y cómo se paraba el motor. Se asomó a la ventana y se encontró con la escena: Fernando apeándose del vehículo con una extraña fiereza. La puso en evidencia al cerrar la portezuela con un golpe seco. Por lo general, los movimientos de Fernando eran pausados, medidos y pacientes, casi nunca perdía los nervios ni se alteraba. De gritos, pocos, salvo por alguna barrabasada de Joaquín o Natividad siendo más niños. Que se hubiera recorrido la distancia de Barcelona a Blanes sin avisar era raro. Pero que lo hiciera inesperadamente en un día cualquiera lo era aún más.

Virtudes fue a su encuentro.

Bastó con verle el semblante al cruzar la puerta para darse cuenta de que algo sucedía.

—¿Fernando?

—Ah, hola —se sorprendió, pero no se detuvo, ni para darle un beso en la mejilla.

Un saludo normal, ni alegre ni enfadado. Pero un saludo envuelto

en sombras y resignación. Con tantos años de matrimonio, ella lo conocía bien.

Por lo menos sus estados de ánimo.

—¿Cómo es que has venido hoy? —preguntó siguiéndolo hasta la sala mientras él dejaba la chaqueta sobre una silla.

—No quería estar solo en casa y ya está, ¿por qué?

—¿Pero pasa algo?

Fernando la miró desde una distancia mayor de la que los separaba.

—¿Qué ha de pasar?

—No sé. Pareces furioso.

—¿Yo?

—Sí, tú. Has cerrado la puerta del coche de golpe y tienes una cara…

—Vamos, Virtudes. —Hizo un gesto de fastidio—. Ya sabes cómo son los negocios.

—Precisamente.

—¿Precisamente qué? —Empezó a darse cuenta de que estaba en casa.

—Pues que para estar de mal humor y con una cara así de larga, mejor te quedabas en Barcelona, qué quieres que te diga. —Se puso seria.

Fernando apretó las mandíbulas.

No solía contar nunca hasta diez.

Esta vez llegó a cinco.

—Va, cállate, que estoy cansado.

—¡Encima…!

—¡Virtudes! —la detuvo.

Su mujer se calló. Lo único que hacía en momentos así era estirarse, mostrar lo ofendida que se sentía con un gesto de nobleza. Fernando se quitó la corbata, cuyo nudo ya había aflojado al emprender el viaje.

—¿Están los chicos?

Siempre empleaba el plural masculino al referirse a sus hijos.

—Joaquín no, sabes que siempre llega con el tiempo justo. Natividad sí.

Pensó que era para ir a verlos, pero no.

Fernando cogió un libro y salió al jardín, sin siquiera cambiarse de ropa y ponerse algo más cómodo. Virtudes se quedó mirando su ausencia, porque, de pronto, el vacío ocupaba un espacio en sí mismo. A través de la ventana lo vio sentarse en una de las tumbonas.

Sin embargo, no abrió el libro.

Primero dirigió los ojos al cielo. Luego los cerró.

—¿Qué le pasa a papá?

Volvió la cabeza. Natividad estaba en la puerta de la sala, la que daba a la cocina. Llevaba una limonada en las manos. Ella sí iba cómoda, con una camisa abrochada por encima del bañador.

Por una vez, Virtudes no la reprendió ni le dijo que no era adecuado llevar el bañador en casa.

—Nada —contestó a su hija.

—Pues no lo parecía.

—Ya sabes que siempre está preocupado por el trabajo.

—¿Y lo hemos de pagar los demás?

—Natividad, te he dicho cien veces que no juzgues a tus mayores.

—No juzgo, mamá, pero viene de Barcelona sin que se le espere, de mal humor, y te habla así…

—¿Así cómo?

—Pues mal —no se cortó.

Virtudes se acercó a ella.

Grave.

—Hija —dijo despacio—. Tu padre es el cabeza de familia, trabaja por y para nosotros, se desvela para que no nos falte nada. Tiene derecho a ponerse como quiera si es menester, ¿entiendes? La forma en que me hable él a mí o yo a él es cosa nuestra. Ten esto siempre muy claro, porque un día tú también serás esposa y madre. No lo olvides.

Natividad la había escuchado en silencio.

Esta vez no apareció el lado combativo.

Se limitó a decir:

—Sí, mamá.

La dejó sola.

En el jardín, Fernando seguía sin abrir el libro, con los ojos

cerrados.

56

Consuelo nunca había trabajado tanto en la vida.

Era su mismo piso, su misma casa, pero podía dar fe de que ya no quedaba ni rastro de Fernando Miramón. Punto y final a una historia. Había limpiado paredes y suelo, tirado las viejas sábanas y comprado unas nuevas, las almohadas y el colchón lo mismo. La ropa que tenía su amante en el armario, por precaución, a la basura. También las fotografías habían terminado ardiendo. Los escasos recuerdos o regalos acababa de dárselos a la portera. Allí ya no quedaba nada, ni la menor huella de él.

Cortar con el pasado más reciente, eso era todo.

Liberarse a sí misma de los recuerdos para poder empezar limpia una nueva vida.

Ahora sí, Luis podía subir allí, acostarse juntos, crear los primeros nuevos olores, construir los primeros retazos vivos de lo que, tal vez, fuera su definitivo futuro.

Había estado ciega demasiados años.

Contempló su obra.

Nada había cambiado, pero al mismo tiempo todo era diferente.

Iba a dejarse caer en la butaca, agotada, para relajarse un rato, cuando sonó el teléfono.

La misma llamada que tantas y tantas veces era el preludio de la visita de Fernando, porque casi siempre era él.

Miró el negro aparato con odio.

¿Insistía?

¿Querría suplicarle, pedirle perdón, lo que fuera con tal de volver?

¿Volver a qué, a lo de siempre?

El teléfono siguió sonando. Al primer timbrazo, el del sobresalto, siguió un segundo, un tercero… Si no lo cogía, volvería a llamar. Si lo cogía, su paz se vendría abajo con una nueva discusión. Pero mejor por teléfono que hacerlo en persona otra vez. Si Fernando aparecía en

su puerta, no tendría más remedio que echarlo escaleras abajo.

Ya no estaba ciega.

Solo tenía miedo, porque comprendía que Fernando, en plan amante despechado, con el paso de los días podía ser temible, volverse loco, llenarse de un odio capaz de cualquier cosa. Los hombres poderosos eran orgullosos. Y ese orgullo los empujaba a la soberbia.

Descolgó el auricular con el quinto alarido de la campanilla.

Cerró los ojos y emitió un quedo:

—¿Sí?

—¡Consue! ¿Has acabado ya? —escuchó la voz de Ángeles. Estuvo a punto de gritar de alegría.

57

Otro día agotador.

Otro día más.

Meterse en la cama era una bendición, a pesar del calor, a pesar de que la espera de cada jueves se hacía eterna y le dolía. Cerraba los ojos y se imaginaba con León, en el cine, paseando o, como ahora, bañándose en la playa. Era sorprendente lo rápido que podía colarse el amor por las rendijas del corazón y las grietas del alma. Lo rápido que podía cambiar una vida.

Todo parecía diferente.

Y lo raro era que sentía una mezcla de ilusión y miedo, esperanza y dolor, paz y a la vez angustia.

Ni siquiera sabía por qué.

Se tendió en la cama sin taparse con la sábana y se quedó boca arriba. Llevaba solo la combinación blanca y transparente por encima. Sudaba igual. El menor gesto iba acompañado por un arrebato de calor. El aire a veces quemaba. Su habitación no era la mejor ni la más acondicionada. Pero eso ¿qué les importaba a ellos?

Debía de estarles agradecidos por ser tan buenos y darle trabajo.

Celia sintió una súbita irritación.

La señora y su Dios, siempre omnipresente. Él por aquí, Él por allá.

Todo era «gracias a Dios». Gracias por su suerte, porque la de los pobres no tenía sentido.

Tenía los ojos cerrados, notaba la rápida llegada del sueño.

Se abandonó.

Entonces percibió la leve claridad.

Claridad en la obscuridad, como si más allá de los ojos cerrados se hubiera iluminado algo.

Entreabrió los párpados.

Y lo vio.

Estaba en la puerta, iluminado apenas por el claroscuro procedente de la luz de la luna que se colaba por las ventanas de la cocina. En la puerta y quieto, tal vez sin saber si acabar de entrar.

Celia se envaró.

Primero pensó en Joaquín. Una vez más. Era lo lógico. Luego se dio cuenta de que no era él. La figura que la observaba desde el quicio era más corpulenta.

Un hombre.

Pero el único que había en la casa además del chico era…

A Celia se le detuvo el corazón.

«¡Váyase!», gritó en su mente.

El señor Fernando continuó en el umbral dos, tres segundos más. Celia mantuvo los ojos entrecerrados, sin atreverse a moverse. ¿Solo quería espiarla, verla? ¿Era eso?

¿El señor Fernando?

No se marchó. Dio un paso al frente, otro, y llegó junto a la cama. La penumbra era lo bastante clara como para ver la figura de Celia desnuda bajo la combinación. Los rosetones oscuros, el vello púbico abundante y negro, las piernas largas y torneadas. Celia se hizo de piedra. Su visitante no.

«¡No me toque, por favor! ¡No me toque!».

¿Qué podía hacer?

¿Gritar?

La respiración del hombre se hizo agitada. Podía oírla. Como si el aire pasara por unas turbinas antes y después de llegar a los pulmones. La inmovilidad era lo peor. Celia lamentó no haberse tapado con la

sábana. Se sentía peor que desnuda. Era como si se estuviese ofreciendo.

¿Acaso no se daba cuenta él de cómo respiraba ella?

¿No veía su pecho subiendo y bajando enloquecido?

Con los ojos entrecerrados no podía verle la cara, solo el cuerpo. Las manos caídas a los lados. Iba en pijama. No, no estaba allí de casualidad, como tampoco lo había estado su hijo. Estaba allí por ella.

De nuevo la pregunta: ¿solo para verla?

Celia sintió que no podía más.

Y fue en ese instante cuando el señor Fernando dio media vuelta y se marchó.

Celia tardó al menos un minuto en reaccionar, romper aquella parálisis, saltar de la cama y asomarse a la puerta para ver si él seguía allí.

Pero no.

Se había ido.

Estaba sola.

La peor de las soledades, la de la impotencia.

58

Fernando llevaba media hora en el coche, apostado frente a la casa de aquel hombre, Luis Escribá Betriu, el nuevo amigo de Consuelo.

Amigo.

Todavía se resistía a llamarlo novio, amante, lo que fuera.

Estaba celoso. A sus años estaba celoso. Increíble. Jamás lo habría imaginado. Siempre se había sentido seguro, fuerte y confiado. Todas las personas hechas a sí mismas eran así. No podían ser o mostrarse débiles. Ninguna tenía resquicios. Era el carácter de los triunfadores. Lo había heredado de su padre y de su abuelo. Luego lo había forjado por sí mismo.

Y ahora…

En su vida solo había amado a una mujer, Teresa. La muerte de su esposa lo cambió todo. El tiempo se le echó encima. Virtudes había

sido una necesidad, un mal menor, un precio a pagar. Sin embargo, Consuelo…

¿La amaba de verdad o era despecho, rencor, rabia…?

Pensó en la otra noche, nervioso, agitado, excitado, cuando se había encontrado en la habitación de Celia casi sin darse cuenta. O a conciencia, ¿qué más daba? La había visto como una muñeca inanimada en la cama, tan frágil, tan inquietante, tan hermosamente juvenil… ¿Cuántos días llevaba ya sin hacer el amor? Para él era como una droga. Lo necesitaba. Y el único cuerpo femenino cercano era el de su criada.

Una niña.

Una niña con todo lo que debía tener una mujer.

No dejaba de pensar en Consuelo.

Pero Celia estaba allí, en su casa, tan dulcemente ingenua.

¿Cómo debía de ser poseerla?

¿Entrar en un cuerpo tan joven y tierno?

Posiblemente ser el primero…

Se pasó una mano por los ojos. Empezaba a sentirse mareado. El calor, la tensión… ¿Se estaba volviendo loco? Saltaba de Consuelo a Celia sin más. Y Celia no era un sustitutivo. Era Celia. De la misma forma que Consuelo era Consuelo, la mujer que deseaba y ya no tendría. La mujer con la que quería hacer el amor… No, ya no quería hacer el amor, quería follar, follar, follar.

Como un poseso.

Reaccionó finalmente al ver aparecer el coche de Luis Escribá por la puerta del garaje. Retornó a la realidad, al momento presente. Desde luego, no podía ser un empleado con un horario laboral, porque ya eran las nueve y diez de la mañana. Arrancó el motor y nada más incorporarse a la calzada se pegó al de él para no perderlo de vista. No sabía si iba a ser un seguimiento breve o largo.

Seguir a su rival.

Comportarse como un idiota también lo alteraba.

¿Por qué no le pegaba un tiro directamente?

No, qué estupidez.

La persecución acabó siendo corta y fue de un aparcamiento a otro.

Luis Escribá se introdujo en el de un edificio de la ronda de San Antonio. Fernando paró el coche y comprobó el número. En la fachada había tres rótulos de otras tantas empresas, desconocidas para él. Sacó un papel de la guantera y anotó todos los datos.

Después se dirigió a su despacho.

Nada más llegar, en lugar de desearle buenos días a su secretaria, le estampó un imperioso:

—¡Tráigame el listín telefónico de calles!

Se sentó en su silla. Ceño fruncido. Elisa apareció de inmediato con lo pedido. Se lo dejó en la mesa. Antes de que saliera del despacho, Fernando ya estaba buscando la dirección de la ronda de San Antonio. Allí estaban las tres empresas cuyos nombres había anotado. Descolgó el auricular del teléfono y marcó el primero. Lo saludó la voz de un hombre.

—Manufacturados Torelló, ¿dígame?

—Querría hablar con el señor Escribá —pidió—. Luis Escribá.

—Lo siento, señor. Creo que se equivoca. —Fue la amable respuesta.

—Perdone.

Colgó.

Marcó el siguiente número. Esta vez la que respondió fue una mujer con tono cantarín.

—¿Sí?

—¿Hilaturas Roes? —quiso estar seguro.

—Sí, señor. Dígame.

—Quería hablar con el señor Escribá.

—Un momento, señor. Le paso con su secretaria.

Tuvo la suficiente rapidez como para detenerla.

—Espere, perdone. ¿El señor Escribá es el dueño, el director…?

A la telefonista pareció sorprenderle la pregunta. La voz dejó de ser cantarina.

—El dueño es el señor Facundo Roura —le informó—. El señor Escribá es su socio y también el director de Operaciones. —Para terminar, apareció la duda—. ¿Puedo preguntarle de qué se trata, señor?

Podía, pero ya no le contestó.

Colgó el auricular de manera violenta.

Hilaturas Roes, «ro» de Roura y «es» de Escribá, parecía claro. Y, desde luego, no, el amante de Consuelo no era el dueño, pero sí el socio.

Las empresas textiles iban viento en popa.

De alguna forma, Fernando se sintió absolutamente derrotado y perdido.

59

¿Cuántos días llevaba en shock?

¿Cuántos moviéndose por la casa como si fuera una proyección de sí misma, fingiendo que no pasaba nada, actuando como si tal cosa delante de la señora, pero más aún delante del señor?

¿Sabía él que ella estaba despierta?

Ya no solo eran las peleas con Natividad, o huir de las miradas lascivas de Joaquín. Ahora era mucho peor.

El señor Fernando.

¿Qué había ido a hacer a su habitación aquella noche?

Lo peor era estar sola, sola, sola. No podía escribirle nada a la abuela, ni decírselo a León. No tenía a nadie con quien compartir aquello, nadie a quien pedirle consejo. Hiciera lo que hiciese, era cosa suya.

Y se sentía desnuda, perdida.

Joaquín no era más que un chico, un adolescente con muchas hormonas pugnando por estallar en su cuerpo. Pero su padre no. Fernando era un hombre mayor, casado, responsable.

Lo único que le quedaba sería callar.

Callar y seguir.

Si perdía el trabajo, regresaría al pueblo, a las mismas humillaciones de antes, y ahora, encima, habiendo hecho quedar mal al párroco. Porque sin duda la culparían a ella. Nadie la defendería. Nadie la creería. ¿Un joven de dieciséis años y el señor de la casa intentando algo? ¡Eso era porque ella los había provocado!

Eso dirían.

Y, si no se sabía nada, daba lo mismo, pensarían mal igual.

No podía regresar con el rabo entre las piernas.

Echó de menos a Urbi.

Ella seguro que sí sabría qué hacer.

—¿Te encuentras bien, Celia?

—Sí, señora.

—Llevas unos días muy callada.

—El trabajo, ya sabe.

—Callada y seria, como si te pasara algo.

—Bueno, a veces acabo cansada.

—¿Ya duermes bien por las noches?

¿Dormía bien?

Ya no.

Lo hacía con un ojo abierto.

—No se preocupe, señora. Hago mi trabajo, ¿verdad?

—Sí, sí, de eso no me quejo. Pero te veo la cara…

—El calor, el periodo, esas cosas…

—Bien, bien.

Y eso era todo. La vida seguía. Los jueves vivía. El resto de la semana esperaba.

Pero era como si el verano los hubiera vuelto locos.

A todos.

Intermedio 9

1992

La dirección de Carlota Miranda que le había dado Simón parecía correcta.

Solo eso.

De entrada, la portera ya lo miró mal. Ni siquiera le preguntó a qué piso iba. Cuando llamó al timbre, al otro lado escuchó una música dulce, romántica.

La mujer que le abrió la puerta no podía ser ella ni mucho menos. Tendría unos veintimuchos años y tal vez fuese modelo. Si no lo era, no sería porque no pudiese o por falta de oportunidades. Alta, cabello negro, de rostro simétrico, óvalo perfecto, nariz recta, pómulos redondos y ojos transparentes, lo miró con una sonrisa provocativa.

Una sonrisa de las que no solían usarse con las visitas, y menos tratándose de un desconocido.

Además, envuelta por el tono rojizo de la luz del recibidor, lo único que llevaba encima era una ligera batita que solo le llegaba hasta la mitad de los muslos, abierta por delante hasta el sexo, donde quedaba anudada por una cinta.

No tenía nada debajo.

Salvo unos zapatos de tacón muy alto y fino.

Eduardo tragó saliva y se quedó mudo.

—Llegas temprano —le dijo ella.

Más que decirlo, lo envolvió con las palabras, como una araña envuelve a su presa.

—Perdone…

—Vamos, pasa —no lo dejó acabar.

Él no se movió.

Acabó de comprender la realidad, solo eso.

—Creo que hay un error —suspiró.

La mujer sonrió, más y más segura de sí misma.

—¿Te arrepientes? —Hizo un mohín—. No tienes aspecto de tímido.

—En realidad estoy buscando a una persona. —Logró recuperarse—. Carlota Miranda.

Ella dejó de parecer sexy.

Es decir, continuó siendo una mujer impresionante, pero ya no necesitó venderse como reclamo. Incluso unió las dos partes de su abierta batita a la altura del pecho, para taparse la franja vertical de su cuerpo abierta desde el cuello hasta el sexo. Eduardo hizo lo imposible para continuar mirándola a los ojos.

—Hace años que se marchó de aquí —le informó la prostituta de lujo con voz átona—. Yo fui la que se quedó el piso al irse ella. Bueno, yo y un par de amigas. Creo que se casó, le fue mal, y con el divorcio tuvieron que venderlo.

—¿Hace mucho de eso?

—A finales del 87 más o menos. ¿Para qué la buscas?

—Soy detective privado.

Debió de gustarle. Arqueó una ceja y recuperó la sonrisa.

—¿Llevas pistola, esposas y todo eso? —bromeó.

—No. —Hizo lo mismo él—. ¿Te dejó unas señas?

—Sí, claro. Por si le llegaba correo.

—¿Puedes dármelas?

—¿Vas a meterla en un lío?

—No. Busco a una amiga suya. Una tal Celia García.

—No me suena. —Se encogió de hombros antes de reaccionar—. No te muevas, cielo, voy a ver si encuentro las señas, que después de tanto tiempo…

Lo dejó en la puerta.

El taconeo de sus zapatos se alejó por el pasillo mientras la música, suave y dulce, continuaba envolviendo el ambiente. Reconoció a un cantante de los años setenta, Isaac Hayes. Voz profunda, gutural. En la pared del recibidor, bajo la roja luz, vio un cuadro de dos mujeres desnudas. Una de ellas, la que acababa de hablar con él. La otra era una rubia no menos espectacular.

—¡Es uno que pregunta por la que vivía aquí antes! —oyó decir a la

morena.

Siguió en la puerta, esperando.

Sonrió.

Por suerte no bajó ni subió ningún vecino curioso.

La mujer regresó un minuto después. Ya no se oía a Isaac Hayes. Ahora sonaba algo mucho más moderno y reciente, porque no reconoció al interprete, aunque no era menos suave y cadencioso.

Le entregó un papel.

—Has tenido suerte.

—Gracias. —Se lo guardó en el bolsillo.

Ella le guiñó un ojo.

—Ya sabes dónde encontrarnos, guapo —le dijo—. Y da igual que no lleves esposas. Nosotras aquí tenemos de todo.

—Lo tendré en cuenta —asintió.

Dio media vuelta. La prostituta cerró la puerta. Mientras bajaba la escalera se cruzó con un hombre de unos cincuenta años que subía despacio. Iba peinado, afeitado y olía a colonia.

Dispuesto a todo.

En el fondo, sintió un poco de envidia de él.

Capítulo 10

Julio de 1959

60

La secretaria lo hizo esperar un poco. No le gustaba hacerlo. Se sentía idiota colgado del teléfono. Leandro sería su amigo, pero, desde luego, Fernando no era su único cliente.

Por algo su bufete era de los más importantes de Barcelona.

La voz de la mujer acabó regresando.

—Le paso, señor Miramón.

—Gracias.

La siguiente voz fue la de Leandro Feliu, exultante, como siempre. Independientemente de lo que pasara, bueno o malo, él cobraba siempre. Los abogados nunca perdían.

—¡Fernando!

—Hola, Leandro.

—¡Vaya, espero que no me llames para nada problemático, porque estamos en verano y con agosto a la vuelta de la esquina! ¿Cómo va todo? ¿Sigue la resaca cubana? ¡Hacía semanas que no hablábamos!

Demasiadas preguntas. Demasiadas observaciones. Tuvo que ordenarlas, sobre todo porque lo que menos quería era liarse a hablar de otras cosas.

—Voy bien, sí, y lo de Cuba… se va superando, aunque ya sabes que el agujero económico fue importante.

—¡Esos hijos de puta barbudos! —tronó el abogado al otro lado del hilo telefónico—. ¡Yo no entiendo que los americanos no hagan nada! ¡Eso lo liquidaban con un par de bombas, hombre! Venga, ¿qué me cuentas?

—Quería hacerte una consulta.

—Bueno, menos mal. Creía que te habías metido en un lío.

—¿Yo?

—¡Si supieras la de casos que llevamos…! ¡Te acojonarías! ¡Venga, dispara!

—¿Conoces una empresa llamada Hilaturas Roes, en la ronda de San Antonio?

—Pues… no, no me suena.

—¿Y a un tal Luis Escribá Betriu?

—Tampoco. ¿Por qué?

Fernando hizo un gesto de fastidio que no se transmitió a su tono de voz, igualmente comedido.

—No, por nada. Una curiosidad.

—¿Tienes tratos con ellos o vas a tenerlos?

—Podría ser —aventuró.

—¿Qué tiene que ver una empresa textil con tu azucarera?

—Nada, nada. Ya te digo que de momento no es más que una conjetura. Me han hablado de ellos, eso es todo.

—Te dije hace tiempo que diversificaras. Incluso antes de lo de Cuba —le advirtió el abogado—. Si vas a comprar algo, las textiles están que se salen, ya lo sabes.

—¿Podrías averiguar algo de ellos?

—Pues claro, hombre. Para eso estamos. ¿Vas a decirme el motivo?

Fernando se mordió el labio inferior.

Leandro Feliu era persistente.

—He oído decir que la empresa va bien, pero que el tal Escribá es un mal bicho. Creo que es uno de los dos socios, aunque no el principal. Ese se llama Facundo Roura.

—¿En qué empresas no hay malos bichos? —Se echó a reír el abogado—. Si un negocio va bien, alguien de arriba ha de ser un hijo de puta, ¿no? Y cuanto mejor va…

—Si averiguas algo de él, me lo cuentas, ¿de acuerdo?

—¡Eso está hecho, Fernando!

—Y, si has de ponerle un detective un par de días, hazlo.

Esto último hizo que Leandro Feliu exclamara:

—¡Uy, uy, uy, que esto se pone interesante! ¿Hay algo personal?

—Negocios. Solo negocios —afirmó Fernando buscando el tono de

voz más neutro.

Sonó convincente.

De todas formas, aunque le hubiese dicho al abogado que acababa de matar a alguien, él actuaría igual. Amigos, sí, pero cobrando cada minuto, cada hora, cada servicio.

—Luis Escribá Betriu. Hilaturas Roes. Ronda de San Antonio —se lo repitió para que viera que lo había anotado correctamente—. Dame de cuarenta y ocho a setenta y dos horas y te llamo. ¿Estás en Barcelona o en Blanes?

—De momento y hasta agosto, en los dos lados. Prueba aquí. Mi secretaria ya te informará.

—¡Perfecto! Por lo demás, ¿bien?

—Sí, sí, bien.

—¿La mujer, los críos…?

—Como siempre.

Le pareció que había un deje de burla en sus propias palabras, y más aún en la intención, la manera de decirlo.

«Como siempre».

La única que había salido de la ecuación era Consuelo.

Así que no, nada era como siempre.

61

Se encontraba en la cocina, ordenando los platos y los cacharros, cuando apareció Natividad convertida en una especie de furia desatada. Ya la conocía de sobra como para reconocer sus distintos grados de enfado.

Aquel era mayúsculo.

Llevaba en las manos una blusa evidentemente húmeda.

—¿Qué es esto? —Se le plantó delante con la blusa casi pegada a la cara de Celia.

Había momentos en que no sabía qué decir.

Aquel era uno de ellos.

—¡Está mojada! —la increpó la niña.

Tragó saliva. Intentó explicárselo.

—Señorita, es que esta noche ha llovido inesperadamente. Anoche nos acostamos con el cielo despejado, pero…

—¿Y no te has dado cuenta de que se ha puesto a llover?

—¿Cómo quería que me diese cuenta, de noche y durmiendo?

—¿Y yo qué me pongo hoy?

Tenía mucha más ropa. Pero eso no podía decírselo. Si Natividad quería esa blusa, solo quería esa blusa. O quizá fuera una excusa más para meterse con ella.

—Puedo plancharla y, a lo mejor, con el calor de la plancha…

—¡Qué calor ni qué…!

Fue todo muy rápido. La chica arrojó la blusa con todo su mal genio sobre la mesa de la cocina. Una mesa de madera, antigua, adosada a la pared. La blusa cayó sobre el jarrón de cristal tallado que era su único adorno. No llevaba agua ni tenía flores. No era más que un objeto.

El jarrón cayó al suelo y se hizo añicos.

El estruendo sonó como un trueno.

Celia se quedó mirando el estropicio con el corazón en un puño. Natividad con los ojos muy abiertos. La devoción de la dueña de la casa por determinados objetos a veces rayaba en la obsesión. Y el ruido había sido demasiado evidente como para disimularlo.

Apareció Virtudes.

—¿Pero qué…? —Se encontró con los cristales rotos justo en la entrada de la cocina, a sus pies, y transmutó su cara. Una evidente desolación se la ensombreció. Le bastó con emitir dramáticamente—: ¡Oh, no!

Natividad miró a Celia.

Celia estaba pendiente de su señora.

Entonces, sobrevolando levemente el silencio de la escena, la criada dijo:

—Lo siento, señora.

Virtudes se enfrentó a ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con sequedad.

—Le he dado un golpe sin querer —dijo Celia.

El destello en los ojos de Natividad no llegó a traicionarla. Pero se

quedó petrificada. Llevaba demasiados castigos en el transcurso de las vacaciones como para saber que uno más podía ser el peor.

Virtudes miró a su hija.

La niña reaccionó.

—He entrado de pronto, se ha sobresaltado… —intentó justificar lo extraño de la situación.

Sobre todo porque la blusa húmeda seguía sobre la mesa, donde antes estaba el jarrón.

La dueña de la casa volvió a enfrentarse a su criada.

Grave.

—No sé qué te pasa, pero llevas unos días…

Celia bajó los ojos.

—Lo siento, señora.

—¡Estás con la cabeza en las nubes, y te has vuelto descuidada! —la acusó.

—Señora, de verdad que lo siento… —Dominó las lágrimas.

—Mamá, esta vez ha sido un accidente —la apoyó Natividad.

Era la primera vez que la chica defendía a Celia.

Algo extraño.

Pero Virtudes no quiso profundizar más. Se tomó unos segundos para evidenciar su disgusto. Luego, muy noblemente, se apartó de la entrada.

—¡Recoge esto! —Elevó la voz lo máximo que su dignidad le permitía—. ¡Y que conste que debería descontártelo de tu sueldo, solo que entonces no ibas a cobrar nada en meses! —Inició la retirada mientras ordenaba—: ¡Natividad, ven conmigo!

62

La culpa era de Consuelo.

Lo había dejado en pleno verano, cuando más quería y necesitaba hacer el amor. Cuando más y mejor podía hacerlo. En el fondo era como si le hubiese arrancado la razón.

¿Cómo, si no, justificaba haber ido a la habitación de Celia?

El puro y simple deseo.

Solo que ahora no podía olvidarla ni olvidar lo que había visto.

Aquel cuerpo turbulento, desnudo bajo la combinación transparente, con sus formas perfectas bañadas por la penumbra de la habitación. Un cuadro perfecto. Una escultura animada de proporciones áureas. Y aquel rostro blanco, puro, de labios entreabiertos y húmedos.

La habría besado de pies a cabeza.

Sin dejar un resquicio.

Consuelo no iba a volver. Aquel maldito hombre no era un cualquiera. Aunque luchara, aunque se las ingeniara para hacerle daño, entendía que no podría con él. Ella ya había decidido su camino.

Aunque rendirse no era una opción… ¿Qué le quedaba?

Una vez más, sus pensamientos fueron de un extremo a otro del tormento en que se acababa de convertir su vida. De Consuelo a Celia. De Celia a Consuelo. Unas veces odiaba a una y al momento deseaba a la otra. Y se intercambiaban. Llegaban a confundirse. Consuelo era la obsesión. Celia, el dolor.

Consuelo era el pecado exterior. Celia, el interior.

Fernando se pasó una mano por los ojos.

Tardó demasiado en apartarla.

No contó con que el coche de delante frenara inesperadamente, cuando no debía, para no llevarse por delante a un perro que había escapado de la correa de su amo.

No fue un golpe fuerte, conducían despacio, solo un choque leve.

Suficiente para que los dos automóviles se detuvieran y los dos conductores descendieran de ellos enfurecidos.

—¡Pero, hombre! ¿Por qué no está más atento?

—¿Y usted por qué frena sin más?

—¿Me va a echar la culpa a mí? ¡Usted me ha dado por detrás!

—¡A mí no me grite!

Los curiosos empezaron a arremolinarse a su alrededor.

Como siempre, tomando partido.

—¡Se cree que por tener un cochazo la calle es suya!

—¡Le he dicho que no me grite!

—¡Yo le grito si me da la gana! ¡Usted ha causado el accidente por no conducir concentrado, choca conmigo y encima baja dándose humos!

Por primera vez en su vida, Fernando Miramón supo lo que era querer matar a alguien.

Un desconocido.

Aunque eso daba igual. De pronto era alguien a quien odiaba. La suma de todos los odios amontonados en su ser. Consuelo, su nuevo hombre, Virtudes.

—¡Es usted un maleducado!

—¡Y usted un viejo que ya no debería conducir!

El guardia urbano del cruce ya corría hacia ellos.

63

Tardó un poco, pero Natividad regresó a la cocina justo a la hora en que Celia estaba preparando la comida. Amainada la tempestad, Virtudes leía un libro en el jardín. Joaquín apuraba siempre el momento de regresar a casa. Estaban solas.

Celia la vio aparecer de reojo. Continuó pendiente de lo que cocinaba. No sabía muy bien qué iba a suceder.

De hecho, había salvado a Natividad por puro instinto.

¿Qué mejor forma de conseguir que un enemigo cambie?

La chica entró en la cocina, se apoyó en la nevera y se cruzó de brazos. Estaba seria.

—¿Por qué lo has hecho? —acabó rompiendo el silencio.

Celia meditó un momento la respuesta.

—Ya la han castigado bastante estos días, señorita —dijo.

—¿Y a ti qué más te da?

—Prefiero que esté contenta y feliz. Además, son sus vacaciones.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más puede ser?

—¿No lo has hecho para que me congratule contigo?

—¿Congra… qué?

—Para que deje de gritarte. —Llegó a esbozar una sonrisa leve.

—Señorita. —Celia se enfrentó a ella—. Yo a usted no le he hecho nada, trabajo lo mejor que sé y puedo, y, si me equivoco o meto la pata, créame que lo siento. Nadie nace enseñado. Imagino que le cuesta comprenderlo, porque usted siempre ha tenido de todo, pero yo trabajo aquí y quiero que estén contentos, porque, si lo están, también lo estaré yo. —Tomó un poco de aire después de la perorata—. No sé si me explico.

—¿Has preferido que mamá te riñera a ti antes que vengarte de mí diciendo la verdad, que yo he roto el jarrón?

—Como le he dicho, a mí puede reñirme por cualquier cosa, pero a usted la habría castigado. Igual la hacía pasar una semana sin salir de casa.

Natividad llegó a reír.

—¿Así que ha sido por eso, para no tenerme que aguantar en casa de mala gaita?

Por una vez, Celia la secundó.

—Claro —dijo con un brillo en los ojos.

Era la primera vez que hablaban. La primera vez que Natividad no le gritaba. La primera vez que establecían un vínculo. Y, viéndole la cara a la niña, Celia supo que acababa de conseguir lo que, en otras circunstancias, habría parecido imposible.

Una comunicación, de persona a persona.

—Eres rara —mencionó la chica.

—No —aseguró—. Solo un poco mayor. Con los años verá que lo mejor para que las personas se relacionen es hablar, y, sobre todo, hacerlo en paz.

—Lo que digo, eres rara —insistió.

—A veces creo que está usted muy sola —se atrevió a decir.

Natividad acusó el golpe.

—¿Por qué crees que estoy sola? —quiso saber.

Celia ya no se detuvo.

—Su hermano es mayor, su hermana murió, usted llegó la última, casi como…

—Casi como para suplirla, ¿te refieres a eso?

Celia tuvo miedo.

Calló.

—Supongo que fui la sustituta, sí —admitió la chica—. Aunque ¿sabes algo? No me importa. Estoy aquí y es todo lo que cuenta. —Miró a la criada como nunca lo había hecho antes. Era la primera vez que no la despreciaba.

Una revelación.

Entonces agregó:

—Siento haberme equivocado contigo.

—Y yo siento lo de su blusa, se lo juro. ¿Pero cómo iba a imaginar que llovería?

—¡Bah, déjalo! Era una excusa para gritarte.

—¿Y por qué necesita gritarme siempre?

Natividad se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Sí, sí lo sabe. Me cogió manía desde el primer día.

—Supongo que eres demasiado guapa.

—No lo soy.

—Sabes que sí. —Tomó aire—. Ahora, de pronto, me parece una tontería. Pero hasta hoy… —Otro gesto vacuo—. Bueno, ya da igual. Lo que importa es que desde ahora sé que voy a poder contar contigo, ¿no?

—Si me hubiera dado una oportunidad, habría contado desde el primer día.

Natividad dio un paso hacia ella.

Le tendió la mano.

—¿Amigas? —preguntó.

Celia se la estrechó.

Era el primer peso que se quitaba de encima en muchos días.

—Gracias, señorita.

Natividad fue a salir de la cocina.

—Si mamá te hubiera hecho pagar el jarrón, yo te habría dado el dinero —se despidió de ella—. ¡Así que no sabes lo mucho que me alegro de que no lo haya hecho!

Celia volvió a quedarse sola.

De pronto, tenía una aliada.

Un rayo de luz y esperanza en las nuevas sombras de la casa.

64

El último beso, bajo el puente de la riera, era el más intenso.

Apretados uno contra el otro.

Hacía días que habían perdido la cordura, el último temor, a Dios, a la Guardia Civil, a cualquiera que pudiera impedirles amarse. Ya no eran solo besos, se comían el uno al otro. Celia nunca había sentido nada parecido. León estaba a punto de estallar. Ella, de pronto, lo necesitaba. Él, inesperadamente, lo tenía.

Puntos de encuentro.

El último tren que podía coger León iba a salir en menos de quince minutos, con suerte veinte si iba con el habitual retraso. Luego, Celia tendría el tiempo justo para llegar a casa a la carrera. El día declinaba con la paz de todas las tardes de verano. Lo único malo era amarse en la riera, bajo el puente, donde el olor a podrido nublaba a menudo los sentidos. Había agua encharcada. A veces las ratas correteaban cerca.

—Celia…

León se apretó más y más contra ella. Le hundió el bulto sexual en la pelvis. Sin apenas darse cuenta Celia se abrió de piernas, permitió que el bulto se le encajara en el hueco. Ya no razonaban, solo se dejaban llevar. Antes de que él pudiera impedirlo, notó la llegada del orgasmo.

No se retiró.

Se dejó arrastrar y gimió.

—¡Oh, Dios…!

Celia no supo qué estaba pasando hasta que los gemidos se prolongaron y el jadeó la alcanzó de lleno, embriagándole el oído. También porque la humedad atravesó el pantalón de su novio y le llegó a las bragas.

Una humedad cálida y hermosa.

—¡León! —Se estremeció.

Tampoco ella se separó de él. Era la primera vez que experimentaban algo parecido, pero el instinto superaba cualquier otra percepción. No había vergüenza, no había repulsa, no había asco, no había miedo. Todo lo que tenían se lo estaban dando en ese instante.

Y lo que tenían, lo que sentían, era amor.

No la penetraba, pero fue igual que si lo hiciera. No lo sentía dentro, aunque lo notó de una forma tan o más profunda que si acabase de consumar el acto. La tormenta erótica duró apenas unos segundos, hasta que él dejó de temblar y se quedó quieto.

Siguieron abrazados.

—León…

—Lo siento… —exhaló.

—¡No! ¿Por qué? ¡Ha sido precioso!

—¿De verdad?

—¡Yo te lo he provocado! —Celia se separó un poco para mirarlo—. ¡Yo te he hecho esto! ¡Y tú lo has sentido! ¿Cómo no va a ser precioso? ¡Me siento halagada!

—No sé qué me ha pasado —jadeó él.

—Yo sí —sonrió ella.

León la besó por última vez. Al apartarse lo suficiente se miró la entrepierna. La mancha oscura era visible en mitad de su bragueta. En la falda de Celia la zona mojada era menor, quedaba más disimulada.

—¿Cómo voy a coger el tren ahora? —se preocupó el chico.

—Ponte la chaqueta anudada en torno a la cintura —le propuso Celia—. Así no se verá.

La obedeció. Era inútil tratar de disimular la mancha. Se pasó un pañuelo por la parte interior del pantalón y acabó poniéndolo entre el sexo y los calzoncillos. Lo hizo sin quitarse nada, por miedo a que pudieran sorprenderlos. Celia no dejó de mirarlo. Se quedó incluso con las ganas de pedirle más, que la permitiese mirar, tocarlo, que la tocase…

Se estremeció.

¿Se estaba volviendo loca?

Aquello era pecado, pecado, pecado…

El pecado de la maldita Iglesia…

—Celia. —Recuperó la normalidad.

—¿Qué?

—¿Qué pasará el próximo jueves?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si vuelve a suceder?

—Podemos ir a algún lugar apartado, estar solos, mirarnos, descubrirnos, acariciarnos…

—¿Estás segura? —León abrió los ojos sorprendido.

—¿Cómo evitar esto? —suspiró ella.

—¿Volverá a pasar?

—Claro.

—¿Y vamos a seguir así hasta que nos casemos?

La pregunta flotó en el aire.

Celia ya no tenía respuesta para algo como eso.

—Celia —insistió León—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—¡Por supuesto que lo sé!

—Esto ya no es como era antes —dijo él despacio, sin dejar de mirarla a los ojos—. Ahora las parejas se acuestan. Si lo hacen los americanos, ¿por qué no nosotros?

—¡Porque aquí es diferente! —argumentó ella con un deje de tristeza.

—Somos de carne y hueso igual.

—Pero está la Iglesia, y la Guardia Civil… ¡Podrían detenernos por inmorales! ¡Hasta podría quedar embarazada!

—Entonces nos casamos y ya está —lo expresó de la forma más natural.

—¡León!

—¡Nos casaremos igual!

—¿Pero de qué viviríamos?

—Mira, Celia. —Su tono era vehemente—. Cada vez lo tengo más claro. En septiembre vamos a estar juntos, te lo prometo. Yo no voy a esperar años, como hacen todos los novios de ahora mientras se consumen de ganas —sonrió de pronto—. ¿O quieres que me manche

los pantalones cada vez que nos veamos?

—¡Tonto! —Le dio un golpe con la mano abierta en el brazo.

—Esto ha sido lo más bonito que me ha pasado desde que te conocí, desde el primer beso, desde el primer día que nos tocamos bajo el agua. —Señaló su entrepierna—. Creo que ha sido una revelación. Cuando se da un paso hacia delante, cuesta mucho darlo de nuevo hacia atrás.

Celia se quedó sin argumentos.

De todas formas no podía pensar.

Por si faltara poco, en ese momento escucharon el silbido del tren acercándose a la estación.

65

La llamada de Leandro Feliu se produjo a última hora de la tarde. La única que quedaba en el despacho, junto con él, al pie del cañón, era su secretaria. La vio asomar la cabeza por el hueco de la puerta en lugar de usar el interfono.

—Señor Miramón, su abogado.

—Gracias.

Ella cerró la puerta. Él descolgó el auricular. Se tomó dos segundos de pausa antes de hablar.

—Hola, Leandro.

—Bien, ¿qué tal tú? —le correspondió su interlocutor.

—Ya ves. A estas horas y todavía aquí.

—Míralo él. ¿Y qué crees que hago yo, llamarte desde Castelldefels tomándome una cerveza?

Fernando no estaba para charlas triviales.

—¿Hay alguna novedad?

—Sí y no —dijo el abogado—. Sí, porque lo hay. Y no, porque lo que hay no es nada.

Apretó el puño libre.

—Cuenta —le pidió.

—La empresa, Hilaturas Roes, va viento en popa, es seria, tiene

capital y una buena área de negocios. Sirven a todas las grandes cadenas nacionales y también exportan. Comenzaron como dice el nombre, con simples hilaturas, la parte más baja del negocio, pero poco a poco se han ido expandiendo a lo largo de estos últimos diez años, han crecido, y ahora fabrican de todo. Por si faltara poco, lo que hacen es de calidad. Y si el jefe, Facundo Roura, es un lince, más listo que el hambre, el segundo de a bordo y socio, tu Luis Escribá, no le va a la zaga. Viaja bastante, abre mercados, es muy innovador y brillante. Los dos forman un tándem muy efectivo. Por supuesto, como vi tu interés y me lo sugeriste, le puse una sombra, para ver si era trigo limpio también en lo personal.

Una sombra. Un detective.

Fernando esperó la última andanada sabiéndose derrotado de antemano.

—¿Y?

—Nada. Un tipo escurridizo aunque transparente. Vive bien y al día. Buena ropa, buen coche y buen gusto. Ha tenido varias relaciones, todas sin importancia, esporádicas. Desde hace poco sale con una tal Consuelo Villagrasa, una viuda atractiva, y, en este caso, parece que va en serio. Como te digo, un mirlo blanco. No tiene antecedentes, ni fichas policiales anteriores al 36, ni siquiera participó en la guerra. Estaba fuera de España. Así que… —Leandro Feliu hizo una pausa para ponerle punto final a su informe—. Dudo que tengas mucho por donde meterle mano si esa era tu intención.

Fernando se sentía vacío, sin fuerzas.

—De acuerdo —desgranó—. Gracias, Leandro.

El abogado se resistió a colgar.

—Me dijiste que no era nada personal, que solo se trataba de negocios —le comentó.

—Sí, en efecto.

—¿Seguro que no hay nada más?

—No, nada más. Olvídalo.

—Sabes que tenemos confianza, ¿no? Puedes contármelo.

Confidencialidad abogado-cliente.

Solo que a Leandro Feliu le importaba una mierda saber más de lo

que ya sabía.

—Te lo dije —repitió Fernando—. Negocios. Siempre quiero conocer los puntos débiles de las personas por si he de tratar con ellas. Eso es todo y en este caso… Nada, ya está. Buen trabajo.

—¡Siempre lo mejor! —se jactó su amigo.

—Buenas noches —se despidió Fernando.

Leandro Feliu le dijo algo más, pero ya no lo escuchó. Colgó el auricular y se quedó sentado en la silla sin moverse.

Continuaba igual quince minutos después, cuando su secretaria entró para decirle que se iba.

Intermedio 10

1992

No había nadie en el nuevo piso de Carlota Miranda, y tampoco en la puerta frontal a la suya. Vaciló sin saber qué hacer. Podía probar en la planta superior o en la inferior, al azar. Pensó que lo más lógico sería el piso de abajo y llamó al timbre. Tuvo que hacerlo dos veces antes de que una tos quejumbrosa le anunciase que alguien iba a abrir, y no precisamente en las mejores condiciones. Acertó. La anciana que apareció en el quicio tendría más de ochenta años y, o era muy bajita, o había menguado con la edad. Se lo quedó mirando con ojillos empequeñecidos y cansados, a la espera de que hablase primero.

—Estoy buscando a su vecina del piso de arriba —dijo Eduardo—. ¿Sabría decirme a qué hora llega?

—No sé —musitó la mujer sin apenas voz.

—¿Y dónde trabaja o…?

—No sé.

Comprendió que no iba a sacarle mucho más, y que no valía la pena seguir. Se excusó y bajó de nuevo la escalera. Al llegar no había visto a la portera. El cubículo seguía vacío, por lo que decidió esperar en la entrada.

Fueron apenas tres minutos.

La portera llegó corriendo y con una bolsa de la farmacia. Al ver que la esperaba se deshizo en excusas.

—¡Ay, señor, lo siento, es que si no iba ahora a comprar mis medicinas…! ¿Hace mucho que espera?

—No, no —la tranquilizó—. Estoy buscando a la señora del tercero, Carlota Miranda. Querría saber a qué hora suele llegar a casa.

—Tarde —le endilgó sin más antes de aclararle—: No siempre viene directamente al salir del trabajo. Desde la separación… Bueno, sale con amigas o va a tomar algo. Últimamente para poco en casa.

—¿Y dónde trabaja?

Debió de pensar que siendo un hombre, y la vecina una mujer separada, toda precaución valía. Lo escrutó, como una madre escruta a un buen partido, y se lo dijo:

—En El Corte Inglés de la plaza de Cataluña, pero como no la espere a la salida del personal… No les gusta que las empleadas reciban visitas en horas de trabajo.

—La verdad es que no la conozco. ¿Podría decirme cómo es?

Pensó que eso la pondría en guardia, pero no. Tampoco.

—La reconocerá enseguida, señor. Ella es única entre mil, se lo aseguro. Es alta, muy guapa y elegante, el cabello negro, precioso, con mucha prestancia, no sé si me entiende. Hoy llevaba un conjunto verde.

—Gracias, ha sido muy amable. —Inclinó la cabeza caballerosamente.

—¡Oh, no tiene importancia! Para eso estamos.

A veces se preguntaba cómo se las apañaban los detectives americanos en unas ciudades llenas de rascacielos sin porteras o con urbanizaciones de casitas individuales separadas unas de otras.

Capítulo 11

Agosto de 1959

66

La furia de Fernando llegaba a ahogarlo.

Lo consumía.

Se acostaba pensando en Consuelo, imaginándola con el otro, haciendo el amor, riendo y olvidando todo lo pasado para renacer como una nueva diosa. Se levantaba o bien solo en Barcelona, frustrado, o al lado de Virtudes, todavía más desalentado. Estaba atado y lo sabía. Atado de pies y manos. Socialmente no podía liarse la manta a la cabeza. Pero ahora, además, ya era tarde.

Tarde para todo.

Consuelo estaba enamorada.

Leandro Feliu se lo había dicho: el tal Luis Escribá parecía intachable, un hombre de negocios, un triunfador, alguien que encajaba perfectamente en el perfil amoroso de Consuelo. No, no había vuelta atrás.

Salvo hacerle daño.

¿Cómo?

Y menos en aquel estado, celoso, paranoico. Aunque lo consiguiera, Consuelo intuiría la verdad, la causa. Entonces sería ella la que podría vengarse de él. Le bastaría con ir a ver a Virtudes y contárselo todo.

Estaba atado, sí, de pies y manos.

Lo único que podía hacer era resignarse, olvidar.

¿Pero cómo resignarse, él, que siempre había peleado hasta la última gota de sangre por todo, sin rendirse jamás? ¿Y cómo olvidar, si cerraba los ojos y veía a Consuelo, la sentía aún entre sus brazos y tenía el sabor de su saliva en la boca y el de su sexo en el olfato?

Se estaba volviendo loco.

Quería matar, como había querido matar al estúpido del accidente de coche días atrás.

Agosto, vacaciones en Blanes.

Como si no pasara nada.

Y pasaba de todo y más.

Fernando se miró en el espejo del cuarto de baño. Vio a un hombre sesentón, cansado y frustrado. Estuvo a punto de romperlo, hacerlo añicos.

Se detuvo porque sabía que aquello eran siete años de mala suerte.

67

Joaquín esperó a que su madre estuviera en misa, su padre dando un paseo matutino, para comprar el periódico, y Natividad jugando con unas amigas vecinas. No siempre iba a tener una oportunidad como aquella, así que se lanzó a tumba abierta, sin pensárselo ya dos veces. Masturbarse cada noche pensando en ella no le servía de nada, solo para excitarlo todavía más.

Celia estaba en el comedor, recogiendo el desayuno.

—Señorito Joaquín —se sorprendió un poco al verlo—. ¿No ha salido?

—No.

—¿Quiere algo? —trató de continuar con su cometido.

—Hablar contigo.

Vio cómo ella vacilaba. Primero se detuvo en seco; después se escuchó el tintineó de las tazas al temblar en sus manos. No dijo nada.

—Primero quería pedirte perdón —continuó él.

—No tiene por qué, señorito —habló ella con voz apagada.

—Sí —se reafirmó Joaquín—. Lo que hice aquella noche estuvo mal.

Celia no supo si seguir, como si tal cosa, o salir del comedor para no quedarse paralizada.

—Todos hacemos chiquilladas alguna vez. Para eso somos jóvenes e inconscientes —le aseguró.

—Yo… estaba equivocado, ¿sabes?

—¿Equivocado, señorito?

—Confundí las cosas. No sé si me explico —trató de dar firmeza a sus palabras para que no sonaran torpes.

—No pasa nada, de verdad. —Dominó la inseguridad Celia.

—Quiero que sepas que te quiero.

Tuvo que dejar lo que estaba recogiendo de nuevo en la mesa. Se le aceleró el corazón. Si con León lo hacía en un sentido, ahora lo hizo en otro diametralmente opuesto. Podía esperar cualquier cosa menos aquella. Podía imaginar cualquier locura de un chico de dieciséis años menos aquella.

—Señorito, ¿qué dice? —balbuceó.

—Que estoy enamorado de ti.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó ya sin contenerse.

—¿Por qué no puede ser?

—¡Porque soy mayor que usted! —dijo lo primero que se le ocurrió.

Joaquín seguía al otro lado de la mesa. No había posibilidad de que la alcanzara, la tocara o intentara algo. Tampoco parecía que fuese esa su intención. No era más que un chico con cara de dolor de estómago expresando un sentimiento.

Por una vez, sincero.

—Eso no cuenta para nada —insistió él—. Yo parezco mayor y tú más joven. Escucha…

—No. —Lo detuvo levantando las dos manos con los dedos muy abiertos, como si quisiera despertar de una pesadilla—. ¿No se da cuenta? ¡Soy la criada!

—Dejarás de serlo.

—¡Eso es imposible! ¡Aunque yo le correspondiera, aunque…! —se quedó sin argumentos nada más empezar, pero encontró otros, los más evidentes—. ¡Pensarían que le he seducido o algo así! ¡Que soy una aprovechada! ¡Su madre me mataría, y su padre…! ¡No quiero ni imaginarlo! ¡Me echarían a patadas!

—No les dejaría. Hablaré con ellos.

—¿Quiere que le manden interno a algún lugar? ¡Porque eso es lo que harán sin duda!

Joaquín siguió sin dar su brazo a torcer.

—¿Es por él? —preguntó.

—¿Él?

—Ese con el que te han visto.

Estaba acorralada, pero tuvo el valor de decírselo.

—Es mi novio, sí.

Esta vez, Joaquín acusó el golpe. La palabra «novio». Verla a ella tan firme y segura.

Una Virgen blanca.

—¿Quieres ser una desgraciada toda tu vida?

—Eso es cosa mía, señorito.

—Piensa en lo que puedo ofrecerte.

—Tiene dieciséis años —se lo repitió—. No puede ofrecerme nada. Usted tiene su vida y yo la mía, y somos de mundos distintos. ¿Es que no lo entiende? Por favor… No me haga esto, por favor…

Cerró los ojos, se abrazó a sí misma y se puso a llorar.

El silencio se hizo extraño.

Amargo.

Cuando volvió a abrirlos, temiendo encontrárselo a su lado, vio que estaba sola, que Joaquín se había ido.

68

León leyó la carta que acababa de escribir, para estar seguro de que era correcta y no faltaba nada. Lo hizo en voz alta, como si así la vehemencia fuese mayor, más allá de cada palabra escrita. Tampoco era muy larga. Más bien se trataba de algo conciso y breve. Lo que tenía que decirles era simple.

> Queridos padres:
>
> Espero que estéis muy bien de salud.
>
> Yo me encuentro feliz por dos motivos. El primero, que se acerca el día de mi licencia y quedaré libre de esta carga que me ha supuesto el servicio militar, tan lejos de vosotros. El segundo es el mejor. Ya os hablé de ella, de Celia. Quiero que sepáis que estoy muy enamorado, y que ella lo está de mí. Está decidido

que voy a quedarme en Barcelona a trabajar, porque aquí oportunidades no faltan, hay trabajo para todos y un futuro asegurado. Cuando encuentre el trabajo adecuado, y tengo ya algunas cosas apalabradas o en perspectiva, mi intención es casarme, sin esperar mucho más. Lo haré porque así lo deseo, pero también para que Celia no siga siendo una simple criada. No quiero que sirva a nadie ni tenga que aguantar a unos señores que, por más que digan quererla, siempre serán unos amos. En cuanto podamos, iremos a veros, los dos, para presentárosla. Sé que la querréis de inmediato como si fuera vuestra hija. Y si no fuera posible que viajáramos nosotros, porque ella aún tuviera que trabajar, podríais venir los dos a Barcelona y así la conoceríais igual.

Papá, ella es la mujer de mi vida. Nunca podría querer a otra, como tú siempre quisiste a mamá y así ha sido siempre. Mamá, Celia es la mujer más dulce que puedas imaginar. Os pareceré un tonto enamorado, pero es que lo soy y lo estoy. ¿Qué más puedo deciros? Soy tan feliz que ni me lo creo, y eso que es muy duro verla únicamente un día a la semana. Espero que, cuando acabe el verano y vuelva a Barcelona, eso cambie. Parece mentira lo rápido que a veces van las cosas, pero, en lo que respecta al corazón, él es el que manda. No se puede hacer nada.

En vuestra última carta me decíais que, si necesitaba dinero, podíais enviarme algo. Bien, de momento no lo necesito. Veremos más adelante, si he de alquilar un pisito para ella y para mí.

Sobre lo de que nos quedemos a vivir en el pueblo como sugeristeis… Veréis, Celia también nació y creció en uno. Somos tal para cual. Venimos los dos de lugares pequeños y aislados. Necesitamos algo más, y es lo que pretendemos encontrar en Barcelona.

Sea como sea, ni ella olvidará a su abuela, su única familia, ni yo a vosotros. La vida da muchas vueltas, pero la familia es lo único constante.

Podéis seguir estando orgullosos. Os quiere,

VUESTRO HIJO LEÓN

Estaba bien.

Decía lo que tenía que decir. Sabía que su madre lloraría y su padre se quedaría serio, según su manera de reaccionar siempre. Luego, a lo mejor, intercambiarían algunas palabras, comentarios breves. Más tarde ella la leería otra vez, a solas. Y, más tarde, él también lo haría, a solas.

Sí, era una buena carta.

Una carta que abría puertas y ventanas al futuro.

Fernando se había quedado de una pieza al oír a su mujer decirle a Celia:

—Hoy te vienes con nosotros a la playa. Ponte el bañador, que podrás darte un chapuzón. Como vamos el señor, Natividad y yo, necesitaremos ayuda para tanto bártulo, las sillas, el parasol…

La playa con Celia.

La había visto aquella noche, prácticamente desnuda, pero inanimada, en la cama, envuelta en la penumbra. Ahora la veía a pleno sol, en traje de baño, con su piel blanca de porcelana y aquel cuerpo de joven diosa en plenitud.

Algo tan joven y bello.

Tanto que… ¿le dolía?

Sí, esa era la palabra exacta.

Le dolía.

Como ver una obra de arte animada.

Primero les había ayudado. Era la criada. Para eso estaba. Para eso había ido con ellos. Incluso parecía que, de pronto, ella y Natividad se hubieran hecho amigas. Sorprendente. Pero después de instalarse, cuando Virtudes le dio permiso para darse un baño y se había despojado de todo para quedarse solo con el bañador…

Un bañador horrible y barato, por cierto, pero bañador al fin y al cabo.

Verla chapotear en la orilla era como ver un delfín jugando.

Fernando intentaba no mirarla.

Fingía leer el periódico bajo la sombrilla.

—Fíjate, en el fondo es una niña, ¿verdad?

—¿Qué?

—Celia —insistió su mujer—. ¿No la ves en el agua?

—Ah, no, no —mintió—. ¿Dónde está?

—Ahí delante, saltando sobre las olas.

Nunca había ido a la playa con Consuelo.

¿Por qué?

Ahora estaba allí, con otro pecado hecho carne.

Vivo y libre.

Experimentaba una rara sensación por sentir aquel deseo. Por un lado, los más de cuarenta años de diferencia. Un abismo. Casi un caso de pederastia. Pero, por el otro, no era más que un hombre, y ella, una mujer.

Un hombre que se estaba volviendo loco.

Sí, la culpa era de Consuelo y solo de ella.

Era como si lo empujase.

—El día menos pensado se nos echa novio —continuó hablando Virtudes.

—¿Qué quieres decir? —murmuró él.

—Es demasiado angelical para pasar desapercibida.

—Está en la edad —dijo por decir algo.

—No me gustaría perderla. Es muy trabajadora. Y creo que la he enseñado bien. Ojalá nos dure años. Mira, hasta Natividad ha acabado apreciándola. Y eso que parecía andar siempre a la greña con ella.

Fernando miró a su hija. Ahora se salpicaba con Celia.

Continuó fingiendo leer el periódico.

Sin dejar de observar a Celia.

—Espero que, si llega el momento, le hagas de padre —concluyó la conversación Virtudes.

Su marido ya no le contestó.

70

Hubiera podido ir con ellos a la playa.

Ver a Celia en bañador.

Pero eso habría sido peor, así que ahora estaba en la casa, solo. En la casa y en la habitación de Celia.

En su cama.

Masturbándose una vez más con su foto delante y unas bragas de ella en la mano libre.

Unas bragas con su olor porque las había cogido de la ropa sucia.

La odiaba por rechazarlo. La quería porque no se la arrancaba de la

cabeza. La deseaba como nunca había deseado a nadie en la vida.

Y era la primera vez que le dolía.

Eso decían del primer amor, que era el mejor y el peor a la vez.

El dolor silencioso, invisible.

Lo malo era que tendría que seguir viéndola, en Blanes, en Barcelona al regresar, día a día, semana a semana, siempre tal vez. Era la criada.

La maldita criada.

Y él, su «señorito».

Se corrió gimiendo suavemente, tratando de no manchar la cama, con las bragas en la nariz, y cuando acabó se dejó caer hacia atrás, boca arriba, mirando el mismo techo vacío que miraba ella cada noche al acostarse y cada mañana al levantarse. Le costaba muy poco hacerlo, era rápido. Y le gustaba, pero sabía que no siempre podría conseguirlo así, falseando la realidad.

¿Y si iba a por una de las chicas del grupo, Beatriz?

Era guapa, estaba bien, tenía su edad.

Todos decían que él le gustaba.

Si ella se dejaba y cerraba los ojos, podía imaginar que era Celia.

¿Pero qué chica sería capaz de acostarse con un chico a los dieciséis años para probar o por amor? España no era América. España era la Iglesia.

Pasó un buen rato en la habitación de ella.

Cuando se marchó, se juró a sí mismo que se trataba de la última vez.

71

Virtudes entreabrió una vez más los ojos al moverse Fernando en la cama como lo haría un oso herido. Cada vez que se daba la vuelta, a uno y otro lado, todo temblaba, el colchón crujía, las sábanas se revolvían. Y no solo era el movimiento. También estaban los largos jadeos, los suspiros, las imprecaciones emitidas en voz baja, como los quejumbrosos lamentos de un caballo presa de los nervios.

Podía decirle algo, pero no lo hacía.

Podía preguntarle qué le pasaba, pero prefería callar.

¿Cuántos días llevaba así?

Todos y cada uno de aquellos días, desde el inicio de las vacaciones, con él en Blanes todo el tiempo.

Eso solo significaba una cosa, problemas en el trabajo. La clase de problemas que nunca compartía con ella, que se guardaba para él tanto «para no preocuparla» como por el simple hecho de que «no lo entendería».

Y no, no quería entenderlo.

Los negocios eran cosa de él. La empresa era suya, la de los Miramón. El dinero llegaría igualmente. Además, ella era una Crussat. La fortuna familiar estaba asegurada. Si Fernando no conseguía conciliar el sueño, allá su marido. Lo único malo era que en ocasiones le traspasaba el malestar y el insomnio.

Aunque nunca se quejara.

Lo decía la señora Elena Francis, una buena esposa nunca se quejaba.

Se alegró de que Fernando se levantara de la cama después de la enésima vuelta. Sabía que a veces se iba al jardín y se sentaba en la tumbona, al fresco. Sabía que a veces se ponía a leer un rato en la sala. Sabía que, así, ella podría cerrar los ojos y dormir en paz.

Tranquila.

Si Fernando se levantaba de la cama, los problemas se iban con él.

Le oyó salir de la habitación, en silencio. Creía que ella dormía, claro. Cerró la puerta y Virtudes se acomodó lo mejor que pudo en su lado. Solo pidió que Fernando tardara en regresar. Le bastarían diez o quince minutos para conciliar el sueño. Un sueño capaz de resistir su vuelta.

Pensó que ojalá tardase más.

Una hora.

No le habría importado.

Esta vez, Celia dormía.

Cansada, agotada, feliz, todavía llena de sol.

Dormía y creía que soñaba.

León la acariciaba. León la besaba. León le hablaba de todos sus maravillosos planes. Se hallaban en el bosquecillo en el que se refugiaban para estar solos, o bajo el puente de la riera, donde él se había manchado el otro día. Benditos fueran los cuerpos humanos, capaces de expresar de una forma tan natural lo profundo de los sentimientos. Benditos fueran porque no podía haber pecado ni culpa en ellos si todo se producía de aquella manera tan dulce. Sí, benditos una y mil veces, porque solo el amor era capaz de tanto.

Dios no podía exigirle nada, ni ella rendirle cuentas, porque, si el amor venía de Él, Él era el que les daba sus cuerpos para ser libres.

—León… —susurró en sueños.

Y gimió.

Un gemido tan profundo, tan acusado, que la hizo abrir los ojos.

Entonces vio la luz de la vela, sobre la silla.

Lo vio a él.

Sentado en la cama, a su lado.

—¡Señor! —susurró espantada intentando incorporarse.

Fernando lo evitó.

Bastó con ponerle la mano en el pecho para devolverla a la cama, boca arriba.

En un gesto instintivo, Celia se bajó la combinación, subida por encima del sexo, y se tapó el pecho.

Su amo no dijo nada.

No hizo nada.

La vela, iluminándolo de lado y desde abajo, le confería un aspecto casi siniestro. Los ojos mortecinos, el sesgo de la boca recto y tenso.

Si León no la había acariciado en sueños…

—Señor, ¿qué hace? —Tembló.

Fernando le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Tranquila —musitó.

—No, por favor…

La mano bajó por la mejilla, el cuello. Le apartó la de ella y, cuando

cayó muerta a un lado, le acarició el pecho, por debajo de la combinación.

Las yemas rozaron el pezón.

—No… —gimió Celia de nuevo.

—Seré bueno contigo —dijo él—. Yo te cuidaré. Te protegeré. No te haré daño, pequeña. Confía en mí.

—Gritaré —lo amenazó.

El dueño de la casa movió la cabeza de lado a lado. Había una total seguridad y convicción en su voz cuando dijo:

—No, no lo harás. Sabes que será peor, ¿verdad? Nadie va a creerte. Tú solo has de dejar… ¿Comprendes? Tú solo has de cerrar los ojos y confiar en mí. Yo lo haré todo. Vamos, Celia.

Se puso en pie y el pantalón del pijama, ya desabrochado, se le cayó hasta los pies. Celia no quiso mirarlo. Sin darse cuenta hizo lo que él acababa de pedirle, cerrar los ojos.

Fernando le volvió a subir la combinación.

Se puso encima de ella y le abrió las piernas.

Pareció mirarla, contemplarla un buen puñado de segundos.

Celia ya no era Celia. Era una estatua. Un pedazo de piedra blanda incapaz de sentir nada.

Salvo dolor, cuando él la penetró por primera vez.

Y asco, cuando él la besó y le puso la lengua en la boca.

Intermedio 11

1992

Llevaba media hora esperando en la puerta de la salida de empleados de El Corte Inglés de la plaza de Cataluña cuando la vio aparecer.

Y no solo la reconoció por el traje verde.

La portera se la había descrito como una mujer alta, morena, bien conservada y de mucho empaque, y tenía razón. En todo. Si Celia era menuda y angelical, la amiga era todo lo contrario. Podía definirse como «un pedazo de señora». Caminaba junto a dos compañeras, charlando animadamente, como si a su espalda no llevara toda una jornada laboral. Eduardo vaciló un instante. Por suerte, al llegar al borde de la acera, las amigas se fueron en una dirección y ella se dispuso a cruzar la calle.

Fue el momento de abordarla.

—¿Señora Carlota? —prefirió emplear el nombre antes que el apellido.

La portera también le había dicho que estaba separada, así que mejor llamarla por su nombre de pila.

—¿Sí? —Frunció el ceño.

Eduardo le tendió la tarjeta.

—¿Podría hablar un momento con usted?

La mujer la leyó atentamente. Lo miró. Seguía con el ceño fruncido, pero esbozó una leve sonrisa de media boca, curvando la comisura del labio hacia arriba.

—¿Un detective?

—Sí, señora.

—¿Y de qué quiere hablar un detective conmigo?

—De Celia García.

La sorpresa fue total. Un impacto. Arqueó las cejas y no ocultó su asombro. Le devolvió la tarjeta en silencio.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—La estoy buscando —rectificó—. Bueno, en realidad a quien busco es a su hijo David. Pero entiendo que de una forma natural dar con una es dar con el otro.

—¡No te fastidia! —suspiró.

Eduardo no llegó a calibrar el alcance de la expresión.

—¿Sucede algo?

—No, no. Es que después de tantos años… ¡Dios, es como retroceder en el tiempo y ver a un fantasma! Ni siquiera sé qué puedo decirle yo.

—Probablemente más de lo que imagina.

Carlota le echó un vistazo al reloj.

—Podemos quedar mañana, o cuando quiera —le propuso él—. En caso de que le venga bien ahora, nos sentamos en algún lado y lo arreglamos en unos minutos. Lo que usted me diga.

—Me iba a casa —dijo con indiferencia antes de asentir y agregar—: Venga, invíteme a algo, ¿le parece?

—Perfecto.

Carlota tomó la iniciativa y echaron a andar en dirección al centro de la plaza. Apenas si intercambiaron unas palabras mientras se dirigían a donde ella hubiera decidido llevarlo.

—¡Menuda sorpresa!

—Lo imagino.

—Vaya por Dios… ¡Celia!

—¿Siguen en contacto?

—¡No, qué va! Vista y no vista. ¡Despareció! Muy suya. ¿Quién está buscando a David?

—Una mujer de apellido Canals.

—¿Y por qué?

—No lo sé.

Llegaron a la esquina de la plaza con la calle Pelayo. Había mesas libres en la terraza exterior del Zúrich, pero hacía todavía un poco de frío como para estar a la intemperie. Carlota se asomó al interior y sonrió al ver una mesa libre al lado de la otra puerta. Cruzó el espacio

con paso firme, llamando la atención de un par de hombres, que la miraron y admiraron distraídamente, y ocupó la silla del otro lado para dejarle la más próxima a él. Se quitó el abrigo y lució palmito con un vestido ceñido y de generoso escote. No iba muy maquillada, no lo necesitaba. La luz de su rostro eliminaba todas las incipientes arrugas de la edad, ya superados los cincuenta.

—Aquí estamos bien, ¿verdad?

—Sí —dijo Eduardo.

Prefirió no empezar la charla hasta haber pedido. El camarero se les acercó de inmediato. Ella tomó de nuevo la iniciativa.

—Un chocolate con una pasta, chato.

—Café con leche —pidió él—. Corto de café.

Se quedaron solos, con un mundo bullicioso a su alrededor pero ajeno a ellos. Estaban cara a cara, separados por apenas un metro. Eduardo podía oler el perfume de su interlocutora. Ella podía asomarse al interior de él.

—¿Es emocionante?

—¿Ser detective? —lo pilló—. Depende.

—Seguir a maridos infieles y cosas así.

—También hay casos de mayor enjundia.

—¿El de David y su madre lo es?

—Cuando una persona desaparece y otra la busca, suele ser por algún motivo en ambos casos. Pero un buen detective es discreto con relación a su cliente. ¿Le suena el apellido Canals?

—No.

—Poco más puedo decirle.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—No ha sido fácil de encontrar. Di con las cartas de Celia a su abuela antes de que la mujer muriera. En ellas había dos remites. El primero era la dirección de los dos ancianos a los que Celia cuidó un tiempo. Usted vivía cerca. Imagino que se hicieron amigas entonces. Al final un tal Simón me ha dado sus siguientes señas y allí una mujer tenía la actual, donde finalmente la portera me ha dicho que trabajaba en El Corte Inglés.

—¿Así que ha estado con el guaperas? —Se le iluminó la cara con

un deje de sorna.

—¿Quién?

—¡Simón!

—Sí. Él me ha dicho que usted y Celia eran amigas.

—Increíble.

—¿Por qué lo llama «el guaperas»?

—Porque iba de guapo, de los que se creen irresistibles. Celia y él hacían buena pareja en lo visual, pero de carácter… la noche y el día. No me extrañó que no siguieran. A veces me he preguntado qué habrá sido de él.

—Se casó con una tal Ana y ahora está al frente del colmado.

Carlota soltó una buena carcajada. La miraron desde las mesas cercanas.

—¡Lo sabía! —gritó—. ¡Esa bebía los vientos por él, seguía al acecho, esperando su momento, y ya con más de treinta años… estaba bastante granadita, la pobre! ¡Imagino que a la que se le puso a tiro…! —se calmó—. ¡Ay, Señor, cómo es la vida! Al final todo encaja y cada cual se lleva lo que busca o lo que merece. Pero bueno… —Plegó los labios, feliz, y mostró su pleno deseo de colaborar—: Venga, ¿qué quiere que le cuente de aquellos días?

Eduardo no pudo hablar. Apareció el camarero con el pedido. Colocó en la mesa el chocolate y la pasta para ella y el café con leche para él. Luego aguardó a que Eduardo le pagara. Comercio con dos puertas, difícil de guardar. Cobro inmediato. Cuando se alejó, feliz con la propina, volvieron a quedarse solos. Carlota no esperó a hincarle el diente a la pasta. Luego la mojó en el chocolate. De alguna forma Eduardo supo que no era una simple dependienta de El Corte Inglés. Quizá encargada, jefa de sección.

Bebió un sorbo de su café con leche y empezó:

—Todo el mundo me dice que Celia era muy buena persona, y que David era un joven modélico, buen estudiante. También que los dos estaban muy unidos.

—Unidos es poco. Uña y carne.

—Normal siendo madre e hijo y estando solos, ¿no?

—Era más que eso. —Masticaba y hablaba al mismo tiempo, pero

con delicadeza—. Celia llevaba una pesada carga encima, y se volcó en David de una forma casi obsesiva. Tenía una bola de plomo en su cabeza así de grande. —Separó las dos manos—. Y no es que lo sepa porque me lo contara todo, qué va. Encima era una ostra. Abrirse, lo que se dice abrirse, nunca. De no ser por la noche de la borrachera…

—¿Se emborrachó?

—Las dos. —Hizo un gesto de sorna—. Cogimos un pedo… Fue la primera y la única vez que perdió el norte. Por eso abrió el grifo y se vació, que si no…

—¿Qué le contó?

—Primero empezó a decir incoherencias, a soltar nombres. Dijo que «todos ellos habían sido malos». ¿Quiénes eran «ellos»? Por lo visto un tal Fernando, una tal Virtudes y un tal Joaquín. Yo le pregunté quiénes eran y de ahí no pasó. Repetía lo de «malos, malos, malos». También dijo que «ella tenía que saberlo» y no sé qué más.

—Esas eran las personas para las que había trabajado en 1959.

—¿Ah, sí? Pues ya ve, primera noticia —reanudó la historia—. Cuando le entró la llorera final, después de poner a parir a esos, se vino abajo y gimió que «lo echaba mucho de menos». Le pregunté a quién se refería y me contestó que a León.

—¿León? —repitió Eduardo como un loro, mientras Carlota introducía en su boca otro pedazo de pasta mojada en chocolate.

La respuesta se demoró unos segundos.

—Por lo visto, León era el padre de David.

—¿Y por qué lo echaba de menos?

—Porque estaba exiliado. —Tragó lo que tenía en la boca—. Fuera de España. Lejos.

—¿León, el padre de David, estaba exiliado? ¿Por qué?

Carlota empezaba a disfrutar de su relato. Le ponía emoción y una buena dosis de énfasis. Ahora soltaba cada dato como si fuera una pequeña bomba.

—Tuvo que irse para no acabar en la cárcel, o tal vez algo peor, después del asesinato.

De pronto, la vida de Celia dejaba de ser la de una pueblerina con un pasado oscuro, madre soltera de un hijo al que alguien pagaba por

encontrar.

—No entiendo nada —reconoció Eduardo.

—Imagínese yo aquella noche. Borracha, llorando, soltando todo esto a retazos mientras yo trataba de tirarle de la lengua alucinada. Confuso era poco. Lo único que deduje de todo aquello, y que luego ya nunca quiso ampliarme o explicarme, era que Celia se había quedado embarazada y que el tal León había matado a alguien y había tenido que huir de España para salvar el pellejo. ¿A quién? No se lo saqué. «La bestia, la bestia», repetía.

—¿Antes nunca había mencionado el nombre de León?

—Nunca.

—¿Sabe a dónde fue?

—No.

—Y cuando volvió a hablar con ella, ya serena, ¿no le contó nada más?

—Qué va. Estaba avergonzada. Me pidió que lo olvidara todo. Sin embargo, después de aquella noche comprendí por qué era como era, por qué se cerraba en banda, por qué vivía torturada por el pasado. —Engulló el último pedazo de pasta después de rebañar el fondo de la taza—. A ver, fuimos amigas, pero no de la infancia, de esas que se conocen a fondo y lo saben todo la una de la otra porque hasta han compartido cama. Cada una vivía el presente. Ya no éramos unas niñas. Cuando vi que salía con Simón llegué a pensar que había un atisbo de esperanza, que tal vez se casara y todo, pero qué va.

—¿Sabe por qué rompieron? Simón me dijo que le costaba hacer el amor, que incluso le dolía.

—Mire, yo creo que Celia se aferró al sueño de estar enamorada, a la necesidad de estarlo, no sé si me entiende. El amor ilusiona siempre. Debió de pensar que ya era hora de ponerse las pilas. Lo intentó, pero no hubo forma. Lo que le pesaba era demasiado fuerte y destructor. Era como si ya no pudiese amar a nadie. No después de León. Y estaba tan sola que le dolía, aunque no se diera cuenta porque se volcaba en David. Se fue de Barcelona por estar cerca de él.

—¿Ah, sí?

—Claro. David se ofreció voluntario para ir al servicio militar a los

diecisiete años. Así pudo escoger destino y optó por la Marina. Se marchó a Cartagena.

—¿Y Celia optó por dejarlo todo para no quedarse aquí sola?

—Así es.

—Mucho amor de madre.

—Mucha soledad y mucha necesidad de no perderlo —convino ella.

Cartagena.

Celia se había ido de Barcelona allá por 1977.

Quince años.

—¿Quiere otro chocolate, otra pasta? —le preguntó viendo lo satisfecha que se había quedado.

—No, gracias. Con esto ya ni ceno.

—Créame que le agradezco mucho todo lo que me ha dicho.

—No ha sido demasiado.

—¿Celia no la escribió desde Cartagena?

—No, nunca.

—¿No es raro? Si eran amigas…

—Cuando se iba de un sitio creo que cortaba amarras con él. Partía siempre de cero. Me consta que estando aquí fui su única amiga. Después…

—La noche de la borrachera, ¿le dijo de cuántos meses estaba embarazada en el momento de ese asesinato?

—Por lo que contó y la forma en que lo contó, deduje que de pocos meses.

Eduardo recordó aquel pasaje de una carta de Celia dirigida a su abuela: «Ha ocurrido algo gordo que ya te contaré. No sé si podré quedarme mucho más aquí».

Era la última carta trabajando con los Miramón. Aquello tenía que haber sido a fines del verano del 59.

Probablemente también en los días del asesinato.

¿De quién y por qué?

—Hábleme de su trabajo —le interrumpió los pensamientos Carlota casi con un deje de coquetería.

Capítulo 12

Agosto de 1959

73

Se había abrazado a él tan fuertemente, nada más bajar del tren, que pareció que nada ni nadie pudiera separarla de su lado en lo que quedaba de día. León vestía de paisano, ella llevaba una blusa y la falda además de una chaquetilla en los hombros, a pesar del calor. Tenían la misma estatura casi, así que no le hacía falta ponerse de puntillas.

—Vas a ahogarme —bromeó él.

—Cállate…

Continuó abrazándolo. Por un lado, con una fuerza inusitada. Por el otro, como si con la descarga de energía se desmenuzara lentamente.

León también la apretó contra sí.

—Yo también te he echado de menos —dijo—. Han sido unos días muy largos.

Celia no contestó.

Hasta que, de pronto, lo soltó y le cogió de la mano para arrastrarlo fuera de la estación.

Y no precisamente al paso.

Corría.

No se detuvo hasta llegar a la riera, bajo el puente, el primer lugar en el que se sentían solos y a salvo, a pesar del mal olor por la falta de lluvias y el agua estancada. A León le dio por bromear.

—¡Eh, no querrás que repita…!

Celia la tapó la boca con el beso.

El beso de todos los besos.

Duró una eternidad, mientras le acariciaba nerviosa y convulsa la nuca y la cabeza y la apretaba contra la suya. Duró más allá de lo que

jamás habían durado besándose. Tenían los cuerpos pegados y, esta vez, él tuvo que dominarse para no repetir aquella escena.

A duras penas consiguió separarse un centímetro, dos, para preguntarle:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Estás temblando.

—Te necesitaba mucho.

—Te veo pálida.

Ni lo había notado. Pensaba que ya tenía un poco de color después de tomar el sol.

Sabía que no estaba pálida, que lo que estaba era muerta.

—Estoy cansada —mintió.

—Vamos a sentarnos a la playa y a bañarnos. —Hizo un primer gesto para sacarla de allí.

—No, espera. Abrázame, por favor.

Repitieron la escena, los gestos, el temblor.

Hasta que él dijo:

—Tranquila.

Y ella se separó casi violentamente para exclamar:

—¡No digas eso!

—Pero…

—¡No me pidas que esté tranquila!

León frunció el ceño.

—Vamos, cálmate. Estoy aquí. —Y volvió a preguntarle—: ¿Qué te pasa?

Celia tenía los ojos muy abiertos. Los había cerrado con el señor Fernando encima. Había intentado no sentir, bloquear su mente. No los había abierto hasta que él se hubo marchado de la habitación. Ahora necesitaba ver, aunque fuera un pequeño túnel bajo una riera. Ver para saber que volvía a ser real todo, especialmente León.

Un tren pasó por encima de ellos.

Por un momento, los envolvió el fragor de aquel tumulto ensordecedor.

Fugaz.

Celia seguía sin contestar a la pregunta de su novio.

—Vamos a la playa. Quiero bañarme contigo —le pidió.

León le infundió la última serenidad.

—¿Has tenido una mala semana?

—Sí.

—¿Trabajo?

Sabía que no se lo podía contar. Sabía que no lo haría nunca. Sabía que esa sería su carga eterna. Y se sintió mal. Se sintió falsa. Se sintió sucia.

Una suciedad que ni mil baños en el mar ni en una bañera le quitarían jamás.

—Odio esa casa —reconoció.

—Creía que estabas bien —se sorprendió él.

—No —dijo—. Solo soy la maldita criada. Me gustaría estar lejos, donde fuera, contigo.

—Lo haremos —asintió León.

—Júramelo.

—¡Claro que te lo juro! Escribí a mis padres otra vez, y ayer mismo apalabré un posible trabajo en Barcelona. Tenía dos, pero este es el mejor. Podrían ser siete mil pesetas al mes para empezar. ¿Te imaginas? ¡Siete mil a mi edad y saliendo de la mili! A eso podría sumársele el plus de vida cara, las horas extras y los puntos cuando lleguen los hijos. Si no nos da para alquilar un piso, sí para una habitación realquilada de momento. ¡Y quizá pueda buscar un segundo empleo!

Le habrían parecido las mejores noticias.

Ahora, sobre todo, eran su válvula de escape.

Y no para unos días, o semanas.

De pronto el tiempo se le echaba encima.

—León…

Un tercer abrazo.

Él se lo dijo junto al oído, con ternura.

—No pienso esperar años para casarnos, cariño. Todos lo hacen y al final llegan cansados y aburridos de esperar. No lo soportaría. Tú no vas a ser la criada de nadie, y menos de una casa en la que no estés

bien. Confía en mí, ¿de acuerdo? Confía en mí.

Y Celia asintió con la cabeza.

Confiaba.

Era todo lo que tenía.

74

Fernando no podía apartarla de la cabeza.

Ni apartar cada momento, cada segundo, cada detalle de aquella monstruosa delicia.

Monstruosa porque era un monstruo.

Delicia porque no le importaba.

Nada que ver con Consuelo, por supuesto. Ella era una fiera, una mujer, una cómplice carnal. Celia, en cambio…

Virgen, pura.

Dulce.

¿Qué más podía pedir un hombre que pasar por donde nadie había pasado antes?

Se había quedado quieta. No había hecho ni dicho nada. Le dejó hacer. Y lo hizo. De hecho, fue rápido, más que con Consuelo. Le bastó con tocarla, besarla, penetrarla y…

Tan cálida.

El conducto del cielo.

Al incorporarse le había dicho:

—Esto es entre tú y yo, ¿comprendes? —Y se lo repitió—: Tú y yo. Este mes te daré dinero para que te compres cosas bonitas.

Había vuelto a la cama con Virtudes y se había quedado dormido como un niño.

La mejor noche desde la última con Consuelo.

Pensó en ella y en lo que diría si lo supiera.

Lo llamaría cerdo y él se reiría.

¿Acaso creía la muy puta que se quedaría de brazos cruzados, en casa, llorándola, resignado a compartir una cama fría y vacía con su cristiana esposa sin más?

En cuanto a Celia…

Necesitaba tiempo. Ya aprendería. La juventud era un mal que se curaba con la edad. Lo único peligroso era hacerlo en la casa, aunque ella durmiera alejada del resto.

Fernando se agitó.

Quizá echaba las campanas al vuelo demasiado pronto.

¿Ere un hombre de sesenta años o un joven atribulado después de su primer beso inocente?

Se cruzaba con gente por las calles del pueblo y los miraba como si fueran ratas. Ratas en una ratonera. Todos convencionales. Todos mediocres. Incluso los turistas, estrafalarios, absurdos. Él sentía la cabeza a mil. Lo inundaba la adrenalina. En todo el día apenas si había visto a Celia a la hora de comer. Ella había estado nerviosa, derramó la sopa, rompió un vaso. Virtudes le preguntó si se encontraba bien. Celia le dijo:

—He pasado una mala noche.

Y Virtudes, tan condescendiente:

—Pues debes descansar. A tu edad, y con lo que trabajas, dormir es esencial, pequeña.

Pequeña.

Le habían entrado ganas de echarse a reír.

En la eternidad, Virtudes se iría al cielo y él al infierno.

Vio a una turista ligera de ropa. Si las autoridades no se ponían serias, la costa y los pueblos de playa acabarían siendo un circo. Se permitía ya demasiado. Con la excusa del dinero que dejaban, se estaba abriendo demasiado la mano y se anunciaba una nueva década de aparente libertinaje. ¡Los sesenta! ¡Los sesenta! Aquella mujer iba sin sujetador, estaba claro. Los pezones parecían querer atravesar la blusa y los pantaloncitos eran demasiado cortos y ceñidos. Se le marcaba todo. Era rubia, de ojos verdes. Otra mujer mujer.

La habría envidiado de no ser porque en casa tenía algo mejor.

Al diablo la turista.

Al diablo todas ellas.

Quizá hasta llamara a Consuelo para decirle que ya tenía algo mejor.

Sonrió.

Sí, ¿por qué no?

De pronto se sentía capaz de todo.

75

Joaquín no podía dormir.

Hacía calor.

La tarde había estado bien. El guateque organizado en casa de Susana, de los mejores hasta el momento. Habían puesto bombillas rojas en el sótano y, antes de que regresaran los padres, los bailes no habían sido precisamente a distancia. Música suave y bien cogidos. Sin embargo, Beatriz se había hecho la dura.

No era más que una niñata.

Si le gustaba, como decían todos, se hacía la interesante. Mucha pose y poco más. Inmadura, como las demás. Ninguna se parecía lo más mínimo a Celia, y no solo se trataba de la diferencia de edad, porque dos años o tres en algunos casos tampoco eran muchos. Se trataba de la actitud. Todas sus amigas pertenecían a la misma clase social, la de «mírame-y-nome-toques». Probablemente se morían de ganas de roces y besos, de jugar a los novios, de coquetear para luego comentarlo con las amigas, lo mismo que ellos se hacían pajas mentales hablando de ellas. Decían que el verano de los dieciséis años era el verano de sus vidas.

También lo habían dicho de los quince, y lo dirían de los diecisiete.

Todos los veranos eran importantes cuando todavía no existían responsabilidades.

Después de los diecisiete, y ya en firme a los dieciocho, ellos empezarían a estudiar en serio, en la universidad, y los que no lo hiciesen se marcharían al servicio militar. Los universitarios harían prórrogas de estudios para acabar siendo alféreces en los campamentos de verano, al acabar las respectivas carreras. Ellas en cambio ya estaban empezando con el servicio social. La vida daría un giro, un cambio.

Se levantó de la cama con sed.

Demasiadas patatas fritas, saladas.

Fue a la cocina pensando en la charla que había tenido con su madre antes de acostarse.

Natividad lo había llamado bocazas, luego, a solas.

—Celia, mañana vendrás también a la playa con nosotros, para ayudar —le había dicho Virtudes a la criada.

Celia apenas si había sonreído.

—Pensaba que estaría más contenta —comentó la dueña de la casa al quedarse solos los tres, retirado ya de la mesa el cabeza de familia.

Entonces, Joaquín había soltado la perla:

—Estará pensando en el novio.

Su madre se lo había quedado mirando un tanto sobresaltada.

—¿Celia tiene novio?

—¿No lo sabías? —fingió inocencia él.

—No. ¿Desde cuándo? ¿Aquí, en Blanes?

Joaquín había seguido hablando a pesar de la inquisitiva mirada de su hermana pequeña.

—La han visto por el pueblo los jueves, cuando libra, bañándose o paseando. Creo que viene de Barcelona a verla.

El disgusto de Virtudes había sido evidente.

—¡Pero cómo es posible si llegó no hace ni cuatro días…!

—Todas las criadas buscan lo mismo, que alguien las saque de eso —sentenció su hijo.

—A ver si se nos va a estropear… —suspiró—. A esa edad, con la cabeza a pájaros… Vaya, no lo esperaba de ella. ¡No se lo digáis a vuestro padre, por favor, que igual se disgusta!

—Mamá, es a ella a la que no has de decirle nada —la advirtió Natividad—. Es su vida.

—No, no, yo… —Su madre se hizo la digna—. Allá cada cual con su vida, está claro. Yo solo digo que ahora estábamos muy bien con ella como para que la cosa se tuerza.

Eso había sido todo.

Salvo por el enfado de Natividad.

—¿Tú estás tonto o qué? ¿Por qué tenías que decirle a mamá lo de

Celia?

—¿Y tú desde cuándo eres tan amiga suya?

—Te molesta que tenga novio, ¿verdad? ¡Estás celoso de ella!

—¡Anda ya! ¿De la criada?

La criada.

Allí había muerto la breve charla con su hermana.

Al diablo Celia si prefería a un idiota palurdo.

Al diablo todo y todos, porque en cuanto pudiera…

Joaquín iba a entrar en la cocina cuando vio el movimiento, en las sombras, surgiendo del fondo, donde estaba la habitación de Celia. Por un momento pensó que era ella. Tuvo el tiempo justo de ocultarse para espiarla.

Su sorpresa no tuvo límites cuando vio pasar a su padre.

En pijama.

Caminaba descalzo, de puntillas, sin hacer ruido.

Y, sin lugar a dudas, supo de dónde venía.

Lo supo.

76

Celia quería morir.

Boca abajo, en la cama, con las dos manos crispadas, cerradas sobre la sábana, lloraba en silencio sin atreverse a moverse.

Quería lavarse cuanto antes, quitarse de encima aquel olor, y las huellas de las manos del señor por su cuerpo. Quería echar a correr en la noche, pueblo abajo, para echarse de cabeza al agua y ahogarse.

Pero eso le haría mucho daño a otra persona.

León.

Y él no lo merecía.

Aunque tampoco, ya, la mereciese a ella.

No solo se sentía sucia, también perdida y acorralada.

¿Por qué no se lo contaba a la señora? ¿La creería? ¿La despediría acusándola de ser la culpable? ¿La haría volver al pueblo con otra mancha en su vida? ¿Escribiría al párroco para que, una vez allí,

volvieran a insultarla por la calle o a través de las ventanas cerradas?

Tenía que escapar con León. Solo le quedaba eso.

¿Pero a dónde?

A él le quedaba acabar el servicio militar.

Y mientras ella en la casa…

¿Y si se confesaba con el padre Espinosa al volver? El verano tocaba a su fin. La familia regresaba a Barcelona a comienzos de septiembre. Solo tenía que aguantar unos días más.

Una eternidad.

¿Le lavaría el cuerpo el paso del tiempo? ¿Y la mente? ¿Y el alma? ¿Llegaría a sentirse un día libre de culpa? ¿Olvidaría?

Aún se preguntaba por qué el señor le hacía aquello.

¿Por qué?

Y no tenía respuestas, porque tampoco entendía las preguntas.

77

El timbre del teléfono los sobresaltó un poco a todos, especialmente por la hora, pasadas las diez de la noche. Pero ninguno se movió. Fernando gruñó algo acerca de la inoportunidad, Virtudes se preguntó en voz alta quién sería tan tarde, y Natividad lo único que hizo fue mirar a la puerta, por la que de un momento a otro aparecería Celia, que era la que había ido a responder la llamada. Joaquín había salido, prerrogativas de su edad, aunque a las doce tenía que estar de vuelta en casa.

La criada se asomó a la puerta.

—Es para usted, señor —anunció con voz débil.

—¿Has preguntado quién es? —pareció rugir enfadado.

—Conferencia de Barcelona. El señor Capdevanol.

¿Justo Capdevanol? Fernando frunció el ceño. ¿Y una conferencia? O habían tardado en ponérsela, y de ahí la hora, o se trataba de algo urgente. ¿Pero qué urgencia podría tener su amigo con él?

Ninguna. No compartían negocios.

Así que solo quedaba la opción peor: algún tipo de mala noticia.

Fernando se levantó de la butaca. Virtudes no bajó el volumen de la radio, porque el teléfono estaba lo bastante lejos como para no molestar. La música clásica siguió fluyendo y llenando el espacio de paces melódicas. Natividad, que leía un libro, volvió a sumirse en él. Su hora de lectura obligatoria acababa en unos minutos y podría salir a jugar.

Cuando cogió el auricular, Fernando supo que estaba solo.

—¿Sí? —rezongó.

—¡Hola, caimán! —lo saludó siempre jovial su amigo.

A veces aborrecía su tono. Demasiado informal para su gusto.

—Hola, Justo. ¿Pasa algo? A estas horas…

—¡Ni me había dado cuenta! —Sonó una risa hueca por el auricular—. ¿Qué haces?

—¿Qué quieres que haga a estas horas en vacaciones? Pues leía y oía la radio.

—¡Oh, gran plan! —se burló él—. Pensaba que a lo mejor habías salido a cenar con la parienta.

Fernando pensó en Virtudes.

¿Salir a cenar con ella?

¿Para qué?

Acababa criticándolo todo y le daba la noche.

—Tú no llamas para charlar ni para desearme buenas noches —bajó la voz—. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Cómo eres! —Se escuchó la carcajada—. ¡Ay, Dios, Fernandito…!

También odiaba que lo llamase Fernandito, en plan condescendiente. Eso le hizo ponerse aún más tenso. Fue la prueba de que lo que fuera a decirse iba a ser malo.

O peor.

—Justo, ¿vas a decirme por qué me llamas?

—Es sobre Consuelo.

Se quedó galvanizado.

—¿Qué le pasa? —bajó todavía más la voz.

—Lo habéis dejado, ¿no?

Se preguntó qué podía importarle a él.

Salvo por el hecho de ser un chismoso.

—Sí, le di puerta —mintió con un deje de altanería.

—¿Hace mucho?

—Este verano, ¿por qué?

—Es que me he enterado de que va a casarse, mira tú. Y, claro, me he quedado… ¡Pues no ha tardado poco ni nada en encontrar un mirlo blanco! ¡Y encima va y se casa! Cómo son las mujeres, ¿verdad?

Fernando sintió una punzada en el corazón.

Podía esperar muchas cosas, pero aquella…

¿Consuelo?

¿Consuelo se casaba de la noche a la mañana con aquel hombre?

¿Tanta prisa tenía?

—La dejé muy despechada —pegó la voz al teléfono.

—Pero mucho, ¿eh? Si lo hace para fastidiarte… Bueno, no sé, allá ella. Yo solo quería estar seguro de que estabas bien.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No, no. Si le diste tú el pasaporte, la cosa está clara. Mira, me dejas tranquilo.

Lo dejaba tranquilo.

¿Qué más daba?

Finalmente, por si todavía no estaba claro, lo de Consuelo era irreversible..

—Allá ella, Justo. Con su pan se lo coma. Si está convencida…, por mí, que sea feliz. Lo nuestro había llegado ya a un punto muerto.

—Sí, estas cosas se queman —aseguró su amigo.

—He de dejarte. Tengo a la familia aquí al lado.

—¡Claro, claro! ¡Espero no haberte molestado por la hora! ¡Pero es que mira, hombre, en cuanto lo he sabido…, vaya, que no he podido resistirme a preguntarte! Para eso están los amigos, ¿no?

Cuando los amigos eran como porteras, no tanto.

Pero eso no se lo dijo.

Uno nunca sabía cuándo iba a necesitar a los demás.

—Buenas noches, Justo. Y gracias.

Era el «gracias» más falso de toda su vida. Pero Justo Capdevanol no lo notó.

Fue a la hora del desayuno cuando, estando sentados los cuatro en la mesa, Fernando le dijo aquello:

—Anoche llegaste pasadas las doce, Joaquín.

Su hijo casi dejó de masticar.

—Papá, quince minutos —quiso justificarlo.

—Treinta y cinco, para ser exactos.

Joaquín lo miró con acritud.

—¿Y qué, esperabas algo?

Nadie entendió la observación, pero el rostro del chico, lejos de mostrarse sumiso por la culpa, lo que denotaba era desafío.

—Lo único que espero es que, si se te da una hora de llegada, la cumplas.

—¡Todos mis amigos tienen hasta la una!

Fernando miró a Virtudes, que asistía a la escena con expresión grave, pero dejándolo todo en manos del cabeza de familia.

—Me importa muy poco lo que hagan tus amigos o lo que les dejen hacer sus padres. —El tono de Fernando se mantuvo paciente pero inflexible—. Tienes dieciséis años y no sé qué más puedes hacer, pasadas las doce de la noche, como no sea acabar mal, bebiendo o Dios sabe qué.

—¡Papá, que no bebo!

—¿Y el olor a tabaco?

—¿Eso qué tiene que ver? ¡Todos fuman!

—Todos, todos, todos… —El hombre empezó a perder la paciencia —. ¿Te lo repito? ¡Me da igual lo que hagan todos! ¡Tú eres mi hijo, y punto!

Los ojos de Joaquín volvieron a echar chispas. No los apartaba de su progenitor. Natividad fue la primera en darse cuenta de que algo malo sucedía. Algo que iba más allá de la hora de llegada de su hermano a casa.

Virtudes era una máscara.

—¿Y qué hacías despierto a las doce y media de la noche? —le espetó Joaquín.

—Preocuparme por ti, como haría cualquier buen padre.

—¿De veras estabas despierto porque te preocupo yo?

El puñetazo en la mesa lo hizo temblar todo.

—¡Pues claro que me preocupo! —gritó Fernando.

—¡Por Dios! —exclamó su mujer—. ¡No des esos sustos!

—¿Pero tú lo has oído?

Virtudes se enfrentó finalmente a su hijo.

—Joaquín, el día que seas padre, lo entenderás. Yo también estaba despierta, y sabes que no concilio el sueño hasta que has llegado. Si se te dice una hora, has de llegar a esa hora, eso es todo.

Fernando apuntó a su hijo con un dedo inflexible.

—Esta noche no sales —le dijo.

—¡Papá!

—Y agradece que solo sea esta noche —continuó él—. Tampoco es un castigo por llegar tarde, sino por esta reacción que estás teniendo, tan inapropiada.

La palabra le hizo sonreír.

Con un deje de dolor.

—¿Inapropiada? —exclamó.

—¿Podemos acabar de desayunar en paz? —intervino de pronto Natividad.

Todos la miraron a ella, incluso su hermano.

La palabra y su eco murieron despacio.

Luego Joaquín volvió a centrar los ojos en su padre.

Solo Virtudes notó que, en ellos, había algo más que enfado. Había odio.

79

El estropicio en la cocina fue tal que el estruendo rebotó por toda la casa. Cuando Natividad entró en ella, lo primero que vio fueron los restos de la media docena de platos esparcidos por el suelo. Después, a Celia, apoyada en la pared, aturdida, contemplándolo todo como si estuviese paralizada.

Su cara de horror lo decía todo.

—¡Celia! ¿Qué ha pasado?

La criada apenas si pudo decir:

—No lo sé… Yo… Creo que me he… mareado…

Natividad fue rápida.

—¡Venga, vamos a recogerlo todo antes de que regrese mamá de misa o vuelva papá! ¡Yo te ayudo, va! ¡Ni se van a enterar, te lo juro! ¡Metamos los restos en una bolsa y los saco yo misma de casa!

—Señorita…

—¡Que no es nada, mujer! ¡Vamos, muévete! ¡Pareces una estatua! ¿Estás bien?

Era una pregunta difícil de contestar.

O no.

Porque no, no estaba bien.

—Lo siento…

—¡Ya sé que lo sientes! ¡No lo habrás hecho aposta, digo yo! ¿Quieres hacer el favor de ayudarme?

Celia se agachó. Comenzó a recoger los trozos de loza para amontonarlos en un rincón. La operación apenas si duró un minuto. Natividad era la más rápida. Una vez reunidos los pedazos, cogió la escoba para barrer el suelo. La niña se movía al doble o más de velocidad que ella.

La cocina recuperó su aspecto.

—Celia, ¿te pasa algo? —le preguntó entonces Natividad.

—No lo sé —admitió la criada.

—Es que no es hoy, o ahora. Llevas un par de días…

Un par de días.

¿Solo?

—No me encuentro muy bien.

—¡Pues díselo a mamá! ¡Si estás enferma, mejor te quedas en cama! ¡No se va a hundir el mundo, y menos esta casa, porque estés indispuesta!

Celia la miró con cariño.

Había sido su enemiga, su flagelo, su azote. Pero desde aquel día, cuando la encubrió para que no la castigaran, todo había cambiado.

Noche y día. De gritarle siempre a protegerla con mimo. Tal era el cambio de Natividad.

—No pasa nada —susurró Celia—. Son cosas de chicas, ¿no?

Entonces Natividad la miró fijamente y le preguntó:

—¿Cosas de chicas, seguro?

80

Fue Fernando el que, al sentarse en la mesa y ver que Natividad y Virtudes servían la comida, preguntó:

—¿Y la chica?

Virtudes refunfuñó:

—En cama.

—¿En cama? —repitió el hombre.

—¡Sí, en cama! —Casi se exaltó su mujer.

—No se encuentra bien —se lo explicó Natividad.

—¿Y eso?

—No sé. —Virtudes se dejó caer en su silla, como si estuviese agotada por el trabajo—. Vomita sin parar, se marea… ¡Espero que sea cosa de un día o dos, porque de lo contrario… vamos apañados!

Fernando miró la mesa.

Ya no habló.

—Eso es que algo le ha sentado mal —siguió comentando su hija—. Con este calor y lo que trabaja la pobre…

—La pobre se gana un sueldo por hacer lo que hace —quiso dejarlo claro Virtudes.

Joaquín fue el último en aparecer.

Serio, como en los últimos días.

Él también hizo la pregunta.

—¿Y Celia?

81

Ahora estaba claro.

Ya no tenía la menor duda.

No solo eran los mareos. No solo eran los vómitos. Era más. Mucho más. Era todo.

Porque lo más evidente era el retraso en la regla.

Ella, tan puntual.

Tumbada en la cama, Celia miró el desnudo techo de la habitación. Se llevó una mano al sexo, continuamente dolorido, y otra al vientre, donde ya nada era igual, ni lo sería en las próximas semanas, meses. La dimensión de la tragedia, el miedo y el pánico la hicieron taparse la cara.

Tan muerta de vergüenza como si estuviera en el pueblo, en la plaza, con todos los vecinos insultándola y llamándola puta.

Puta.

La puta hija de dos anarquistas que ahora iba a tener un hijo bastardo de su amo y señor.

Esa clase de puta.

Intermedio 12

1992

La hemeroteca de *La Vanguardia* era un lugar con un deje de solemnidad. Más de cien años de periodismo y periódicos. Más de un siglo de crónica urbana, social y política. Miles de páginas que contextualizaban la historia de Barcelona y, por ende, la de Catalunya, España y el mundo. En las estanterías se alineaban los enormes tomos de cubiertas viejas y rojizas, agrupando por años los ejemplares impresos en el pasado. Un grupo de estudiantes también trabajaba en la sala. Nadie hablaba en voz alta, todo eran siseos y el lento pasar de las páginas. Era como mover las olas de un mar sólido, quieto y proceloso. Remover las aguas de un pasado que, de tanto en tanto, necesitaba volver a la luz del presente.

Eduardo se quedó mirando el primero de los tomos de 1959 que había pedido. El que comenzaba en julio de aquel año. Lo único que tenía era un nombre: León.

Ni siquiera sabía quién había sido la víctima.

«La bestia», lo había llamado Celia.

Comenzó a pasar las páginas. Envidió a los buscadores que se veían en las películas americanas, siempre con los periódicos microfilmados en los archivos y las hemerotecas y la facilidad de pasar los textos por una pantalla. Por lo menos, si quería un ejemplar de un día concreto, podía comprarlo. Se lo vendían. Pero, mientras, le tocaba hacer el trabajo sucio.

Y nunca mejor dicho, por el polvo almacenado.

Examinó los periódicos del mes de julio, los de agosto, los de septiembre…

Empezó a sentirse cansado al acabar este último mes. Le dolían los ojos. Había barrido cada página, buscando sobre todo los titulares. Si algo caracterizaba a *La Vanguardia* era la compacta densidad de sus

textos. El estilo estaba lejos de la farragosidad de los años de la dictadura, sobre todo los primeros, las décadas de los cuarenta y los cincuenta. Pero todavía era un periódico para la lectura a fondo y la opinión. La ampulosidad predominaba.

Comenzó octubre.

Los estudiantes ya se habían ido. Estaba solo. Solo en medio de un siglo de historias. Y no solamente de historias. La mayoría de los que habían escrito aquellas páginas habían muerto. Su huella estaba allí, pero ellos no. Otros más estarían jubilados, ancianos, sin saber que lo que un día redactaron todavía podía servir para que nuevos ojos entendieran qué y cómo había sido su mundo.

Una página, otra, y otra más.

Hasta que de pronto…

INDUSTRIAL ASESINADO EN BARCELONA

Se detuvo.

Había visto otros artículos parecidos, pero en ninguno figuraba aquel nombre en el relato periodístico.

León.

Ahora, con apellidos.

León Álvarez Peñarroya.

Eduardo leyó la noticia con el corazón cabalgando a buen ritmo, aumentado las revoluciones a medida que surgían los datos y, mientras lo hacía, abría más y más los ojos al ver el nombre de la víctima.

Capítulo 13

Septiembre de 1959

82

Era el lugar más recóndito del bosquecillo.

Y, dada la hora, no había nadie. Estaban solos. Las parejas solían aparecer al ponerse el sol, cuando declinaban la tarde y el calor, pese a la sombra de los árboles, resultaba menos agobiante.

Un paraíso terrenal.

Fue Celia la que lo tumbó en el suelo, sobre la toalla que había extendido bajo ellos.

Fue Celia la que empezó a besarlo, a cubrirlo de deseo.

Fue Celia la que se subió la falda y se le puso encima, mientras él le acariciaba los pechos en un afán de irreductible pasión.

—Te quiero —le susurró al oído.

—Celia… —gimió él.

—No puedo esperar más…

Se lo dijo mientras le apretaba el sexo con la pelvis. Y no solo eso. Se movió arriba y abajo, como si ya lo tuviera dentro de sí.

León tembló.

—Cariño… ¿Estás segura?

—Sí.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Ahora?

Ella se sacó el sujetador. Las manos de León se hundieron en la blandura de los senos. Después de besarlo más y más se apartó para quitarse las bragas. Los ojos de él se abrieron con desmesura. Lo que vio acabó de nublarle la razón. Él mismo se incorporó a duras penas para liberarse de los pantalones. Finalmente de los calzoncillos.

Celia no tuvo que hacer nada más.

Salvo ponerse abajo y dejar que él la montara.

El miembro del señor Fernando era asqueroso. Las manos, el aliento y el cuerpo del señor Fernando eran asquerosos. En cambio, el miembro de León le pareció dulce, y suave, y, lejos de sentir aquel dolor, lo que sintió fue alegría y placer. También ganas de llorar, pero se tragó las lágrimas. Se lo tragó todo, el orgullo, la mentira. Lo único que quería, lo único que necesitaba, era amor.

Y una verdad.

Una verdad que legitimara a su hijo.

Celia y León se miraron a los ojos mientras culminaban el momento más dulce de sus vidas.

83

La casa, de natural silenciosa, se había convertido de pronto en una especie de guardería, aunque no infantil. El enjambre de chicos y chicas, pero mayoritariamente chicas, tenía entre los trece y los catorce años. Todas ellas llevaban el pelo suelto, blusas livianas, pantaloncitos cortos o faldas anchas. Todas destacaban las primeras exuberancias de sus formas juveniles. Las había ya altas, esbeltas y proporcionadas. Y las había también más bajas, con algunos kilos de más y cuerpos en desarrollo. Se oían gritos, carreras, incluso en la casa.

—¡Dios mío, menos mal que es solo un día al año! —se estremeció Virtudes viendo pasar a dos chicas a la carrera muy cerca de una mesita con diversos adornos.

Natividad estaba en su elemento. Era su día. La fiesta se hallaba en todo su esplendor. En el jardín, las mesas con comida y bebidas armonizaban con los globos y las banderitas. Se la oía reír, feliz, como si en lugar de cumplir trece años cumpliera dieciocho, o veintiuno.

Celia iba de un lado a otro, tratando de que no faltara nada.

—¡Menos mal que estás mejor! —la alabó Virtudes en un gesto de agradecimiento.

—No se preocupe, señora. Mírela lo feliz que está.

Habían pedido permiso a los vecinos de las casas colindantes para poner música. No se bailaba, nadie se atrevía estando los padres presentes, pero además porque la proporción era de cuatro chicas por cada chico. Virtudes las escrutaba a ellas.

—Fíjate en esa… ¡Si llevara la falda un poco más corta, parecería un velo! ¡Y esa otra, por Dios! ¿Pero qué edad tiene con semejante pecho!

Y también a ellos.

—¡Ese chico es un desvergonzado! ¿Tú has visto cómo mira a la rubita? ¡No sé dónde iremos a parar.

Celia tenía ya el pastel a punto. Con sus trece velas. La tarde languidecía y llegaba la hora, el momento más esperado. Fernando y Joaquín estaban presentes. En el momento de entregárselo a Virtudes, con las velas encendidas, la mujer salió al jardín y resonaron los cantos.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz!

Hubo aplausos. Y más cuando Natividad apagó todas las velas a la vez. Las amigas saltaron felices a su alrededor.

—¡Están locas! —sonrió de pronto Fernando.

—¡Son muy guapas todas! —Unió las manos como si rezara Virtudes.

La voz de Joaquín apareció entonces.

Entre los dos.

No tan baja como para que no lo escucharan, ni tan alta como para que llegara más allá de ellos.

—Sí —dijo el chico—. Así papá podrá elegir la que más le guste, ¿no?

Virtudes abrió los ojos como si fueran dos lagos secos.

Fernando hizo algo más.

Inesperadamente, sin mediar palabra alguna, le cruzó la cara a su hijo con una sonora bofetada.

León estaba feliz.

Después de lo del bosquecillo, estaba en el mejor momento de su nueva vida.

—¿Qué le parece, joven? —le preguntó la mujer.

Se trataba de una casa sencilla, un edificio de una sola planta y, por supuesto, lejos del centro, en Horta. Pero eso era lo de menos. Lo importante eran las posibilidades. Parecía y era vieja. Parecía estar abandonada. Parecía necesitar arreglos, una mano de pintura, detalles que ellos ya solucionarían cuando vivieran allí. Lo esencial había sido encontrarla, apalabrarla, aunque quedaba la negociación final. A la mujer daba la impresión de haberle caído en gracia. Joven, con novia, con planes. El alquiler superaba sus posibilidades, pero tampoco era inasequible. Todo dependía de lo que se ajustaran el cinturón.

Celia tendría que seguir trabajando, desde luego.

Aunque no en casa de los Miramón, eso estaba claro.

Ella ya no se encontraba bien allí.

No se lo decía, pero él no era tonto.

—Me gusta, sí, aunque sigue siendo demasiado caro el alquiler. —Se hizo el remolón ocultando su ansiedad.

—Es que no puedo dejárselo por menos —le hizo ver la mujer con tristeza.

—No, si lo entiendo. —Se puso la piel de cordero—. Pero entiéndame también a mí —suspiró largamente—. Acabo la mili en un mes, y empezaré a trabajar enseguida, pero hasta octubre, de cobrar un jornal…, nada de nada. Luego hay que pensar en lo básico, digo yo: una cama, una mesa, dos sillas… ¡Y ni siquiera tendremos todavía fecha para la boda!

—¡Los jóvenes de hoy, con sus prisas! ¡Pues sí que la quiere usted! ¿Cuánto llevan de novios?

—¡Siglos! —bromeó León.

La mujer se echó a reír.

—Veamos, ¿cuándo la ocuparían? —preguntó.

—Antes de fin de año, seguro, aunque, si ya quedamos y me da la llave, al menos podríamos empezar a arreglarla el mes que viene, y yo le pago lo que pueda.

—¿Y si tengo una oferta antes?

León sabía que no iba a tener ninguna oferta, que la casa llevaba vacía demasiado tiempo. Eso significaba que algún problema tendría, quizá de humedades, quizá de goteras. Pero le daba igual. Llevaba días mirando y, de momento, era lo mejor que había encontrado. Algo le decía que allí podrían ser felices.

Celia y él.

El trabajo ya estaba conseguido.

Quedaba el lugar en el que vivir.

Un sueño.

—¿Usted no me podría bajar…, no sé, cuarenta duros?

—¿Cuarenta duros? —Ella se llevó las manos a la cabeza—. ¿Pero qué dice?

—Para redondear.

—¡Para eso ya mejor se lo regalo!

—¡Ah, pues mejor!

Se echaron a reír.

—Si conociera a mi novia, seguro que lo hacía —insistió él—. ¡Una hija sería para usted!

—¿Es guapa?

—¿Guapa, dice? —Se sacó la cartera y le enseñó una fotografía con más orgullo casi que ganas de convencerla.

—Sí que es guapa, sí. Y jovencita, ¿no?

—Dieciocho años.

—¡Ay, Señor! ¿Pero qué dice? ¡Si son dos niños!

—Pues por eso mismo, señora Antonia. ¿A usted qué más le dan unos duros de más o de menos? Piense que ella podría ser su hija. A mí la casa me gusta, está bien dentro de lo que podré pagar, pero si no me echa una mano… Vamos, que no le digo que me la dé gratis, que esto no es una obra benéfica. Pero un poco de bondad por su parte… —Puso la directa con la última propuesta—. Hacemos el contrato por un año y luego ya me sube el alquiler al siguiente, ¿qué le parece?

La señora Antonia movió la cabeza dubitativa.

—Usted es un zalamero, ¿eh?

—¡Que no, que es un buen trato y lo sabe! ¡Cuarenta duros, va!

—¡No! —volvió a alarmarse ella—. Como mucho le rebajo diez. Y, para dentro de un año, el alquiler completo y los diez duros que le habré rebajado este primer año.

León hizo cálculos. Contaba con la ayuda de sus padres. Poca, pero ayuda al fin y al cabo. De Celia, nada, salvo unos ahorrillos de su sueldo con los que podrían ir tirando al comienzo.

«Casémonos cuanto antes», le había pedido después de hacer el amor en el bosquecillo.

¿Cómo resistirse?

Cuando se lo dijera, cuando le contara que ya tenía un lugar en el que vivir, y en el que podrían incluso estar algunas horas aquellas semanas, antes de la boda, fingiendo arreglar la casa…

Todo era una locura.

Todo.

Pero ya le importaba poco lo que no fuera ella.

—Venga, ni usted ni yo —le sonrió con evidente dolor a la mujer—. ¡Veinte duros menos al mes!

85

Celia no esperó a la noche.

Ya no podía más.

Con la excusa de estar enferma, lo había evitado una semana. Con los mareos, las vomitonas y todo lo demás, habían sido siete días y siete noches de alivio. Pero, después de la fiesta de Natividad, quedaba claro que se había recuperado, al menos lo suficiente.

Lo suficiente para que el señor volviera a visitarla en su habitación.

El momento llegó después de la cena. Joaquín se había ido con los amigos. Natividad tenía otra fiesta en casa de una amiga. La señora Virtudes oía la radio mientras hacía calceta. El señor Fernando estaba en el jardín, fumando.

La noche era plácida.

Una noche todavía libre de pecado.

Cuando se acercó a él, se detuvo delante, con las manos unidas

como en un rezo. Bajó la cabeza para no tener que mirarlo a los ojos. Había atesorado la suficiente fuerza de voluntad, el suficiente coraje, pero aun así tardó en arrancar.

Lo hizo su amo.

—Esta noche te daré un pequeño regalo, Celia. Un gesto de buena voluntad. Ya te dije que no te iba a faltar de nada, ¿entiendes? —Y anunció—: Voy a darte nada menos que mil pesetas. ¿Eh, qué me dices?

El señor Fernando le pagaba.

Eso fue lo que le pareció.

Le pagaba como lo que era.

Una…

—Señor…

—Hablaremos luego. —Le hizo un gesto displicente con la mano—. Anda, vete.

—Señor, quería decirle que se acabó.

Fernando arqueó las cejas.

Apagó el cigarrillo en el cenicero que tenía al lado.

—No digas tonterías —le reprochó—. ¿Cómo que se acabó? ¿No estás contenta? ¿No te parecen bien mil pesetas? ¿Quieres más? Mira que no me vayas a salir tú ambiciosa, ¿eh?

Logró sacárselo de dentro.

Como un lagarto metido en su estómago.

—Señor, que estoy preñada.

Fernando no dijo nada.

La escena pareció congelarse.

—¿Cómo dices?

—Que estoy preñada, señor. Embarazada de usted.

La reacción fue de ira. No de susto o cautela. Ira.

—¡No digas tonterías! ¡Pero si tengo sesenta años!

—Lo estoy, señor. —Ya no le dio opción al miedo—. ¿Por qué cree que vomito y tengo náuseas? Tenía que haberme venido la regla hace dos semanas y no… No… —Empezó a temblar al darse cuenta ella misma de lo que estaba diciendo. Lo que estaba admitiendo en voz alta, como si todavía no lo hubiese hecho—. Usted me ha hecho un

hijo, señor.

Fernando se levantó de un salto. Primero miró en dirección a la casa. Se oía la lejana música de la radio. Luego se acercó a Celia. El olor a tabaco que desprendía siempre la llenó de renovado asco. El hombre se quedó casi pegado a ella.

—¿Es una broma? —quiso saber.

—No, señor —continuó con la cabeza baja.

—Te has acostado con alguien más, ¿verdad?

—Señor, ¿qué está diciendo? ¿Por quién me toma?

—¿Entonces qué? —Apretó los puños, como si fuera a golpearla—. ¿Me estás chantajeando?

—Señor…

Fernando lanzó un resoplido. Una ballena herida no lo habría emitido peor. Se apartó de ella, avanzó un paso a la izquierda, se dio media vuelta y luego regresó a su posición, desafiante, a menos de un palmo de su criada.

—¿Estás embarazada, en serio?

Celia todavía no había llorado.

Lo hizo ahora.

Quieta, inmóvil.

El segundo resoplido fue más tenue.

—Entonces, tranquila —suspiró atenazado—. Volvemos a Barcelona y buscaré a alguien que te lo quite.

Celia lo esperaba todo menos aquello.

—¿Quitármelo?

—Una comadrona, sí. No pasa nada.

A pesar de que casi no supo ni de dónde sacaba las fuerzas, logró reunirlas y decírselo:

—Eso es pecado, señor.

—¡No me seas infantil, por Dios! —Apretó otra vez los puños—. No querrás tenerlo, ¿verdad?

Y la respuesta de Celia fue suave, dulce, casi una caricia en mitad de la tempestad.

—Sí, señor —le dijo—. Quiero tenerlo. ¿Qué quiere que haga?

Fernando se contuvo a duras penas.

—¿Vas a dar a luz siendo madre soltera? ¿Y vas a destrozarme la vida a mí, con lo mucho que he hecho por ti y lo que te ha dado esta familia? ¿Estás hablando en serio, maldita sea, desagradecida? ¡Como se lo digas a mi mujer te mato! ¿Entiendes? ¡Te mato!

—No tendrá que preocuparse de nada, señor —gimió en medio de las lágrimas—. Voy a casarme con mi novio y nadie sabrá que ese hijo es de usted, ¿me comprende? Nadie.

Fernando se quedó boquiabierto.

—¿Tienes novio? —preguntó.

—Mi hijo será de León y de mí, y ya está —asintió Celia—. Yo… lo único que le pido es que deje de venir a verme. Esto… se acabó… Se acabó, se lo ruego. No me haga más daño porque si vuelve a mi cuarto yo… me mato, se lo juro. Me mato, señor… Me mato… No tendrá que hacerlo usted porque lo haré yo, que ya no puedo más… —Y lo repitió convulsa, negando con la cabeza—. No puedo más… No puedo más…

Eso fue todo porque entonces ella dio media vuelta y echó a correr hacia la casa.

86

El regreso a Barcelona fue silencioso.

No solo era el fin del verano, el fin de las vacaciones, el adiós a la casa de la playa.

Era mucho más.

La única que parecía feliz era Virtudes. Volvería a reencontrarse con sus hábitos, su confesor y guía espiritual, su casa segura, cómoda y confortable. Natividad tampoco parecía triste; sonreía y comentaba algo de vez en cuando. Fernando y Joaquín en cambio eran dos máscaras de miradas huidizas.

Celia no hablaba.

Como cambio con respecto a la ida, la dejaron en la ventanilla, por si se mareaba, con Joaquín en medio. La persistencia de los vómitos era cada vez más extraña. Virtudes ya le había dicho que debería ir al médico, que algo le habría sentado mal. Le parecía la única

explicación.

La diferencia con respecto al viaje de junio era que, esta vez, Joaquín trataba de no rozarla con la pierna. Muy al contrario. Y, desde luego, ni la miraba.

Fue un trayecto tranquilo, con escaso tráfico, bordeando la línea costera en una mañana de sol y con el mar de nuevo en calma repleto de los bañistas que todavía se resistían a dar por terminado el verano de 1959.

Decían que en septiembre seguiría haciendo calor.

Intermedio 13

1992

La casa estaba en la parte baja del barrio de Horta y era sencilla. De hecho, ni siquiera se trataba de un edificio, sino de una planta baja a la que se accedía directamente desde la calle a través de una puerta emplomada. Tenía dos ventanas, una a cada lado de la entrada, protegidas con rejas de gruesos alambres trenzados en diagonal. Por su aspecto, daba la impresión de llevar muchos años igual, sin una mano de pintura, sin ninguna atención que la devolviera a un esplendor olvidado. La calle también era pequeña, la clásica calle de barrio humilde, sin pretensiones, poblada de casas oscuras, sin balcones, con ventanas todavía cerradas a causa del clima y con escasas tiendas en los aledaños. Incluso el tráfico la ignoraba.

Eduardo llamó al timbre.

Nada.

En la guía telefónica constaba un nombre cualquiera. Había llamado por teléfono inútilmente. La sensación de vacío era palpable.

Nadie parecía vivir allí ahora.

Se separó un poco de la puerta y miró hacia arriba. Luego hizo lo propio a ambos lados de la calle. Podía preguntar a los vecinos de los dos edificios contiguos.

Los años borraban los recuerdos, aunque los asesinatos no se olvidaban.

Tuvo un atisbo de suerte cuando, del portal de la izquierda, salió una mujer abrochándose la chaqueta al dar los primeros pasos por la calle. No se lo pensó dos veces y la detuvo.

—Perdone…

La mujer reaccionó un poco a la defensiva. Luego debió de pensar que el desconocido iba a preguntarle por alguna calle.

—¿Sí?

—¿Sabe si esta casa está habitada? —Señaló la planta baja.

—Pues… —Le costó superar la sorpresa—. La verdad es que hace mucho que no veo a nadie, pero no sabría decirle.

—Estoy buscando algo por aquí… —mintió Eduardo.

—Ni siquiera sé quién es el dueño.

—Aquí fue donde se cometió aquel asesinato, ¿verdad?

Lo había dejado ir como de pasada, igual que si comentara algo de escasa importancia. La mujer, esta vez, apretó el entrecejo.

—¿Un asesinato? ¿Aquí?

—En 1959.

—Vaya, entonces… —suspiró casi con alivio—. Yo solo llevo aquí diez años, desde el 82. Y lo cierto es que nunca había oído hablar de un crimen, ni aquí ni en la calle.

—Ya, claro.

—Si es cierto, estas cosas mejor olvidarlas. —Hizo ademán de continuar su camino y Eduardo no se lo impidió.

—Gracias. Y perdone.

—No pasa nada, no hay de qué —se despidió la mujer.

La vio alejarse con el paso vivo.

Hasta que desapareció por la esquina.

Volvió a quedarse solo.

La tienda más cercana estaba en la acera de enfrente, y era un puesto de frutas y verduras, con mercancía expuesta al lado de la puerta. Cruzó la calzada y se dirigió a ella. No había nadie en el interior, salvo una mujer lo bastante mayor como para tener memoria en el caso de haber estado ya allí en 1959. Le calculó unos sesenta años. Eduardo cogió un racimo de plátanos y lo depositó en el mostrador.

—Tienen buena pinta —dijo.

—Son los mejores, ya lo verá —se jactó ella—. Me los traen de Canarias.

Eduardo tardó más de la cuenta en pagar la compra. Fingió buscar en los bolsillos del pantalón y la chaqueta.

—Hacía mucho que no pasaba por esta calle —dijo.

—Pues seguro que está igual. —Se echó a reír ella—. Parece

congelada en el tiempo.

—Recuerdo que una vez hubo un asesinato.

—¡Vaya! —La tendera abrió los ojos de par en par—. ¡Pues sí que tiene usted memoria!

—Bueno, salió en los periódicos. Mi padre me habló de ello, porque fue una de esas noticias escandalosas y escabrosas de las que hay toda clase de interpretaciones. —Acabó de encontrar el dinero, ahora que había establecido contacto con la mujer, y le entregó un billete de cincuenta pesetas sin necesidad de preguntarle cuánto costaba su compra—. Usted debió de presenciarlo en primera fila, ¿no es así?

—¡Ya lo puede decir! Aunque me enteré cuando llegó la policía, claro. Si viera cómo se puso la calle… Esto pareció un manicomio. Y lo mismo los días siguientes. La gente es muy morbosa, ¿sabe? Total, como si se pudiera ver algo desde el exterior. Y una vez pasado todo…

Le entregó el cambio, pero Eduardo no se movió.

—Se habló de un crimen pasional.

—Hablar, se habló de muchas cosas. Lo único cierto es que el asesino mató a ese hombre y luego se dio a la fuga. Había una mujer embarazada. Casi una niña. El asesino era el novio y tuvo un ataque de celos o algo así. Bueno, la verdad es que se dijeron muchas cosas y vaya usted a saber cuál era la verdadera. La casa la acababan de alquilar ellos, la pareja, o al menos el asesino, ya no lo recuerdo del todo bien. A saber por qué o qué se traían entre manos todos, que en esto una nunca puede fiarse de nadie. ¿Quiso proteger el asesinado a la muchacha? ¿Por qué? Lo que le digo: ya entonces no se aclaró demasiado, ya sabe cómo es la ley. El criminal, al ver lo que había hecho, huyó como alma que lleva el diablo. A ella, que creo que resultó lastimada con algún golpe, se la llevaron al hospital porque estaba deshecha, no paraba de llorar. Por lo que sé, luego la dejaron en libertad.

—Así que la chica se quedó aquí.

—Sí, sí. Ella misma acabó saliendo al cabo de un rato, cuando se recuperó, y dio la voz de alarma.

—Qué cosas.

—Ya puede decirlo, ya.

—Creo que el muerto era una persona importante.

—Al menos adinerada, sí.

—Y tendría que ver con la chica. Si dice que quería protegerla…

—Eso ya no lo sé a ciencia cierta, pero es lógico que fuera así. Ni entonces ni ahora estoy pendiente de lo que pasa afuera. Bastante tengo con atender a la clientela.

—Bueno. —Eduardo cogió los plátanos, que seguían sobre el mostrador—. Espero volver.

—Si le gustan los plátanos, volverá. Le digo que son los mejores y no es broma ni por alardear. De esto no hay en esas tiendas finas que lo traen todo de cualquier parte.

—Buenas tardes.

—Hala, con Dios, señor.

Eduardo salió de la verdulería buscando una papelera donde arrojar los plátanos, porque era la fruta que más odiaba desde la niñez.

Capítulo 14

Septiembre de 1959

87

Fernando no dejaba de darle vueltas a la cabeza al diálogo mantenido con Celia la última noche que habían estado juntos, en el jardín de la casa, y pudieron hablar. La noche de la sorpresa. La noche del susto. La noche de la confesión de su embarazo.

Primero, aquella realidad: Celia preñada.

Segundo, el hecho de que ella le hubiera confesado que tenía novio.

¿Novio?

¿Cuándo, cómo?

Se lo había comentado a Virtudes, como de pasada, para no despertar sospechas.

—La chica está rara, ¿no?

—Habrá pillado algo.

—¿Sabes si tiene novio?

—No sé, pero eso parece —le contestó su mujer—. Por lo visto venía uno de Barcelona en tren, los jueves por la tarde. Me lo comentó Joaquín. —El tono fue de disgusto—. Solo nos faltaría esto, porque estas, en cuanto se lían…

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y a ti qué más te da? —le espetó ella—. ¿Te ocupas tú de la casa?

—No, pero un comentario…

Eso había sido todo.

¿Le habría dicho al novio que la visitaba algunas noches?

Le entró un sudor frío.

La primera posibilidad habría sido que el novio la dejara. La segunda, que hubiera ido a verlo para matarlo. La tercera, que no

existiera el dichoso embarazo, y sí un plan para extorsionarlo, pedirle dinero para abortar. Solo que ella no le había pedido dinero. Y le dijo que no quería perder al crío. La última opción era sin duda la peor y más dura, que el hijo fuera del novio y trataran de chantajearlo asegurando que era de él.

Dinero.

Celia podía ser una inocente, pero el novio no.

El novio podía… debía de ser un hijo de puta.

Fernando se sintió todavía peor.

Primero, Consuelo. Ahora, Celia.

¿En qué estaba pensando?

¿Se había vuelto loco?

El dinero lo solucionaba todo, sí, pero eso no impedía que se sintiera como un redomado estúpido. Él. ¡Él! Si había caído en aquella vulgar trampa, se merecía lo que le pasara. Pagaría por un hijo que no era suyo. Pagaría por el silencio de dos indeseables. Y todo por haber caído bajo el influjo de la carne.

El deseo.

Consuelo lo había empujado, por supuesto, pero el resto lo hizo él y nadie más que él.

Era imposible que aquel niño, si existía, fuese suyo. Si existía, sería del novio. Y, si pretendían colgárselo a él, para exprimirlo, desde luego no sabían con quién se jugaban los cuartos.

No, no lo sabían.

A las buenas, el mejor. Pero a las malas…, el peor.

Celia ya no era lo que creía.

—Maldita sea… —Se sintió acorralado.

Imaginarse dándole el apellido a un bastardo le dolía aunque, si Celia se casaba con el novio, eso ya no entraría en sus planes. Imaginarse la vergüenza para con la familia lo superaba. Virtudes le daría la espalda, sus hijos lo despreciarían. Imaginarse pagando durante años un dinero todos los meses, o una extorsión mayor, lo convertía en una bestia acorralada.

—Hijos de puta…

Tenía que averiguar qué estaba pasando. Y hacerlo antes de que

ellos, Celia y el novio, por separado o juntos, hicieran la siguiente jugada.

Le iba todo en ello.

88

Celia tenía miedo.

De pronto, el mundo se había vuelto oscuro y gris.

Volvía a estar en Barcelona, en su habitación, pero ya nada era igual. Parecía como si la vida se hubiese bifurcado. Dos vías opuestas. Por un lado, el camino de la felicidad, con León. Por el otro, el camino del doloroso drama de su embarazo. Seguía en la casa, atrapada, como si nada sucediera. Trabajaba, los veía, hablaba con Natividad, se comportaba correctamente con la señora, pero la relación con ellos no existía. Joaquín le lanzaba miradas de odio. El señor la ignoraba.

No era como vivir en una nube de tormenta, ni en un paréntesis. Era como estar en la antesala del infierno.

Lo que no sabía era cuándo estallaría todo.

Las palabras del señor Fernando iban y venían de su mente, como dardos ardientes y punzantes: «Volvemos a Barcelona y buscaré a alguien que te lo quite».

Quitárselo.

A veces dejaba de creer que hubiera un Dios. Otras, le tenía miedo. Ella no había hecho nada para que Dios la castigara. Pero, ahora, ¿la ponía a prueba?

Abortar era un pecado grave.

Matar a una persona era la condenación.

No quería aquel hijo, pero lo llevaba dentro.

De nuevo la voz de su amo y señor: «No querrás tenerlo, ¿verdad? ¿Vas a dar a luz siendo madre soltera? ¿Y vas a destrozarme la vida a mí, con lo mucho que he hecho por ti y lo que te ha dado esta familia? ¿Estás hablando en serio, maldita sea, desagradecida? ¡Como se lo digas a mi mujer te mato! ¿Entiendes? ¡Te mato!».

No era una ingenua. No era tonta. El señor Fernando la había

forzado. Su culpa, en todo caso, era haber callado, por miedo, por el pánico a contar la verdad. El miedo de la indefensión ante el poder.

La arcada le sobrevino tan de repente como todas.

No pudo llegar al servicio, ni a su habitación. Tuvo que inclinarse sobre la pila de la cocina y vomitar lo poco que ya tenía en su cuerpo. Pura bilis. Se esforzó al máximo hasta que apenas le colgaron unas babas espesas de la boca. A pesar de haber acabado no se movió. Seguía mareada. Con las manos aferradas a ambos lados del mármol, miró el desagüe como si se tratara de un conducto secreto que pudiera llevarla a las entrañas de la tierra.

Un lugar en el que esconderse.

89

Virtudes bajó el volumen de la radio y aguzó el oído.

Sí, no era un error. El sonido venía de la cocina.

Celia.

Estaba vomitando otra vez.

Frunció el ceño. ¿Cuándo habían empezado los vómitos, y los mareos, y aquella perpetua sensación de abandono y decaimiento? Ya no se trataba de un día o dos. Era más. Celia llevaba así dos, tres semanas.

Recordó sus embarazos.

Los tres.

El de Joaquín había sido el mejor. El de Asunción, el peor. El de Natividad, un intermedio. Pero se recordaba a sí misma igual que su criada, vomitando una y otra vez.

Virtudes se tensó.

¿Embarazada?

¿Celia podía estar… esperando un hijo?

No quiso pensarlo.

No, qué absurdo.

Y, sin embargo, aquellos vómitos constantes, aquellos mareos, el desfallecimiento que le notaba en los quehaceres diarios…

¿Y si le preguntaba directamente?

No. Sería ponerla en un compromiso. Significaría que ella, su señora, imaginaba que se estaba acostando con alguien, a su edad, tan joven, sin estar casada por la Santa Madre Iglesia. La sola sospecha haría que Celia se disgustase. Tal vez le perdiera la confianza.

Celia no podía estar embarazada.

A pesar de los vómitos.

Celia, su Celia, no.

Virtudes volvió a subir el volumen de la radio. La señora Francis le decía a una madre que, si su hijo experimentaba aquellos cambios en su cuerpo y en su alma, debía llevarlo al médico, porque había tratamientos para ello.

Desde luego, la vida era una partida muy compleja que siempre se jugaba a muchas bandas.

90

Celia se preguntó qué estaba haciendo allí.

Comprobó la dirección y sí, desde luego, no había ningún error. Aquella era la casa, y también el número. Un edificio de una sola planta con una puerta y dos ventanas, una a cada lado, protegidas con gruesas rejas de alambres trenzados. Una casa vieja y sencilla situada en la parte baja del barrio de Horta, lejos del centro y, por lo tanto, todavía con sabor a pueblo, como tantos barrios periféricos de Barcelona o, todavía, incluso, en zonas de rancio sabor, como Gracia o Sants.

Miró a derecha e izquierda. La calle no era menos sencilla. Algunos comercios y poco más. Casas bajas, humildad, poca gente por las aceras porque seguía haciendo calor. El tráfico, inexistente, salvo por un carro tirado por un burro famélico que se movía perezoso en la esquina más alejada.

León le había dado las señas y la hora por teléfono. Estaba allí y era la hora.

También la consigna: «Llama al timbre».

Un León que parecía feliz y excitado a la vez.

Un León misterioso como un niño.

—¿Pero qué…?

—Tú ve.

—Dime por lo menos qué es ese lugar.

—¿Me quieres?

—¡Claro que te quiero!

—Pues confía en mí. Ve y llama al timbre.

Celia se acercó a la puerta y pulsó el botón del timbre. Fue como si León estuviese ya al otro lado, esperándola, porque le abrió la puerta casi de inmediato.

Su sonrisa, de oreja a oreja, era contagiosa.

—¡Hola! —la saludó.

—¿Pero… qué es esto?

Su novio le hizo una reverencia. Como si fuera una reina.

—¿Quiere ver el palacio, señora?

Seguía haciendo el payaso. Y a ella le encantaba que lo hiciera. Lo habría disfrutado de no ser porque lo que iba a decirle lo cambiaría todo.

Sus vidas, de raíz.

¿Por qué se había acostado inesperadamente con León si no?

¿De qué otra forma tendría un padre de verdad, real, de carne y hueso, para su hijo?

¿De qué otra forma podía salir indemne de todo aquello?

Engañar a León era el menor de todos sus males.

El más necesario.

Celia cruzó aquel umbral.

La casa olía a humedad, a cerrado, y no tenía muy buena iluminación. La luz estaba cortada, así que lo que veía eran paredes tamizadas por sombras. Se encontró en una primera sala con tres puertas abiertas. Una daba a la cocina, otra a un baño, y la tercera a un pasillo o pequeño distribuidor en el que, imaginó, había como mucho un par de habitaciones. Más allá de la cocina vio un patio al que sí daba la luz de la tarde.

—¿Qué es esto, León? —le preguntó con ansiedad mal medida.

Él la abrazó.

Estaban solos, aislados del mundo. El beso fue intenso.

—Es nuestra casa, cariño —le susurró con amor—. La he alquilado para nosotros. Y no solo es eso. Me licencian el lunes y empiezo a trabajar la semana que viene. Yo me instalaré aquí en cuanto tenga una cama. Después…

«Después» era la boda.

Lo que más le urgía, para que su hijo no naciera mucho antes de cuentas, se lo estaba regalando León.

Celia se le echó a los brazos y rompió a llorar.

91

León tenía razón: no era el mejor de los lugares, pero era… iba a ser «su» lugar.

Su primera casa de verdad.

La cocina era pequeña pero coqueta, en el baño solo había un retrete, un lavamanos y una ducha, la habitación de matrimonio apenas si daba para una cama grande y dos mesitas de noche, la habitación pequeña bastaba para un crío, el patio sí parecía soleado, aunque con casas a ambos lados. La entrada, llegando de la calle, era el comedor. Necesitaba aire fresco, un poco de pintura, algunas reparaciones…

Un palacio era poco.

—¿Cómo vamos a pagar esto?

—Lo he arreglado con la dueña, no te preocupes. Unas pocas lágrimas de cocodrilo y la he convencido. ¡Si vieras la rosca que le he hecho! —se rio—. Con la ayuda de mis padres y pasando un año con el cinturón apretado… ¿Qué más da si estamos juntos? Por favor, ¡dime que te gusta!

—¿Gustarme? —Volvió a echársele a los brazos—. ¡Me encanta!

—Quizá tengas que seguir trabajando, eso es todo —lamentó él.

—No puedo seguir allí si nos casamos. —Fue rápida Celia.

—¿Por qué?

Llegaba la hora de la verdad.

La hora de las sombras.

—La señora Virtudes no lo consentirá —mintió aunque tampoco iba desencaminada—. Yo no quiero dormir en una habitación de criada, sola, si estoy casada. Y ellos no admitirán que vaya cada mañana y luego me vuelva por la noche.

—Habrá otras casas, y más cerca. Quizá una oficina. —No quiso desanimarse León.

—Dios…

Temblaba como una hoja.

No quería decírselo, pero ahora, allí, ya era incluso lo mejor.

—¿Puedo desnudarte? —le preguntó él.

Celia levantó las cejas.

—¿Quieres hacerlo… en el suelo?

La cara de su novio le dijo que sí.

—He traído unos periódicos —la tanteó—. Ya me pondré yo debajo.

—¿De veras quieres hacerlo?

—Para estrenarlo, ¿no? —Puso cara de malo.

Celia se rindió.

—Escucha. —Soltó todo el aire que era capaz de retener sus pulmones—. Esto ha sido… maravilloso, la mejor de las sorpresas, pero lo cierto es que lo que tenía que decirte hoy era…

—¿Era qué?

—Lo siento, León. —Se le llenaron los ojos de lágrimas al enfrentarse al momento decisivo.

—¡Eh, eh! ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que sientes? Me estás asustando.

—Estás tan contento…

—¿Y tú no?

—¡Mucho! —Otro abrazo, fuerte. Nuevas lágrimas, desconsoladas—. Pero no sé si me seguirás queriendo cuando te diga…

León la apartó para mirarla a los ojos.

—¿Seguirte queriendo? ¿Estás loca?

—Estoy embarazada, amor mío.

Las campanas de las catedrales repicaban con solemnidad. Sonaban fuertes, poderosas. Las campanas del alma en cambio eran igualmente

grandes pero silenciosas. Se trataba de un estruendo interior, capaz de desarbolar cuerpos y mentes.

Un tsunami emocional.

León tardó cinco largos segundos en asimilar la noticia.

Su cara reflejó incredulidad.

—Pero si tuvimos cuidado, y di marcha atrás…

Celia cerró los ojos.

Era el momento más temido.

—Lo siento —gimió de nuevo.

No quiso mirarlo. Pensó que, de un momento a otro, él se marcharía, la dejaría sola. El abismo empezó a abrirse bajo sus pies. O eso o se enfadaría, la culparía, le diría que no podía ser, que eso lo complicaba todo…

—¿Voy a ser… padre? —le oyó decir.

Celia asintió con la cabeza.

—¡La madre que me…! ¿Voy a ser padre?

Su tono no era de enfado.

Era el de un hombre enamorado que acaba de recibir una noticia de la persona amada, sin importar tanto que fuese buena o mala.

Celia se enfrentó a él.

Le vio la cara de sorpresa, pero también de alegría.

—¿Estás preocupada? —le preguntó León.

—Pues claro —repuso ella—. ¿Tú no?

—Sí, pero… —buscó palabras, argumentos—. Si viene…, viene, ¿no? Quiero decir que si está aquí… ¡Mecagüen…! —La sujetó por los brazos—. Solo dime si estás segura.

Celia movió la cabeza de arriba abajo por segunda vez.

—Entonces…, ¡habrá que casarse ya! —gritó él—. ¡Y antes de un mes, digo yo, aunque igualmente tendremos que decir que nos nacerá sietemesino!

—¿No tienes miedo? —se atrevió a preguntarle.

—¿Miedo? ¡Estoy cagado! —Se echó a reír con nervio—. Pero mira, así sigo la tradición familiar. Mi bisabuela tuvo a mi abuela a los dieciséis años, y mi abuela a mi padre a los dieciocho. ¡Si es que casi ni me extraña! —Le dio un beso en la frente—. ¡Celia, amor! ¿De

verdad estabas preocupada por decírmelo?

Celia esperaba muchas cosas, muchas clases de reacciones, pero, quizá, la que menos era aquella.

La de la alegría de León.

La alegría de una buena persona, un buen hombre, un buen novio, un ser limpio de corazón. Alguien enamorado de verdad. Sí. Por encima de todo, enamorado de verdad.

Alguien a quien era muy injusto engañar.

Pero que la liberaba de todos los males.

Intermedio 14

1992

Le abrió la puerta una criada de las de verdad, con delantal y cofia. Se correspondía con la dignidad de la casa, moderna pero sin sobrepasar los límites. La mezcla se hacía evidente en el contraste de la decoración incluso en el mismo recibidor, en el que el ascensor lo había dejado directamente después de pasar por el filtro de un conserje medio engalanado como si fuera a participar en un desfile. La muchacha, no mayor de veinticinco años, lo miró como si fuera alguien importante.

Todos los que pasaban por allí debían serlo.

—¿La señora Canals?

—¿De parte?

—Eduardo Camprubí.

—¿Nada más?

—Ya sabe quién soy.

—Un momento, por favor. Acaba de llegar y no sé si podrá recibirle.

Esperó.

Sabía que «podría recibirle».

De lo contrario era capaz de entrar a la brava y verla como fuera, aunque no estaba enfadado, solo contrariado.

Ahora ya sabía que la señora Canals era la esposa de José María Canals Bargalló, el industrial, de quien había tomado el apellido.

Pero en toda aquella historia, cuando era una niña de doce años en 1959, era simplemente Natividad.

La hija de Fernando Miramón.

La criada reapareció al momento. Más que caminar, levitaba, como si no se atreviera a pisar fuerte. Lo invitó a seguirla y la obedeció. Fue un paseo corto. Un pasillo a la izquierda y la segunda puerta a la derecha. Muy propio de la gente acomodada: recibir a las visitas en un

salón o una biblioteca. En este caso era lo primero. Un saloncito para tomar el té o jugar al bridge, con una mesa pequeña, algunas sillas, dos butacas enormes, un sofá y muebles recargados de pura ornamentación. Había fotos familiares, pero no llegó a verlas porque la señora Canals, Natividad Miramón, apareció casi de inmediato.

Eduardo seguía de pie.

—¿Señor Camprubí? —dijo a modo de saludo pero sin renunciar a la sorpresa—. No le esperaba tan pronto. No me diga que ya…

—Estoy en el buen camino —la informó revestido de cautelas—. Solo quería hablar con usted, matizar algunos detalles. Siento haberme presentado tan de improviso.

—Oh, no importa. Siéntese, por favor. ¿Toma algo?

—No, gracias.

Renunció a sentarse en una de las mullidas butacas. Prefirió una silla, para sentirse menos cómodo y más libre de movimientos. La hija de Fernando Miramón hizo lo propio en otra. Seguía vistiendo de negro y lucía tan intensa y firme como la primera vez. Una mujer que jamás pasaría desapercibida ni provocaría indiferencia. Muy al contrario. Una mujer que dejaba siempre su huella sin necesidad de hacer apenas nada, solo estar.

—¿En qué puedo ayudarle?

Eduardo llevaba las palabras aprendidas, pero le costó pronunciarlas. No era lo mismo imaginar la escena que vivirla, con ella delante.

—¿Por qué no me contó toda la verdad?

Natividad Miramón solo arqueó ligeramente una ceja.

—¿La verdad?

—Me refiero a toda la historia.

—¿Era necesario?

—Yo creo que sí.

—Le encargué buscar a una persona.

—Podía haberme dicho que era el hijo de su antigua criada y, además, del hombre que en 1959 asesinó a su padre.

Esta vez nada se alteró en ella. Sostuvo la mirada de Eduardo, impasible, inmóvil. Por un momento, él pensó que iba a echarlo, sin

más, a cajas destempladas. Pero no lo hizo, ni pasó nada. Natividad mantuvo la calma.

Una dama de hielo.

El silencio se hizo ominoso.

—¿Por qué busca a David García, señora Canals? —Se vio obligado a romperlo el detective.

—Es algo que no le concierne —respondió amable pero firmemente.

—¿Quiere encontrarlo para llegar a su padre a través de él, vengarse después de tantos años? Porque, por lo que sé, León Álvarez Peñarroya escapó de España, se exilió y probablemente jamás haya regresado.

Otro silencio. La misma mirada fría.

—Dice que está en el buen camino —repuso con suavidad—. ¿Significa eso que dará con él pronto?

—Vamos, señora Canals… —se atrevió a rezongar Eduardo—. Lo que me diga quedará entre nosotros, confidencialidad cliente-detective, lo mismo que la de un abogado o un médico. Ayúdeme a entender esto.

—¿Pero por qué necesita entenderlo?

—Y si doy con él y se le ocurre matarlo.

—No sea absurdo —pareció a punto de echarse a reír.

—¿Tiene que ver con el hecho de que usted vaya de luto?

—Mi madre murió hace unos días.

—Lo lamento.

—Era mayor, pero conservaba toda su lucidez.

Eduardo asimiló la información.

Ninguna iluminación.

—Voy a decirle una cosa —reapareció el tono amable aunque distante de ella—. Sé perfectamente que León Álvarez escapó de España. Y sé a dónde fue a parar, cómo vivió los siguientes años. Lo sé todo, señor Camprubí. Yo no busco a ese asesino: busco a David, nada más. Y lo hago por un tema privado —hizo una leve pausa—. Para su información, León Álvarez Peñarroya se escondió inicialmente, luego cambió de nombre, buscó países sin tratado de extradición con España, y finalmente rehízo su vida en México y después en Buenos Aires, donde se casó, tuvo dos hijos y murió en un accidente de coche

hace diez años —volvió a hacer una pausa final para que él lo procesara todo—. Como puede ver, por doloroso que sea, eso es ya agua pasada, ¿lo entiende?

—¿Cómo sabe todo eso?

—Porque lo buscamos, es evidente.

—Comprendo —suspiró Eduardo—. Y, sin embargo, ¿por qué no buscaron entonces ya a David? ¿Por qué ha tenido que morir su madre para que usted haya emprendido esa tarea?

Sabía que eran las dos preguntas que ella no iba a responder.

Y no lo hizo.

Natividad Miramón se puso en pie.

—Encuéntrelo, por favor.

No tuvo más remedio que imitarla. Se levantó. Instintivamente, por primera vez, miró las fotografías familiares que tenía más cerca. En la mayor, la central, con un portarretratos de plata de ornamentado marco, vio a la familia al completo, el padre, la madre y los dos hijos. Natividad tendría en ella unos once o doce años.

Eduardo se fijó en el hombre.

Fernando Miramón.

Notó cómo se le detenía el corazón en el pecho.

Porque David, la persona a la que estaba buscando, era en las fotos que tenía de él el vivo retrato de su padre real.

Y ese no era León Álvarez.

Era el propio padre de Natividad Miramón.

—Le acompaño a la puerta —oyó que decía su anfitriona.

Capítulo 15

Septiembre de 1959

92

Al arrodillarse delante del confesionario, sintió cómo todo su cuerpo se venía hacia delante, vencido por el peso de tanta culpa. Más que apoyarse en la tarima de madera, con las manos unidas, lo que hizo fue afianzarse en ella para no caer. La rejilla tras la cual esperaba el padre Espinosa formaba una retícula de madera a cuyo través se intuía la silueta del sacerdote, con la cabeza inclinada, la mano apoyada en la sien.

Un pecador más.

—Ave María Purísima…

—Sin pecado concebida…

—Padre, hace algunos días que no me he confesado.

—¿Días?

—Semanas, padre.

El sacerdote reconoció la voz. Levantó la cabeza. Dejó de apoyar la mano en la sien. Acababa de confesar a la señora Virtudes. Ella le había dicho que su criada llevaba unos días mal, enferma.

Los jóvenes eran extraños.

—¿Cuáles son tus pecados, hija?

—He pecado de pensamiento y obra.

—¿Obra?

Celia se sentía sorprendentemente a salvo.

A salvo, aunque no de todo mal.

No estaba tan loca.

—He sucumbido a la tentación de la carne, padre.

El padre Vicente Espinosa se envaró. La criada de la señora Virtudes era una inocente muchacha de dieciocho años, de rostro angelical. Sin

duda una elegida de la Divina Providencia.

—¿Te has tocado a ti misma? —la sondeó.

—No, padre. He tenido contacto físico con un hombre.

El sacerdote tragó saliva.

¿Qué clase de mundo era el que llegaba con la inminente nueva década?

¿Pecado y degradación?

—¿El contacto se ha basado en besos y caricias?

—También ha habido sexo, padre.

Hubo una pausa.

Sexo.

La palabra solía arder en las entrañas tanto como en el infierno.

—¿Sexo… hasta las últimas consecuencias?

—Sí, padre.

—¿Sabes que este es un pecado grave, gravísimo, y por supuesto mortal?

—Lo sé, padre.

—Y, sin embargo, sucumbiste.

—Por amor, padre.

—No hay más amor que el de Dios, hija mía. Lo otro, sin estar bendecido, es concupiscencia y aberración.

—Pero Dios me ha recompensado con algo, padre.

—¿Qué puede haberte dado el Señor como recompensa ante una falta tan extrema?

—Estoy embarazada, padre.

El sacerdote se quedó sin habla.

La voz de Celia era natural, no había en ella muestra de dolor o arrepentimiento. Casi podía deducirse que era una voz alegre, feliz.

¿Acababa de decir que «el Señor la había recompensado»?

¿Con un hijo natural?

—Hija, estás segura de lo que dices.

—Voy a casarme, padre, así que ese hijo nacerá en un hogar cristiano. Eso es lo único que debería importar, ¿no es cierto?

La pausa fue inquietante.

Celia miró la rejilla de madera.

De lo que hubiera hecho el señor Fernando que se confesara el señor Fernando. Ella no había sido responsable. Lo que había hecho ella, acostarse con León, sí. Le pertenecía. La única causa pendiente sería la mentira.

Haber engañado a León.

Pero de ella podía confesarse con el tiempo.

Quizá en un suspiro final, antes de morir.

Lo importante era no hacer daño a nadie.

—¿Cree que merezco su perdón, padre?

Llegó la reacción tras el silencio.

—¿Lo sabe tu señora?

—Todavía no, padre. Se lo diré cuando me despida. Y, estando bajo secreto de confesión, sé que usted no me delatará, ¿verdad?

—Por supuesto, hija. Por supuesto —manifestó a su pesar.

Aquella santa mujer, la señora Virtudes…

Bueno, llegado el momento, tendría que consolarla.

Los caminos del Señor…

—¿Algo más de lo que confesarte antes de que te dicte la penitencia, hija mía? —suspiró el padre Espinosa.

—No —dijo Celia—. Eso es todo.

Todo.

93

La vuelta con los amigos después del verano siempre era un momento especial.. Más de dos meses sin verlos, en algunos casos, era como media vida. Por eso Joaquín y Bruno se abrazaron nada más encontrarse, quitándose con vigor el imaginario polvo de sus respectivas espaldas.

—¡Eh, gandul!

—¿Qué ha sido de tú vida, gamberro?

—Nada, un verano de lo más aburrido, ¿y tú?

—Lo mismo, aunque…

Bruno se animó. Era lo que más deseaba preguntarle.

—La criada, va. ¿Qué tal?

Joaquín pensó en muchas cosas. Aquella noche, con los pantalones del pijama bajados delante de ella. Pero también la de su padre.

El secreto de una vida.

Para él, la pérdida de toda inocencia.

—¿Qué quieres que te diga? —Se encogió de hombros haciéndose el interesante.

—¿Lo conseguiste o no?

—¿Tú qué crees?

—¡Que no! ¡No te fastidia! ¡Como que te iba a dejar!

Quería impresionarlo. Necesitaba impresionarlo.

—Pues que sepas que me lo hizo —dijo.

—¿Hacerte qué?

—Tocarme.

—¡Anda ya!

—Fui a su cuarto, me desnudé y me lo hizo.

—¿En serio? —alucinó su amigo.

—Sí.

—¿Con la boca?

No quiso mentir demasiado.

—Con la mano.

—¡No fastidies!

Joaquín se encogió de hombros.

—Estuvo bien, pero se le notaba que no era lo suyo. Aunque fue muy dulce, eso sí.

—¡Me vacilas!

—Que te juro que no —mintió—. Me colé en su habitación, me bajé los pantalones y se lo pedí. Primero se quedó un poco cortada, pero luego… Me dijo que lo hacía porque era yo. Desde luego fue mucho mejor que hacerlo solo.

—¿Y después?

—¿Después qué?

—¿No volviste más noches?

—No, demasiado lío. Me pilla mi madre y se arma la de Dios es Cristo. Tampoco fue nada del otro mundo. Además, en la pandilla

había un par de nuevas y todo eso.

Bruno pareció dar por terminado el interrogatorio.

—Sí, con la de chicas que hay por ahí… ¿Has visto cómo han vuelto de vacaciones la Encarna y la María?

—No, no he visto a nadie aún.

—¡Pues vas a quedarte así! —Puso cara de susto—. ¡Jo, en dos meses, están…! Y te recuerdo que a la María le gustabas. Te juro que la tienes a huevo. ¿Vamos por donde ellas?

Joaquín pensó en Celia.

Una despedida mental.

Todo había cambiado aquel verano. Amor, desilusión, fracaso, frustración, y la sensación de haber perdido algo por el camino.

El respeto hacia su propio padre.

Los dos amigos se pasaron un brazo por encima de los hombros el uno al otro.

—¡Vamos a por ellas! —repitió decidido.

Echaron a andar.

—Oye —insistió Bruno—. ¿Pero la viste desnuda a ella o no? ¿Le tocaste las tetas por lo menos?

94

La voz del consultorio radiofónico de Elena Francis tenía, a veces, un tono de rigor todavía más acentuado. Un poso de inequívoca convicción capaz de vencer las resistencias más difíciles. Cada palabra, cada frase, cada idea, venía envuelta en la serenidad de un absoluto convencimiento. Había respuestas que eran como cebollas: capa a capa, conducían al corazón, a la Verdad Única.

Esa era una de ellas.

> Querida amiga. Cuando ante Dios, en su sagrado altar, le prometió a su esposo quererlo en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hizo un juramento eterno. Un juramento de por vida, inquebrantable, capaz de resistir todos los avatares de una existencia en común. Eso debe prevalecer por encima de todas las cosas, y creo que lo sabe, porque si algo rezuma su carta, pese a todo, es amor y fe. Usted misma sabe ya la respuesta, aunque necesite oírla.

Ese hijo que su marido ha tenido con otra mujer no es hijo del pecado, aunque pueda parecerlo. Dios nos da hijos por amor, no por crueldad o venganza. Quizá, en el fondo, sea un regalo. Una oportunidad. Y como tal ha de contemplarlo. Su marido, actuando justa y honestamente, con valor y sentido de la responsabilidad, le pide que lo adopten, ya que su madre biológica no quiere saber nada de él. ¿Dilema? En parte. Tenemos a una mujer joven que quiere rehacer su vida sin la pesada carga de una maternidad. Una madre que, para bien o para mal, desea lo mejor para su hijo y cree que ella no podrá dárselo. Una mujer que se entregó, ciegamente, a un hombre casado. Y tenemos a ese hombre, su marido, que desea aceptar su culpa y no eludir la responsabilidad caída sobre sus hombros. Un hombre íntegro en este caso que no desea perder a su hijo, aunque no lo haya tenido con usted. Darlo en adopción es una alternativa, cómo no. Pero mire el tema desde el lado más cristiano: usted está casada con él, y él es el padre de ese hijo. Lo quiera o no, aunque no sea hijo suyo en el sentido carnal, lo es de otra forma. Su marido y usted forman un vínculo indisoluble. Se pertenecen el uno al otro. Acepte pues a esa criatura, dele un apellido, un hogar cristiano y el amor que necesite. Es un inocente que ha venido, más de lo que se imagina ahora, para hacerles más felices y conseguir que estén unidos. Ese hijo no llevará su sangre, pero sí la de él, y la de él también es suya. Obedezca a su corazón y dele, dese, una oportunidad. Un día, probablemente a no más tardar, comprenderá que hizo lo justo, y entonces se sentirá orgullosa de usted misma. Y en cuanto a él, a ese marido que ahora considera infiel, perdónelo. Que su debilidad sea su fortaleza.

Virtudes se equivocó en un punto.

No era habitual.

Lo deshizo y corrigió la costura.

Luego dejó de hacer la calceta y miró al frente.

La música del programa la envolvió. Era una música dulce, que no por oída a diario le resultaba menos agradable. Clavó los ojos en la mesita, llena a rebosar de las habituales fotografías familiares. Fernando, ella, Joaquín, la difunta Asunción, Natividad… Ellos parecían estar siempre igual, severo uno, circunspecta otra. Pero los hijos cambiaban.

Los hijos.

Se dio cuenta de que le temblaban las manos.

Puso una encima de la otra y se las apretó.

Siguió mirando las fotos de su familia, su vida, su mundo personal.

Hacía mucho tiempo que no lloraba.

Un lujo de pobres.

Pero, esta vez, le cayeron dos lágrimas de los secos ojos.

No era lo que esperaba.

No era lo que había planeado.

No era lo que había soñado con Celia.

Pero lo inevitable era inevitable.

La quería.

Estaba enamorado.

Embarazada o no, ¿qué más daba? El amor no se medía por circunstancias, sino por todo, y su vida estaba ya unida a la de ella.

Moriría por ella.

Bueno, una idea absurda.

¿Por qué iba a morir?

Lo importante era vivir, juntos, y si de pronto en lugar de dos eran tres… ¡serían tres!

León se sintió abrumado.

Todo a la vez, el fin del servicio militar, el alquiler de la casa, el trabajo con el que iba a empezar a ganarse el jornal, la certeza de casarse con ella, el embarazo…

Lo único que necesitaba era organizarse, poner orden en su vida. Tenía que llevarla al pueblo a conocer a sus padres. Quizá ella también quisiera visitar a la abuela, no lo habían hablado. Tras esos primeros pasos de rigor, planear la boda, el trabajo, que ella dejara a los Miramón… Cambios, cambios, cambios.

De pronto ya no eran tan niños.

Se habían convertido en un hombre y una mujer.

Listos para empezar a vivir.

Le dio un beso a la fotografía de Celia y se la guardó en la cartera. Luego se dispuso a llevar todo lo que había ido recogiendo a la casa. La gente tiraba cosas muy raras a la basura. Muebles que todavía servían, sillas y mesas fáciles de reparar. Incluso ropa. ¿Qué más daba? Pronto la casa se llenaría de vida. Lo más urgente, la cama, o al menos un colchón.

Tener a Celia entre sus brazos era lo mejor de lo mejor del mundo.

Intermedio 15

1992

El pueblo de los padres de León no era muy distinto al pueblo de la abuela y los padres de Celia. La diferencia residía en que uno estaba colgado de los Pirineos y el otro en mitad de una estepa seca, aunque se tratara de la misma España olvidada, la de las distancias y la soledad con respecto a las grandes ciudades. Cuando detuvo el coche en la plaza Mayor, no tuvo que preguntar demasiado.

Había dos familias apellidadas Álvarez. Resultaron ser primos. Por parte de León Álvarez Peñarroya solo quedaba la madre. Al contrario que Benigna Sanromán, Luisa Peñarroya Montañés, viuda de Manuel Álvarez, vivía en el mismo centro de la villa, a escasos cien metros de aquella plaza en la que había dejado aparcado el coche. Cuando llamó a la puerta se encontró con una mujer de poco más de setenta años que, pese a todo, se mantenía más joven de lo que la edad y el dolor del pasado podían haber hecho mella en su físico o su ánimo.

Al decirle que era detective privado, ni se inmutó. Su rostro permaneció sereno, como si fuera de lo más habitual tener visitas como la de él. Ni siquiera le hizo la consabida pregunta repetitiva para que él volviera a insistir en lo dicho en primera instancia.

—¿Qué quiere saber? —musitó dando por sentado que, fuera lo que fuese, tenía que ver con su hijo y los sucesos de 1959.

David García era su presunto nieto. Quizá no quisiera decirle dónde estaba. Otra cosa era ella.

Celia.

Así que cambió el sesgo de la búsqueda.

—Estoy tratando de localizar a Celia García.

La pausa fue extrema. Cinco largos segundos de calma. Finalmente le franqueó la entrada.

—Pase —dijo—. Hace frío.

La obedeció. Se encontró en un comedor no muy amplio. Una mesa ratona con un brasero de los de antaño en la base le proporcionaba calor. Antes de sentarse removió las brasas para avivar el fuego. Después ocuparon sendas sillas. Luisa Peñarroya mantenía el rostro cincelado con la espátula del tiempo. Era como si las arrugas hubieran estado allí siempre. La mirada, sin embargo, tenía un punto emocional, de callada serenidad. Llevaba el pelo recogido en la nuca y vestía con ropas graves y oscuras, mezcla de grises y negros. Sobre la mesa, dos revistas del corazón y un libro. Una novela de amor.

—¿De dónde viene, señor…?

—Camprubí. Eduardo Camprubí. Vengo de Barcelona.

—Eso está lejos.

—Un poco.

—¿Y tantos años después todavía con lo mismo?

—Sé que su hijo murió, señora. Y créame que…

—Mi hijo, mi marido… —lo interrumpió—. Lo enterré hace menos de un año.

—Lo siento.

—¿Por qué busca a Celia?

—Un familiar —mintió.

—¿A estas alturas?

—Con la vejez las cosas cambian. Una prima lejana quiere reencontrarse con ella.

—Celia —repitió el nombre como si le pesara.

—¿Llegó a conocerla?

—No, no —dijo muy directa—. Todo sucedió muy rápido aquel verano. León ni siquiera nos habló de ella al comienzo. Solo al final, en una carta, nos confesó que se había enamorado. Unas semanas después…

Podía preguntarle directamente por Celia, o incluso por David, saber sus señas, acabar cuanto antes y marcharse. Pero algo le decía que no, que se tomara su tiempo, que la dejara hablar y la escuchara. Si quería hablar, que hablase. Después de ver a Natividad Miramón, había ya algo más que un trabajo que seguir y concluir.

También necesitaba saber.

—¿Quién le ha dicho dónde vivía?

—Un periódico mencionaba que León había nacido aquí.

—Sí, claro. Los periódicos. —Bajó la cabeza y se miró las apergaminadas manos revestidas con la piel de cristal de la edad.

—Imagino que su hijo la escribiría, ¿verdad? —contemporizó Eduardo.

—Sí, lo hizo. Siempre que podía nos mantenía al día. Para él fue muy duro, pero era valiente, tenía tesón. No se rindió ante la adversidad. Era un buen chico, ¿sabe usted? Un buen chico que cometió el error de enamorarse de quien no debía.

—Celia…

—Celia era una mosquita muerta viviendo en un avispero —lo interrumpió—. Ella atrajo los problemas y, al final, León fue el que pagó el pato. ¿Mala suerte? Sí, supongo. ¿El destino? Peor. Lo único que sé, y para mí es como si todo hubiese sucedido ayer, es que de la noche a la mañana perdí a mi hijo y, encima, tuve que soportar que lo llamaran asesino. Incluso medio pueblo se volvió contra nosotros. Gentes que sabían que mi León era una buena persona, el mejor de los chicos. Jamás habría hecho nada malo ni jamás volvió a meterse en problemas. Fue ella, ella, la que lo arrastró hacia el abismo. Fue ella que se quedó preñada y… —Se llevó una mano a la cara, pero no lloró. Más bien fue como si ese gesto contuviera la posible explosión de su ánimo—. No fue justo, no.

—¿Le contó su hijo lo que pasó en aquella casa?

—No.

—¿No?

—¿Para qué iba a hacerlo? No quería hablar de ello, ni nosotros saberlo. Pasó y ya está. Todo por ella, por ella, por ella… —repitió obsesivamente las dos últimas palabras.

—¿Vino a verlos Celia alguna vez?

—No. Nunca. —Fue categórica—. Ni falta que hacía. Tuvo a David y ya está. Ni siquiera sé por qué le dio su propio apellido al niño en lugar del de León. Imagino que siendo él un… asesino. —Habló como si masticara la palabra—. Jamás puso un pie en esta casa, a pesar de que León, en sus cartas, me pedía que no la juzgara ni la culpara, que

tratara de verla, incluso por el niño. Sin embargo… Ya sabe cómo son estas cosas. Primero, el dolor; después, el paso del tiempo. León rehízo su vida, se casó, tuvo dos hijos, nos mandó fotos, era feliz… Para mí bastaba, no necesitaba más. Celia tampoco le habló a David de nosotros hasta que fue mayor. Un día se presentó aquí, con veintitrés años, imagínese. Estaba muy guapo, con su uniforme…

—¿Iba de uniforme con veintitrés años?

—Hizo el servicio militar en la Marina y luego se alistó en ella, sí. Estaba haciendo carrera en el cuerpo. Nos contó que se había enterado de todo y, siendo sus abuelos, le había parecido necesario conocernos. Era un buen muchacho, nos cayó bien, pero eso fue todo. Hubo algunas llamadas más, cartas… Mi marido era reacio a estrechar lazos. Por más que lo fuera, no podía sentirlo como nuestro nieto —suspiró con pesar—. Cosas que pasan, ya sabe.

—Sé que David hizo el servicio en Cartagena.

—Y allí sigue, en esa base llena de barcos y submarinos, El Arsenal, con su madre cerca, cómo no.

Cartagena.

Eduardo no se sintió ni bien ni mal. Era un trabajo. Y estaba cumplido.

A pesar de que el runrún interior seguía.

A pesar de que sabía por mero instinto que la historia no terminaba allí.

¿Curiosidad?

—¿Dice que David les escribió algunas cartas?

—Sí.

—Entonces… tendrá sus señas, ¿no?

Luisa Peñarroya se tomó su tiempo, como si supiera que él había dado un largo rodeo para llegar al punto crucial de su visita.

Pero tampoco objetó nada al respecto.

—Sí —dijo levantándose para ir a buscarlas.

Capítulo 16

Octubre de 1959

96

Fernando ya estaba en la calle, con el coche en marcha, cuando Celia salió de casa. Lo único que no podía predecir, el imponderable, era si ella iría a pie a donde fuera o se subiría a un tranvía o un autobús. En ambos casos, le sería fácil seguirla. Pero si bajaba al metro…

Celia apretó el paso. Parecía tener prisa.

Prisa para reunirse con él, claro.

No había vuelto a hablar con ella, pero estaba claro que, o bien lo del embarazo era mentira, a pesar de sus vómitos y mareos, o el plan orquestado por ambos estaba destinado a extorsionarlo.

No había otra.

Le había dado muchas vueltas al tema. Muchísimas. ¿Un hijo de él? Sí, todo era posible, ¿pero… a sus años? No, lo más lógico era que el hijo fuese del novio, y que hubieran orquestado el plan para hacerle creer lo que más les interesaba.

Un chantaje.

Podían hundirle la vida.

¡Qué ingenuo había sido!

Celia quizá fuese una mosquita muerta. Celia quizá fuese inocente. Pero bastaba una serpiente para cambiar el paraíso. Y la serpiente era el maldito novio. Todo iba bien hasta que él entró en escena.

¿Cómo no lo imaginó?

¿Cómo no lo supo antes?

Celia llegó a la parada del tranvía. Fernando respiró aliviado. Dejó pasar dos y se subió al tercero. La persecución lo llevó a través del norte de Barcelona, a los pies del Tibidabo, durante cinco paradas. Se bajó finalmente en la sexta y, después de caminar un trecho, se detuvo

en otra más. Esta vez tomó un autobús.

Seis paradas, hasta el barrio de Horta.

Fernando ni siquiera recordaba haber estado nunca por allí.

Cuando Celia se bajó, el resto del camino ya lo hizo a pie. Llegó a una calle pequeña y estrecha y se detuvo delante de una casa de una sola planta. Abrió el bolso, sacó una llave, la introdujo en la cerradura y entró en el interior.

Fernando detuvo el coche.

Una casa.

Un refugio.

—Os tengo —dijo cerrando las manos sobre el volante del coche.

97

Celia cerró la puerta de la casa y se quedó un momento en la entrada.

Todo parecía provisional. Todo parecía estar manga por hombro. Todo era un caos. Pero lo adoraba. En unos días, unas semanas, aquello sería un hogar, un verdadero hogar. A pesar de la fatalidad, de la desgracia, del acoso de su amo, de que se había acostado prematuramente con León para hacerle creer que aquel hijo era suyo, las piezas empezaban a encajar. Lo único que necesitaba era tiempo.

Tiempo y perdonarse a sí misma, aunque esto sabía que iba a costarle mucho.

Amaba a León, eso era todo.

¿Bastaba?

Tenía que bastar.

Más allá de la mentira.

León había llevado ya algunos muebles viejos. Sillas, una butaca rota, una lámpara y unos platos y vasos comprados en los Encantes… Había que organizarlo. Echaba de menos ir al cine, pero ahora las urgencias eran otras. El cine podía esperar. Quizá lo más imperativo era un colchón.

Para amarse.

Necesitaba sentirse en sus brazos.

Nada malo podía suceder estando con él.

—Eres una tonta romántica —se dijo.

Y sí, lo era. ¿Y qué?

La vida podía ser muy dura y asquerosa. Si el amor no los salvaba, ¿qué lo haría?

Se dirigió a la cocina. Seguían sin luz, pero la claridad diurna bastaba de momento. Sacó del bolso las dos botellas que llevaba y las dejó en la pila. Una era de agua. La otra de leche. Los dos recipientes de cristal tintinearon esparciendo ecos por el vacío lugar. No era la primera vez que se imaginaba cocinando allí, preparando la cena para León y, probablemente, acunando a su hijo o a su hija.

Pensó en el señor Fernando.

¿Qué más podía hacer él?

No le hablaba. No la miraba. Era como si no existiera. Ni ella ni el problema del embarazo. Un silencio extraño, incómodo, inaudito incluso. Después de proponerle abortar y de que ella se negara, las cosas habían entrado en una especie de vía muerta. ¿La ayudaría, le daría dinero? Si se casaba con León, era inútil tratar de pedirle una responsabilidad. El hijo sería de León. Pero que el señor Fernando se librara sin más…

No era justo.

Si Dios lo estaba viendo, tenía que hacer algo.

Celia miró la hora.

León no podía tardar en llegar. De hecho, ya debía de estar allí. Algo lo habría entretenido.

Bueno, se pondría a limpiar ella sola.

Trabajo no faltaba.

Iba a ponerse ropa de faena cuando alguien llamó a la puerta.

Unos golpecitos quedos.

¿León?

¿Se había olvidado la llave?

Celia acudió a la entrada.

Y, de todas las personas del mundo que hubiera podido imaginar, desde luego, la que menos, habría sido él.

Fernando Miramón.

León apretó el paso.

Celia ya debía de estar en la casa.

Cuanto antes llegara y antes acabaran de arreglar cosas, antes podrían tumbarse sobre la manta, jugar, estar solos, disfrutar del placer de lo prohibido.

Lo prohibido más allá de ellos, porque ahora tenían su propio paraíso en la tierra.

Más que apretar el paso, echó a correr.

Llegó a la calle.

Sacó la llave del bolsillo.

En unos segundos, la tendría en sus brazos. En unos segundos, se besarían. En unos segundos, todo cobraría sentido en sus vidas.

En unos segundos.

Se detuvo en la puerta e introdujo la llave en la cerradura, despacio, para no hacer ruido y sorprenderla.

Luego abrió la puerta.

Intermedio final

1992

La base de El Arsenal, en Cartagena, era una de las más importantes de la flota española. Cartagena había sido el último reducto en caer en manos franquistas en la Guerra Civil. La profundidad de sus aguas permitía el fondeadero de grandes barcos y el despliegue de los submarinos. En plena contienda, el famoso oro de Moscú, el oro de la República enviado a Rusia como pago por el material bélico entregado por la Unión Soviética, había sido guardado en los túneles de la Algameca. Cuatro barcos salieron un día de Cartagena, rumbo a Odesa, para dejar allí un oro que ya no volvería jamás a España. La historia de El Arsenal era pues intensa y en cierto modo novelesca.

El teniente de navío David García vivía en la calle del Escorial, cerca del viejo Casino. El centro histórico se conservaba bien, todavía con destellos del pasado reciente flanqueado por las ruinas de los castillos, desde el cerro del Molinete al de la Concepción, más conocido como el de los Patos. Estaba casado y tenía dos hijas, dos niñas de cinco y dos años de edad, respectivamente. Su esposa, Aurora, era de la misma edad que él, treinta y dos años. Por lo que Eduardo pudo apreciar de lejos, formaban una buena pareja. El uniforme le sentaba bien.

Y seguía siendo el vivo retrato de su padre biológico.

Se preguntó cómo llevaría Celia ver en su hijo la cara de aquel hombre.

La noche de su descubrimiento final pensó que ya estaba: misión cumplida. No tenía más que regresar a Barcelona, ir a ver a Natividad Miramón, señora de Canals, y decirle que había encontrado a su objetivo, a David.

A su hermanastro.

Pero no regresó.

El trabajo ya estaba hecho, y, sin embargo…

Necesitaba algo más.

Algo, digamos…, personal.

Primero, conocer a la madre de David, a Celia. Segundo, hablar con ella.

No llevaba tantos días yendo de un lado para otro para al final, conformarse con lo elemental. Su secretaria solía decírselo:

—A veces te pierde la curiosidad.

Pero no, no era solo curiosidad.

Era… ¿justicia?

No para con los demás, sino para consigo mismo.

Celia García no vivía lejos de su hijo y de sus nietas, aunque lo hacía aparte, no en casa de ellos ni con ellos. Tenía un pequeño pisito en la calle Arena, próximo a la plaza del Rey. Eduardo no se presentó en su casa sin más. Primero quiso verla de lejos, luego de cerca. La siguió a la compra y la oyó hablar, la vio moverse. A sus cincuenta años seguía siendo delicada, menuda, y también guapa. O, al menos, conservaba aquella aureola con la que se la habían descrito los que la conocieron en aquellos años. Los mismos ojos limpios y claros, la misma boca dulce, el mismo cuerpo de talle breve y delgado. Solo de cerca, en determinados momentos, podía entreverse un atisbo de dolor, de profundo pasado latente allí dentro, pero también dominado por la felicidad posterior. Estaba sola, no tenía a nadie. Eduardo hizo algunas indagaciones y nada: Celia había seguido sola en los últimos años. Tal vez aquel tal Simón hubiese sido su último pretendiente. Si hubo otros, quizá por necesidades de mujer, no se le conocían.

El camino estaba despejado.

Quedaba el acto final.

Aquella tarde, Eduardo se detuvo delante de la puerta del piso, tomó aire y llamó al timbre. Le abrió Celia, en bata pero arreglada. Se lo quedó mirando. Para él fue como si se reencontrara con una vieja amiga. Había llegado a conocerla, por las cartas, las entrevistas. Tardó un segundo de más en decirle:

—Buenas tarde, señora. Me llamo Eduardo Camprubí y soy detective privado. ¿Podría hablar con usted?

Epílogo

1992

Cuando acabó de contarle todo lo que había hecho desde el encargo de la señora Canals hasta el instante de dar con ellos, Celia bajó los ojos, se miró las manos y suspiró una sola palabra:

—Natividad.

Eduardo asintió con la cabeza.

Hubo unos segundos de pausa. Una pausa intensa, cargada de ecos. Había muchas preguntas, y todas acabaron resumiéndose en una:

—¿Por qué?

No hacía falta ser muy lista para atar cabos, pero ella quería oírselo decir.

—La señora Virtudes era una mujer profundamente católica. No quiso morir llevándose el secreto a la tumba, especialmente aquello que lo cambió todo y le costó la vida a su marido. Por eso le pidió a su hija que buscara a su hermanastro, y le contó la verdad, que David era hijo de su padre.

—¿Desde cuándo cree usted que la señora Virtudes lo sabía?

—Lo ignoro, pero, a raíz de la muerte de su marido…, puede que desde ese mismo instante lo imaginara todo.

—¿Y ha esperado más de treinta años para contárselo a su hija Natividad?

—Se lo repito, es probable que haya querido morir en paz con su conciencia. David es hermanastro de Joaquín y Natividad. Ellos merecen saber la verdad, conocerse si lo desean. Eso ya es cosa suya. Depende de cada uno, aunque por parte de Natividad diría que sí, que lo quiere.

—¿Cómo supo usted que David era hijo del señor Fernando?

—Vi fotos de David, de niño, en casa de la abuela de usted, y vi la fotografía de Fernando Miramón, ya mayor, pero con un parecido que

no dejaba lugar a dudas.

—Claro —musitó.

No parecía dispuesta a llorar, pero estaba triste.

Tantos años después, como un corcho sumergido en lo más profundo del mar, la verdad salía a flote.

—¿Usted no podría decirle a Natividad que no ha encontrado a David…?

—No, lo siento —dijo él—. Es mi trabajo, y lo hago bien.

—¿Aunque eso cause un gran dolor?

—¿Por qué debería causarlo? ¿Sabe David qué pasó en octubre de 1959?

—Cuando mi hijo fue mayor le conté que su padre era León, y que tuvo que huir de España. También le dije que le puse mi apellido para evitar que lo señalaran, quizá, como hijo de un asesino.

—Lo entiendo.

—Ahora…

—Ahora es un hombre de treinta y dos años —repuso Eduardo—. Sabrá comprenderlo todo. Incluso por qué le mintió. Usted era muy joven, lo único que quería era salvarse, no perder a León. Por eso le hizo creer que el hijo era de él. Ahora tiene que darle la oportunidad de entenderlo todo.

—Usted habla de «oportunidad», pero no sé yo si…

—Créame, sé lo que me digo.

Celia pasó por alto el comentario. Seguía dándole vueltas a lo que más la preocupaba.

—¿Por qué piensa que Natividad ha querido dar con él, solo porque se lo debió de pedir su madre antes de morir?

—Las razones pueden ser muchas, Celia. Quizá se trate de quedar en paz consigo misma. Quizá haya una herencia que su hijo, desde luego, merece…

—No quiero nada de ellos, y menos herencias. Tampoco su apellido. A buenas horas.

—Eso deberá decidirlo él, ¿no cree? Mi trabajo ha sido encontrarlo, y lo he hecho. Ahora debo informar a Natividad. A partir de aquí yo me salgo de la ecuación, pero…

—¿Pero qué?

—Lo peor de las familias son los secretos, las falsas protecciones sobre los hijos, evitar que sepan algo porque, según nosotros, eso puede hacerles daño.

—Habla como un experto.

—Lo soy.

—Ha dicho que sabía lo que se decía. ¿Por qué? ¿Y qué tiene que ver con David o conmigo?

Eduardo se tomó su tiempo. Interiorizó algo. Después empezó a hablar, despacio, buscando que ella estuviera pendiente de sus palabras y no de los pensamientos que la azoraban.

—Mi padre también fue hijo ilegítimo. Nadie me lo contó jamás. Murió siendo yo muy joven y, años después, conocí la verdad por un mero azar. Un azar que puso las cosas en su sitio. El hombre que embarazó a mi abuela le dio el apellido, pero luego se casó con otra. No le dejaron casarse con mi abuela por la diferencia social. Tengo dos tíos y una tía que no conozco, y ocho primos y primas a los que tampoco he visto nunca. ¿Y sabe lo peor? Mi abuelo murió después que mi padre. Pude haberle conocido. Pudo haberme llamado para verme. Ni siquiera sé si fueron al entierro de él. —La voz adquirió un tono de dolor—. Me robaron mi pasado, mi identidad, una familia. Unos por callar, otros por «protegerme», para que «no sufriera» con la verdad. Y la verdad puede doler, sí, pero más lo hace el silencio. Y si encima el silencio se rompe cuando ya es demasiado tarde y no queda nadie para reparar el daño…

Celia reflexionó sobre lo que acababa de oír.

Seguía dolorida, consternada, resignada…

Y muy quieta.

Eduardo lo aprovechó entonces.

—Hay algo más, Celia.

—¿Qué más puede quedar?

—Lo que me diga ahora, si es que lo hace, quedará entre nosotros, se lo juro. Pero… necesito saberlo.

—¿Y qué es?

La miró fijamente a los ojos, porque, dijera lo que dijese, ellos

nunca mentían.

—León no mató a Fernando Miramón, ¿verdad?

Celia le sostuvo la mirada.

Las pupilas titilaron una leve fracción de segundo.

—Si no lo hizo él…

—Fue usted.

—¿Qué le hace pensar eso, señor detective? —Mantuvo la dignidad.

—Ustedes habían alquilado aquella planta baja en el barrio de Horta. Iba a ser su hogar. ¿Qué hacía Fernando Miramón allí? Es obvio: la siguió. Usted tuvo que decirle que esperaba un hijo de él, y él, como buen hijo de puta que al parecer era, sospechó de usted y de su novio. Si el hijo era suyo, le comprometía, y mucho, porque usted podía reclamarle el apellido, dinero para la manutención… ¿Pero y si el hijo era de León y lo que pretendían era chantajearlo? Aquel día Fernando Miramón fue a verlos y entonces se produjo la pelea.

—En la que León mató a Fernando y escapó para salvarme a mí y a su hijo.

—No —dijo Eduardo—. Hay dos cosas que no me cuadran. La primera, y no sé cómo la policía no la tuvo en cuenta, es que, por lógica, León no le habría clavado la botella de cristal rota a Fernando en la garganta. Se habrían peleado a golpes, como hacen los hombres, tal vez lo habría ahogado con sus propias manos. León tenía que ser más fuerte que su oponente. Pero, aun así, es posible que lo asesinara de esa forma, de acuerdo, pasémoslo por alto. Sin embargo, la segunda cosa que no me cuadra la conocí en casa de los padres de León. Cuando me dieron la dirección de David aquí, en Cartagena, también me enseñaron una carta de su hijo. Una carta en la que él decía una frase que me llamó la atención: «Pienso que la inocencia es lo único que me queda» —hizo una pausa—. Leyéndola en sentido literal, pensé que hablaba de la inocencia de todo ser humano ante los males del mundo y la complejidad social que nos envuelve. Pero luego le di vueltas a la cabeza, examiné en las hemerotecas los datos del incidente, y comprendí que no, que León hablaba de su propia inocencia ante la culpabilidad de la que se le acusaba. De alguna forma les decía a sus padres que él no mató a Fernando Miramón.

Pero la quería tanto a usted, tanto, que la única forma de salvarla y de que no le quitaran al bebé al nacer, era hacerse pasar por el asesino y escapar, como así hizo.

Las dos lágrimas saltaron de los ojos de Celia. Cayeron sobre sus manos unidas sobre el regazo. No hizo nada, ni por limpiárselas ni por retirar la humedad de sus pupilas. Siguió quieta.

—La policía no dudó en creer aquella versión, claro —continuó Eduardo—. ¿Cómo iba a matar una mujer embarazada a un hombre, que además era su justo patrón? No, tuvo que ser el novio. La justificación de que el señor Fernando estuviera en aquella casa fue lo mucho que «la apreciaba» y su deseo de «protegerla» de una mala persona. Todo encajó a la perfección para tergiversar los matices del suceso. Todo. Usted y su hijo se salvaron, León huyó, prueba de su culpa, y la única que supo interpretar la verdad, la paternidad del niño, probablemente, fue la señora Virtudes.

Otro silencio.

Dos lágrimas más.

—¿Me equivoco? —quiso saber él.

—¿Y qué si fue así? —Levantó finalmente la cabeza Celia—. ¿Va a hacer justicia ahora?

—Ya le he dicho que no. Que eso es únicamente… una cuestión moral, mía y de nadie más. Quiero saberlo para quedar en paz conmigo mismo, más incluso que por curiosidad. No tiene por qué responderme si no quiere. Pero le juro que quedará entre nosotros.

—¿Se lo dirá a Natividad?

—No.

—Señor Camprubí…, acabo de conocerlo.

—Míreme a los ojos.

—Lo hago. Pero usted está aquí por Natividad Miramón. Ella le contrató. ¿Y si lo hizo también por esa razón? ¿Y si ella sospecha de la verdad que se dijo entonces?

—Natividad solo quería que encontrara a David. Lo he hecho y eso será lo que le diga. Es más: le daré a usted dos días para que, primero, hable con David y se lo aclare todo. Pasados esos dos días, tendré que hacer mi informe —suspiró—. No puedo ser más sincero con usted,

Celia.

Posiblemente nunca hubiera contado aquello a nadie.

Jamás.

Y ahora, de pronto…

Cerró los ojos.

Su mente viajó poco más de treinta y dos años atrás, a un día de comienzos de octubre de 1959.

Ni ella misma se dio cuenta de que empezaba a hablar.

—Yo… llegué a la casa muy temprano, con algunas cosas, entre ellas una botella de leche, de las de antes, de cristal. Esperaba a León de un momento a otro y entonces llamaron a la puerta. Pensé que se había dejado la llave. Abrí y me encontré con él, con el señor Miramón. No me dio tiempo a hablar. Entró en la casa y se puso a gritar, convertido en una especie de furia. Apenas si le entendí, estaba muy asustada. Decía que era una chantajista, que el hijo no era suyo, que mi novio y yo queríamos sacarle el dinero, arruinarle la vida. Cada vez que intentaba decir algo, él me lo impedía empujándome contra la pared y amenazándome con la mano en alto. Dijo que… —Hizo un esfuerzo por continuar—. Dijo que me quería, que habríamos podido ser felices, en secreto pero felices, y que yo lo había estropeado todo. Se enfureció más y más, él solo, porque yo estaba cada vez más aterrada. Me llamó puta y entonces… dijo que sin mi hijo se acabaría el problema, que era justo lo que sobraba en todo aquello. Se abalanzó sobre mí y me dio un puñetazo en el estómago.

Eduardo tragó saliva.

—¿Quiso…?

—Que lo perdiera, sí —asintió Celia—. No sé ni cómo no lo consiguió. Supongo que porque todavía estaba al comienzo de la gestación y porque no me dio un segundo puñetazo. Yo caí hacía atrás, tratando de respirar, e intenté sujetarme a algo. No lo conseguí y derribé algunas cosas, entre ellas la botella de leche. Se rompió en el suelo en varios pedazos, pero quedó el gollete y la parte superior. No recuerdo mucho más, salvo que lo cogí con una mano y cuando él se me acercó se lo clavé en el cuello.

Un drama cerrado.

Una mujer embarazada de un hombre al que acababa matando.

¿Quién iba a creer en un accidente?

Celia García se habría podrido en una cárcel, si no la condenaban al garrote vil, y le habrían quitado a su hijo.

—Y llegó León.

—Sí —convino ella—. El señor Fernando todavía se convulsionaba en el suelo, con la sangre saliéndole a borbotones por el tajo, cuando León entró por la puerta y se encontró con la escena.

—¿No sospechó de la presencia de Fernando Miramón allí?

—Sí, pero apenas si tuvimos tiempo de hablar. Le dije que me había seguido, que llevaba días acechándome, proponiéndome cosas… —Se llevó una mano al rostro—. Tuve que mentirle… Mentirle por segunda vez después de decirle que esperaba un hijo suyo, y él… ni por un momento sospechó…

Esta vez se quebró del todo.

Eduardo estuvo a punto de levantarse y abrazarla.

No lo hizo.

Se contuvo.

Pero él mismo acabó la historia.

—No había tiempo que perder. León la convenció del resto: él lo había matado. Era todo lo que tenía que decirle a la policía si quería conservar a su hijo. Al hijo de los dos. Se sacrificó y usted no tuvo más remedio que aceptarlo. Debió de pedirle un poco de tiempo, para poder escapar, y luego…

Celia lloraba desconsolada.

—Fue… la última vez… que lo vi…

León se había autoinmolado por la mujer a la que amaba y por el hijo que creía suyo.

Ahora sí, la historia se cerraba.

—Hizo lo que tenía que hacer, Celia —logró decir.

No supo si ella lo había oído.

—Por usted, por su hijo… —siguió Eduardo.

Se hizo el silencio. Y no fueron unos pocos segundos. Fue más. Un minuto. Dos. Cuando Celia se recompuso lo suficiente, levantó la cabeza y se enfrentó a él.

—Ya ve —musitó con un hilo de voz—. Me salvó, y salvó al que creía su hijo, pero… nos perdimos ambos, el uno al otro. Para siempre.

La vida estaba llena de pequeñas y grandes tragedias. Cada cual tenía la suya. Y las propias nunca eran pequeñas. Eran tan enormes como una eternidad sostenida a peso entre las manos.

El detective miró al otro lado de la ventana. La tarde languidecía. Reinaba una extraña paz, un agradable silencio. Imaginó a la base marina en plena actividad mientras Cartagena se mecía frente al mar como una balsa llena de vida, con personas como David, su mujer y sus hijas, o como Celia, la niña de dieciocho años rota por la voracidad de un hijo de puta.

Quedaban las huellas.

Esas nunca se borraban, ni se borrarían mientras los protagonistas tuvieran memoria.

—¿Necesita algo? —preguntó Eduardo.

Celia negó con la cabeza.

—Quiero que sepa que me ha gustado conocerla. —Se levantó de la silla—. No sé la razón, pero, a medida que investigaba, usted me caía cada vez mejor. Imagino que porque ya intuía que era la más inocente de la historia.

—No, el más inocente fue León —manifestó casi abruptamente.

Eduardo le tendió la mano.

—Hable con David —le reiteró—. Dos días. Mañana y pasado. El viernes le diré a Natividad Miramón dónde está. ¿De acuerdo? Y sabe perfectamente que lo único, lo único que jamás podrá contarle ni a él ni a nadie, es la verdad sobre la muerte de aquel cerdo.

Celia le estrechó la mano.

—¿Sigue creyendo en Dios? —le preguntó el detective.

—Sí —dijo ella.

—¿A pesar de todo?

—Sí —se lo reiteró.

—Entonces que Dios la bendiga —se despidió él.

No hizo falta que lo acompañara a la puerta.

Al salir de la casa y dar los primeros pasos por la calle, olió a mar;

y, cuando levantó la cabeza, vio el radiante cielo azul del atardecer que lo cubría, casi como un manto protector.

Una vez había leído que la vida no era un problema por resolver, sino un misterio por descubrir.

Sería eso.

1959. Una joven viaja a Barcelona para servir a una familia adinerada.

1992. Una misteriosa mujer necesita saber qué fue de la criada y del bebé con el que huyó hace treinta años…



Celia, una joven huérfana, llega a Barcelona a finales de los cincuenta para entrar al servicio de la familia Miramón. Tras el lujo de la mansión se esconden secretos, tensiones y dificultades de las que Celia pasará a formar parte, mientras intenta, a su vez, hacer su vida fuera de estas cuatro paredes, donde las redes de la familia tratan de atraparla cada vez más.

En los noventa, Eduardo, un detective privado, desvelará el efecto de estas redes en Celia por encargo de la enigmática señora Canals.

En una novela que revela los recovecos más oscuros de las clases altas, Jordi Sierra i Fabra presenta la Barcelona señorial y la urbana en dos épocas muy diferentes, tejiendo la historia de Celia hasta llegar a su intrigante final.

Jordi Sierra i Fabra (Barcelona, 1947) es uno de los autores más leídos y populares del panorama literario español y, con quince millones de libros vendidos y más de cincuenta premios literarios, uno de los más sorprendentes por la versatilidad de su obra, que aborda todos los géneros.

Viajero impenitente, circunstancia que nutre buena parte de su extensa producción, y comprometido con la realidad, ha creado dos fundaciones en Barcelona y Medellín (Colombia) para impulsar la lectura y ayudar a jóvenes escritores a dar sus primeros pasos (anualmente otorga el premio literario que lleva su nombre a un autor menor de dieciocho años). Por esta obra social, sus fundaciones merecieron el Premio IBBY-Asahi de Promoción de la Lectura en 2010, máximo galardón internacional en la materia, y la Fundació Jordi Sierra i Fabra fue condecorada en 2015 con la Medalla de Honor de Barcelona en reconocimiento a su labor. Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil en 2007 y cuatro veces candidato al Premio Andersen, el autor también recibió en 2012 el Premio Cervantes Chico; en 2013, el Premio Iberoamericano de Literatura; en 2017, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, y en 2018, la Creu de Sant Jordi en 2018. Su trayectoria como autor policiaco se vio recompensada con el Premio González Ledesma en 2020. *La verdad oculta* es su última novela.



Primera edición: mayo de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la portada: Lidia Vilamajó
Fotografía de la portada: © Bert Hardy - Getty Images /
© Ildiko Neer - Trevillion Images

ISBN: 978-84-10096-47-9

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índice